

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
Departamento de Psicología y Antropología



TESIS DOCTORAL

**La comunicación y el discurso : la dimensión humorística de
la interacción**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Gonzalo, Abril

Madrid, 2015

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación
Departamento de Psicología y Antropología

TP
1988
049



x- 53-274789-4

**LA COMUNICACION Y EL DISCURSO:
LA DIMENSION HUMORISTICA
DE LA INTERACCION**



ARCHIVO

Gonzalo Abril Curto
Madrid, 1988

Colección Tesis Doctorales. N.º 49/88

© Gonzalo Abril Curto

Edita e imprime la Editorial de la Universidad
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía
Noviciado, 3 - 28015 Madrid
Madrid, 1988
Ricoh 3700
Depósito Legal: M-3777-1988



BIBLIOTECA

LA COMUNICACION Y EL DISCURSO: LA DIMENSION HUMORISTICA DE LA INTERACCION

Tesis presentada por Gonzalo ABRIL CURTO
para la obtención del grado de Doctor.

Director: José Luis LOPEZ ARANGUREN,
Catedrático de Etica y Sociología de la
Universidad Complutense.

DEPARTAMENTO DE PSICOLOGIA Y ANTROPOLOGIA.
FACULTAD DE FILOSOFIA Y CIENCIAS DE LA EDUCACION.
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID.

FE DE ERRATAS

De entre los errores mecanográficos que contiene el texto hay que llamar la atención sobre aquéllos que, en opinión del autor, perjudican de un modo más significativo la inteligibilidad y la continuidad de la exposición:

PAG. LIN. DONDE DICE...

DEBIERA DECIR...

3, Índice	institutivista	instintivista
2 18	Darwin habría	Darwin había
2 18-19	"comunicación verbal"	"comunicación no verbal"
5 23	efetivos	efectivos
8 13	en el caso de una moneda	es el caso de una moneda
9 11	vinculan	circulan
25 11	signfica	significa
67 9	criteios	criterios
102 20	enunicación	enunciación
110 10	el acto directo lo <u>sobreentiende</u>	el acto directo <u>presupone</u> lógicamente su efecto pragmático, en tanto que el indirecto lo <u>sobreentiende</u>
147 13	Ya hecho	Ya he hecho
156 23	<u>Comisionados</u>	<u>Comisivos</u>
197 11	analística	analítica
209 13	<u>isoformo</u>	<u>isomorfo</u>
213 6	cirsis	crisis
239 9	"no soy so	"no soy yo
301 15	la forma del humor	la fuente del humor
309 4	una rigidamente	una concepción rigidamente
315 16	del escenario intercul- tural	del escenario o del espacio intercultural
317 3	discrusivo	discursivo
381 7	axilógico	axiológico
423 3	copetencial	competencial
436 14	<u>simética</u>	<u>simétrica</u>
443 1	clínicamente respecto	clínicamente aséptico respecto
463 12-13	<u>hermenética</u>	<u>hermenéutica</u>
476 12	-PIERCE, Ch. S.	-PEIRCE, Ch. S.
482 9	-VOILI, P.	-VIOLI, P.

P R E L I M I N A R

II

El origen remoto de esta investigación es la memoria de licenciatura que leí hace años en esta misma Facultad y cuyo propósito expreso era la Indagación semiológica de la ideología.

Aquel trabajo supuso mi primera ocasión de abordar sistemáticamente los problemas de la comunicación y de la información mediante instrumentos semiológicos con los que entonces trataba de familiarizarme. El subtítulo de la tesina: "Elementos previos", morigeraba la ambición un tanto ingenua de su título, pero aludía también a mi propósito de continuar en aquella línea de investigación.

Sin embargo, a medida que mis referencias metodológicas y teóricas se iban dilatando, el objeto "ideología", y con él los de "signo", "código" y "connotación", desaparecían progresivamente del horizonte de mis intereses intelectuales. Hoy creo que no se trataba sólo de un viraje personal en lo tocante a las preferencias científicas: mi propia evolución intelectual era un eco activo del proceso epistemológico de los años setenta, en el que los estudios semio-comunicativos fueron soslayando los problemas de la representación para enfrentar progresivamente los de la acción.

III

No me es fácil describir sumariamente las características de ese proceso: no se trataba sólo de una revisión de los métodos semánticos a la luz de la pragmática, ni de la sola sustitución de una sensibilidad sígnica por una sensibilidad textual que hubieran venido prescritas por imperativos internos del desarrollo teórico-analítico. Había también una tentativa implícita de dar respuesta a dos problemas suscitados por la coyuntura histórico-cultural y mutuamente implicados: en primer lugar, la aproximación al sistema comunicativo y a la cultura mediante términos más conformes a las estructuras y a los modos de operación que los caracterizaban contemporáneamente. En segundo lugar, la curiosidad por la supuesta "crisis de la racionalidad moderna" en la que adquiriría creciente relieve la impugnación de las nociones descriptivo-constatativas de la verdad y del criterio de objetividad positivista.

Por lo que se refiere al primer problema, tanto los estudios generales sobre la "cultura de masas" o sobre la "sociedad postindustrial" y "de consumo" cuanto las investigaciones monográficas sobre los medios masivos y sus discursos atraían nuestra atención hacia los efectos cognitivos y sociales que emanaban de las estrategias de los mass media y de su operativa implantación en el tejido sociocultural. Nociones como "denotación", "referencia" u "objetividad", dependientes de una economía de la representación, y que habían sido la clave de la crítica culturoológica positivista, parecían cada vez más insuficientes para la comprensión de procesos que implicaban también, y sobre todo, juegos de

IV

intersubjetividad, enunciaciones prescriptivas, actividades rituales y procedimientos de referencia indiscerniblemente auto-referenciales.

Por lo que concierne al segundo, intuíamos la necesidad de contrarrestar el abismo conceptual entre saber y poder, constataativo y performativo, uso y mención, que la tradición del pensamiento moderno había zanjado a partir de la asunción iluminista de la independencia de las facultades y de la autonomía de los discursos. En este contexto, el interés por la reflexividad y la paradoja, por los juegos del lenguaje ordinario y por los procesos conflictivos sistemáticamente superpuestos a las prácticas consensuales de la interacción venía a significar algo más que una moda intelectual: era, y es, a la vez un síntoma y una tentativa de remedio "homeopático" de la supuesta crisis del conocimiento humanístico.

Mi interés se desplazó, pues, hacia el territorio de la actividad discursiva, hacia el discurso entendido como escenario de la intersubjetividad, como lugar para la constitución y confrontación de sujetos. La propia naturaleza de mi trabajo docente contribuyó también a mi atención por los objetos específicos de la comunicación de masas y de las prácticas de la comunicación "cara a cara".

El análisis del discurso, tal como yo lo entiendo, no es sino el apasionante resultado de la confluencia interdisciplinar de la filosofía del lenguaje, la lingüística textual y la retórica, de la psicología social y cognitiva, de la ciencia de la cultura y de la teoría de la información, de la sociología interpretativa y de la narratología.

No desconozco los problemas metodológicos derivados de tan efusiva interdisciplinariedad: el permanente dilema entre el inmanentismo de los métodos estructuralistas y el instrumentalismo de la pragmática, el desfase entre los niveles microscópicos de la interacción comunicativa y las estructuras macrosociológicas, etc. Son cuestiones abiertas de las que la semiótica, entendida ahora como metodología transdisciplinar y no como una disciplina escolásticamente cerrada, extrae su propia productividad.

Tal como han señalado Sbisà y Fabbri, 1985: 101, la calificación de "semióticos" aplicada a ciertos problemas de investigación ha de verse en la coyuntura presente "en cuyo ámbito la referencia a las dimensiones lingüística y semiótica se ha hecho parte integrante del hacer filosofía", no tanto por una tendencia de la filosofía a tornarse más técnica u operativa cuanto por su atracción a la interculturalidad creciente del mundo contemporáneo. El contacto de lenguas y culturas no ha podido dejar intacta la adhesión del modo tradicional de filosofar a las características de una lengua y de una cultura particulares.

VI

Así pues, y pese a mi larga separación del ámbito académico-institucional de la filosofía, yo deseo que esta memoria sea también una reivindicación modesta, pero honesta, de la semiótica como un estilo del hacer filosófico, cuya vocación transdisciplinar y transcultural pueda resultar secundariamente provechosa para los restantes.

Esta memoria trata en su primera parte de proponer el marco conceptual y epistemológico en el que su autor inscribe las abirragadas preocupaciones por la comunicación y el discurso a las que he aludido. El humor y la comicidad, que son el objeto de la parte analítica, involucran problemas de reflexividad y de paradojismo, de operación social y de construcción de la intersubjetividad que en la primera parte se exponen de modo genérico. Puede pensarse que me ocupo de un objeto frívolo o caprichoso. Lo cierto es que en mi interpretación el humor y la comicidad tienen la virtud de mostrar la condensación estructural de principios discursivos básicos y la eficiencia particular de procedimientos interactivos generales. Ilustran, pues, la validez de algunas perspectivas del análisis del discurso y la insuficiencia de aquéllas que ponen su límite en el discurso "serio" o en el discurso "informativo".

Es posible que como diagnóstico general sirva para nuestra época aquel aserto de Broch según el cual la risa es un

VII

"desesperado sucedáneo de la confianza perdida en el conocimiento". Pero ciertamente, y a pesar de mis muchas dudas sobre todas las cosas, aquí trato de confiar en la posibilidad del conocimiento de la risa. El retomar un objeto cuya investigación cuenta con precedentes tan sabios y hermosos como el ensayo de Bergson no pasaría de constituir una arrogancia si no fuera por la posibilidad de enriquecer la no siempre gaya ciencia de la risa, y de la sonrisa, con planteamientos recientes del análisis de la interacción comunicativa.

La historia personal de esa memoria está jalonada, acaso como otras muchas, de momentos de entusiasmo y de desánimo, de confianza en mi propio trabajo y de completa incertidumbre que, por suerte o por desgracia, apenas quedan traducidos en el discurso académico. No siempre he podido refugiarme en el humor para salvar las perplejidades y los disgustos que su estudio me ocasionaba. Y pese a mi convicción sobre el interés de los objetos "triviales" de la experiencia, o de la experiencia "trivial", en los que a diario se juega el orden de la sociedad y de nuestra forma mentis, y en los que, como Kafka dijera, reside lo maravilloso, ignoro si tantos aproches asedian un castillo que, como el kafkiano, equivale a sus solas defensas.

Tengo que expresar mi más afectuoso agra-

VIII

decimiento al profesor López Aranguren, director de la memoria, que me ha honrado desde que lo conozco con su atención generosa y en sí misma aliciente. A sus trabajos escritos debo muchas orientaciones valiosas para mis primeros pasos por el terreno abrupto de la comunicación. En el caso particular de este trabajo le debo observaciones decisivas sobre la naturaleza del humor, que temo no haber llegado a desarrollar como merecían.

También estoy muy sinceramente agradecido al profesor Javier Muguerza que ha soportado mis tediosas consultas y me ha orientado siempre ex abundantia cordis.

Al conocer a Cristina Peña-Marín y a Jorge Lozano tuve la primera oportunidad de compartir amistosamente mis intereses intelectuales y de salir del robinsonismo en el que me hallaba. A través de la discusión y de la práctica de investigación compartida con ellos he llegado a muchas de mis ideas actuales sobre la semiótica y sobre la cultura. La perspectiva de Cristina sobre la ironía y la perspectiva irónica de Jorge atraviesan varias páginas de este trabajo.

Como Proust escribiera de los libros, esta memoria es un gran cementerio del que se han borrado la mayoría de los nombres de las tumbas. Aun suprimiendo las connotaciones necrófilas, debo reconocer mi deuda con la biblioteca de la Facultad de Ciencias de la Información.

mación, que me ha suministrado tan gran número de epitafios. Mi agradecimiento, pues, para la cadena de responsables que ha hecho posible el estado actual de una magnífica biblioteca universitaria. La profesora Mercedes Caridad, del mismo centro, realizó para mí una búsqueda bibliográfica con sus modernos artefactos informáticos. Le estoy también muy agradecido.

 Mi reconocimiento se extiende, y de un modo especial, a las personas que me son más queridas, que han soportado generosamente las molestias propias de la convivencia con un doctorando, demasiado sustraído al gozo de su compañía.

I N D I C E

PAG.

I. UNA PERSPECTIVA CRITICA SOBRE LA COMUNICACION Y LA INFORMACION	1
1. <u>EL PARADIGMA INFORMACIONAL</u>	2
1.1. Los perfiles de las nuevas nociones.....	2
1.2. La ilusión telegráfica	7
1.3. Los códigos y los sujetos	14
2. <u>FUNCIONES Y ACTIVIDADES COMUNICATIVAS</u>	25
2.1. El uso intencional de los signos	25
2.2. Comunicación e interacción	28
2.3. Funciones del lenguaje y de la comunicación	30
3. <u>LA REFLEXIVIDAD EN EL PROCESO COMUNICATIVO</u>	36
3.1. Reflexividad y cultura moderna	36
3.2. Reflexividad lingüística y contextual	40
3.3. La metacomunicación y el marco	46
4. <u>NOTAS</u>	53
II. LA REGULACION DE LA INTERACCION COMUNICATIVA	57
1. <u>LAS REGLAS INTERACTIVAS</u>	58
1.1. Consideraciones previas	58
1.2. Las reglas y los motivos de sus usuarios	65
1.3. El modelo del juego	71
1.4. Las reglas no actúan a distancia	76
1.5. Interacción y gramática	83
2. <u>INSTITUCIONES FORMALES E INFORMALES</u>	85
2.1. La duplicidad del poder normativo	85
2.2. La institucionalización formal como limitación de la influencia contextual.....	93
2.2.1. Primera aplicación: la denotación	98
2.2.2. Segunda aplicación: el performativo explícito.....	103

2.2.3. Tercera aplicación: el acto ilocucionario directo	110
2.2.4. Cuarta aplicación: el presupuesto pragmático convencional...	117
3. <u>ELEMENTOS DE UNA PRAGMATICA UNIVERSAL</u>	120
3.1. El orden de las metarreglas	120
3.2. La competencia comunicativa	124
3.3. Principios racionales y consensuales	129
3.3.1. Perspectivas críticas	135
3.4. Los procedimientos interpretativos	139
3.5. El escenario interactivo	146
4. <u>NOTAS</u>	152
III. <u>EL MODELO DIALOGICO</u>	158
1. <u>EL DISCURSO COMO DIALOGO</u>	159
1.1. El diálogo en el lenguaje verbal y en el lenguaje icónico	159
1.2. La perspectiva dialógica en Benveniste	166
1.3. La translingüística de Bajtin	168
1.3.1. Los agentes discursivos	171
1.3.2. Intertextualidad y polifonía	174
1.3.3. La verdad y el signo	182
1.3.4. La perspectiva dialógica a partir de Bajtin	187
2. <u>LA COMPLICIDAD Y LA EXCLUSION DEL TERCERO</u>	194
2.1. La interlocutividad trascendental	194
2.2. La complicidad constitutiva del diálogo	202
2.2.1. El modelo sacrificial	207
2.2.2. Una lectura semiótica del proceso victimario	219
2.2.3. Justificación del modelo "sacrificial" de la comunicación....	228
2.3. Papeles comunicativos y papeles transmisivos	234
2.3.1. Los agentes de la transmisión	237
2.3.2. Los pseudoagentes	241
2.3.3. La estructura de doble destino comunicativo	246
3. <u>NOTAS</u>	250
IV. <u>LA INTERACCION COMICO-HUMORISTICA</u>	261
1. <u>EL HUMOR Y LA COMICIDAD COMO OBJETO DE CONOCIMIENTO</u>	262
1.1. Cotejo provisional del humor y la comicidad.....	262

1.2.	Hecho estético, ontológico y psicológico	269
2.	<u>LAS PERSPECTIVAS TEORICAS SOBRE EL HUMOR Y LA COMICIDAD</u>	275
2.1.	Presentación	275
2.2.	La perspectiva biologista e institutivista	277
2.3.	La perspectiva afectiva	281
	2.3.1. Teoría de la sorpresa	282
	2.3.2. Teoría del alivio emocional	283
	2.3.3. La propuesta freudiana	284
	2.3.4. Teorías de la ambivalencia	291
2.4.	La perspectiva cognitiva	292
2.5.	La perspectiva conativa	301
	2.5.1. La afirmación del testigo	302
	2.5.2. Reflexividad y ambivalencia: Enseñanzas de Charlot.....	307
3.	<u>LA RISA Y LA SOCIEDAD</u>	321
3.1.	La desublimación	321
3.2.	La neutralización de la amenaza	326
3.3.	La función mitigadora	330
3.4.	Libertad y constricción	333
4.	<u>PERSPECTIVAS SEMIOLINGUISTICAS</u>	342
4.1.	Rasgos del "lenguaje cómico"	342
4.2.	¿Lenguaje cómico o discurso cómico?	345
	4.2.1. Digresión metodológica	353
4.3.	La degradación por neutralización	356
4.4.	Degradación cómica vs. degradación humorística	363
5.	<u>NOTAS</u>	
V.	DOS INSTITUCIONES COMICAS: LA IRONIA Y LA BROMA	380
1.	<u>LA IRONIA</u>	381
1.1.	Analogías y diferencias entre ironía y broma	381
1.2.	La naturaleza de la ironía	386
1.3.	La ironía como antifrasis, como estrategia conversacional y como cita	389
1.4.	La función "defensiva" de la ironía.....	397
1.5.	La función consensual	400

2.	<u>LA BROMA</u>	405
2.1.	La naturaleza de la broma	405
2.2.	El proceso cognitivo de la broma	411
2.3.	La dimensión pragmática	421
2.4.	Para una gramática de la broma	425
3.	<u>NOTAS</u>	429
VI.	RECAPITULACION Y CONCLUSIONES	432
VII.	BIBLIOGRAFIA CITADA	453

CAPITULO I:

UNA PERSPECTIVA CRITICA SOBRE LA COMUNICACION Y LA INFORMACION

"Para comprenderse a sí mismo, el hombre necesita que otro le comprenda. Para que otro le comprenda, necesita comprender al otro".

T. Hora

1. EL PARADIGMA INFORMACIONAL

1.1. Los perfiles de las nuevas nociones

En el primer decenio del siglo, y en su obra Social Organization, Ch. Cooley escribió que la comunicación "es el mecanismo por el que las relaciones humanas existen y se desarrollan; incluye todos los símbolos del espíritu con los medios de transmitirlos a través del espacio y de mantenerlos en el tiempo. Incluye la expresión del rostro, las actitudes, los gestos, el tono de la voz, las palabras, los escritos, el impreso, los ferrocarriles, el telégrafo, el teléfono y todo cuanto conduce a toda última culminación de la conquista del espacio y del tiempo (citado por Mucchielli, 1971: 32). Si algo queda claro es tan prolija definición, que, por cierto, se restringe a la comunicación humana, es el optimismo teórico que en ella sugiere un nuevo paradigma de la ciencia social consecuente con las innovaciones tecnológicas de la época (ferrocarriles, telégrafo, teléfono) y con la tendencia expansionista del capitalismo contemporáneo ("la conquista del espacio y del tiempo"), pero también deudor de la tradición filosófica europea ("los símbolos del espíritu") y de las más recientes inquietudes de la psicología: gestualidad, expresión facial, etc. No hay que olvidar que Ch. Darwin habría desbrozado el camino teórico de la "comunicación verbal", y que en 1900 W. Wundt había publicado su Völkerpsychologie (Wundt, 1973) obra en la que la expresión gestual se trataba como "espejo fidedigno del hombre en la totalidad de sus realizaciones psíquicas" y en la que junto al estudio de la sintaxis gestual se presentaba una tipología de gestos no muy diversa de algunas recientes.

El citado texto de Cooley, como otros textos contemporáneos en los que brotaba la nueva episteme comunicacional, testimonia la bien conocida presión de los procesos socioeconómicos y tecnológicos sobre el discurso teórico-científico. Si los autómatas hidráulicos y la relojería estimularon el modelo cartesiano de la "máquina" para la explicación fisiológica, si la física de Newton sugirió la física social (son ejemplos de Wilden, 1978: 605), no es de extrañar que la proliferación de los medios de transporte y de canales de información, junto a la expansión colonialista y neocolonialista a otros espacios y a otros "tiempos históricos", contribuyeran a una nueva concepción de las relaciones humanas basada en la circulación de información y en el intercambio. La emergencia de prácticas científico-técnicas directamente aplicadas al desarrollo de la nueva tecnología: teoría de la información, informática, cibernética, etc. también iría contribuyendo al diseño de ese paradigma informacional que, a través de versiones más o menos vulgarizadas, fue incorporando por los lingüistas, como Jakobson, los antropólogos, como Lévi-Strauss, y otros científicos sociales.

Pagès ha señalado que en el siglo XIX, marcado por el predominio de la producción material y del trabajo manual, o, si se prefiere, por la primacía de los intercambios energéticos sobre los informacionales, el contenido que hoy incluimos en la extensión del concepto "comunicación" no podía ser visto sino como "superestructura" (Marx), "reflejo" (Engels) o epifenómeno. El siglo XX ha conocido la emergencia del trabajo por y sobre signos como actividad dominante y la mecanización de ese trabajo mediante máquinas audiovisuales, lingüísticas, lógicas, etc. (Pagès, 1980: 756). En los últ

timos decenios este proceso se ha convertido en el centro mismo del desarrollo tecnológico, sin que sus consecuencias para el discurso científico, para la estructura social y para el propio lenguaje ordinario sean enteramente predecibles: "Desde hace unos veinte años el gran negocio (...) es el de la transformación del lenguaje en mercancía rentable: las frases consideradas como mensajes que codificar, descodificar, transmitir y ordenar (en paquetes), reproducir, conservar, tener a mano (memorias), combinar y concluir (cálculos), oponer (juegos, cibernética). Además del establecimiento de la unidad de medida, que es asimismo una unidad monetaria: la información. Los efectos de la penetración del capitalismo en el lenguaje no han hecho más que comenzar. (...) El lenguaje es por entero vínculo social (la moneda no es más que uno de sus aspectos, el contable (...)) Son pues las obras vivas de lo social las que van a verse desestabilizadas por esa penetración, por ese acoso" (Lyotard, 1985: 52).

La reorganización de la actividad económica y de los comportamientos sociales en el sistema de consumo, que promueve una erosión creciente de la función material o "de uso" de los objetos y la permanente sustitución de los significantes, es otro factor decisivo en el reemplazo de los paradigmas energéticos por modelos informacionales.

No hay que olvidar la intensa interferencia entre el discurso científico y los restantes discursos sociales que también caracteriza a nuestra época. El habla cotidiana o los mensajes de los medios de difu-

sión han incorporado la terminología básica de la(s) teoría(s) de la comuni-
 cación, y la misma noción común de "comunicación", por lo general opuesta a
 "incomunicación", señala una aspiración fundamental de la sociedad actual: el
 mantenimiento de los lazos afectivos y simbólicos de la comunidad tradicio-
 nal frente al predominio de las comunicaciones verticales de la cultura de
 masas. No le falta razón a Wilden cuando señala que lo que la gente suele ~~de~~
 nominar "incomunicación", por ejemplo, entre padres e hijos, consiste más
 bien en una imposibilidad de dejar de comunicarse directa o imaginariamente,
 pues, en efecto, la comunicación, como la "conducta", no admite interrupcio-
 nes; pero en el discurso social, "incomunicación" designa más bien las reales
 o imaginarias secuelas de atomización, desintegración y pérdida de reciproci-
 dad simbólica que conlleva la sociedad de los mass media.

Connota también la creencia de que los nuevos medios
 de comunicación pública y sus lenguajes alteran las condiciones de reciproci-
 dad y de transparencia que, supuestamente, se habrían dado en los procesos
 comunicativos preindustriales o premediáticos. Lo cierto es que si el lenguaje
 sirve para comunicar mensajes sirve también para distorsionarlos y encu-
 brirlos: "para encubrirlos, por supuesto, cifrándolos, a aquellos a quienes
 no están destinados y podrían captarlos; pero también a los mismos destina-
 rios e incluso, apurando las cosas, a los mismos emisores" (Aranguren, 1975:
 137). Nuestra sociedad conoce numerosísimos ejemplos de tales tergiversacio-
 nes, como la consistente en que las audiencias oficiales de ciertos mensajes
 (políticos, propagandísticos), no coincidan con sus destinatarios efetivos, y
 no sean sino una instancia "seudodestinataria".

La popularización de la noción de "discurso" también patentiza la percepción social del nuevo sistema: cuando se hablaba de "ideas" o "pensamientos", los de tal personaje o cual época, se aludía a un estado del espíritu, y a la producción propia de un sujeto individual o colectivo. La noción de "discurso" expresa más bien que la mente es un punto de una red de comunicación (Wilden, 1978: 605-606), y que ya no se trata de ideas sino de mensajes que discurren por un entramado global.

No es de extrañar que numerosos teóricos hallan hablado de una "nueva Edad Media" o, con un sentido similar, de las analogías entre la sociedad "posmoderna" y las sociedades "premodernas". Wilden, por ejemplo, entiende que hasta la física mecanicista de la era moderna predominó una "cosmología comunicacionista": la dialéctica aristotélica proponía una materia organizada, "informada" por el eidos, es decir, el predominio del orden de la información sobre el orden de la materia-energía. El Dios medieval era también un principio informador y regulador de todos los sistemas de relaciones, un "principio cibernético" (Wilden, 1978: 623).

Por lo que se refiere a sus propiedades semióticas, no es difícil percibir analogías entre nuestra cultura "semiócrata" donde todo intercambio remitiría a la verdad última del código que gobierna los signos, y la cultura "simbólica" medieval tal como Lotman la describe, es decir, basada en una fuerte semantización y gobernada por las relaciones estructurales, paradigmáticas de los signos (Lotman, 1979: 43-53).

Me anticipo a las reservas del lector frente a estas aventuradas comparaciones, reconociendo que, en todo caso, la cultura medieval no podía por menos de remitir a un orden trascendente en el que se fundamentaba el valor y el sentido último de sus signos, en tanto de nuestra cultura, desde la modernidad, busca su autodeterminación y el cierre de sus representaciones, y que, fuere cual fuese su noción de información, distaba mucho de la información operacional de nuestros días, que pierde su función representativa en la medida en que se inscribe cada vez más en los propios dispositivos de organización y gestión sistemática de la economía y la sociedad, tal como denuncian los críticos de la tecnocracia.

1.2. La ilusión telegráfica

No es ya posible hablar de comunicación sin hacer referencia al "modelo informacional", sea para aceptarlo, sea para someterlo a crítica o, como en este caso, señalar los límites de su aplicación teórica. Como es bien sabido, la concepción informacional halló su expresión más influyente en la "Teoría Matemática de la Comunicación", aparecida en 1949, de Shannon y Weaver (1972), y a lo largo de los años cincuenta, un modelo cuyos destinatarios naturales eran los ingenieros interesados en optimizar los canales técnicos de transmisión y en economizar los recursos energéticos invertidos en la emisión de señales, fue extrapolado a las ciencias del comportamiento, con el éxito que hoy conocemos.

Muy sumariamente, para la teoría informacional (T.I.) no son relevantes las cuestiones semánticas. En tal sentido es inexacta la afirmación de Greimas y Courtés, 1979: 189, de que la T.I. sólo toma en cuenta "el plano de significante", puesto que el concepto de significante sólo es pertinente si lo son el de significado y el de significación, y la T.I. se interesa más bien por las "señales", sea en cuanto transformaciones energéticas, sea como unidades formales repertoriadas en un código. La T.I. tampoco hace pertinente la pragmática de la comunicación, es decir, el examen de los usos y sentidos a los que los mensajes pueden servir en la interacción social.

En la T.I. el mensaje es una secuencia de señales seleccionadas de una fente por un emisor. Las fuentes de señales carecen de memoria cuando la ocurrencia de una señal determinada no influye en posteriores ocurrencias: en el caso de una moneda no lastrada cuyo lanzamiento al aire siempre ofrece la misma probabilidad de caída en cara o en cruz, es decir, 1 bite de información, una opción binaria. En las fuentes con memoria, la probabilidad de aparición de una señal varía a medida que la fuente emite (Escarpit, 1977). Así, la probabilidad de aparición de la letra "u" tras la "q" en un texto escrito en español, es muy superior a su probabilidad estadística media en el alfabeto, es decir, tomando el alfabeto como un repertorio de señales equiprobables. En suma, las fuentes con memoria cuentan con un sistema de probabilidades superpuesto a su teórica equiprobabilidad inicial. Ese sistema es un código, una norma que constriñe la aparición de señales y las hace, por tanto, más o menos predecibles en un mensaje dado. Hay que obser-

var que en el contexto informacional "código" suele designar conjuntamente el repertorio de señales y sus constricciones combinatorias o sintácticas.

En fin, la información misma no es sino la medida de la probabilidad de aparición de un mensaje o señal y, desde el punto de vista operativo, la medida de la libertad de elección de que dispone un emisor al seleccionar un mensaje o señal entre varios posibles (una exposición detallada de los aspectos matemáticos de la teoría se ofrece en Singh, 1972).

Puesto que las señales circulan de una fuente a un destino, el modelo informacional propone una elegante simetría: entre el emisor, operador de la codificación y el receptor, operador de la descodificación. El canal es el soporte técnico de las señales que vinculan de uno a otro punto.

La noción indefectiblemente ambigua de "comunicación" ha alentado la tentación de transportar un mismo modelo a dominios radicalmente heterogéneos. Las corrientes funcionalistas y behavioristas de la sociología y de la psicología social han sido especialmente sensibles a esta tentación porque el informacionalismo facilitaba su inclinación epistemológica a un "sistema de relaciones de interdependencia funcional, cuantificables y formalizables, entre elementos empíricos descompuestos en variables". (Quéré, L., 1982: 18). Por otra parte, el esquema E-M-R (Emisor-Mensaje-Receptor) sugiere más fácilmente la objetivación de la acción comunicativa en términos de estímulo-respuesta que en términos de interacción simbólica o estratégica.

La evidencia empírica de los (dos) sujetos comunicantes ahorra a la metodología positivista el rodeo por una tercera instancia mediadora que, si bien es superflua para el ingeniero, el teórico social no puede ignorar: la dimensión simbólica de la interacción, las instituciones sociales, y entre ellas el mismo lenguaje, y en fin cualquier implícita construcción cultural de las prácticas y de las representaciones quedan fuera de esta perspectiva. Acaso porque, como Quéré señala, el paradigma empirista "objetiva la comunicación en las categorías de la práctica y los esquemas de representación del sistema sociocultural del que emerge", al que es isomorfo y tautológico, y al constituir su objeto "reproduce implícitamente en la operación de conocimiento la racionalidad, también implícita, de un funcionamiento social en el que predomina la perspectiva de una disposición técnica de los procesos sociales con fines de racionalización de la actividad social" (ibíd.: 27).

En efecto, la evidencia empírica del esquema E-M-R, su misma conformidad con una intuición "espontánea", advierte sobre un posible sistema subyacente de representación de lo social que toma a los sujetos por átomos intercambiables y a las acciones por vectores unidireccionales.

Lyotard, 1984: 38-39, ha señalado la insuficiencia y la domesticidad del modelo cibernético-informacional, y la posible alternativa para el examen y la modificación de la relación social que podría hallarse en el modelo de los juegos del lenguaje de origen wittgensteiniano: "En una sociedad donde el componente comunicacional se hace cada día más evidente a la

vez como realidad y como problema, es seguro que el aspecto lingüístico adquiere nueva importancia (...) Los mensajes están dotados de formas y de efectos muy diferentes según sean, por ejemplo, denotativos, prescriptivos, y valorativos, performativos, etc. Es seguro que no sólo funcionan en tanto que comunican información. Reducirlos a esa función es adoptar una perspectiva que privilegia indebidamente el punto de vista del sistema y su solo interés. Pues es la máquina cibernética la que funciona con información, pero por ejemplo los objetivos que se le han propuesto al programarla proceden de enunciados prescriptivos y valorativos que la máquina no corregirá en el curso de su funcionamiento (...) La teoría de la información en su versión cibernética trivial deja de lado un aspecto ya subrayado, el aspecto agonístico". De ahí que el autor proponga la exploración de la inconmensurabilidad de los regímenes de frases, aproximándose, junto a las vanguardias literarias, científicas y artísticas, a las posibilidades y a las prácticas del lenguaje ordinario, e interesándose por las paradojas en las que esa inconmensurabilidad se desvela (Lyotard, 1985).

La vieja concepción conductista de la "aguja hipodérmica", según la cual los mensajes masivos influyen directamente a un público pasivo (1) fue morigerada por la teoría del "flujo comunicativo en dos etapas", que consideraba la figura intermedia de los "líderes de opinión" y, más en general, la eficiencia de las relaciones personales, "horizontales", en el proceso de la comunicación de masas. Estudios psicológicos experimentales, como el clásico de Klapper, 1974, también vinieron a cuestionar que los emisores "di-

ciales" de los medios masivos fueran causa necesaria ni suficiente de las opiniones del público-receptor. Los defensores de la denominada perspectiva de los "usos y gratificaciones" han llamado igualmente la atención sobre la estrechez de miras de los estudios de los "efectos de la comunicación" que sólo atienden a mensajes específicos y a funciones y efectos a corto plazo (Katz, Blumler y Gurevitch, 1979: 128-135). Los elementos básicos del modelo de usos y gratificaciones son: 1) la concepción de la audiencia como activa; 2) el reconocimiento de la iniciativa de los miembros de la audiencia para enlazar la gratificación de las necesidades y la elección de los medios; 3) la observación de que los medios compiten con otras fuentes alternativas de satisfacción de necesidades; 4) el reconocimiento de que los propios miembros de la audiencia pueden proporcionar datos sobre los objetivos de uso de los medios; y 5) la exhortación a dejar en suspenso los juicios de valor sobre la significación cultural de las comunicaciones de masas mientras no se exploren las orientaciones de la audiencia en sus propios términos (Valbuena, 1976: 74).

Pero aun cuando estas corrientes hayan revalorizado el papel activo de los públicos y hayan tomado en cuenta procesos psicológicos involucrados en la recepción: atención y retención selectivas, imágenes de los emisores, etc., no han llevado a cabo un cambio de problemática ni una reconstrucción de su objeto, sino un mero refinamiento de los métodos tradicionales. Es de advertir, así, que el implícito reconocimiento de un entorno sociocultural activo en la teoría de la "influencia personal" no ha conducido a un cuestionamiento de modelo lineal E-M-R. O que la revalorización de las "predispo

siones del público" no ha conllevado una redefinición del receptor como sujeto competente, es decir, dotado de disposiciones virtuales de conocimiento y acción. En los estudios empiristas más avanzados las predisposiciones son variables en interdependencia funcional con otras variables como las normas del grupo o la influencia de los líderes de opinión, pero la cuestión de si normas, representaciones y actitudes de unos y otros hallan un marco subyacente en el que se modelizan, se concilian o se enfrentan, y de cómo y por qué ello ocurre más allá de la situación experimental, no hallan una explicación suficiente. De modo que tampoco se puede atisbar un horizonte explicativo de la influencia global de los medios masivos sobre la sociedad, o de las estructuras sociales sobre los medios.

Como he señalado, el modelo E-M-R propone una estricta simetría (es decir, equivalencia funcional y virtual reversibilidad) entre la operación emisora y la receptora, respaldada por la comunidad del código. Si tal relación simétrica es propia de los procesos técnicos de transmisión de la información, no lo es en absoluto de los procesos de comunicación social y/o interpersonal para cuya explicación se ha exportado el modelo.

La supuesta simetría entre emisión y recepción reduce la función receptiva a una mera identificación (un "referéndum semántico", diría Barthes) por parte del receptor de los elementos signícos codificados por el emisor. Y reduce también, y paradójicamente, la auténtica relación simétrica que se sigue del hecho, en general inaceptable para las teorías telegráficas, de que la recepción es también una actividad, una reconstrucción o

postulación del sentido análoga a la que involucra la producción emisiva del mensaje. Como señala Aranguren, 1975: 11, "el proceso de recepción no consiste necesariamente, ni mucho menos, en una mera y pasiva "aceptación" (...) Normalmente, hasta la conformidad desencadena un proceso efector y por tanto hay que mantener a la vista el sentido siempre activo de la palabra "respuesta" (sentido muy visible en expresiones tales como "dar una respuesta adecuada", "le respondió como se merecía", etc.).

1.3. Los códigos y los sujetos

Conforme a la "ilusión telegráfica" de las teorías de inspiración informacionalista, emisor y receptor son instancias vacías a las que corresponde una función meramente instrumental: en el caso de sociólogos y psicólogos sociales como A. Moles son los códigos, lógicamente anteriores a, e independientes de los mensajes, quienes garantizan una comunicación óptima, es decir, y nuevamente, una plena simetría entre los momentos emisor y receptor. Moles define el mensaje como "un grupo ordenado, terminado, de dementos extraídos de un repertorio, que constituye una secuencia de signos reunidos según ciertas leyes: las de la ortografía, gramática, sintaxis y logica" (Moles, 1971: 109). La única operación que en la definición se invoca es la de "extracción": no es infrecuente en el discurso informacionalista el recurso a metáforas relacionadas con la lotería. En el estructuralismo lingüístico clásico, como es bien sabido, también prima la institución (la len-

gua, el código) sobre el sentido y sus operaciones productoras (el hablar, el mensaje). El sentido no aparece mediatizado por el deseo, el saber o el poder de expresión, que serían ingredientes de la competencia de los locutores, sino enteramente predeterminado por las normas o límites de uso de la gramática. De esta forma, en ambas concepciones el sujeto más que hablar "es hablado" por el código. Al mismo tiempo, sólo el código posee memoria, en el sentido informacional que más atrás he comentado, mientras que los sujetos comunicantes son entidades amnésicas.

"Los intentos de construir un modelo del lenguaje sin relación alguna con el hablante o con el oyente -señala Jakobson-, hipostasiando un código aislado de la comunicación efectiva, corren el riesgo de reducir el lenguaje a una ficción escolástica" (citado por Lozano, 1984: 150).

Ahora bien, no toda la tradición estructural ha vuelto la espalda a los procesos de actividad y de interpretación "subjetivas". La corriente de la lingüística de la enunciación, iniciada por Benveniste y continuada por Greimas o por Ducrot, aun siendo deudora del aparato teórico estructuralista, propone una concepción de los sujetos como instancias dotadas de "una competencia particular e inscritas en un devenir" (Greimas y Courtés, 1979: 189). Pero estas investigaciones no se orientan a producir discursos sobre el sujeto, sino más bien descripciones de la producción de efectos de subjetividad en las prácticas discursivas (Sbisà, 1983: 100). En mi opinión los supuestos teóricos que caracterizan esta perspectiva son fundamentalmente cuatro:

1) Principio de no transparencia del sujeto, cuya manifestación discursiva es siempre un "simulacro". El sujeto es una instancia presupuesta como operador necesario de las acciones textuales. Es incluso más un horizonte, un límite de la descripción que un objeto (Sbisà, 1983: 102).

2) Principio de no unidad: la acción subjetiva se presenta en el texto-discurso como un entramado de instancias múltiples relativas a estrategias enunciativas o discursivas múltiples. Se desestima, pues, la unidad empírica de un sujeto locutor, "autor", etc.

3) Principio de ilimitación: las "marcas de subjetividad" remiten a una cadena de instancias enunciativas a la que el análisis no siempre puede poner un límite: así, las "voces" del discurso de Bajtin, que luego tomaré en cuenta con mayor atención, se superponen como una trama de ecos, de menciones o de citas en la que no siempre se alcanza una última instancia positiva, responsable final del discurso. Como también ha señalado Sbisà, ibíd.: 103, la cadena de los sujetos textuales, de los receptores y de las interpretaciones es una variación, en el ámbito de la subjetividad lingüística, del tema peirceano de la semiosis ilimitada.

4) Principio del modelo actancial: Más allá de la descripción empírica, se suele partir de algún modelo de gramática profunda de las figuras actanciales, como la gramática de casos de Fillmore, o el modelo actancial de Greimas, en el que se articulan a un nivel lógico-semántico, o semántico-narrativo, los

roles profundos de las acciones textuales.

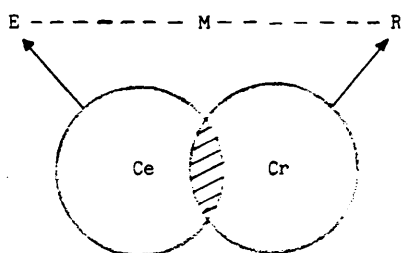
Desde el ámbito de la sociolingüística, conceptos como el de "competencia comunicativa" de D. Hymes o el de "competencia pragmática" de J. Habermas, D. Wunderlich y otros, permiten abordar la comunicación de un modo contextual y diferenciado según la capacidad de los actores para poner en juego reglas sociales y para discriminar situaciones. Los conocidos estudios de Halliday, 1982, han considerado las variables situacionales y/o sociales que intervienen en la movilización de recursos semánticos por parte del hablante. Las no menos conocidas investigaciones de Bernstein, 1964, sobre contextos socializadores críticos han puesto de manifiesto que los códigos verbales desarrollados por las distintas clases sociales, códigos "elaborados" y "restringidos", orientan de modo diferenciado hacia determinadas áreas de significado y de comportamiento.

En esta línea de preocupaciones no han faltado investigaciones sobre las comunicaciones de masas en las que la simetría de emisor y receptor y de sus respectivas operaciones codificadora y decodificadora se cuestiona radicalmente. S. Hall, 1981, ha criticado lo que cabría llamar la "ilusión del buen entendimiento" de los mensajes masivos: no basta con que emisores y receptores utilicen las mismas formas signícas (elementos léxicos, expresiones) para dar por supuesta su reciprocidad o su homogeneidad de código. Sin duda, cualquier proceso comunicativo pone en juego reglas intersubjetivamente reconocibles pero, tal como proceden las reglas integrativas o las

pautas de interpretación documental de las que han hablado los etnometodólogos, un mismo signo o acción puede ser subsumido por el intérprete en un diferente contexto de significado o en un diverso modelo de comportamiento. En otras palabras, la percepción de una homogeneidad semiótica superficial ha conducido habitualmente a los estudiosos positivistas, por ejemplo a los practicantes del análisis de contenido tradicional, a ignorar que los actores recurren a contextos integradores, a estructuras de comprensión de los acontecimientos que constituyen su estructura profunda.

El prejuicio elitista de muchos profesionales y teóricos de la comunicación o de la información puede llevar a interpretar como códigos deficitarios o anómalos de los destinatarios lo que no son sino modalidades subculturales específicas de interpretación (Eco, 1979a). Elitismo que se suma a una concepción eufóricamente consensual de los procesos comunicativos, en la que no es posible advertir cómo la dimensión contractual y polémica se interpenetran, cómo por ejemplo una conversación requiere de la cooperación y del "contrato fiduciario", pero también de las confrontaciones tácticas y de la diversidad de estrategias, es decir, de la orientación hacia metas no necesariamente coincidentes.

El informacionalismo ortodoxo ha llegado a plasmar su "reconocimiento" de las divergencias comunicativas en esquemas como éste (presentado, entre otros lugares, en Mucchielli, 1971: 19):



El emisor y el receptor comparten una mayor o menor extensión de elementos de sus respectivos "repertorios", que son coextensivos, y los signos pueden entenderse como elementos atómicos sin otra propiedad relacional que la de pertenecer a un conjunto o a la intersección de dos conjuntos (2).

Como sabemos desde el gestaltismo el atomismo fenoménico es ajeno a nuestro proceder perceptivo. Los signos, si es que nos comunicamos mediante signos y no, más bien, mediante configuraciones textuales, de cualquier sistema sémico están regular y jerárquicamente organizados (lo sabemos, también desde las primeras teorías lingüísticas funcionales) y, sobre todo, los códigos no son generalmente "superponibles", porque lo que les diferencia no es la cantidad, ni siquiera la cualidad de los signos que incluyen, sino su estructura, es decir, su organización sintáctica y semántica. Pero, aún más, la imagen de una pura "exterioridad" de los agentes comunicativos respecto a los códigos también falsea la dimensión pragmática de la comunica-

ción: los emisores y receptores no sólo pueden recurrir, y recurren habitualmente, a códigos diversos, sino que se relacionan con ellos de modo distinto. La enunciación lingüística, por ejemplo, se caracteriza por la adopción de diversos modos o estilos de relación con el propio lenguaje, además de con los contenidos en él propuestos o con los interlocutores.

Y en fin, no sólo la noción de "reportorio de signos", sino el mismo concepto de código (y por tanto de "codificación" y "descodificación") es inadecuado para la explicación de la mayoría de los comportamientos comunicativos humanos.

Por un lado, la "codicidad" es mucho más cierta de lo que pretende el informacionalismo, si con el término "codicidad" se alude al sistema categorial de la cultura y a la constricción sistemática de la acción o de la interpretación a que está sometida cualquier experiencia humana. Y en este sentido la noción de "improbabilidad" que maneja el informacionalismo es equívoca: lo desconocido repugna al universo cultural y, como ha señalado Morin, la información se inscribe siempre en la redundancia, en alguna estructura previa de pensamiento.

El sentido no es tampoco un producto del azar o del arbitrio; como Barthes escribiera, sólo es posible en un régimen intermedio entre la redundancia y la libertad, es decir, en la "libertad vigilada". Pero ello no significa que el azar y la necesidad, o kaos y nous, se distribuyan los papeles, porque ¿según qué imperativo lo harían, el de uno o el de o-

tro principio?, sino que, una vez más, orden y desorden, constricción y espontaneidad, organización y entropía dependen del nivel de observación (3). El criterio de probabilidad/improbabilidad sirve de muy poco fuera de la referencia a un contexto, a un tipo de discurso, a un género de prácticas sociales.

Y así, la supuesta improbabilidad de ciertas asociaciones léxicas (por ejemplo, entre sustantivos que designan seres inanimados y verbos que designan actos propios de seres vivos), plausible en ciertos contextos, no debe generalizarse por un puro prejuicio estadístico o por una reducción positivista de la gramaticalidad. Basta con tomar textos poéticos, como éste de B. Peret: "El aire, en su estado normal, constantemente secreta pimienta, que hace que la tierra estornude" (Stilman, rec., 1967: 245), para advertir que tal improbabilidad es el resultado de una restricción del corpus de observación a cierta clase de textos. Basta con tomar en cuenta ciertos textos poéticos o discursos cotidianos, a los que el crítico positivista incluirá frecuentemente entre los usos "no serios" del lenguaje, para admitir que tales asociaciones léxicas no son ni más ni menos probables que otras.

Una cultura es un sistema de limitaciones de lo que puede, y de cómo puede, ser sabido y dicho. Foucault condensó estas nociones en su concepto de "archivo": la ley que define la enunciabilidad de una sociedad, el "sistema general de la formación y de la transformación de los enunciados" (1970: 221).

Cuando una información no es traducible a la estructura

de enunciabilidad de una sociedad, o de un grupo social particular, es simple y llanamente imperceptible. Es el imperativo que, en términos de Piaget, podría denominarse principio de asimilación. Pero, sin duda, las estructuras socioculturales contienen, aún dentro de su disposición teleonómica, posibilidades de acomodación, es decir, de conversión de la in-formación en principio de trans-formación estructural. Goldmann, 1972: 72-73, lo ha explicado de este modo: "En el transcurso de toda elaboración colectiva de una visión del mundo, que forma parte de una tendencia a la realización de un equilibrio entre un sujeto colectivo - un grupo- y su medio social y natural, tarde o temprano ha de manifestarse, en efecto, un proceso opuesto y complementario que creará una tensión, designada por Marx como conflicto entre las relaciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas, y que Piaget llama, en el plano psicológico, antagonismo entre la asimilación a las estructuras mentales existentes y la acomodación a las estructuras del mundo exterior.

Efectivamente, todo proceso de estructuración implica la tendencia a incorporar al equilibrio que aquél tiende a crear un campo cada vez más vasto del mundo circundante, social y físico (...).

Todo proceso de equilibración deja de constituir, tarde o temprano, la respuesta óptima a la necesidad de encontrar un equilibrio significativo entre el sujeto colectivo y su mundo circundante. Entonces aparecerán, en el interior mismo del proceso inicial, fenómenos de lo que Piaget llama acomodación a la realidad, es decir, procesos de estructuración orienta

dos hacia un nuevo equilibrio".

Pero la "codicidad" es también menos cierta de lo que pretende el informacionalismo si se atiende a la dimensión "microestructural" de los discursos cotidianos y de la acción intersubjetiva.

En este nivel de los procesos comunicativos, el recurso a reglas y convenciones va inseparablemente ligado a su modificación, y los usuarios de los códigos sociales son inseparablemente agentes de su transformación.

La conversación, que es en gran parte un precipitado de estrategias de ambigüedad y de sobreentendido, no es posible sin un recurso sistemático a elementos no codificados. Eco, 1977: 232-248, manteniéndose aún en una lógica del código, identifica dos formas básicas de extracodificación: en la "hipercodificación", el intérprete debe postular junto a una regla previa y conocida, una subregla adicional; es el caso de la interpretación de una imagen poética nueva ante la cual el lector debe inferir contextualmente, mediante relaciones del tipo parte/todo, especie/género, etc., los sentidos no codificados por "el diccionario". Es también el caso de los sobreen tendidos conversacionales. La hipercodificación complica una función semiótica preexistente: "por un lado, mientras que el código asigna significados a expresiones mínimas, la hipercodificación regula el sentido de ristas más macroscópicas (...); por otro, dadas determinadas unidades codificadas, se las

analiza en unidades menores a las que se asignan nuevas funciones semióticas, como ocurre cuando, dada una palabra, la paralingüística hipercodifica los diferentes modos de pronunciarla asignándoles diferentes matices de significado" (íbid.: 239). En la "hipercodificación", o codificación imprecisa, el intérprete desconoce una regla interpretativa general y ha de recurrir a alguna hipótesis global y ad hoc; es el caso del encuentro con alguna situación nueva o exótica, no estereotipada previamente por el sujeto, y ante la cual ha de postular alguna significación orientativa.

En extracodificaciones como las citadas, el sujeto no dispone de un código en sentido estricto. Ha de poner en juego, por tanto, una competencia comunicativa general, ha de recurrir a los procedimientos interpretativos (el concepto es procedente de la etnometodología) que constituyen algo así como la estructura profunda de los códigos, los principios orientadores de la aplicación de reglas particulares.

No he agotado, ni por asomo, la exposición de posibles críticas a la extrapolación del modelo informacional y a las teorías positivistas de la comunicación conexas con él, pero en páginas sucesivas ofreceré nuevos elementos que orientan esta perspectiva crítica.

2. FUNCIONES Y ACTIVIDADES COMUNICATIVAS

2.1. El uso intencional de los signos

Mensaje y sentido no son equivalentes. Nos ahorraríamos un difícil problema con la simple afirmación de que un mensaje involucra la intención de comunicar, al menos desde el punto de vista de la interpretación de quien lo recibe, pero, como sabemos, la noción de intención es al menos tan vaga y huidiza como la de comunicación.

Puede admitirse la denominación de "significación natural" de Grice, 1971, para aquellos procesos significativos en que el intérprete no atribuye necesariamente a alguna instancia la intención emisora o comunicativa. Así, yo veo a lo lejos una columna de humo y esto significa para mí la existencia de un incendio, sin que con ello interprete que alguien trata de hacerme llegar un mensaje. En un "western", el indio de las praderas, ante la misma situación, podría hallar un sentido "no natural": alguien trata de comunicarle algo.

Los mensajes son una subclase de los hechos significativos, y todo mensaje, toda comunicación, propone o presupone algún tipo de sentido, aun cuando sólo fuera el de presentarse como tal mensaje, es decir, como intento de alguien de comunicar algo: me encuentro, por ejemplo, en un país cuyo idioma desconozco, y una persona me habla; puede que ni sus palabras ni sus gestos tengan para mí otro sentido que el de su pre-

tensión de hablarme, pero al menos tienen ese. Este sentido "notificativo" (el término procede de Prieto, 1967), es la condición necesaria y suficiente para que un hecho significativo pueda ser considerado como mensaje, porque el uso intencional de cualquier lenguaje no conlleva la necesidad de un exhaustivo control intencional de cuantas expresiones pueda generar. Si, por ejemplo, mi interlocutor me dice que "trabaja como un negro" yo puedo pensar que su enunciado entraña cierto sentido racista sin, por ello, atribuir al hablante una neta pretensión racista; puedo, eso sí, atribuirle ocasionalmente la falta de pretensión de no serlo. O, en otras palabras, puedo conferir un distinto valor significativo al enunciado en cuanto fórmula cristalizada de un lenguaje (pues el lenguaje, escribía Marx, es "cultura en estado práctico") que en cuanto expresión "instrumental" de un sujeto. En todo caso asumo, todos los hablantes asumimos, que las intenciones "conscientes" no versan sobre todos y cada uno de los elementos y relaciones lingüísticas que ponemos en juego al hablar.

Fero tampoco la intención notificativa es necesaria -mente "consciente" en el sentido de una psicología rudimentaria. Aún más, ni siquiera es una intención psicológica en ningún sentido. Intención de comunicar no significa "deseo de comunicar" como instancia precedente al propio orden comunicativo. Por decirlo en palabras de P. Ricoeur, en este caso el carácter de deseable manifestaría más bien la pertenencia del deseo al propio orden del lenguaje (Ricoeur et al., 1977: 38). La intención, en este contexto designa un motivo de la acción (comunicativa) y los motivos son parte sustan-

cial de las acciones humanas: bien sean retrospectivos, prospectivos o interpretantes, los motivos no son sino justificaciones racionales del comportamiento que proporcionan su explicación de manera homóloga a como las causas proporcionan explicaciones en el mundo físico. Como señala Ricoeur, *íbid.*:39, la pregunta por los motivos intencionales es una pregunta por la distancia fenomenológica consustancial a la acción humana: distancia entre medios y fines, entre acción inmediata y objetivos o, como querría Greimas, entre virtualidad y realización de un hacer narrativo. Dicho de otro modo, el problema de la intención comunicativa debe ser tratado como problema de intencionalidad fenomenológica antes que de intención psicológica. El último término, el sentido (intencional) de los mensajes emerge de la propia situación de intercambio. Como señala Ricoeur, en los empleos de la palabra "intención" reconocidos como significativos, la acción en cuestión es pública y la intención denota un carácter o epíteto de esa acción (*íbid.*: 31). En otras palabras, la intención carece de sentido para un observador externo, comporta un carácter esencialmente intersubjetivo y dialógico.

En el campo lingüístico, Kerbrat-Orecioni, 1980 a:114, lo formula de este modo: la intención significativa de un emisor no es lingüísticamente pertinente sino en cuanto puede ser identificada como tal por el receptor, y los mecanismos interpretativos de éste incorporan una hipótesis implícita concerniente al proyecto semántico-pragmático del emisor. Junto a la definición estrictamente intersubjetiva de la intención, hay que destacar, consecuentemente, su carácter convencional.

Y en efecto, si la intención no remite a un estado psicológico o a cualquier otro hecho precedente al intercambio mismo, sino que forma parte de la esfera de la significación, las intenciones y las convenciones signícas se han de significar reflexivamente. Como dice Tyler, 1978: 462, cada uso intencional de un signo tiende a dar una convención para esa intención, de modo que signo intencional y signo convencional terminan por identificarse en los contextos dialógicos. Volviendo a un ejemplo anterior, cuando un hablante se dirige a mí en un idioma que desconozco, es su propio recurso a lo que indudablemente percibo como un sistema convencional de expresión de intenciones, un lenguaje, lo que me induce a atribuirle una intención comunicativa, y no la postulación de algún estado psicológico particular.

2.2. Comunicación e interacción

Pero aún sería preciso subrayar que el ámbito de la comunicación, más restringido que el del sentido es también menos extenso que el de la interacción, y también menos vasto que el del intercambio. Por lo que se refiere a este último, hoy ha de reconocerse como abusiva la denominación genérica de "comunicación" que Lévi-Strauss, 1968, daba a las tres formas básicas de intercambio: de mujeres (relaciones de parentesco), de bienes (relaciones económicas) y de mensajes (relaciones lingüísticas). Y aún cuando se puede admitir la aplicabilidad de un modelo general del intercambio como el

de Mauss, 1971, para la descripción de diversas formas de transacción (en tal sentido se ha hablado de los textos y de los actos de palabra como formas de intercambio simbólico), la aplicación inversa no parece adecuada, porque la objetividad de relaciones parentales y económicas es heterogénea a la inter-subjetividad de las relaciones propiamente comunicativas.

También la interacción parece un dominio más extenso que el de la comunicación. No sólo Habermas ha diferenciado, dentro del ámbito interaccional, las relaciones comunicativas de las que no lo son, como acciones estratégicas, simbólicas e instrumentales. Goffman también ha subrayado que "la comunicación entre las personas, unas en presencia de las otras, es de hecho una forma de interacción o conducta cara a cara, pero esta última no es sólo ni en todos los casos una forma de comunicación" (cit. en Wolf, 1982: 54). Y así, comenta Wolf, la comunicación es posible en virtud del marco interactivo que constituye a las personas en mutuamente accesibles y que define su relación (*ibid.*: 54-55). De todos modos, y así lo confiesa el mismo autor, los márgenes de ambos dominios están continuamente entremezclados.

Ocurre que Goffman y otros interaccionistas, disconformes con el reduccionismo del modelo informacional, pretenden ir más allá del mero "intercambio de mensajes" y toman en cuenta lo que más adelante trataremos como metacomunicación, es decir, la definición de la relación entre los participantes, la clasificación del tipo de comunicación en curso, etc.

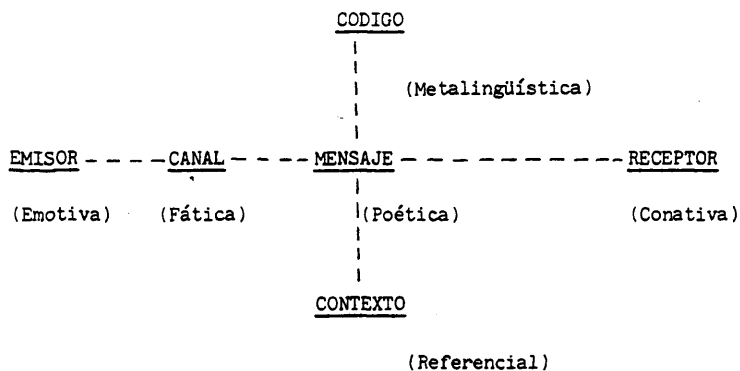
Puesto que inevitablemente los intercambios de mensajes remiten a ese orden más general, en las páginas sucesivas lo tomaré en cuenta sin un excesivo celo por deslindar lo estrictamente comunicativo de lo genéricamente interaccional. Mi punto de vista es que tanto el informacionalismo como la tradición filosófica que desde el Cratilo platónico ve en la comunicación un movimiento de la representación, deben ser revisadas a la luz de los estudios socioantropológicos que han puesto énfasis en las estructuras de las relaciones sociales, en los procesos de identificación y legitimación recíprocas, en la definición y modificación de situaciones sociales, etc. Me interesaré, pues, por lo que, con confesada comodidad, denomino interacción co-municativa.

2.3. Funciones del lenguaje y de la comunicación

No es posible eludir, al tratar de la interacción comunicativa, la teoría de las funciones del lenguaje. Hay que precisar que en este contexto no se entiende "función" en el sentido estrictamente lógico, sino más bien como esfera de acción discernible por sus fines (4). El recurso a la teoría de las funciones lingüísticas no presupone la identificación de lenguaje y comunicación, sino más bien la asunción, reconocible en el propio - Jakobson, de que las dimensiones funcionales del lenguaje son extrapolables a

dominios comunicativos no lingüísticos.

La ya clásica teoría lingüística de Bühler, 1961, toma el lenguaje como un organon o instrumento comunicativo, cuyos signos poseen tres funciones: la de representar objetos y relaciones, la de expresar a un sujeto emisor y de la apelar a un receptor en orden a dirigir su conducta. En su muy conocido modelo funcional, Jakobson, 1975, reformuló estas tres funciones como referencial, emotiva y conativa, y propuso además las funciones fática o de contacto, originalmente identificada por Malinowski, metalingüística y poética o estética. Jakobson deriva estas seis funciones de las relaciones entre los elementos del modelo informacional:



Pese a constituir aun hoy una referencia inevitable, el modelo jakobsoniano ha caído en el mismo descrédito que otros modelos funcionales. Como Greimas y Courtés, 1979: 151, señalan, tiene la virtud de apuntar a las diversas "problemáticas" del lenguaje, pero sería arriesgado ver en él algo más que eso. No es ni una axiomática para la teoría lingüística ni tampoco una taxonomía de los enunciados, pues sus funciones son categorías de la acción lingüística y no clases distintas de actos lingüísticos, sino como mucho de "connotaciones" marcadas en el discurso. Greimas y Courtés indican también que el hacer emisor-receptor sugerido por el modelo es una simplificación de la transmisión de información o de saber. Este último, en la perspectiva semiótica, es un saber modalizado; por ejemplo, el hacer persuasivo del emisor, en ciertos discursos pedagógicos, apunta a una transformación de la competencia modal del destinatario no mediante la transmisión de un "saber" sino de un "querer" o "deber-saber", en virtud de la aceptación de un contrato "fiduciario" por el que el objeto "saber" es bilateralmente valorizado. El modelo jakobsoniano, deudor de una concepción demasiado simplista de la comunicación, es insuficiente para dar cuenta del hacer persuasivo del remitente y del hacer interpretativo del destinatario.

Todorov ha tenido el acierto de contraponer el modelo funcional de Jakobson con el virtual modelo comunicativo de Bajtin, inspirador de gran parte de las actuales teorías textuales. Las nociones de Jakobson describen factores constitutivos de todo acto de comunicación verbal, pero Bajtin toma en cuenta la diferencia radical entre los hechos que son objeto de la lin

güística (las frases, obtenidas por la aplicación de reglas gramaticales) y que no constituyen propiamente entidades comunicativas, sino condiciones o medios de la comunicación verbal, y aquellos otros hechos que son objeto de una translingüística: los enunciados, que incluyen junto a la materia lingüística su propio contexto de enunciación: situación de la relación interlo cutiva, comprensión y evaluación de esa situación, etc. (5) y verdaderas entidades comunicativas (Todorov, 1981: 67- 87). Esta interesante cita de Bajtin sintetiza su concepción del proceso comunicativo: "Lo que se transmite es inseparable de las formas, de las maneras y de las condiciones concretas de la transmisión (...) Las relaciones entre A y B (autor y lector, ya que el autor habla de la comunicación literaria) se hallan en estado de transformación permanente, continúan modificándose en el proceso mismo de la comunicación. No hay tampoco mensaje completamente acabado. Se forma en el proceso de comunicación entre A y B. No es transmitido de uno a otro, sino construido entre ellos" (cit. en Todorov, 1981: 87-88).

Una concepción, pues, plenamente dialógica en la que ni tan siquiera tiene sentido identificar a los agentes remitente y destinatario previos al proceso comunicativo, porque propiamente no existen antes del momento de la enunciación: son instancias cuya pertinencia viene establecida por el propio hacer transformador, y mutuamente transformador, del discurso. Se pone de relieve una estructura de intersubjetividad opuesta a la estructura de objetividad que, en el informacionalismo, entiende las re-

relaciones entre agentes y mensajes, incluso entre agentes y agentes, como relaciones sujeto - objeto. Todorov señala que en la teoría bajtiniana la lengua no es un código, ni tampoco el contacto (la función fática de Jakobson) es un factor aislable, porque todo el proceso de enunciación es contacto. Y, en fin, Bajtin toma en cuenta una dimensión descuidada por Jakobson: la absorción por todo texto o mensaje de textos precedentes, hecho al que más tarde se denominará "intertextualidad" y al que me referiré nuevamente en estas páginas.

Desde la perspectiva de los estudios sobre el comportamiento no verbal, Birdwhistell, 1979: 71, afirma que la comunicación se compone de dos clases de mensajes: una "rara e intermitente", a saber, la que define la dimensión propiamente informativa, y otra constante que constituye el aspecto integrativo (6). Birdwhistell incluye en el aspecto integrativo operaciones de comportamiento como las siguientes: el mantenimiento del propio sistema comunicativo en funcionamiento, equivalente, a mi entender, a la función fática; la regulación del proceso interactivo, equivalente a la que más adelante denominaré función social o interpersonal; la referencia al mensaje concreto para su comprensibilidad en un contexto concreto; y la relación de éste último con contextos más amplios, de los que la interacción es una situación particular (ibíd.: 79-80). Estas dos últimas operaciones remiten al nivel metacomunicativo, del que trataré más ampliamente.

De nuevo en la perspectiva de la comunicación lingüística, Lyons, 1977, reconoce dos funciones comunicativo-informativas del lenguaje: la cognitiva, consistente en la transmisión de información proposicional o factual, y la social, que remite a la instauración o conservación de relaciones sociales. Los filósofos, observa Lyons, han sobrevalorado tradicionalmente el aspecto cognitivo en virtud de la insistencia racionalista sobre "la libertad del control de los estímulos", en tanto que antropólogos y psicólogos han enfatizado el segundo aspecto por su preocupación acerca de las determinaciones sociales de la actividad lingüística.

El conocido paradigma funcional de Halliday, 1982, no diverge mucho del anterior, aun cuando toma en cuenta un tercer aspecto. Este autor entiende que en el sistema semántico de los lenguajes se hallan incorporadas tres funciones abstractas, o metafunciones, que constituyen "áreas de potencial del significado" implícitamente inherentes en cualquier uso lingüístico. Se trata de las funciones ideacional, próxima a la representativa de Bühler, o a la cognitiva de Lyons; interpersonal, análoga a la social de Lyons, que versa sobre el mantenimiento y establecimiento de relaciones sociales y, más particularmente, sobre la expresión de papeles sociales, incluidos los papeles comunicativos creados por la propia interacción lingüística; textual, intrínseca al lenguaje y consistente en el establecimiento de correspondencias del texto consigo mismo y con la situación. El establecimiento de la cohesión textual y la contextualización son, pues, operaciones incluidas en esta última área funcional.

3. LA REFLEXIVIDAD EN EL PROCESO COMUNICATIVO

3.1. Reflexividad y cultura moderna

Una de las carencias más notorias de las teorías positivistas de la comunicación reside en la falta de atención a la reflexividad de los intercambios y relaciones sociales. Paradigmas tan celebrados, todavía hoy, como el de Lasswell: "quién comunica, qué, a quién, por qué canal y con qué efectos", resuelven el proceder comunicativo en la transitividad de un desarrollo lineal y unidireccional. En páginas anteriores he aludido a otras concepciones en las que, de modo expreso o implícito, se considera que la comunicación acaece en varios niveles: contenidos y relaciones, mensajes y metamensajes, etc., y que esos niveles se implican o yuxtaponen. Las concepciones que atienden a la reflexividad son aquellas que de un modo u otro toman en cuenta cómo la comunicación humana versa también sobre sí misma.

La reflexividad es una preocupación antigua del pensamiento occidental, pero el modo de semiosis de las sociedades modernas ha intensificado seguramente muchos procesos reflexivos, y ha agudizado no sólo la mayor atención de los teóricos y científicos sino también la práctica misma del

razonamiento reflexivo en el discurso científico y artístico: el arte de vanguardia, por ejemplo, ha consistido en gran medida en la exploración exhaustiva de las posibilidades reflexivas de la expresión como alternativa a la transitividad de la representación clásica.

Según Pearce y Cronen, 1980: 2, el mayor descubrimiento en la filosofía, en las ciencias sociales y en las humanidades del siglo XX es que la pregunta recursiva (recursive wonder) subyace siempre a la pregunta extensional, siendo ésta última relativa a los objetos de conciencia externos al sujeto. La jerarquía enmarañada (tangled hierarchy), que Hofstadter, 1979, considera una estructura común a la obra científica de Gödel y a la obra artística de Bach y de Escher, equivale a un movimiento a través de los niveles de un sistema jerárquico que conduce inesperadamente hasta "detrás de donde comenzamos".

Lo verdaderamente significativo es que este tipo de configuración no es un mero capricho del arte, sino la estructura básica de la pregunta extensional: según el teorema propuesto por Pearce y Cronen, ibíd., "cualquier programa suficientemente potente de indagación extensional llega a ser recursivo"; la observación humana de cualquier fenómeno llega al momento reflexivo, es decir, a advertir las propias huellas intelectuales como parte del fenómeno mismo. La humana es la única criatura que se

ofrece como problema para sí misma, y se da un isomorfismo inevitable entre la construcción de una teoría de la condición humana y la propia condición humana (ibíd.: 7).

Pero he de insistir en que la reflexividad no es un descubrimiento exclusivamente deudor de la contingencia histórica: aun como "dato" de la condición humana, y del modo peculiar de relación del ser humano con la realidad, el interés por la reflexividad responde reflexivamente a un proceso característicamente moderno de cierre y autonomización de las representaciones y de los discursos sociales, proceso que acaso culmina en la "reflexividad permanente", según la expresión de Schelsky, que parece propia de nuestra cultura contemporánea.

Para Quéré, 1982: 92-96, el mundo burgués moderno ha tratado de llevar a cabo un desdoblamiento de lo real en los signos que traducen supuestamente su racionalidad inmanente, y con ello este régimen de representación ha conducido a borrar lo real que intentaba inducir, precisamente para sostener la visibilidad de los equivalentes representativos y normativos.

En otras palabras, aunque la representación moderna se orienta a lo real, no es sino para hacer visible su propio principio de organización. La escena sociocultural y la escena teatral que es metáfora de aquélla, se cierran sobre sí mismas. Esta asignación de lo real a lo invisible, que según Baudrillard, 1978, termina por conducir a un régimen de

simulación que invierte la relación representativa anterior, pues el orden de los signos no es ya el de la reproducción simbólica de lo real sino el orden operacional y estructurante que precede y engendra lo real, es correlativa a la concentración del interés en las propias operaciones "subjetivas" de visibilización y, en general, de representación. Todos los discursos a los que la modernidad ha ido especificando e invirtiendo de su propia racionalidad, han ido adquiriendo un sesgo autorreferencial o metadiscursivo y aún hoy puede advertirse la reflexión de los nuevos discursos de masas como la publicidad o la moda: los críticos suelen coincidir en que los anuncios hablan cada vez más de los propios anuncios, la moda vestimentaria es cada vez más alusión o parodia de la propia moda, etc. La cultura de masas, que parece inclinada a cerrarse en su propia espiral de autorreferencias, es cada vez más una cultura paródica, pues acompaña la autoalusión con ese humor difuso y fático que ha hecho hablar a Lipovetsky, 1981, de una "sociedad humorística" para referirse a la nuestra.

La aguda reflexividad de nuestra cultura, que no sería, pues, un rasgo específico de una supuesta sociedad "postmoderna", sino una característica inconfundible de la discursividad moderna, ha sido relacionada por Gehlen con la particular dinámica de institucionalización y desinstitucionalización de nuestra sociedad. Esta se caracteriza por un alto grado de desinstitucionalización, es decir, de atención deliberada a, y puesta en primer plano de, formas de conducta anteriormente institucionalizadas, o sea, programadas, automatizadas y realizadas "espontáneamente".

En tal sentido, la supuesta inestabilidad y desintegración de la sociedad contemporánea está profundamente relacionada con su reflexividad, con su ca da vez mayor autoconciencia y su rechazo al mantenimiento de un trasfondo no deliberado de comportamientos (comentado por Berger y Kellner, 1982: 152-153).

3.2. Reflexividad lingüística y contextual

En su sentido más próximo al significado gramatical de la palabra, reflexividad es la propiedad del hacer de un sujeto que parcial o totalmente revierte sobre el sujeto mismo, que puede verse diversificado en varios papeles actanciales y/o cognitivos: agente y paciente, remitente y destinatario. En este sentido son reflexivas las acciones de rasca se o de arrepentirse.

El pensamiento fenomenológico ha enfatizado la construcción reflexiva del yo y del sentido que, en palabras de Schutz, es "un cierto modo de dirigir la propia mirada a un ítem de la propia experiencia.. Este ítem es, pues, seleccionado y convertido en discreto mediante un acto reflexivo" (citado por Babcock, 1980: 3). El sentido, en suma, procede de una operación reflexiva.

El análisis del lenguaje de Wittgenstein o de Austin ha explorado la reflexividad de la enunciación lingüística en contra del representacionalismo positivista y de las teorías de los niveles del lenguaje: "El representacionalismo (...) tiende a excluir la reflexividad, y propone en principio que la enunciación debe ser puesta entre paréntesis para que el enunciado pueda representar un estado de cosas". Puesto que lo propio del lenguaje es la representación, en el credo representacionalista, y la representación implica por definición una diferencia entre lo representante y lo representado, entonces nada puede representarse a sí mismo y la reflexividad está prohibida" (Récanati, 1979: 121). La interpretación propia de esta postura epistemológica es que el enunciado (i) del siguiente ejemplo representa un hecho:

(i) /Mañana lloverá/

pero es también en sí mismo un hecho que viene a ser representado en el enunciado (ii):

(ii) /"Mañana lloverá" es una predicción/

Tal sería el análisis de la teoría del metalenguaje o de los niveles lógicos, cuya distinción le parece a Récanati demasiado rígida, "como si hubiese entre ellos un foso equivalente al que existe entre las palabras y las cosas". (ibí)

En efecto, si se parafrasea el enunciado (i) mediante el performativo explícito (iii):

(iii) /predigo que lloverá mañana/

ya no es posible interpretar el enunciado como una afirmación de segundo nivel acerca de una predicción, puesto que constituye en sí mismo una predicción, ni como enunciado descriptivo de la futura lluvia, puesto que habla de sí mismo autocalificándose de predicción. Este enunciado es "a la vez en uso -representa un hecho- y mencionado, es decir, puesto entre comillas y exhibido como tal acto de discurso; se menciona a sí mismo, se presenta reflexivamente al mismo tiempo que representa un hecho" (ibíd.: 123, los dos últimos subrayados son míos).

La generalización austiniana de la performatividad (todo enunciado es un performativo "primario" aun cuando no lo sea "explícito") difumina los niveles del lenguaje, pues la generalización de la performatividad es una generalización de la reflexividad, mientras "la distinción de niveles del lenguaje tiene por objeto precisamente el preservar la dualidad de lo representante y lo representado" (ibíd.) En otros términos, los de la distinción wittgensteiniana entre decir y mostrar, el lenguaje hace más que representar hechos, extralingüísticos o lingüísticos: "también muestra, y muestra precisamente lo que no puede representar: la reflexividad, desterrada del dominio de la representación, es lícita en el de la mostración; lo representan

te se muestra, exhibe sus propiedades formales, al mismo tiempo que representa lo representado (ibíd.: 126). Un enunciado como (iii) es reflexivo no porque se describa a sí mismo como acto predictivo, sino porque es una predicción y se presenta como tal. La reflexividad pertenece al orden del mostrar.

En las corrientes neofenomenológicas de la sociología se han destacado distintas formas de reflexividad. Más atrás me referí a la teoría de la "interpretación documental", según la cual una instancia particular de un discurso o de un comportamiento es asimilada a, e interpretada como parte de, un modelo o pauta general. Pues bien, en este caso el proceder reflexivo consiste en inferir la pauta general a partir de la instancia particular, o viceversa. Como señala Tyler, 1978: 397, hay reflexividad en cuanto que el conocimiento del modelo puede usarse como significado para identificar la instancia y viceversa. Como ejemplo, se puede decir que un género literario o cinematográfico es un código de lectura que permite dar un sentido particular a las situaciones que presenta determinado texto literario o fílmico. A la inversa, son tales situaciones, o su recurrencia, quienes significan y definen un determinado género.

Se ha puesto de manifiesto que los enunciados no sólo transmiten información sino que simultáneamente crean o proponen el contexto en que tal información puede aparecer. En este ejemplo de Zimmerman se pue-

de inquirir esa forma de reflexividad:



Como comenta Wolf, las palabras del ejemplo interactúan modificando la percepción de la forma misma: cada término no sólo describe una forma sino que crea la figura, el contexto en que aparece como un objeto perceptible. Cada término toma el significado del contexto, y lo crea reflexivamente (Wolf, 1982: 132-133). Pero cualquier ejemplo menos "pintoresco" puede hacer ver que se trata de un tipo de reflexividad habitual en las prácticas cotidianas: es la reflexividad entre el saludo cortés, y el contexto "formalista", o entre la cláusula "érase una vez" y el universo de la ficción.

El pensamiento etnometodológico destaca la reflexividad de las prácticas interpretativas de la vida cotidiana, que definen, justifican o predicen realidades de las que ellas mismas forman parte. Garfinkel señala que el estudio de las "prácticas de glosa" (justificaciones o explicaciones) de otros necesita a su vez recurrir a alguna práctica de glosa

(1972: 307). La justificación forma parte de aquella realidad a propósito de la que se habla, y damos por descontado tal hecho cada vez que asumimos este conocimiento para realizar acciones: "en el rendir cuenta de las acciones, en el explicarlas de forma racional ("resumible"), los sujetos producen la racionalidad de tales acciones y a la vez convierten la vida social en una realidad comprensible, coherente" (Wolf, op. cit.: 135). Esta producción de racionalidad allá donde se precisa, en los momentos de la interacción que se presentan como datos fragmentarios (Garfinkel, 1972: 304) se asemeja a la profecía autorrealizante: "las características de la sociedad real son producidas por la adhesión motivada de las personas a tales expectativas de fondo" (Garfinkel, 1967: 53), el trabajo de la racionalización inherente a las interpretaciones cotidianas confirma aquello que presupone como su propio "andamiaje" (según la expresión de Wittgenstein), y presupone aquello que viene a confirmar.

La reflexividad de las convenciones sociales es tal que la imagen de una situación, por ejemplo, su representación en cuanto "marco", contiene la de la convención que es parte de aquella, siendo a su vez la imagen de la situación un componente de la convención (Bickhard, 1980: 73). El mismo autor alude a la que denomina reflexividad epistemológica de las convenciones: la validez de la apercepción de las convenciones presupone nuevas convenciones, y así sucesivamente (ibíd.: 75).

3.3. La metacomunicación y el marco

En los estudios sobre la comunicación el problema de la reflexividad se ha expuesto sobre todo en torno a la función metacomunicativa. El interés por la metacomunicación, que se remonta a la teoría medieval de la suppositio, es compartido en nuestros días por la lingüística, la filosofía, la antropología y la teoría psicoterapéutica.

Precisamente en el contexto psiquiátrico, y como fundamento conceptual de su teoría de la esquizofrenia, Bateson, 1976, adoptó la noción de metacomunicación por inspiración expresa de la teoría de los tipos lógicos de Russell. Sumariamente, esta teoría establece que una clase lógica no puede ser objeto de sí misma y que, en consecuencia, la clase que incluye a otra es de un grado de abstracción o tipo lógico superior. Cuando una clase y sus miembros son tomadas el mismo nivel de abstracción, sobrevienen aporías o paradojas lógicas como la del siguiente enunciado:

Ignore esta señal

que constituye una instrucción autocontradictoria.

Bateson y sus seguidores (la llamada "escuela de Palo Alto") no se interesan tanto por los aspectos estrictamente lógicos de la cuestión cuanto por su dimensión semántica-pragmática. La principal meta de esta teoría es la explicación etiológica de la esquizofrenia: los sujetos llamados esquizofrénicos han sido sometidos a situaciones reiteradas de "doble vínculo" o de aporía tales que no les ha sido permitido discriminar entre niveles lógicos de los mensajes, es decir, que han impedido su aprendizaje de la función metacomunicativa (7).

La metacomunicación es un término relacional porque un enunciado comunicativo en un contexto puede ser metacomunicativo en otro, y viceversa. Cuando se habla de la posibilidad, o imposibilidad, de metacomunicar para salir de una situación de "doble vínculo", o en general para modificar la situación comunicativa, se entiende que metacomunicar es reinterpretar o recodificar dicha situación mediante el desplazamiento de su puntuación, es decir, de los límites entre mensaje y contexto, o entre lo dicho y lo sobreentendido, entre "tópico" y "comento", etc.

Watzlawick, Jackson y Beavin, 1971: 56, entienden que toda comunicación incluye un aspecto "de contenido" y un aspecto "relacional" (metacomunicativo) tales que el segundo clasifica al primero. Aquí, la metacomunicación se entiende como función instruccional: es aquella parte

del mensaje que indica cómo debe ser tipificado y por ende interpretado su contenido. Cuando saludo a alguien con las palabras: "hola, enano", mi entonación, expresión facial, gestos, etc, constituyen el aspecto metacomunicativo que informa acerca de si (el contenido de) mi enunciado verbal ha de ser tomado como insultante, cariñoso, lúdico, etc. Los autores citados llegan a postular que el aspecto de contenido se transmite casi exclusivamente en forma digital, es decir, en la comunicación cara a cara por medios verbales, en tanto que el área metacomunicativa se transmite de forma digital, o sea, por medios paralingüísticos y no verbales (*ibíd.*: 67). Ello acaece en virtud de las distintas propiedades de los sistemas de comunicación digital y analógico, o verbal y no verbal, que ya fueran analizadas por Ruesch, 1976: la codificación verbal está más orientada a la función de predicado, tiene mayor influjo intelectual y es un lenguaje de distancia, en tanto que la codificación no verbal se orienta al sujeto, logra mayor impacto emocional y sirve como lenguaje de intimidad, etc.

En las interpretaciones habituales de la teoría de Bateson la metacomunicación viene a identificarse con la función contextual; consiste en la adscripción del mensaje a un determinado marco o contexto cognitivo y comportamental: juego, ceremonia, narración, etc., cada uno de los cuales no es sino una clase de mensajes y/o actividades virtuales.

Pero puesto que la noción de marco, y más aún la de contexto, cuentan con tan gran cantidad de acepciones y de nociones afines, me detendré brevemente en algunas de las que considero más pertinentes.

Como noción semántica, marco puede significar marco de referencia, es decir, universo de sentido autoconsistente en relación al cual es posible percibir una situación o idea. A esta acepción remiten los "universos de sentido" de Koestler, 1964. Los "ámbitos finitos de sentido" de Schutz, 1974a, para quien cada ámbito es un estilo cognitivo que permite compatibilizar las experiencias en el interior de un mundo experiencial particular, son su transcripción en la sociología del conocimiento.

En la psicología cognitiva la noción de marco remite a una cierta estructura mental. En la acepción de Minsky, 1974, un marco es un conjunto de datos integrados por una percepción convencional: percibimos la información en conjuntos organizados, de modo que cada dato particular de nuestra experiencia se incorpora a una situación estereotipada y ésta nos permite prever nuevos datos, acontecimientos y acciones.

Pero la noción de Bateson, luego reelaborada por Goffman, no coincide exactamente con la de situación estereotipada, ni con

la de universo de sentido. Como ha señalado Peña-Marín (Lozano et al., 1982: 143-146), a una misma situación estereotipada pueden corresponder distintos marcos, porque el marco no sólo remite al contenido de una percepción sino al "estatuto de realidad" que se otorga a tal contenido y a la implicación subjetiva en la situación. Según el conocido ejemplo de Goffman, lo que para el jugador de golf es deporte para el caddie es trabajo. Pero no sólo se trata de esta, por lo demás obvia, cuestión de punto de vista sobre la situación: el marco supone un alineamiento particular de los actores, una organización determinada del espacio y el tiempo, unas "expectativas de tipo normativo que se refieren a cuán profundamente debe estar implicado el individuo en la actividad organizada por el marco" (Goffman, 1974: 345). El principio de reflexividad aparece claramente cuando se observa que en las situaciones sociales las actividades de definición de esas situaciones son parte de su realidad: "un elemento reflexivo debe estar necesariamente presente en la visión de los acontecimientos de cada participante: una correcta visión de una escena debe incluir el verla como parte de ella misma" (*ibíd.*: 85). La reflexividad de una situación social o discursiva reside en el hecho de que la definición subjetiva que de ella hacen los actores forma parte constitutiva de la propia situación en cuanto realidad perceptible y transformable. Pero habría que especificar que, más que subjetiva, la definición de una situación es intersubjetiva en la medida en que depende de ciertas operaciones de reconocimiento mutuo por parte de los sujetos, de contrato expreso o implícito sobre las características de la actividad en que participan, de ocasionales complicidades, divergencias y negociaciones.

El concepto de marco hace pensar en la realidad social como una combinación de asunciones teóricas y prácticas de los sujetos sobre su entorno accional más sus conjeturas sobre las asunciones de los otros sujetos respecto al entorno y a la relación misma. Esa realidad intersubjetivamente enmarcada es, así, tanto una condición de la actividad comunicativa cuanto su resultado, si se acepta que "la comunicación es el proceso por el que las personas co-crean y co-manejan la realidad social" (Pearce y Cronen, 1980: 21)

He afirmado que marco y situación típica no equivalen. Podemos pensar, por ejemplo, que la situación estereotipada de "combate" admite ser enmarcada bien como combate real, bien como rito o como parodia según circunstancias que no sabríamos cómo denominar objetivas. Goffman, 1974, ha aludido a la relación entre este tipo de situaciones proponiendo sus conceptos de marco primario y marco transformado: un marco de esta última clase se constituye como transcripción de, o por referencia a, otro marco, que es entonces su primario, con la consiguiente modificación de los comportamientos, expectativas e interpretaciones. Así, la colocación de una primera piedra o un juego de guerra son actividades modeladas, transformadas por referencia a los respectivos marcos primarios de "construcción real" o "guerra real". La situación modeladora es entonces reputada de real, y la situación transcrita se experimenta como una realidad sui generis: juego, parodia, rito, etc. De esta concepción se desprende que no hay marcos primarios absolutos, es decir, situaciones básicas que sirvan de referencia última al resto de las situaciones sociales, sino

que, por el contrario, una situación que eventualmente es una transformación puede, en otro caso, servir de marco primario. Esta perspectiva se diferencia así de la, por lo demás muy próxima, de Schutz, que tomaba el "mundo del sentido común", es decir, el mundo intersubjetivo de la "actividad natural" husserliana, como arquetipo de nuestras experiencias de la realidad, de tal modo que todo otro ámbito de sentido aparece como una modificación suya (Schultz, 1974a: 28). Pero ampliaré esta exposición en II.3.5.

Las concepciones simplistas del proceso comunicativo nos presentan a sujetos exclusivamente ocupados en intercambiar información acerca del mundo, es decir, en la "supervisión del entorno" próximo o remoto de la propia situación de intercambio. En las páginas precedentes he querido subrayar que gran parte de la actividad de comunicar versa más bien sobre las condiciones mismas de la intercambiabilidad, sobre la definición reflexiva de la propia situación. Las expresiones lingüísticas mencionan su propio valor pragmático, se presentan como tal o cual tipo de propuesta interactiva además de representar tal o cual hecho del mundo. Las descripciones e interpretaciones de los encuentros sociales son parte de la realidad de los encuentros sociales, los dotan de una inteligibilidad y de un orden que los actores vuelven a encontrar en ellos, reflexivamente, como ingrediente de su racionalidad.

4. NOTAS

- (1) Según cita de Rogers y Shoemaker, recogida en Valbuena, 1976: 46-57 "el modelo de la aguja (o jeringuilla) hipodérmica postulaba que los mass media tenían efectos directos, inmediatos y poderosos sobre una audiencia masiva. Los efectos atribuidos a los mass media llevaban un estrecho paralelismo con las ideas sobre estímulo-respuesta corrientes en la investigación psicológica en los años treinta y cuarenta. Basado sobre el principio de E-R, el modelo citado (...) pintaba a los mass media como una gigantesca aguja hipodérmica pinchando y hundiéndose en una audiencia pasiva".
- (2) Aunque, para hacer justicia a autores como Moles, en ocasiones el atomismo signico se desmiente expresamente. Moles, con una orientación gestaltista, propone en este sentido su noción de supersigno: "agrupación normalizada de signos elementales aceptada en la memoria perceptiva como un todo y susceptible de ser designada por un "signo" memorizador", como las palabras respecto a las letras. Es, pues, un algoritmo perceptivo, un medio de reducir la cantidad de información bruta recibida del mundo exterior (Moles, dir., 1975: 636).
- (3) Debo señalar, no obstante, el indudable interés del "nuevo paradigma" que, bajo la etiqueta del "orden por el ruido" atiende a los procesos de autoorganización en que los sistemas, sean del mundo físico, biológico o social, realizan un compromiso improbable entre determinismo e indeterminismo, necesidad y contingencia, redundancia y complejidad. El supuesto básico de esta perspectiva epistemológica es que el desorden, la indiferenciación o el ruido informacional son un potencial de autoorganización que, paradójicamente, sirve al incremento de la diferenciación (Dupuy, 1982: 182).

Como señala Jacques, ha sido von Foerster el primer autor en señalar la vigencia de este paradigma en el ámbito comunicativo. En lugar de llamar "ruido", evasivamente, al conjunto de los fenómenos perturbadores de la transmisión de mensajes, "conviene definirlo por relación a la comunicación viva y efectiva. Me parece muy notable que ésta es auto-organizadora en el sentido de que es capaz de abrir una discusión sobre sus propios criterios de pertinencia. Es decir, que no se nutre solamente de orden: en tanto que es un sistema necesariamente abierto encuentra también ruido en su menú". (Jacques, 1982b: 180-181).

La teoría de Girard, a la que más adelante recurriré, reclama su pertenencia a esta corriente epistemológica: el deseo mimético aúna fusión y separación, indiferenciación y diferenciación: "Las culturas humanas

resultan del juego del azar sobre una estructura fuertemente indiferenciada por el mimetismo violento: la sociedad en el paroxismo de la crisis sacrificial. Pero esta lógica no es sino un caso particular de la autoorganización. El sistema autónomo, en Girard, es la violencia, la mimesis adquisitiva, el círculo cerrado que ata a los hombres a sus rivales. Es el verdadero sujeto de la historia. Los hombres, como individuos, son simples subsistemas, productores del ruido y del furor que no serán transformados en sentido más que al nivel superior, el de la violencia autónoma" (Dupuy, 1982: 183). El propio Girard afirma que los ritos no consisten sino en transformar paradójicamente en acto de colaboración social la desagregación conflictiva de la comunidad (ibíd.: 201).

Esta será también mi propia perspectiva respecto al fundamento de las estructuras dialógicas. Mi examen de las figuras cómico-humorísticas mostrará también hasta qué punto el engaño o la burla del otro, acciones perturbadoras y no cooperativas desde el punto de vista habitual en la pragmática, son fuente de sentido y de reforzamiento de los vínculos sociales.

Por lo demás, la perspectiva del orden y/o consenso engendrado por el desorden cuenta con numerosos adeptos, explícitos o no, entre los antropólogos sociales. Así, la interpretación de los "ritos de rebelión" por parte de Gluckman pone de relieve que las revueltas rituales (por ejemplo contra los monarcas de algunas sociedades del África meridional) son un impedimento contra las revueltas reales, y un índice de consenso sobre la aceptabilidad de la institución monárquica (Valeri, 1981: 218).

Una orientación análoga está latente en la diferenciación de communitas y societas de Turner en The Ritual Process: el primer principio remite a los estados de relativa indiferenciación de la sociedad, el segundo es su forma diferenciada y articulada; ahora bien, la communitas crea los lazos sobre los que la societas opera, reproduce "un vínculo humano esencial y general sin el que no podría existir sociedad", contrarresta la potencial fuerza desintegradora de un exceso de diferenciación social (ibíd.: 220-221).

- (4) El término "función" es, en efecto, demasiado rico. Nagel, 1981: 470 y stes., señala estas acepciones básicas: 1) relación de interdependencia entre factores variables; 2) conjunto de procesos y operaciones que se dan en una entidad determinada; 3) procesos efectuados por la totalidad y no por alguna parte de un organismo, por ejemplo, las "funciones vitales"; 4) uso generalmente reconocido de una cosa; 5) conjunto de consecuencias que una actividad o cosa tiene para un sistema tomado como un todo; 6) contribución de un elemento al mantenimiento de una característica del sistema, por ejemplo, la regulación cibernética.

En el contexto de mi exposición hablo de funciones en un sentido que reúne las acepciones (4) y (5): en cuanto uso reconocido por los propios sujetos usuarios del lenguaje y en cuanto consecuencias del empleo lingüístico para el sistema sociocultural del que el lenguaje es un subsistema.

- (5) La propuesta de una translingüística fue retomada por Barthes en una perspectiva indudablemente bajtiniana: se trata de unificar bajo tal rótulo disciplinar una lingüística del discurso que dé cuenta de las distintas aproximaciones estructurales a lo "literario", desde el mito a la poesía o el estilo. El principio de unificación de los objetos translingüísticos es la parole y no la langue, y sus funciones trascienden la de mera comunicación, propia de los objetos lingüísticos; la translingüística se ha de ocupar, pues, de finalidades secundarias como las estéticas, persuasivas, rituales, etc. El objeto translingüístico se sitúa más allá de la frase, hasta la articulación del discurso en la praxis social. Es de observar la distinción barthesiana entre texto, lingüístico, y discurso, translingüístico, definido como "extensión finita de parole, unificada desde el punto de vista del contenido, emitida y estructurada con fines de comunicación secundarios, culturalizada por factores distintos que los de la lengua" (1970: 581).
- (6) Aún cuando es muy discutible que ambas dimensiones puedan definirse como clases de mensajes, pues la misma crítica a las interpretaciones taxonómicas del modelo jakobsoniano que antes cité puede aplicarse a este caso, Birdwhistell da a entender que el proceso comunicativo es analizable como continuo o bien como secuencia de momentos discontinuos. El viejo problema epistemológico del continuo y la discontinuidad ha hallado su traducción comunicacional en las nociones de analógico vs. digital, que pueden remitir sea a sistemas diferenciados de codificación, como cuando se habla de ordenadores de uno y otro tipo, sea a momentos o niveles de un mismo proceso comunicativo. No puedo detenerme en un comentario detallado de esta cuestión, pero entiendo que Birdwhistell se aproxima en su formulación a la perspectiva de la Escuela de Palo Alto, que pone de relieve el carácter digital y por ende discontinuo de la información referencial, básicamente transmitida por medios verbales, frente al carácter analógico y continuo de la información relacional o metacomunicativa, fundamentalmente no verbal (Watzlawick et al., 1971).
- (7) La situación de doble vínculo, que es, según Wilden, una forma de "violencia lógica", no consiste exclusivamente en la imposición a la "víctima" de instrucciones paradójicas, sino en la aplicación contra ella de una norma tácita de nivel superior que le impide metacomunicar, es decir, situarse a un nivel lógico superior al de la paradoja y desde el cual

desarticularla. De ahí que una instrucción pueda ser doble-vinculante sin necesariamente constituir un enunciado lógicamente paradójico: puede ser contextualmente paradójico, o paradójico por las consecuencias que la víctima se ve obligada a extraer de él. El efecto característico del doble vínculo es el apresamiento de la víctima en una situación sin salida, en la que, haga lo que haga, sale perjudicada. Por ejemplo, puede ser forzada a elegir entre opciones ilusorias ("ilusión de alternativas") como la siguiente: (a un niño) "¿quieres ducharte antes de acostarte o prefieres ponerte el pijama en el cuarto de baño?". La elección versa sobre dos posibilidades que constituyen conjuntamente el polo de una oposición (o "metaoposición") de nivel superior: ducharse o no hacerlo (Watzlawick, 1980: 95-101). En una situación característica de doble vínculo el niño es forzado reiteradamente a falsas elecciones de este tipo y, lo que es más importante, se le prohíbe el "tertium non datur" que constituye su única salida: la alternativa de nivel superior. Pero obsérvese que en el ejemplo anterior el carácter ilusorio de la alternativa no viene dado por un paradojismo lógico del enunciado, sino por la razón pragmática de que la situación es definida en términos incompatibles con la alternativa probablemente deseable (y perceptible) por el niño. En este sentido cabe entender que la metacomunicación es un término "relacional y dependiente de la puntuación" (A. Wilden, 1978: 684). "Puntuación" significa aquí un acto de delimitación entre niveles lógicos, o entre texto y contexto, que es llevado a cabo por el intérprete u observador. La pregunta que se le hace al niño implica una puntuación del contexto de elegibilidad diversa de la que, presumiblemente, haría un niño poco amigo de la ducha o de la que hace Watzlawick al comentar la cuestión.

El carácter pragmático y no lógico-semántico del doble vínculo es también subrayado por Guespin, 1984: 9, cuando afirma que consiste en impedir la comunicación por el rehusamiento de la regulación dialógica.

CAPITULO II:

LA REGULACION DE LA INTERACCION COMUNICATIVA

"La manía de querer absolutamente encontrar "leyes" de la vida social es simplemente un retorno al credo filosófico de los antiguos metafísicos, según el cual todo conocimiento debe ser absolutamente universal y necesario".

G. Simmel

1. LAS REGLAS INTERACTIVAS

1.1. Consideraciones previas

He explicado en las páginas precedentes que el estudio de la comunicación como exámen de los mensaies o contenidos de un mero intercambio informativo incurre en un reduccionismo: el de omitir las condiciones y los efectos del intercambio en la relación de los sujetos, en sus respectivas competencias, en la construcción misma de la realidad y de la racionalidad cotidiana.

El lenguaje, afirmaba Lyotard, es por entero vínculo social, y en este capítulo he de referirme a la naturaleza de ese vínculo a través de las reglas que intervienen en la vinculación y del modo en que lo hacen.

La perspectiva interaccionista en la que me sitúo ha de comenzar por la discriminación de niveles que rompan esa unidad funcional (o "unidad monetaria", nuevamente en términos de Lyotard) de la información: con ese fin me he referido al principio de no unidad del sujeto semiótico, a la

diferencia entre enunciado y enunciación, a la distinción batesoniana de comunicación y metacomunicación. El principio de reflexividad me permitía también considerar que, en contra de un logicismo a ultranza, los niveles de la actividad comunicativa y lingüística no se articulan en jerarquías indefectiblemente claras, sino en "jerarquías enmarañadas" que establecen su interferencia, su intersección y, en ocasiones, su indeterminabilidad.

No sólo ocurre que ciertas actividades son comunicativas a un nivel de análisis y metacomunicativas a otro, sino que el propio discurrir sintagmático va transformando cada incidencia textual en contexto de las sucesivas incidencias, que cada dato puesto por el discurso deviene presupuesto para los datos posteriores, que cada tópico o tema contribuye a la configuración del comento o trasfondo temático de los sucesivos tópicos, etc.

En ese mismo sentido, la diferencia entre uso y mención debe ser también enjuiciada a la luz de expresiones cotidianas menos determinantes que los ejemplos unívocos del lingüista. Como señala Peña-Marín (en Lozano, Peña-Marín y Abril, 1982: 148), "el hecho es que entre el uso de una expresión para significar a través de ella otra cosa, y la mención de esa expresión, hay una serie de posibilidades diferentes entre las cuales está el que ambas funciones se den simultáneamente".

Los actores pueden comunicarse al mismo tiempo en varios niveles de actividad, sus acciones pueden perseguir efectos múltiples y heterogéneos tanto a nivel cognitivo como al nivel social-práctico y el analista ha de perder el miedo a los efectos paradójicos que esa multiplicidad accional puede ocasionar: el intercambio versa también sobre sí mismo, no acaece sin algún tipo de interpenetración entre el mundo del que se habla, u orden del enunciado, y el mundo desde el que se habla, o espacio de la enunciación. Las totalidades sociales que en cada acto particular se representan los sujetos comunicativos (instituciones, universos de creencias, etc.) intervienen en la interpretación del discurso o situación de comportamiento, pero también ocurre a la inversa: la actividad interpretativa invertida en la situación revierte sobre las instituciones y las creencias.

La perspectiva de la interacción se enfrenta con un primer problema cuya misma formulación teórica define ya los intereses básicos de esta orientación: la relación entre los sistemas semióticos y/o comunicativos, entre ellos el lenguaje, y las estructuras sociales. El punto de vista por el que abogo en estas páginas pretende una síntesis entre las posiciones clásicas del relativismo lingüístico y del sociologismo.

La primera de estas posiciones, a partir de las conocidas hipótesis de Sapir y Whorf, viene a enfatizar que los distintos sistemas lingüís

ticos conllevan sistemas conceptuales de organización de la experiencia, la expresión y el pensamiento de tal potencia que cada sistema sociocultural se halla fuertemente constreñido por su (s) lenguaje (s). "Uno de los próximos pasos, realmente importante, del conocimiento occidental debe ser la reconsideración mediante el examen de los fondos de experiencia lingüísticas de su pensamiento, y, como consecuencia, de todo el pensamiento" (Whorf, 1971: 278).

Una reformulación sistemático - estructural de esta concepción viene proporcionada por Lotman y la escuela de Tartu, con su teoría de la modelización cultural: las lenguas naturales constituyen "sistemas semióticos modelizantes primarios", es decir, matrices que intervienen en la estructuración de los restantes órdenes de la cultura, los restantes sistemas semióticos y tipos de discursos (Lotman y Uspenskiy, 1979).

Si el sociologismo viene a postular que las estructuras sociales determinan las propiedades de los sistemas semióticos tanto como las variedades del habla de los actores sociales, el punto de vista intermedio que propongo encuentra más bien que el lenguaje es a la vez determinante de y determinado por la estructura social. El lenguaje "esta regulado por la estructura social y la estructura social se mantiene y se transmite mediante el lenguaje" (Halliday, 1982: 118). Igualmente nítida es la formulación de la antropología

ga Mary Douglas: "si con respecto a cualquier forma de comunicación planteamos la simple pregunta de ¿qué se comunica?, la respuesta es: información del sistema social. Los intercambios que se comunican constituyen el sistema social" (cit. en ibíd.: 107).

Qualquier sistema semántico puede verse como realización particular de una semiótica social, y ésta, como un sistema de orden más elevado, un "polisistema", en términos de Halliday, que proporciona opciones de significado para distintas situaciones y dominios sociales.

Mi perspectiva de síntesis no es exactamente la de la sociolingüística clásica que a través de su interés empírico por los contextos de habla se propone "mostrar las variaciones sistemáticamente correlacionadas de la estructura lingüística y de la estructura social"(Bright, 1974: 197, subrayado mío). Frente a una metodología correlacional, entre dominio social y dominio lingüístico-comunicativo, se trata de proponer una teoría estrictamente interaccional que toma como punto de partida la reflexividad de los comportamientos sociales, incluidos los semio-comunicativos, y que trata de comprender las estructuras y actividades sociales como hechos semio-comunicativos.

El lenguaje no es un dato previo a la interacción, ni las estructuras de la interacción son un dato para un análisis especializado del lenguaje, por ejemplo, como uso en situaciones dadas. Tal como Winch, 1972: 45, explica: "se tiene la impresión de que primero está el lenguaje (...) y que luego, dado esto, se introduce aquél en las relaciones humanas y se modifica según las particulares relaciones humanas de las que haya llegado a formar parte. Lo que se pasa por alto es que esas mismas categorías de significado, etc. dependen lógicamente respecto a su sentido, de la interpretación social de los hombres (...) Nunca se analiza cómo la existencia misma de los conceptos depende de la vida de grupo".

Mi perspectiva es, pues, la de una translingüística, en el sentido de Barthes (cfr. I, nota 5), en la que el concepto de discurso viene a conjugar los requerimientos lingüísticos, sociológicos y antropológicos de la actividad social.

Tal como lo entiendo, el discurso es una instancia intermedia entre el sistema (la langue en el caso del lenguaje) y el uso (la parole). por una parte producto de la actualización de estructuras paradigmáticas y por otra producción, acto de poner a funcionar el sistema y de actualización del (de los) sujeto (s) que comunica (n). El discurso, en este sentido, remite siempre a unas circunstancias particulares de enunciación en las que la deter-

mirabilidad de los símbolos de la lengua puede ser indicialmente determinada

Prevalece asimismo mi interés, ya expuesto en otro lugar, por el discurso como práctica entre otras prácticas, y la preferencia analítica no por lo que el discurso dice sino por lo que hace al decir. "El discurso no está constituido solamente por un conjunto de proposiciones, sino también y fundamentalmente, por una secuencia de acciones. En la comunicación cara a cara, las relaciones entre el yo y los otros son afectadas por las acciones que constituyen la interacción, y ésta se define precisamente por ese mutuo afectarse (Labov y Fanshel). Las unidades de la interacción verbal no serán, pues, los enunciados (en cuanto transmisiones de información), sino los actos que propician transformaciones en las relaciones intersubjetivas" (Lozano, Peña-Marín y Abril, 1982: 248).

De las reglas que intervienen en el mutuo afectarse, y de cómo intervienen, me ocuparé en las siguientes páginas.

1.2. Las reglas y los motivos de sus usuarios

El tomar el comportamiento comunicativo como regulado no es más ~~que~~ un truismo. En efecto, no sabríamos de qué modo describirlo y cómo explicarlo sin el recurso a nociones normativas como "convención", "principio de actuación" y otros. Incluso las explicaciones de tipo intencional pueden ser vistas como explicaciones normativas indirectas, pues, en conformidad con una propuesta anteriormente presentada, el uso intencional de un signo tiende a ser una convención para esa intención, y el uso convencional no expresa sino alguna de las intenciones socialmente reconocibles. Ciertamente la conducta comunicativa está regulada, antes que por el hecho de ser comunicativa, por el hecho de ser meramente conducta, es decir, actividad con sentido. Winch ha formulado el principio general según el cual: "toda conducta significativa (...) está ipso facto regida por reglas" (Winch, 1972, 51-52). La noción de un principio de conducta y la de acción significativa están entre lazadas (ibíd., 62).

Ahora bien, el funcionamiento y la eficacia de las reglas pueden ser interpretados de muy distinta manera: en una perspectiva reglamentista y normalizadora, las reglas se verán siempre como la "última palabra de la conducta"; la explicación de una actividad empezará y determinará allá don de sea observable una regla de comportamiento; la norma misma aparecerá como

esa entidad sempiterna que indefectiblemente cabe correlacionar con los comportamientos o expresiones particulares y de la que éstos extraen sus propiedades formales y su sustancia misma. Nociones como la de "condición esencial" de un acto lingüístico, en Searle, hacen pensar inevitablemente en ese cierto resabio de platonismo que las modernas ciencias del comportamiento han asimilado a veces por la fascinación ante el método de las ciencias naturales, cuya explicación consiste en subsumir los hechos bajo leyes causales.

Mi perspectiva será más conforme con la que cabe llamar una teoría interpretativa: las reglas serán vistas como orientadoras de las actividades, como generadoras de expectativas para nuestro hacer intersubjetivo y de interpretaciones para nuestra comprensión. Pero las reglas no dicen la última palabra, pues ellas mismas están sometidas al lenguaje y a los contextos lingüísticos, en cuanto que sólo en ellos es posible postular su existencia. Cualquier actividad excede a los preceptos en el sentido de que éstos son reconocibles, utilizables y transgredibles en un contexto particular de acción: los preceptos "deben su sentido al contexto de actividad social humana en el cual se aplican" (ibíd., 56).

Winch señala también la vinculación lógica entre la noción de regla y la noción de cometer un error. Lo que pone en juego una regla es la alternativa entre opciones reconocibles como "correcta" e "incorrecta": "La

prueba de que un hombre esté aplicando o no una regla en sus acciones no reside en que podamos formular tal regla, sino en averiguar si tiene sentido distinguir entre un modo correcto y uno erróneo de hacer las cosas, con respecto a lo que está haciendo" (ibíd., 57, subrayado mío). La corrección y la incorrección son relativas a la conducta concretamente desarrollada antes que la conformidad con un principio formulario y abstracto. Es en el contexto de un juego lingüístico, en el sentido de Wittgenstein y Winch, donde puede determinarse si y cómo alguien obedece una regla de comportamiento. De tal manera, la regularidad o irregularidad en las cuestiones que nos ocupan son criterios relativos a la participación en situaciones determinadas. El tipo de implicación de un sujeto, sea por su posición enunciativa o actancial, en la situación dada determina su percepción y aplicación de las normas.

Ahora bien, la constelación de nociones relativas a la regularidad de la acción es tan prolija que bien vale la pena una precisión previa. Baker y Hacker, 1984: 250, han delimitado las principales acepciones del término "regla", que puede entenderse como:

- 1) Ley, estatuto, regulación: Se trata en esta acepción de reglas formales, voluntariamente creadas según estipulaciones reguladas.
- 2) Práctica, código, convención: Corresponde esta acepción a las reglas en cuanto informales, existentes en práctica no generadas por actos típicamente creadores de normas.
- 3) Modelo, paradigma, estándar: En este sentido se remite al papel

evaluativo de las reglas.

- 4) Máximas, principio, precepto: La norma es vista en cuanto "impersonal", no dirigida a nadie en particular.
- 5) Prescripción, directivo, institución: Aceptaciones que corresponden a las reglas en cuanto impartidas por sujetos individuales para sujetos individuales.

A mi entender no se trata en esta exposición de una tipología de las reglas, sino de categorías normativas que, según el caso, pueden aplicarse conjuntamente a un mismo tipo de regla. Así, en un contexto determinado una cierta regla podría verse como "modelo" y como "convención", etc. Si es cierta la hipótesis según la cual la posición subjetiva determina la percepción de la norma, nada impide que en una situación dada un sujeto tome por "ley" (por ejemplo el guardia que impone una multa al conductor en cuanto acto jurídico impersonal) lo que otro toma por "prescripción" (por ejemplo, el conductor que imputa al agente una autoridad y un celo individualizado). Nada impide que en el desarrollo temporal de un juego lingüístico o situación comunicativa, la percepción de las reglas en juego por parte de un mismo agente social varíe según sus cambios de posición interaccional.

Los autores recién citados insisten en dos consecuencias que voy a comentar brevemente:

- 1a) Las reglas informan la conducta de una triple manera: orientándola, justificándola y explicándola. Cada uno de esos aspectos se relaciona con posibilidades particulares de incomprensión (ibíd., 259).

No puedo dejar de observar que los dos primeros modos informadores de la acción remiten a un vector temporal: orientar una conducta es situarla prospectivamente, respecto a una meta que idealmente se sitúa en un tiempo posterior al de la acción dada. Inversamente, justificar una acción implica establecer una referencia a motivos anteriores al acontecer dado. Esta triple manera de informar la acción se corresponde muy estrechamente con la triple explicación intencional de las acciones que Ricoeur, 1977: 34-35, extrae de la teoría de Anscombe. No es un paralelismo casual porque, como he reiterado, la explicación intencional y la explicación por normas pueden verse reflexivamente recubiertas. Ricoeur trata de remitir a la racionalidad implícita de las acciones tomando en cuenta tres clases de motivos: prospectivos, retrospectivos e interpretantes, que constituyen criterios respectivamente equiparables a la orientación, la justificación y la explicación normativas.

En efecto, cuando un actor explica su conducta por un motivo retrospectivo. en una expresión del tipo: /He hecho X porque en un tiempo -1 .../ está invocando una implícita norma que racionaliza la acción en términos de una

relación temporal $t_0 \rightarrow t_{-1}$.

Cuando el actor invoca un motivo prospectivo en una fórmula del tipo: /He hecho X para que en un tiempo + 1 .../, está apelando implícitamente a una regla que racionaliza su conducta en relación con cierta meta, y por tanto con una secuencia temporal $t_0 \rightarrow t_{+1}$.

Por fin, cuando el actor invoca un motivo interpretante, es decir, relativo a un cierto punto de vista o criterio superior de evaluación, está invocando, implícitamente, la aplicación de una metarregla. Pensemos en un ejemplo del tipo: /Lo he matado por un repentino y ciego impulso/. El motivo que se invoca es la propia suspensión de motivos racionales, pero en términos normativos se hace valer implícitamente una jerarquía de principios regulativos según la cual las "ciegas" leyes de la naturaleza, o de la emoción, se imponen ocasionalmente a los motivos racionales de la vida social. Paradójicamente, la invocación de tal metarregla no disputa su validez a las reglas de rango inferior. No se justifica, en suma, el homicidio en general, sino el homicidio pasional y particular.

- 2a) Las reglas son dependientes de un lenguaje para su existencia. Sólo un usuario del lenguaje puede utilizar reglas para guiar su conducta, citarlas como justificación, actuar en acuerdo o desacuerdo con ellas por razón de

ser reglas, etc. Las capacidades involucradas en el comportamiento regulado son prerrogativas típicas de los usuarios del lenguaje (Baker y Hacker, 1984: 256).

1. 3. El modelo del juego

La consideración saussureana y wittgensteiniana del lenguaje como un juego encuentra una justificación cumplida en el hecho de que la actividad lingüística es actividad sometida a un sistema de reglas, pero sobre todo en el carácter estratégico de la aplicación de tales reglas: "Anticipar (...) el significado de un mensaje, es "jugar" a entender por anticipado lo que nos va comunicando nuestro interlocutor. Ahora bien, éste es justamente el punto de partida de la teoría matemática de los juegos, en la cual la estructura dada con las reglas del juego constituye ya, de por sí, una predeterminación, dentro de la cual se va produciendo una acotación progresiva de las alternativas de jugadas por las jugadas anteriores que condicionan las ulteriores" (Aranguren, 1975: 54).

No es Goffman el único autor que habla de la comunicación

como forma de interacción estratégica: esa misma perspectiva es propia de cuantos hallan en las situaciones sociales un constante recurso a decisiones alternativas, a anticipaciones de las "jugadas" o movimientos tácticos del otro, trátase de interpretaciones o de acciones de respuesta. Esa es por tanto la perspectiva de Grice cuando define la significación no natural como intento de uso de una expresión para producir efectos en una audiencia mediante la significación del reconocimiento de esa intención (1971: 58): el producir un sentido comunicativo, o comunicable, equivale a anticipar el reconocimiento del otro. El recurso a una convención (de expresión intencional) no es sino previsión regulada de la interpretación del destinatario.

La teoría del texto no se ha sustraído tampoco al influjo del modelo de los juegos. Como indica Genot, 1974: 7, las nociones de piezas, reglas, terreno y estrategia de la teoría de los juegos son aplicables al dominio textual: "Los constituyentes son asimilables a las piezas de un juego, presentan las mismas características de sistema y de jerarquía, y están sometidos a reglas que transforman una situación en otra de manera automática. Así, de un conjunto de frases mínimas (piezas), se puede extraer un enunciado de superficie (situación) por medio de un cierto número de transformaciones (reglas y jugadas según las reglas). De tal suerte, un texto aparece como un juego completo, en principio manifiesto por una sola partida (...) El terreno del juego está constituido por un conjunto no finito de condiciones, ya que el texto sigue funcionando indefinidamente en situaciones sociales (contextos) nuevos". Por lo que se

refiere a la estrategia, "se podría decir, para reservar un lugar a la constatación de que el texto comprende ambigüedades indecidibles, que corresponde a un número n de situaciones finales (...) a las que se puede llegar siguiendo un número (igualmente n) de estrategias, definidas como programas completos en los que se declaran las decisiones correspondientes a todas las situaciones eventuales".

Distintos modelos normativos basados en la teoría de los juegos de Neumann, Morgenstern, Schelling, etc.) tratan de dar cuenta de la configuración de la normalidad socio-comunicativa haciendo abstracción de la calidad moral o jurídica de las normas. Así, el modelo de Garfinkel reformulado por Cicourel atiende a lo que los "jugadores" de un juego social y/o lingüístico consideran "normal" cuando tratan de cumplir las reglas, es decir, a las expectativas constitutivas de éstas:

- 1ª) Las normas trazan límites para las decisiones independientemente de las preferencias personales, planes, consecuencias, número de jugadores, formas de las jugadas, etc.
- 2ª) Cada jugador supone una norma de reciprocidad con respecto a las alternativas obligatorias para todos.
- 3ª) Los jugadores suponen que lo que esperan de los demás se entiende de la misma manera por parte de aquéllos. (Cicourel, 1982: 267).

Como puede verse, este modelo normativo hace hincapié en la reciprocidad y en el sistema de presuposiciones que la configuran; más adelante volveré sobre ello al referirme a los procedimientos interpretativos. Por otra parte, y como Cicourel afirma explícitamente, en esta perspectiva cobra particular importancia el papel de la confianza, pues una acción cualquiera ha de aceptar y basarse en definiciones de la situación dada que "son posiblemente dudosas y para las que no existen reglas explícitas" (*ibíd.*:270). En efecto, y esta es la principal diferencia entre la "normalidad" social y la "regularidad" de los juegos, las normas de la vida cotidiana no encuentran las condiciones de límite absoluto que se encuentran en la mayoría de los juegos. Aquéllas, señala Cicourel, se violan sistemáticamente sin que pueda determinarse por ello una amenaza al orden social (*ibíd.*: 271-272). Tan cierto es, que los procedimientos más comunes de inferencia discursiva, como el sobreentendimiento o implicatura conversacional de Grice opera precisamente por una transgresión sistemática de las normas conversacionales.

Igualmente basada en la teoría de los juegos, la teoría de la convención de D.K. Lewis, 1969, trata de exponer cómo una comunidad lingüística fundamenta en convenciones de veracidad y de confianza su utilización del lenguaje. En efecto, "un lenguaje L es usado por una población P si y sólo si prevalece en P una convención de veracidad (truthfulness) y de confianza (trust) en L, sostenida por un interés en la comunicación" (cit. en Pateman, 1982:137).

La perspectiva de Lewis tiene el interés de poner en relación la confianza entre los interlocutores con la confianza de los hablantes en su lenguaje común: la convención de confianza no es sino una forma de institucionalización lingüística de la creencia en la veracidad de los otros.

Ser veraz en L, explica Lewis, es actuar de un cierto modo: "tratando de no usar nunca sentencias de L que no sean verdaderas en L". Confiar en L es formar creencias de un cierto modo: imputando veracidad en L a otros, respondiéndoles en la creencia de que las sentencias utilizadas por ellos son verdad en L (*ibíd.* : 137). La convención de veracidad y confianza entraña seis condiciones que han de satisfacerse si L cuenta como lenguaje actual de P:

- 1ª) Prevalece en P una regularidad de veracidad y confianza en L.
- 2ª) Los miembros de P creen que tal regularidad prevalece entre ellos.
- 3ª) Se da una expectativa de conformidad del hablante y el oyente en la confianza en L del otro. En los términos de la teoría de los juegos se trata de un juego de coordinación o de suma positiva, donde todas las partes se benefician de actuar coordinadamente.
- 4ª) En P se da una preferencia general por la regularidad en la veracidad y en la confianza en L, sostenida por el interés comunicativo.

5ª) La regularidad de veracidad y confianza en L presenta alternativas.

6ª) Los hechos expuestos entre 1 y 5 son un "conocimiento común" en P (ibíd.: 138).

1.4. Las reglas no actúan a distancia

Las actividades lingüísticas, como los juegos, son comportamientos que comprometen a los sujetos en la aplicación de reglas preestablecidas. A semejanza del "intercambio" de Mauss, 1971: 246-258, o del "juego" descrito por Lévi-Strauss, 1964: 58, el juego lingüístico de Wittgenstein, 1958: 7, da lugar a la instauración de relaciones nuevas entre los sujetos, a la diversificación de sus posiciones interactivas, a partir de su acatamiento común de instituciones o convenciones. Ahora bien, y a diferencia de los teóricos estructuralistas, como el propio Saussure, Wittgenstein hace hincapié en el jugar como actividad creadora de normas, normalizante además de normalizada.

Cicourel comenta al respecto que la habitual comparación del uso de palabras con los juegos de reglas fijas puede inducir a la ilusión de un lenguaje "ideal" e inmutable, a una "mitología platónica" del lenguaje

(por utilizar una expresión de Baker y Hacker, op. cit.: 300). La enseñanza wittgensteiniana consiste precisamente en haber mostrado que las reglas se crean y modifican mientras se está jugando, es decir, mientras se está llevando a cabo su aplicación. No todas las reglas se adjudican del mismo modo, ni tienen el mismo ámbito de validez: algunas de ellas determinan la aplicación de otras normas. Y en todo caso, las reglas existen como indicaciones, como señales camineras que pueden, llegado el caso, dejar en la duda a sus usuarios (Cicourel, 1982: 242). Una regla social o discursiva es problemática en la medida en que aparece inevitablemente involucrada en el propio hacer que regula. Como escribe Wittgenstein, 1976: 41, "una regla, en la medida en que nos interesa, no actúa a distancia".

Las actividades comunicativas están sin duda reguladas, pero ello no es contradictorio con el hecho de que nuestro uso común y nuestro aprendizaje del lenguaje son en general tan extraños a una aplicación de normas estrictas como un juego de pelota entre niños (ibíd.: 54)..

Habría, pues, que convenir con Cicourel en que las reglas lingüísticas, y por añadidura toda regla implicada en las actividades humanas de comunicación, son reglas entre comillas y en las que nos podemos enredar: "Los rasgos dudosos de la vida cotidiana no pueden ser explicados por la lógica formal ni por ningún sistema isomorfo a sus axiomas" (Cicourel, 1982: 243).

El mismo autor extrae una interesante reflexión del ejemplo de los modismos lingüísticos, es decir, de aquellas formas gramaticales cuyo significado no es deducible de su estructura: el modismo muestra una cierta "imperfección de la estructura sintáctica", de tal modo que nos plantea un interrogante sobre el modo en que los actores deducen su sentido y obran en consecuencia. Esta es, por cierto, la pregunta decisiva de la teoría etnometodológica y, más en general, de la corriente interpretativa acerca de los fenómenos sociolingüísticos.

Lejos de la visión armoniosa y estática del formalismo, la perspectiva que propugna Cicourel se enfrenta con las correspondencias imperfectas entre el carácter institutivo (lengua) e innovativo (habla) del lenguaje, entre "la organización social normativa idealizada o formal y la organización social que se practica e impone", entre las reglas del juego y las "reglas" de la vida cotidiana, entre el escenario social que se da por supuesto como un mundo incuestionable y el mundo que las contingencias de la interacción pueden convertir en dudoso (ibíd.: 243-245).

La corriente etnometodológica explícitamente influenciada por el pensamiento de Wittgenstein y por la sociología fenomenológica de Schutz, insiste en la necesidad de un marco metodológico que integre los fenómenos lingüísticos y sociales, y en tal marco la concepción de las reglas "que actúan a distancia" es obviamente inexacta. Como ha señalado Sacks, 1972: 327, es

una práctica común en las ciencias sociales la de tomar las normas como existentes fuera de los actos comunicativos: muchos investigadores aceptan las normas como algo dado y consideran las acciones desde la perspectiva de su conformidad o desviación respecto a aquellas normas independientemente dadas. De ahí que, a mi entender, las ciencias sociales estén permanentemente expuestas a la tentación normalizadora en virtud de la cual los comportamientos son clasificados como normales o anormales, sin que en muchos casos pueda excluirse que la investigación haya extrapolado como sanción moral lo que inicialmente es un criterio de orden para la observación de las actividades. O que haya generalizado abusivamente las condiciones de la racionalidad científica como condiciones del comportamiento racional en general (1). Parece pues un giro hacia la modestia, más que al relativismo o al irracionalismo, el desplazamiento del interés etnometodológico hacia el cómo de la inteligibilidad de la acción social a partir del interés tradicional por su por qué, es decir, por las normas y motivos que la dirigen. Las normas sociales, señala Sacks, ibíd.: 327, son parte del código comunicativo que gobierna la percepción de los eventos (la percepción. añadamos, tanto científica como "popular"), de modo similar a como la gramática orienta nuestra percepción del habla, y es indiscutible que la agramaticalidad, en el orden lingüístico y en cualquier otro, no es por principio un obstáculo insalvable para el mutuo entendimiento.

Así pues cabe propugnar el que Wilson ha denominado "paradigma interpretativo" como alternativa al "paradigma normativo" dominante. Dreitzel ha sintetizado las diferencias entre ambos paradigmas en los siguientes términos:

el segundo de ellos considera al actor como dotado de actitudes, disposiciones y necesidades y sometido al control de normas sociales que cristalizan en expectativas de rol. Se presume la existencia de un sistema de símbolos y de significados socialmente compartidos de acuerdo al cual los actores pueden llevar a cabo sus procesos de comprensión y evaluación.

Por el contrario, en un paradigma interpretativo el sentido o la expectativa de rol no es una cuestión de hecho, sino algo problemático para actores y observadores. Para llegar a conocer lo que otros esperan que hagamos en una situación dada, para averiguar qué papel va a desempeñar el otro en correspondencia a nuestra conducta, vamos tanteando distintas inferencias y construyendo la identidad del otro como alguien que se comporta de acuerdo a ciertas reglas (Dreitzel, 1970: xi). Así pues, nuestro proceder interactivo es experimental, tentativo, y en él las reglas son una más, aunque decisiva, de los instrumentos para la mutua comprensión y evaluación. Más expresamente, Dreitzel caracteriza la interacción como un proceso de interpretación y tipificación mutuas. La tipificación, que es una abstracción operada sobre el conjunto de los datos, está orientada por esquemas tipificantes previamente adquiridos, sin duda, pero cada tipificación interviene como regla o pauta para la conducta de los actores. Como antes comenté, la normatividad se construye también en las situaciones mismas de interacción. Dreitzel habla del surgimiento de una cierta estructura social en el proceso situacional de definición, y del carácter precario de las estructuras sociales que, pese a su aparente vigor, se hallan sometidas a revisión según las interpretaciones cambiantes de los acto-

res implicados. El orden social, incluidos sus símbolos y sus sentidos, no tiene una existencia plenamente independiente de las descripciones y prácticas de evaluación e interpretación de los miembros de la sociedad (*ibíd.*:xi - xv).

Esta perspectiva parece vulnerable a la crítica según la cual la estructura de clases, los procesos de socialización, las relaciones macrosociológicas de poder y su misma historicidad quedan excluidos del análisis de los procesos comunicativos e interactivos. Ahora bien, un paradigma interpretativo como el de la etnometodología no excluye por principio la influencia de los factores procedentes del sistema de producción y de dominación. El propio Dreitzel afirma la interrelación entre las "reglas de cada día" y aquellos factores, y propone el ejemplo de las luchas estudiantiles de los sesenta en que la crítica de las reglas cotidianas de interpretación se fue dirigiendo hacia las otras variables de las que aquéllas parecían depender. Los procesos microsociológicos de tipificación e identificación no están basados sólo en motivaciones "individuales" sino también en la necesidad de legitimar las relaciones de poder a las que estamos comúnmente sometidos (*ibíd.*:xviii - xix).

Ahora bien, el reconocimiento de la interrelación entre las estructuras de la vida cotidiana y las estructuras macrosociales tampoco debe hacernos olvidar que las primeras delimitan un campo legítimamente especificable del conocimiento en cuanto campo relativamente autónomo de la vida social. Así.

lo señala Wolf respecto a la teoría de Goffman: hay una dimensión sociológica autónoma en "el poder que brota, que se maneja dentro de los encuentros, de las interacciones (...): es un poder también reglado, que se desarrolla internamente al desarrollo reglamentado de todos los comportamientos sociales. No es el poder de una clase, o aquel que deriva de la posesión de los medios de producción: es el poder que nace de la manipulación del material simbólico, el poder de la persuasión (...). Es tan difícil negar la existencia del primero (el macro) como ilegítimo sería olvidar la dimensión del segundo" (1982:90).

Por otra parte, no hay que olvidar el efecto netamente histórico de modificación de las conductas que parece apuntarse en la crítica de la escuela de Frankfurt y más específicamente en la crítica habermasiana: en la sociedad postindustrial las pautas comunicativas aparecen cada vez más peligrosamente gobernadas por los sistemas de acción instrumental. La ciencia y la tecnología son subsistemas de la acción social que alcanzan una cada vez mayor poder de legitimación, y las reglas que imponen parecen sobreponerse irremediabilmente a las que surgen de los procesos de interacción simbólica (Dreitzel, 1970: xix). Si en este proceso resulta amenazada la propia identidad del yo en cuanto entidad autónoma y fuente de sentido que se construye dialógicamente, no le falta razón a Dreitzel cuando afirma la potencialidad crítica de la etnometodología: "El estudio microsociológico de las pautas de conducta comunicativa puede, incluso inadvertidamente, ayudar a restablecer un sentido de la significación política de los procedimientos interpretativos subyacentes a toda interacción" (ibíd., xxi).

1.5. Interacción y gramática

Me he referido ya a la afinidad entre las reglas de la interacción y las reglas de la gramática. Es una analogía que ha sido propuesta reiteradamente por los estudiosos de la sociología interactiva y que puede facilitar la comprensión del funcionamiento de las reglas y de su organización jerárquica.

En efecto, del mismo modo que la gramática generativo-transformativa propone un modelo de hablante poseedor de un conocimiento gramatical que utiliza para generar frases bien formadas, el "miembro" de una sociedad está dotado de una competencia en el manejo de reglas lingüísticas y no lingüísticas que le permite una actuación social "creativa" y fluida, por más que pueda también considerarse "ignorante" desde el punto de vista de un conocimiento explícito y exhaustivo de tales reglas (Garfinkel, 1972: 304-305).

Cicourel traza una distinción entre reglas básicas y normas que, sin dejar de evocar el distingo kantiano entre el orden constitutivo y el regulativo, guarda un paralelo explícito con el de la estructura profunda y la estructura superficial: las primeras suministran "un sentido del orden social que es fundamental para que el orden normativo (consenso o consentimiento compar-

tido) exista o sea negociado y construido" (1970: 30). Las reglas básicas son "una serie de propiedades invariantes que gobiernan las condiciones fundamentales de toda interacción y que indican cómo el actor y el observador deciden lo que sirve como definición de conducta o pensamiento "correcto" o "normal". Las reglas básicas pueden sugerir la naturaleza de las condiciones mínimas que presumiblemente toda interacción ha de satisfacer para que el actor y el observador decidan que la interacción es "normal" o "adecuada" y que puede continuar" (*ibíd.*: 31-32). En otro lugar, el mismo autor señala un doble paralelismo similar: Por una parte, la estructura profunda de los lingüistas se emparenta con nociones etnometodológicas como las de "expectativas básicas" o "procedimientos interpretativos", que tratan de hacer coherentes y socialmente significativas las estructuras de superficie, los elementos de la escena de interacción. Por otra, el estudio de las reglas normativas apenas difiere del de la competencia lingüística. Debemos dar razón de la aptitud del actor para conocer implícitamente el comportamiento cotidiano "apropiado" (Cicourel, 1973: 206-210).

2. INSTITUCIONES FORMALES E INFORMALES

2.1. La duplicidad del poder normativo

He admitido la justeza de la metáfora wittgensteiniana del juego. Las actividades comunicativas y/o discursivas pueden considerarse formas de juego en cuanto que requieren del compromiso de varios agentes, de su sometimiento a ciertas reglas y de su posesión de una capacidad o competencia para servirse de ellas. Pero sin poner en cuestión la normatividad del jugar cabe, pese a todo, concebir una gradualidad en el rigor de su regulación. Pueden, por ejemplo, postularse dos tipos ideales de juego: el "constreñido" por reglas estrictas e incuestionables en todo momento, y el juego "libre" cuyas reglas son implícitas o simplemente van siendo construidas y modificadas de un modo progresivo. Debo subrayar que no siempre hay posibilidad de delimitar netamente ambas modalidades en el terreno empírico, pero aun así no es desdeñable su potencia heurística. En la teoría del aprendizaje de roles de G.H. Mead se contiene una dicotomía análoga: entre el game o juego institucionalizado, a cuya clase pertenecería, por ejemplo, el fútbol reglamentario, y el play o juego libre, como el dar patadas a un balón los niños (Cazeneuve, 1984: 131-132).

Aranguren propone una diferencia similar, que atiende a la incursión del azar: "Claro está que hay juegos y juegos. En el ajedrez, por ejemplo, las reglas de valor y movimiento de las figuras son rígidas y están establecidas de antemano. La predeterminación o redundancia estructural es, por ello, grande (...). En los juegos de naipes, mucho más flexibles, y donde el azar representa un papel mucho mayor que en el ajedrez-constreñido a que toque jugar blancas o negras- la información anticipante, definida probabilísticamente, es, en principio, mayor, porque el azar puede colocar a los jugadores en clara situación de desigualdad, pero la redundancia es menor y el número de alternativas necesarias para controlar el resultado final, más aleatorio" (1975: 54).

Bateson y Ruesch señalan una distinción que no remite directamente el concepto de juego, sino al proceso genérico de codificación y evaluación. Según estos autores hay dos modos básicos de decisión, a los que denominan, respectivamente, decisión por integración selectiva y decisión por integración progresiva. El primero de ellos consiste en una categorización y evaluación de alternativas según las "impresiones derivadas de su experiencia pasada, comparando y diferenciando elementos del presente". El segundo es característico de aquellas "secuencias de acciones en las que los actos que las componen están poco diferenciados y categorizados y en los que la velocidad de decisión es importante", como puede ocurrir en la improvisación de un bailarín (1965: 153-154). En mi interpretación, la primera forma de decisión es la que caracteriza a los juegos "reglamentados": las alternas

tivas organizadas en el pasado y la oposición de experiencia pasada y presente corresponden a formas de codificación que gobiernan las decisiones. En el segundo caso se pone de relieve el carácter más debilmente institucionalizado de las acciones, o más bien, la dificultad de percepción de las diferencias por causa de la naturaleza temporal de la acción. En todo caso, estos autores reconocen la imbricación de ambos procesos en toda decisión empírica, e incluso "parecería que los fenómenos selectivos y progresivos pueden tener lugar cada uno dentro de un marco definido por el otro" (*ibíd.*: 154).

Fero la diferencia a que me quiero referir consiste en lo siguiente: una regla puede ser percibida por los actores como regla formal, surgida de un acto típicamente creador de normas, o como convención informal indetraíble del propio contexto práctico en que se aplica. La distinción tiene que ver respectivamente con las reglas de los tipos (1) y (2) de Baker y Hacker a que me he referido en II.1.2.

Es esta diferencia la que me permite invocar dos clases de instituciones, a las que denominaré instituciones formales (If) e informales (Ii).

Siguiendo la línea expositiva de un trabajo anterior (Abril, 1984), diré que entiendo institución, en general, como cualquier forma de poder normativo que constriñe el comportamiento, incluidas las prácticas semióticas, y que se impone a los sujetos so pena de sanciones (2).

Una If es aquella institución que opera eficazmente con independencia de las interpretaciones, valoraciones y acuerdos que pueden surgir en un contexto de interacción y que es, por tanto, vigente por encima, e incluso a pesar, de ellos. Los repertorios de reglas constitutivas que suele invocar la literatura sociológica y lingüística pertenecen al campo de las If: son de tal naturaleza que crean la posibilidad misma de los comportamientos particulares que regulan, y no es posible su transgresión sin el consiguiente abandono del campo práctico y del universo cognitivo que definen. Aparecen, en suma, presupuestas por el hacer que reglamentan y equivalen aproximadamente a lo que se suele entender por instituciones, sin más, en la literatura sociológica.

Una Ii, en cambio, ejerce en el interior de la propia situación interactiva, a través de procesos de control mutuo entre los actores, que son los responsables de impartir las propias sanciones. Las Ii son constitutivas no de prácticas específicas, sino de la práctica interactiva en general.

En tanto que las If son constitutivamente inapela-bles, las Ii son apelables, puesto que el actor puede invocar ciertas condi-ciones de aplicación. Por ejemplo, es una regla de cortesía (y hay que precisar: la cortesía pertenece al campo de la Ii, en tanto que la etique-ta o el protocolo forman parte de las If) y más precisamente de cortesía conversatoria, el ceder la palabra a nuestro interlocutor cuando, accidental-mente, ambos hemos iniciado intervenciones simultáneas. Pero esta norma puede ser razonablemente transgredida si se invoca la pertinencia o la urgen-cia del tema que se desea tratar, u otros motivos.

Debo insistir en que con esta distinción no preten-do defender la posibilidad de una actividad o juego sin reglas: en todos los casos se trata de comportamientos regulados. Ahora bien, sí creo de-jar cabida a una cierta "libertad de actuación" como la que se invocaba en la noción de play (vs. game) de Mead, antes aludida. En efecto, el recur-so a estrategias interpretativas, procesos de negociación, etc., propios de las instituciones informales otorga aceptabilidad a comportamientos que, friamente contrastados con las reglas formales de una If resultarían in-aceptables, abusivos o erróneos. "Es indudable que en una determinada si-tuación ceremonial regulada por una If no son indistintamente aceptables, pa-ra la pregunta: /¿acepta a Fulano como legítimo esposo?/, las respuestas: /sí, acepto/, /me pone usted en un compromiso/ o /verá: yo nací en una al-dea de Orense y mis padres, aunque humildes..../.

Pero sí cabe que a la pregunta /¿qué hora es?/ se responda cooperativamente y de manera aceptable, según las circunstancias del contexto conversacional: /mediodía, más o menos/, / las trece treinta y ocho/ o /muy tarde para hacerlo otra vez, tesoro/.

Incluso categorías del tipo "aceptable/inaceptable" o "cooperativo/ no cooperativo" resultan a menudo ajenas a las sanciones que se aplican mutuamente los actores sociales en numerosas situaciones de discurso: un discurso puede ser parcialmente aceptable y parcialmente inaceptable; una ironía, en parte cooperativa y en parte no. Si el propio discurso jurídico admite, junto a lo "obligatorio" y lo "prohibido", lo "facultativo" (no prescrito) y lo "permitido" (no prohibido), es de esperar que el discurso cotidiano conceda un amplio margen de actuación a lo "pasable" - y multitud de expresiones coloquiales aluden a esta aceptabilidad relativa de algunas acciones: "me ha felicitado de cumplido", "ha prometido con la boca pequeña", etc." (Abril, 1984: 140).

La libertad, entendida al menos como posibilidad de eludir una sanción drástica e irreversible, como lexitud reconocida del criterio de normalidad, parece mejor garantizada en el ejercicio de las Ii.

Como se podrá inferir de mi exposición ulterior (particularmente en II. 2.2) no dudo en considerar el acto de promesa como una variante de Ii. Ello implica, desde luego, que a diferencia de Searle no encuentro que la promesa coloquial, cotidiana, esté basada en reglas constitutivas inherentes a la estructura sintáctico-semántica del lenguaje. Creo, por el contrario, que un acto compromisorio puede llevarse a cabo por procedimientos verbales y no verbales virtualmente ilimitados. La institución del Compromiso remite directamente a principios interactivos muy generales (reciprocidad, confianza mutua, veracidad, etc.), que ciertamente son reconocidos por Searle, pero que admiten una flexibilidad en su aplicación a contextos determinados mucho mayor de la que la teoría searleana da a entender. Es este fundamento en las reglas canónicas de toda comunicación posible (cfr. II. 3) lo que diferencia las Ii de las If, instituidas por una restricción particular de los principios generales de la interacción.

A diferencia de la promesa común, el compromiso formal, por ejemplo, el compromiso matrimonial regulado por una institución (formal) de tipo jurídico, se basa en la adhesión a las reglas constitutivas del acto institucionalizado del matrimonio, que comprende fórmulas performativas específicas y sanciones externas a la interacción de los participantes. La If determina actos jurídicamente válidos o nulos y se impone como poder sancionador heterónomo respecto a la acción intersubjetiva.

Una generalización de estas consideraciones me inclina, en fin, a identificar las If con el área de las actividades rituales de la sociedad, y a situar las Ii en el ámbito de los juegos, pero temo que la indeterminabilidad empírica de ambas esferas institucionales revierta en una mayor turbiedad de las nociones de juego y ritual.

Puede decirse que, en tanto que las reglas de tipo If se imponen a los actores, las de la clase Ii son administradas por ellos (Abril, 1984: 134). Pero incurriríamos en un cierto cosismo de las instituciones, y en una visión harto estática de su naturaleza, sino tomásemos en cuenta la dinámica que pone en relación ambas clases de reglas, y que, esto es aún más importante, impide la diferenciación empírica de contextos institucionales netamente diversos. Lo que ocurre habitualmente es que las reglas de la clase Ii actúan en el marco definido por la clase de reglas If, y viceversa.

Un contexto característicamente gobernado por una If, por ejemplo, la vista oral de un proceso judicial, viene parcialmente regulado por normas de tipo Ii: el juez y los restantes actores se permiten, dentro de ciertos límites, expresiones "informales" y ajenas a las restricciones discursivas propias de la institución procesal por la invocación de principios conversatorios más generales. Por el contrario, en una conversación informal gobernada por reglas de tipo Ii caben invocaciones a fuen-

tes de autoridad formalmente institucionalizadas: tal es el caso de una conversación entre padre e hijo en la que el primer actor, ocasionalmente, invoca una autoridad supracontextual, establecida, por ejemplo, en el sistema de roles preexistente, con objeto de imponer al otro alguna conducta.

Las fuentes de autoridad y las estructuras de roles organizados por las If son susceptibles, pues, de una invocación que suspende o delimita la aplicación de las Ii. El poder de esa invocación y la obigatoriedad del acatamiento son atributos impartidos por la If misma, que restringe así las condiciones generales o informales de la interacción. Por ejemplo, en la conversación informal entre padre e hijo no está inicialmente restringido el principio pragmático general según el cual una pregunta establece para el interlocutor la obligación de la respuesta. Pero la invocación de la If relativa a cierta estructura de roles por parte del padre puede conducir a la suspensión del derecho del hijo a ser respondido.

2.2. La institucionalización formal como limitación de la influencia con textual

Las instituciones son condiciones de posibilidad de la acción. El sentido y la unificación de las acciones, por ejemplo, des-

de el punto de vista de la función social que transforma cierta secuencia de comportamientos en una práctica, o desde el punto de vista cognitivo por el que un conjunto de acciones se redefine como "situación", "marco", etc., acaecen en virtud de instituciones que garantizan la consistencia, la inteligibilidad y la socialidad misma del hacer.

Sin embargo, la perspectiva interpretativa de la acción presume la prioridad de los principios interactivos y de los juegos del lenguaje informalmente institucionalizados sobre las instituciones normativas formales. La institución formal se constituye por un proceso de limitación, de cierre parcial de las posibilidades sintácticas, semánticas o pragmáticas que formalmente entrañan las interacciones comunicativas.

Bickhard entiende que las estructuras de las convenciones (análogas a las que yo denomino Ii), que son formas de comunidad de comprensión o de conocimiento consensual, fundan las posibilidades de la interacción y que su institucionalización (formal), operada por la recurrencia de un tipo particular de situación, constituye constricciones respecto a la perspectiva de soluciones potenciales alternativas (1980: 70-78).

Lyotard lo explica del siguiente modo: "En el uso ordinario del discurso (...) los interlocutores recurren a lo que sea, cam

bían de juego de un enunciado a otro: la interrogación, el ruego, la afirmación, la narración se lanzan en desorden durante la batalla. Esta no carece de reglas, pero sus reglas autorizan y alientan la mayor flexibilidad de los enunciados (...). Una institución siempre difiere de una discusión en que requiere limitaciones suplementarias para que los enunciados sean declarados admisibles en su seno. Estas limitaciones operan como filtros sobre la autoridad del discurso, interrumpen conexiones posibles de las redes de comunicación: hay cosas que no se pueden decir. Y privilegian, además, determinadas clases de enunciados, a veces uno solo (...). Hay cosas que se pueden decir y maneras de decirlas (...). La burocratización es el límite extremo de esta tendencia" (Lyotard, 1984: 39-40, subrayado mío).

Pero como el mismo autor declara, esta hipótesis sobre la institución de la institución es aún demasiado "cosista" y "pesada": sabemos también que nunca está claramente establecido el límite que las instituciones oponen al potencial de "jugadas". La propia institución formal es "el resultado provisional y el objeto de estrategias del lenguaje que tienen lugar dentro y fuera de la institución". Ejemplos como la progresiva introducción de un lenguaje "poético" en el discurso académico o la penetración de otros usos informales en los contextos más tenazmente institucionales podrían avalar la veracidad de esta afirmación. (ibíd.: 40).

La Ii se caracteriza por la aplicación de las normas y sanciones en el interior de la propia situación interactiva a través de procedimientos de control mutuo entre los sujetos basados en principios consensuales aprióricos. La metarregla que gobierna una institución de esta clase establece : 1) que hay que remitirse a principios pragmáticos consensuales como los de cooperación, cortesía y coherencia; 2) que todos los principios anteriores son circunstancialmente revisables, susceptibles de una interpretación peculiar y adaptada al contexto interactivo.

La pregunta por la naturaleza de una institución informal equivale a la pregunta por las condiciones trascendentales de la interacción dialógica, de la que me ocuparé posteriormente. La metarregla a la que me refiero no es sino una generalización de la cláusula de "flexibilidad" que aparece implícita o explícitamente al final de todos los repertorios de máximas o principios pragmáticos, pues como expuse en otro lugar : "cualquiera tiene idea de la clase de tipo intratable que puede ser alguien indefectiblemente cortés, claro, pertinente y veraz, una perfecta "belleza muerta" de la interacción. La naturaleza estratégica y razonante de la interacción discursiva permite suponer, pues, que sean cuales fueren las reglas que se aplican en la definición de la normalidad de una interacción, una norma adicional tiende a evitar su perversión por "hipernormalidad" (Abril, 1984: 145).

La If se constituye por la limitación de la influencia contextual, lo que equivale a decir que pone en suspenso la anterior metarregla y especifica modos determinados de aplicación de los principios, introduciendo también sistemas normativos constitutivos de prácticas o discursos particulares.

Toda Ii está sometida de facto a una tendencia a la formalización y a la exteriorización (respecto al contexto interactivo) por el hecho de que la interacción efectiva no es una composición de fuerzas idénticas ni un sistema de relaciones triviales, en el sentido de la teoría de sistemas, es decir, relaciones de determinación recíproca pura, sino que conlleva conflictos, disimetrías, ganancias y pérdidas. Así pues, el factor de recurrencia situacional apuntado por Bickhard no es por sí solo suficiente para explicar la formalización de una institución. Junto a ese factor hay que considerar los derivados del conflicto y de la hegemonía, más o menos provisional, de alguna de las partes actuantes, así como los que genera la interrelación entre sistemas institucionales diversos. Hay que destacar también la función formalizadora de ciertos discursos normativos y/o didácticos, como, por ejemplo, el de la "gramática académica" que presiona en favor de la reducción de las prácticas de habla según sus critérios de gramaticalidad o aceptabilidad.

Llega, pues, el momento de ilustrar estas observaciones mediante ejemplos extraídos del universo conceptual de la teoría del discurso. Comentaré brevemente una noción semántica, la de denotación (vs. connotación) y varias nociones semántico-pragmáticas estrechamente relacionadas entre sí: el performativo explícito (vs. primario), el acto lingüístico directo (vs. indirecto) y el presupuesto convencional (vs. conversacional). En cada una de estas dicotomías el primer término remite a la variante habitualmente reputada de "normal", "literal" o "directa" del hecho considerado, en tanto que el segundo término aparece como la forma derivada y problemática. En la línea de lo que observa Bickhard, a saber, que las "convenciones institucionalizadas" son un caso especial y derivado de las "convenciones de situación" (1980: 71), trataré de mostrar que es el primer término el que ha de ser explicado como variante derivada del segundo, en virtud de operaciones que en cada caso limitan las posibilidades del juego interactivo y reducen la incertidumbre contextual.

2.2.1. Primera aplicación: la denotación

Según la versión más extendida, la denotación es un proceso significativo que vincula un significante a un significado primario, en tanto que la connotación remite a contenidos semánticos asociados con aquél.

La pregunta sobre la naturaleza de tal primacía admite tres respuestas básicas: la denotación es primaria por la inmediatez con que se presenta a la conciencia el contenido denotado (respuesta psicologista), o por la convencionalidad de la relación semántica considerada (respuesta sociologista), o por el tipo de jerarquía lógica que articula las instancias del sistema semántico (respuesta semantista). En los tres casos se justifica una cierta normalidad de la denotación frente a la que los significados connotativos supondrían los casos especiales, atípicos y necesitados de explicación (3).

Sin embargo puede verse en la denotación el caso especial y problemático. Como indica Verón, "lo que llamamos 'significado denotativo' no es una especie de nivel 'primero'- o, por así decirlo, 'natural'- que está presente en el lenguaje y 'sobre' el cual cabalgarían otros sistemas o niveles de significación (connotativos). Por el contrario, el 'significado denotativo' es un caso especial (y particularmente artificial) de producción (y efecto) de sentido, a saber, aquel determinado por una serie de operaciones comunicacionales que tienden a reducir al mínimo (mediante un conjunto de restricciones) la influencia no explícita del 'contexto' (lingüístico y extralingüístico)". Si el significado denotativo se manifiesta como independiente del contexto, es en virtud de "un tipo particular de manipulación del contexto" (1971: 262-263).

Ningún ejemplo mejor que el que comenta el propio autor: los libros de lingüística. En ellos es posible hablar de significados denotativos (o de "significados de frase", o de "sentidos literales") con abstracción del contexto lingüístico y extralingüístico en la medida en que se crea una situación de producción y consumo que por definición responde a esa exigencia. El significado denotativo es el producto de una situación "Experimental", artificial, creada por la lingüística como teoría de las frases. Yendo más allá que Verón habría que reconocer que jamás ha existido un "sentido de la frase" fuera de los libros (y en general del metadiscurso) de lingüística.

Puede hablarse de operaciones reductoras de la influencia contextual, pero disiento de Verón respecto a que ello requiera necesariamente de una "manipulación particular del contexto", es decir, de una segunda operación "complementaria" de la enunciativa. Como ya expuse respecto a la reflexividad del discurso, la operación de enunciación es, en sí misma, una operación de producción de contexto y cada enunciado cuenta como postulación implícita de su propio contexto de enunciación: de su contexto lingüístico, epistémico, social e incluso físico (4).

En cierto relato de Maupassant, el lexema /libro/ conlleva un significado sexual bien ajeno a cualquier acepción "institucionalizada" del término:

"Vi a Enriqueta en la cama, y, acercándome de puntillas, dije:

-Me olvidé, señorita, de pedir a usted un libro para entretener mis desvelos.

Enriqueta resistió; pero bien pronto abrí el libro que buscaba y cuyo nombre me callo. Era, verdaderamente, la más maravillosa de las novelas, el más divino de los poemas".

(G. de Maupassant: El puerco de Morin, en Bola de Sebo y otros cuentos, Bs As., Centro Editor de América Latina, 1979).

pero tan accesible a una interpretación inmediata, en el contexto del cuento, como en el contexto del diccionario de la lengua lo puede ser el significado "reunión de muchas hojas, generalmente impresas, etc.". La interpretación y la producción de frases es ya una operación contextual que impide, obviamente, fijar en un léxico la constelación de sentidos metafóricos posibles. En numerosas situaciones los supuestos sentidos connotativos no sólo no dependen del presunto sentido denotativo, sino que aparecen como fundamento de éste último. El principio de cooperación interviene, sin duda, en estos procesos, pero puede admitirse con Shanon que la conversación se funda más bien en un gentlemen's agreement, un "acuerdo de caballeros" por el que los partícipes se condu-

cen "como si no vieran lo que ven, como si no oyeran lo que oyen" y por el que fingen no tomar en cuenta lo que no debe ser tomado en cuenta. "Cada uno espera más bien del otro que no tome para nada en cuenta la información a su disposición, a no ser la que se relaciona con el contexto limitado en el que se focaliza la conversación" (Shanon, 1983 : 409).

Las nociones de denotación y connotación se basan en la certidumbre de que el sentido está fundado en la representación semántica vehiculada por las palabras, pero éstas, más que portadoras de representaciones, son un "sustrato manifiesto sobre el que el interlocutor puede actuar" (ibíd.: 410). La misma autora se sirve de una imagen para reforzar su argumentación: más que a la "transferencia de un paquete desde un recipiente a otro" hay que asimilar la comunicación "al lanzamiento de un guijarro sobre la superficie de un lago": las perturbaciones resultantes no sólo se deben a la estructura de la piedra y a las condiciones de la caída, sino también a la configuración del lago y de su entorno (ibíd.: 411). La operación semántica por excelencia no es, pues, la selección de palabras con ciertas denotaciones y connotaciones institucionalizadas sino el establecimiento y delimitación de un contexto (un lago, un entorno) dotado de tal reflexividad que los propios signos que lo constituyen (palabras, gestos, etc.) adquieren en él su sentido. Enunciar es producir un contexto de enunciatción, producir un contexto es acordar cooperativamente qué sentidos han de tomarse como "visibles" y pertinentes y cuáles no. La sesión psicoanalítica, por ejemplo, se produce como contexto en el que "todo es significativo". En ello mani_

fiesta una cierta analogía con un texto poético. Un encuentro científico, por el contrario, limita el área de significatividad a más reducidos horizontes de sentido.

La categoría denotación vs. connotación sólo adquiere pertinencia en contextos como el de la lingüística académica cuando ilustra, en un juego de lenguaje muy particular, las representaciones semánticas posibles de palabras y frases. Más que connotaciones, las palabras acarrear virtualidades semánticas difícilmente delimitables. Más que denotaciones, nos proponen sentidos que han sido interactivamente ratificados por la dinámica institutiva del discurso. Por parafrasear a Wittgenstein, 1973: 51, cabría decir que en la proposición no está contenido su propio sentido, sino la posibilidad de institucionalizarlo. Y, cómo no, la posibilidad inversa: el discurso poético, al menos en la poesía moderna, es una tentativa desinstitucionalizadora del lenguaje.

2.2.2. Segunda aplicación: el performativo explícito

Algo análogo acaece con la performatividad austiniana:

El enunciado performativo explícito, cuyo verbo en modo indicativo contiene morfemas deícticos de primera persona y tiempo presente y sirve para el cum_

plimiento de la misma acción que enuncia, aparece como el modo canónico de la performatividad. El performativo implícito o primario (según la terminología de Austin) aparece entonces como una variante indirecta, derivada o si se quiere "retórica" de la performatividad lingüística.

Mi parecer es que la explicación de la performatividad debe seguir una dirección inversa: el performativo explícito es aquella modalidad de actividad lingüística que ha de interpretarse precisamente como derivada y retórica, como forma "especial" de performatividad. En la primera parte de Cómo hacer cosas con palabras (Austin, 1971) los enunciados constatativos, con valor descriptivo y veritativo, y los performativos, que cumplen la acción que enuncian, son presentados como clases contrarias de enunciados lingüísticos. La distinción posterior de Austin entre performativos explícitos y primarios viene a poner de manifiesto el valor performativo, expreso o tácito, de cualquier enunciado y conduce a diferenciar no tanto clases cuanto funciones de los enunciados: la de significar y referir (el acto locutorio) y la de cumplir una acción (el ilocutorio). A primera vista parece, pues, que la teoría de la performatividad queda incluida, aun reformulada, en la teoría de los actos de habla. Los performativos no serían sino la clase de verbos aptos para lexicalizar ilocuciones.

Pero esta interpretación de la "doble teoría" austiniana no es satisfactoria. El propio Austin la rechaza implícitamente cuando subestima la pertinencia del tipo verbal en el cumplimiento de acciones

lingüísticas. En coincidencia con Benveniste (1974 : 194) piensa que el logro de un acto de habla se debe más a un conjunto de condiciones textuales y contextuales que a las propiedades de una clase de verbos. A ello alude cuando afirma que "el acto lingüístico total, en la situación lingüística total, constituye el único fenómeno real que, en última instancia estamos tratando de elucidar" (Austin, 1971 : 196). Como he expuesto en otro lugar (Abril, 1984 : 129 - 130) no hay criterios propiamente lingüísticos para la determinación del cumplimiento de una acción con palabras : es posible hallar usos de verbos performativos en primera persona del presente de indicativo sin valor performativo y, sobre todo, es posible que cualquier verbo sirva para "realizar una acción" en determinados enunciados y contextos de enunciación.

¿ Como salvar entonces la teoría austiniana de la performatividad cuando ésta no es sino un embrión de la teoría ilocutoria o bien una (insatisfactoria) teoría de los verbos performativos ?

Mi respuesta coincide con la de Warnock (1978) : si la teoría de los actos de habla se ocupa de cualesquiera enunciados en cuanto acciones, la temática específica de la performatividad aparece al reconocer una subclase particular de enunciados, los performativos en sentido estricto, cuya enunciación equivale, escribe Warnock, a hacer algo "de un modo especial" (ibíd.:124). El mismo autor reconoce aún dos subclases de performativos :

a) Aquellos enunciados cuya enunciación es "operativa" merced a una convención diferente de las lingüísticas. Es el caso de ritos, ceremonias y juegos en los que las convenciones comunes de la interacción aparecen sobrecodificadas por lo que he venido llamando una If. En este tipo de situaciones puede observarse el frecuente recurso a fórmulas especiales (sobrecodificadas) del tipo / envido / o / voy /, en lugar de los performativos comunes del tipo / apuesto / o / desafío / (5).

b) Los enunciados cuyo verbo significa corrientemente, es decir, sin el recurso a una convención particular, la acción que se realiza al enunciarlo; en pocas palabras, los performativos explícitos.

Es fácil de advertir que la subclase (a) agrupa enunciados "derivados", especiales o sobrecodificados respecto al conjunto de las acciones enunciativas "comunes". Pero no ocurre de otro modo con la subclase (b). En efecto, los performativos explícitos que no forman parte de fórmulas oficiales y/o ritualizadas por la autoridad explícita de una institución formal (como el / se condena / de las sentencias judiciales y similares) pueden en general considerarse como formas retóricas del habla, es decir usos estratégicos y sofisticados antes que expresiones directas y canónicas. R. Lakoff, 1980, ha mostrado que el performativo explícito es una forma característica de intensivo sentencial. En tanto que las formas mitigadoras de la fuerza pragmática, por ejemplo, la sustitución de una orden por una interrogación con función de petición, expresan una cierta dejación de responsabi-

dad del hablante respecto a las consecuencias de su acto, las formas intensificadas afirman los derechos del hablante, precisamente porque de algún modo su autoridad se ve interactivamente cuestionada. Pese a su aparente "vigor", los performativos explícitos proponen las pretensiones del hablante más debilmente que una forma no intensiva. Es extraño que alguien diga en un contexto coloquial / te ordeno /, / te prometo / o / te pido / si no se halla en precario su autoridad o su credibilidad.

El uso intensivo del performativo explícito indica habitualmente en un contexto conversacional la pretensión del locutor de hacer valer una regla de tipo If y por tanto de reforzar su posición interactiva (debilitada) mediante la introducción en escena de la autoridad institucional que, a tales efectos, cuenta como un actante remitente del poder.

También se da una invocación de autoridad en otro uso del performativo, netamente retórico, al que he denominado arrogación (Abril, 1984 : 134) : se produce precisamente en aquellas ocasiones en las que la invocación está desautorizada por la propia institución que es, implícitamente, invocada. Así, un ciudadano particular no puede legítimamente "declarar la guerra" a un estado extranjero, pero es posible que un periódico inserte un titular del tipo:

/(En nuestro periódico) declaramos la guerra a Francia por su política informativa /.

Expresiones de este tipo no constituyen "declaraciones de guerra" en sentido propio puesto que no satisfacen las "condiciones de felicidad" del performativo expuestas por Austin (1971 : 53 - 59 y 1978 : 50 - 51) : son actos "nulos" por carentes de la legitimación institucional que ha de avalar a los actos ejercitativos (declaraciones y mandatos de autoridad).

Su fuerza pragmática viene dada por el hecho de que en ellos el enunciador se presenta como si estuviera dotado de legitimidad, por la simulación de autoridad. Las fórmulas retóricas de este tipo : / declaro /, / sentencio /, / indulto /, etc. expresan que el locutor se arroga la fuerza pragmática de la fórmula invocada y la posición de autoridad del sujeto institucionalmente autorizado para utilizarlas adecuadamente. Son expresiones que debieran incluirse entre los fenómenos de cita o alusión, aun cuando lo citado en ellas no es sino un efecto pragmático. Y debe adjudicárseles también un valor intensivo por cuanto modifican funcionalmente la actividad ilocutoria en orden a fortalecer la posición de autoridad del locutor.

Junto a la arrogación con función intensiva es posible identificar una arrogación irónica, igualmente citacional, pero cuyo efecto pragmático se extrae de la distancia respecto a la fórmula invocada. Así cabe como respuesta a una petición de disculpas, en un contexto amistoso, un enunciado del tipo :

/Ve en paz, hombre, tus pecados te son perdonados/.

En este caso no se trata de intensificar la fuerza de la exculpación sino, precisamente al contrario, de mitigarla (6).

De este breve análisis puede, pues, inferirse que lejos de constituir las formas de expresión performativa "directa" o "común", respecto a la cual las expresiones indirectas o implícitas serían los casos problemáticos, los performativos explícitos constituyen bien sea a) fórmulas ritualizadas y sobrecodificadas en instituciones formales, bien sea b) expresiones retóricas o, si se prefiere, estratégicas, que tienden al afianzamiento de la posición interlocutiva del hablante por una modificación del valor pragmático del enunciado. Por ello cabe pensar que su propia aparición de normalidad no es tanto la manifestación de una conformidad con reglas interlocutivas preexistentes cuanto un efecto estratégico del acto discursivo. Un performativo intensivo o una arrogación, antes que eficaces por su normalidad son normales por su eficacia.

La pretensión normalizadora del hablante no consiste, pues, en un ingenuo acatamiento de las instituciones interlocutivas, sino en un proceder estratégico que toma las instituciones mismas como posible materia de simulación, como instrumento productor de un efecto de normalidad.

2.2.3. Tercera aplicación: el acto ilocucionario directo

En la teoría estándar de los actos de habla el acto ilocutorio directo aparece como la forma canónica de ilocución, cuyo logro responde al cumplimiento cabal de unas condiciones de felicidad o reglas constitutivas, en tanto que el ilocutorio indirecto se produce por efecto de modificaciones secundarias de la estructura sintáctico-semántica del enunciado tendentes a la evitación de perturbaciones en el intercambio comunicativo. Desde el punto de vista formal (y aquí el problema de los actos ilocutorios se relaciona estrechamente con el de la presuposición al que me referiré en el siguiente apartado), el acto directo lo sobreentiende, es decir, requiere de un proceso particular de inferencia contextual por parte del receptor.

Mi punto de vista, parcialmente expuesto en los dos estudios antes citados, es bien distinto: sin duda hay reglas sintáctico-semánticas que proporcionan indicadores de fuerza ilocucionaria, pero el efecto ilocutorio propiamente dicho (y no la mera indicación lingüística del efecto) se alcanza siempre en la confrontación de tales indicadores con el contexto y en un proceso dinámico que involucra una actividad del "receptor" complementaria a la actividad locutiva. Aun cuando el enunciado presuponga cierto valor pragmático virtual, el logro de un sentido pragmático efectivo involucra siempre procesos de sobreentendimiento o implicación contextual. Como la denotación semántica, el acto ilocutorio directo es una abs-

tracción de la lingüística de la frase. En cuanto se intenta una explicación discursiva del logro de los efectos pragmáticos el analista se encuentra con procesos de sobreentendimiento y de inferencia discursiva que hacen de todo acto un acto indirecto.

Pensemos en algún ejemplo trivial de acto directo, como el de petición, en el enunciado siguiente:

/Por favor, devuélveme el disco que te he prestado/.

Según la teoría estándar, la asimilación ilocutoria (uptake, en términos de Austin) de este enunciado se logra por la mera comprensión del oyente de los indicadores convencionales de petición ínsitos en el enunciado. Pero no es plausible la suposición de que el oyente, además de comprender tales indicadores debe llevar a cabo un proceso de inferencia tendente, cuando menos, a asegurarse ese sentido y no otro (reproche, desafío, etc.), el que debe tomarse por vigente en el contexto actual?.

Mi parecer es que, en efecto, todo proceso de actividad ilocutoria exige del sobreentendimiento y que el llamado acto directo no es sino una clase, o un efecto, particular de los actos lingüísticos, tomados genéricamente como indirectos. El concepto de acto indirecto está estrechamente relacionado con las nociones interactivas de atribución mutua de intenciones, cualificación recíproca e inferencia discursiva. No es, en mi opinión, sino una expresión del despliegue de las instituciones informales de la interacción. El acto directo, caso particular sublimado como modelo de valor general, responde al designio de institucionalización formal propio de la lingüística normativa.



Me he referido en otro lugar (1984: 138-140) a los perjuicios inherentes a tal normativismo:

"Según Austin, el acto ilocutorio se consuma cuando alcanza a obtener cierto efecto (ilocutorio, a distinguir del efecto perlocutorio) que "equivale a provocar la comprensión del significado y de la fuerza de la locución. Así, realizar un acto ilocucionario supone asegurar la aprehensión (uptake) del mismo" (Austin, 1971: 161-162). La aprehensión o asimilación ilocutoria consistiría, pues, en el reconocimiento por el oyente de la intención ilocutiva del hablante.

Esta concepción no deja al oyente en muy buen lugar: se ha de limitar a verificar el tipo de acto intentado por el hablante, como si se tratara de un referéndum semántico. Pero el agravio llegará más lejos: como la expresión de una intención comunicativa (y/o ilocutiva) procede convencionalmente, es decir, conforme a ciertas reglas de felicidad (Austin) o condiciones de cumplimiento (Searle), el logro de actos ilocutivos parece restringido a aquellos casos en los que la conducta del oyente es conforme a la norma dominante (sea la norma del hablante, sea la norma seleccionada por el teórico como "normal"). En suma, y como ha señalado Berrendonner, en Austin la vinculación entre cumplimiento y "felicidad" equivale a tomar partido por el más fuerte, y los actos "no logrados" no son actos sino "errores" (1981: 99). (Obsérvese, de paso, qué ásperas connotaciones tiene en castellano "acto infeliz") (...)

La guinda del pastel: para analizar el acto de promesa Searle debe dejar de lado ciertas formas como "promesas marginales, casos límite y promesas parcialmente defectuosas", además de promesas elípticas, insinuadas, metáforas, etc. (Searle, 1980: 63-64). A uno le queda la duda de si ha lo grado alguna vez realizar una promesa o entender que le estaban prometiendo algo.

Sbisà y Fabbri (1980) han asignado un papel activo al oyente, al entender que su operación no es de simple reconocimiento o verificación, sino "una sucesiva eliminación de hipótesis", mediante la confrontación de los indicadores de fuerza ilocutoria con el contexto y una ulterior aceptación, refutación o redefinición del acto propuesto. Es difícil aceptar un repertorio de condiciones necesarias y suficientes para el logro de la ilocución -como las de Searle- con independencia de la actividad interpretativa del oyente (...) La no coincidencia en la definición del carácter y las presuposiciones del acto puede dar lugar a una negociación tendente a establecer una "cualificación intersubjetivamente aceptada de la fuerza ilocutoria".

Lo que está en juego en este problema no es sino el carácter consensual o conflictivo de la actividad del discurso (y, por ende, social): la teoría Austin-Searle parece soslayar la posible divergencia entre la parte hablante y la parte oyente respecto a las reglas que se aplican en la interacción, y sus también posiblemente diversas estrategias interpretativas. Re-

pertorios de reglas (o códigos) de la acción que los teóricos representan como constitutivas, podrían no constituir sino una medida de la normalidad de las prácticas discursivas impartida por la clase "cultura", masculina, blanca y adulta de nuestra sociedad."

La teoría searleana de las reglas constitutivas es una teoría muy convincente de los indicadores sintácticos-semánticos de fuerza ilocutoria, pero no de la acción ilocutoria propiamente tal. Dicho en otros términos, esta teoría no versa sobre la interacción discursiva, sino sobre sus necesarias pero insuficientes condiciones lingüísticas.

Récanati ha subrayado la fundamental diferencia entre acto ilocucionario efectivamente cumplido y acto ilocucionario significado por una expresión; en cuanto componente del sentido del enunciado, éste último forma parte de la acción locutiva y no de la ilocutiva (1980: 210). "Mientras la fuerza ilocucionaria corresponde al valor pragmático de una expresión, al sentido de la enunciación, el acto locucionario (...) equivale al sentido del enunciado. Esta dicotomía, más clara que la searleana ("significado del hablante" versus "significado de la sentencia") permite entender que las indicaciones de uso pragmático contenidas en el enunciado (la estructura profunda de la frase, el valor léxico de los términos, etc.) no determinan directamente la fuerza ilocutoria, sino el acto locucionario" (Lozano, Peña-Marín y Abril, 1982: 227).

Las reglas constitutivas determinan, pues, el contenido proposicional y la fuerza ilocutoria virtuales de un enunciado, pero el contenido y la fuerza actuales de una enunciación sólo son determinables en un contexto preciso de acción, en el que los sujetos llevan a cabo operaciones de actualización de la fuerza pragmática orientadas por los principios generales de la interacción comunicativa.

En un sentido análogo al de Récanati se pronuncia Bonfantini, 1985: 51, cuando diferencia entre la "dimensión inmediata" del acto lingüístico y la dimensión de la "valencia efectivamente ocurrente" a lo largo del discurso y de la comunicación. Aun cuando este autor introduce una nueva terminología que puede inducir a confusiones suplementarias (denomina "ilocutoria" a la primera dimensión y "dialocutoria" a la segunda, junto a la dimensión final del acto, "perlocutoria"), el desarrollo conceptual de su exposición es coincidente con el que aquí vengo proponiendo. Un enunciado como /esta sopa está sosa/ es un representativo en su aspecto ilocutorio (es decir, en la virtualidad ilocutoria del enunciado, según mis términos), pero su valencia efectiva, su aspecto "dialocutorio" (o ilocución actual, en mis términos) consiste en el valor "que esta afirmación asume en un contexto dado y en circunstancias determinadas". Precedido de ciertos actos y preparado por cierto sistema de figuras de la comunicación, el enunciado del ejemplo podrá entenderse como petición elíptica de sal, o como veredicto negativo, etc.

Los procesos de implicación correspondientes a ambas dimensiones son explicados por Bonfantini en los siguientes términos: " El sentido implícito del aspecto ilocutorio de un acto lingüístico es vehiculado por el acto mismo y por ende manifestado, puesto al descubierto, por el emisor, y fácilmente hallado por su destinatario con la ayuda de interpretaciones codificadas y habituales; mientras que el sentido implícito del aspecto dialocutorio es "comportado" o "entrañado" por el acto (...), evocado por el emisor (sobreentendido, sugerido o suscitado por alusión, según el carácter más o menos institucionalizado del marco en el que acaece el acto lingüístico y según las estrategias particulares del emisor), y es inducido con un poco de atención por su destinatario". El propio autor precisa que la operación inductiva del destinatario es más exactamente un clase de abducción, en el sentido peirceano (ibíd.: 53-55).

La definición interaccional y discursiva de los actos de habla conlleva el reconocimiento de que cualquier acto de habla es analizable como indirecto en el marco textual. El cumplimiento de ilocuciones requiere de la doble actividad interlocutiva, de modo que las formas lingüísticas y no verbales seleccionadas por el hablante cuentan como una de las indicaciones, pero no la única, que el oyente, dotado de una competencia discursiva toma en cuenta para su interpretación y sanción de las expresiones del hablante. El oyente no se limita a refrendar las propuestas ilocutivas del hablante, sino que contrasta el valor semántico convencional de las expresio-

nes con el conjunto del discurso y con el marco interactivo, y pone en juego su competencia estratégica (7).

Consideraciones sociolingüísticas análogas llevan a Gumperz a afirmar que "todas las interpretaciones de intención comunicativa son a la postre indirectas" (1980: 182).

2.2.4. Cuarta aplicación: el presupuesto pragmático convencional

He aplicado el mismo razonamiento para discutir la pertinencia de la distinción entre presuposición o implicación pragmática convencional y sobreentendido o implicatura conversacional (Lozano, Peña-Marín y Abril, 1982: 212-220). En las prácticas discursivas la identificación de los presupuestos convencionales aparece comúnmente orientada por criterios de implicatura conversacional y, a la inversa, el sobreentendimiento no puede por menos de tomar en cuenta (aun para transgredirlas, como acaece en el proceder de implicación descrito por Grice) las convenciones semánticas y pragmáticas (8).

La forma típica de implícito pragmático convencional es el presupuesto ilocutivo: cualquier proposición relativa a las condiciones semánticas o pragmáticas que ha de satisfacer un enunciado para poder ser usado ilocutivamente, es decir, para dar una orden, proponer una pregunta, etc. y que resulta inferible pública y convencionalmente de dicho enunciado. Así, si la creencia del locutor de que su interlocutor prefiere la realización a la no realización de una promesa es una regla preparatoria del acto de prometer, la enunciación de una promesa implica pragmáticamente la proposición que formula dicha creencia (9).

La forma típica de presupuesto o implicatura conversacional es una inferencia que el oyente lleva a cabo en virtud de ciertas evaluaciones "razonadas" sobre el contexto y sobre la actividad del locutor. Según el análisis clásico de Grice, 1979, la inferencia opera del siguiente modo: el locutor transgrede abiertamente alguna regla de conversación y el oyente juzga que no hay que suponer su no observancia del principio cooperativo en general, pero para ello se ha de atribuir al locutor la intención de querer decir implícitamente algo diferente de lo que ha dicho (10).

No es difícil llegar a la conclusión de que ambos procedimientos presupositivos se yuxtaponen habitualmente y de que la convencionalidad del primero es en muchos casos tan dudosa como la no convencionalidad del segundo.

Por ejemplo, el efecto ilocutorio de petición que suele atribuirse a enunciados interrogativos del tipo de /¿puede pasarme la sal?/ se infiere por implicatura conversacional, pero se trata de una inferencia fuertemente convencionalizada. El propio Grice toma en cuenta la posible conexión con ciertos hechos de la lengua de la, por él denominada, implicación conversacional generalizada, que se vincula "automáticamente", con independencia de circunstancias particulares, a formas lingüísticas determinadas (ibíd.: 70). Así, la expresión /Fulano se ha citado esta tarde con una mujer/ sobreentiende que tal mujer no es cónyuge, hermana ni madre de Fulano

Contrariamente, "el cálculo de un presupuesto convencional no ocurre habitualmente sin alguna interpretación "razonada" sobre el contexto y las circunstancias de enunciación, aunque sólo sea la interpretación tendente a ratificar que es precisamente el valor convencional del acto y no otro el que conviene dar por bueno en tal ocasión" (Abril, 1984: 142).

Si la implicatura se produce a través de un cálculo de las convenciones, el presupuesto convencional no se infiere sin algún proceso de implicatura.

También en este campo se advierte que la hiperconvencionalidad de la presuposición pragmática no es en gran medida sino el efecto de una reducción del contexto discursivo operado por la teoría de la frase

3. ELEMENTOS DE UNA PRAGMATICA UNIVERSAL

3.1. El orden de las metarreglas

Una vez afirmada la particularidad y la contingencia de las que he llamado instituciones formales, retomo la hipótesis según la cual la interacción exige un orden básico que fundamenta las instancias normativas y desde el cual las reglas "de superficie" resultan interpretables, observables (en el doble sentido de inteligibles y susceptibles de acatamiento) y también vulnerables.

La relación entre ambos dominios normativos puede ser explicada de distintas maneras, pero mi punto de vista se aproxima al de una explicación trascendental que toma por referencia la noción de intersubjetividad. La actividad comunicativa remite a un contexto comunicativo en curso en el que la intersubjetividad se manifiesta dinámicamente "sobre la base sin cesar amenazada del reconocimiento recíproco" (Ricoeur et al., 1977: 260-261).

En el pensamiento de Habermas, pero no sólo en él, las convenciones empíricas, entendidas como compromisos o acuerdos consensuales de

cualquier clase, no son posibles sin el recurso a ciertas metarreglas que ya no son instituibles por convención, puesto que ellas mismas posibilitan la convención (Gabás, 1980: 221-222). La convención implica, por ello, la intersubjetividad. La indagación de las metarreglas equivale a la de la pragmática universal habermasiana cuando se propone como tarea el "identificar y reconstruir las condiciones universales de la posible comprensión (Verständigung)" (Habermas, 1979: 1).

Jacques, 1982: 48-51, discrimina un doble nivel normativo: el de las condiciones trascendentales de la comunicación que proveen las reglas canónicas de toda comunicación posible, y el de las reglas instituidas en el plano empírico. La dimensión empírica se define "como un juego sobrepuesto de determinaciones sobre el cañamazo comunicacional" en el interior de una comunidad establecida que engloba a los enunciadorees efectivos. Estos niveles se corresponden, grosso modo, con el institucional informal y el formal que he venido proponiendo. Las prácticas discursivas regladas canónicamente se modifican en el seno de la comunidad, contexto o institución empírica por la superposición de las reglas instituidas o secundarias. Así, y volviendo a un ejemplo ya propuesto en II.2.2.1., si la regla canónica de la pregunta exige la respuesta del interlocutor, y la pregunta cuenta así como creación de la obligación de responder, en un contexto institucional determinado (formal) no cualquiera puede preguntar, ni el derecho a obtener respuesta es compartido por todos: ese derecho está sobrerregulado según posiciones enunciativas y prevalencias sobrepuestas a las posiciones ca

nónicas de enunciador-enunciatario, o demandante-demandado. La institución especifica normas y sanciones que obligan a una posición, que regulan la puesta en escena de los roles. En las condiciones empíricas de la comunicación, en el interior de una institución formal dada, la enunciación no remite a un juego de posiciones comunicativas, sino a "toda una dispersión de lugares (incluso textuales), es decir de papeles discursivos ligados al estatus personal" (ibíd.: 43). Ahora bien, incluso en el seno de la institución formal es posible en mayor o menor medida la apelación estratégica, sofisticada, a menudo conflictiva, a condiciones canónicas de comunicación que permitan ocasionalmente una redistribución de roles o una distancia respecto al rol institucionalmente reglado.

Los universales pragmáticos son estructuras conceptuales de la intersubjetividad que aparecen presupuestas por (cualquiera de) los comportamientos comunicativos. Antes de entrar en su exposición debo manifestar una doble reserva:

a) No conozco un criterio suficiente de demarcación entre lo "universal" y lo "empírico" en el dominio al que me refiero. Los elementos de la pragmática universal no son propiamente datos ni propiamente construcciones hipotéticas. El vértigo hermenéutico culmina con el reconocimiento de que la supuesta universalidad de los principios pragmáticos no dejará de afectar al analista que trata de aprehenderlos. Nada es más arriesgado para la teoría del discurso que abordar estructuras universales; a las paradojas reflexivas que afectan a todo discurso se añade el peligro del etnocentrismo teórico.

Es difícil, o imposible, la discriminación entre lo puramente apriorístico y lo cultural e históricamente mudable en la pragmática universal.. El propio Habermas tiende a considerar que lo apriorístico deviene históricamente (Gubás, 1980: 227) o al menos no excluye que las estructuras conceptuales básicas de la experiencia posible (lo trascendental, en el sentido kantiano) se desarrollen filogenética y ontogenéticamente, en un proceso empíricamente analizable (Habermas, 1979: 22).

Trataré de llamar la atención sobre aquellos casos en los que la universalidad y la necesidad de los principios pueden razonablemente ser consideradas como generalizaciones dogmáticas. El riesgo del normativismo es evidente: una vez proscrito del ámbito empírico de las reglas y las situaciones comunicativas, el paradigma normativo puede buscar acomodo en el más nebuloso de las metarreglas y las estructuras trascendentales de la interacción.

b) No existe tampoco un criterio preciso que delimite los ámbitos de la pragmática y de la semántica universales. La búsqueda de estructuras conceptuales de gran generalidad, de categorías básicas, conduce desde ambos dominios a conclusiones comunes. Así, la noción de contrato, que fundamenta gran parte de los principios pragmáticos, aparece también como una operación básica en la semántica narrativa. Greimas y Courtés, 1979: 288, tras establecer que la pragmática del lenguaje constituye un aspecto de la "dimensión cognitiva" del discurso proponen una semiótica de la comunicación que extrapola

le los modelos de la semiótica cognitiva extraídos del análisis del discurso narrativo. "La dimensión cognitiva, definible como asunción por el saber de las acciones pragmáticas, las presupone. En el límite, por otra parte., la dimensión pragmática puede no ser, en un discurso dado, sino el pretexto de actividades cognitivas" (ibíd.: 40).

Formulada esta doble cautela me referiré, pues, a las principales nociones de la pragmática universal.

3.2. La competencia comunicativa

Esta y otras nociones afines surgen de la necesidad de ampliar el concepto de competencia lingüística de Chomsky, relativo al conocimiento implícito que el hablante tiene de su propia lengua y que le permite producir y comprender una serie infinita de oraciones. La noción chomskyana remite a la "estructura del conjunto de oraciones gramaticalmente posibles para la idealizada comunidad lingüística que sea" (Sánchez de Zavala, 1978: 10) que no es sino un equivalente intuitivo de una gramática formalizada (Garavelli Mortara, 1974: 17). La noción de competencia comunicativa su pone, en una primera aproximación, la inserción de factores contextuales. Así, y según el comentario que Gabás realiza de la perspectiva habermasiana, la competencia lingüística de (el primer) Chomsky prescinde del contexto in-

tersubjetivo, de la dimensión pragmática del lenguaje y se refiere sólo a sus dimensiones fonético-semánticas. Habermas, por el contrario, alega que el estrato semántico no se adquiere con independencia del pragmático y que todas las dimensiones del lenguaje se constituyen en dependencia de la situación intersubjetiva de comunicación. La pragmática universal habermasiana pretende, pues, presentarse como teoría de la competencia comunicativa en cuanto fundamento de la competencia lingüística: "La competencia comunicativa quiere reconstruir el sistema de reglas por el que producimos o generamos las situaciones de un posible hablar" (citado por Gabás, 1980: 226).

En el campo sociolingüístico ha sido Hymes, 1974, quien ha popularizado la noción, refiriéndola a la capacidad que permite a los miembros de una comunidad el desarrollo e interpretación de la actividad lingüística: los fenómenos de habla (speech events) no son reductibles a la competencia lingüística, y no puede explicarse la capacidad de hablar sin la de comunicar, es decir, sin el conocimiento implícito de normas psicológicas, culturales y sociales que posee el hablante y que son presupuestas por sus actividades de comunicación.

La noción equivale, pues, a la de competencia pragmática, tal como ha sido definida, entre otros, por Wunderlich. La cuestión no es asignar al campo de la competencia los componentes fonético-semánticos y reducir los pragmáticos al área de la actuación (performance), sino ampliar

la noción de competencia de tal modo que incorpore éstos últimos. Para Wunderlich, competencia pragmática significa "la capacidad de los habitantes u oyentes para comprenderse, es decir, para articular y comprender lo articulado en situaciones comunicativas (idealmente concebidas)" (citado por Schmidt, 1977: 33), pues carece de sentido poseer una competencia abstracta para elaborar enunciaciones correctas si no se ha desarrollado la facultad de comunicarse mediante tales enunciaciones. Tal como afirma van Dijk, 1973: 181, "todo sujeto hablante pese un conocimiento ideal (con probabilidad parcialmente innato) de estas reglas pragmáticas, de suerte que la pragmática es una parte legítima y necesaria de la gramática y no una parte de la teoría de la actuación".

El propio Chomsky ha hecho suya esta "ampliación" del concepto de competencia. Tras distinguir la competencia "gramatical" (conocimiento de la forma y del significado) y la "pragmática" (relativa a condiciones de uso apropiado), el lingüista norteamericano afirma que la segunda determina el modo en que el instrumento lingüístico puede ser utilizado eficazmente (1980: 356). Con este reconocimiento la lengua es extendida a la escena institucional de su uso, y las intenciones y fines de los hablantes son vinculados a los medios lingüísticos de los que disponen.

En Habermas, 1970: 140-141, la competencia comunicativa

va "remite a una situación idealizada de habla, de modo análogo a como la competencia lingüística remite al sistema abstracto de reglas lingüísticas. Los universales constitutivos del diálogo al mismo tiempo engendran y describen la forma de intersubjetividad que hace posible la mutualidad de la comprensión. La competencia comunicativa se define por el dominio que el hablante ideal tiene de los universales constitutivos de diálogo, prescindiendo de las restricciones actuales bajo condiciones empíricas".

El objeto de una pragmática del lenguaje está constituido por las proposiciones, en tanto que las frases representan el objeto de una teoría específicamente lingüística. Tal como señala Ortiz-Osés, Habermas se acoge a la concepción de los actos lingüísticos de Searle por cuanto en ella las proposiciones performativas poseen un sentido institucional-pragmático además del puramente lingüístico: los actos de habla engendran las condiciones de uso de una frase como proposición y facilitan así la competencia comunicativa precisamente en cuanto transformación de frases en proposiciones. "Las estructuras de las situaciones de habla comparecen así lingüísticamente como expresiones (Ausdrücke) lingüísticas en cuanto universales pragmáticos". La componente performativa decide el modo de la comunicación y el sentido de uso de la dependiente afirmación proposicional (Ortiz-Osés, 1977: 155-156).

Los universales constitutivos del diálogo pueden, pues,

enumerarse según clases universalmente válidas de actos de habla. Conforme a Schmidt, 1977: 124-125, son cuatro las reconocidas por Habermas (11):

- 1) Comunicativa: Expresa el sentido pragmático de la oración. Explicita el sentido de las enunciaciones en cuanto enunciaciones. Por ejemplo: decir, preguntar, etc.
- 2) Constatativa: Se utiliza para "expresar el sentido de la aplicación cognoscitiva de las frases. Explica el sentido de enunciados en tanto enunciados". Por ejemplo: describir, explicar, negar, etc. Posibilita la diferencia entre ser y parecer.
- 3) Representativa: expresa el sentido pragmático de la autoposición de un hablante ante un oyente. "Hace explícito el sentido de la manifestación de intenciones, actitudes, expresiones del hablante". Es el caso de revelar, ocultar, interpretar, etc. Permite la diferenciación entre esencia y apariciencia.
- 4) Regulativa: "Expresa el sentido de la aplicación práctica de las frases". Por ejemplo: ordenar, disculpar, aconsejar, etc. Su aplicación consiente la distinción entre ser y deber.

Junto a las estructuras de los actos lingüísticos, Habermas ha hecho referencia también a otros estratos lingüísticos que concier-

nen a la competencia comunicativa: es el caso de las expresiones deícticas, de los vocativos, imperativos, y preguntas, de la distinción entre con texto de acción y contexto de discurso, etc. Pero sobre todo de la anticipación del diálogo ideal como presupuesto apriorístico de todo diálogo con creto (Gabás, 1980: 226). A esta noción habré de volver en páginas sucesivas.

3.3. Principios racionales y consensuales

Son numerosos los inventarios de principios universales de la acción y la comunicación. Aquí me voy a referir a tres de ellos:

1) Las pretensiones de validez (validity claims), de Habermas. Son "presuposiciones consensuales" que conciernen a las distintas tentativas de auto validación inferibles de los actos comunicativos. Todo hablante pretende:

- Que su contribución es verdadera (principio análogo al de "cualidad" de Grice, que luego expondré).
- Que su expresión sea comprensible (análogo a los principios griceanos de "relación" y "modo").

- Que su expresión manifiesta de intenciones es veraz.
- Que es apropiada en relación al contexto normativo admitido (según la exposición de Kreckel, 1981: 14).

2) Los siete principios de acción y comunicación de Allwood que, según este autor, constituyen "una especie de asunciones de normalidad concernientes al modo en que un individuo opera cuando no hay presentes factores perturbadores":

- 1.- "Los seres humanos son agentes racionales normales".
- 2.- "El comportamiento intencionalmente controlable de un agente es intencional y con propósitos".
- 3.- "Las acciones de un agente no son realizaciones contra su propia voluntad".
- 4.- "Las acciones de un agente normal son motivadas".
- 5.- "Los agentes normales no actúan de modo que decrezca su placer o se incremente su dolor".

6.- "Las acciones de un agente racional son seleccionadas de modo que proveen el modo más adecuado y eficiente de alcanzar el propósito para el que se intentan".

7.- "Las acciones de un agente racional se realizan sólo si él juzga que es posible alcanzar su propósito intentado" (ibíd. :14)

3) El principio y las reglas de cooperación de Grice. El principio cooperativo es un tipo de expectativa constitutiva asumido por los participantes en cualquier conversación. Grice lo formula en el siguiente aforismo: "Que vuestra contribución conversacional corresponda a lo que se exige de vosotros, en el estadio alcanzado por aquélla (conversación), por el fin o la dirección aceptados del intercambio hablado en el que estáis comprometidos" (1979: 61). El propio autor sugiere que tal principio podría extenderse, con las correcciones que fueren precisas, a otras formas de transacción cooperativa diversas de la hablada (ibíd.: 62-63).

Grice expone cuatro categorías entre las que se reparten reglas más específicas de efectos concordantes con el principio cooperativo:

a) Cantidad: Se trata de una exigencia similar a la del doble principio de presunción de Strawson. En términos griceanos la contribución conversacional no ha de contener ni más ni menos información que la requerida, es decir,

ha de ajustarse a un nivel crítico de contenido informativo.

- b) Cualidad: También presenta analogías con otros principios pragmáticos, como la regla de sinceridad de Searle. Grice toma en cuenta dos subreglas más específicas de la regla de veracidad: no afirmar lo que se cree falso ni algo sobre lo que se carece de pruebas.
- c) Relación: Establece la exigencia general de hablar a propósito, es decir, de pertinencia temática. Grice menciona numerosos problemas relacionados con el establecimiento y la modificación legítima de los "centros de pertenencia" en una conversación.

La conservación y alteración de una secuencia temática está relacionada con la dinámica del turno conversacional, que también puede considerarse como un principio pragmático general. Ciertamente no hay criterios muy precisos para determinar empíricamente la pertenencia de un tema. Tyler, 1978: 443, observa que el carácter de la secuencia temática es muy variable según el tipo de discurso del que se trate: es obvio que una conversación "frívola" admite variaciones temáticas más numerosas y abruptas que, por ejemplo, una reunión científica o una exposición didáctica. Por otra parte, las relaciones lógicas entre tópicos son muy diversas: un tema puede implicar, equivaler, incluir, estar asociado a, o ser consecuencia de, otro; hablar de gatos puede permitir, en un momento dado, pasar a hablar de perros en virtud de ciertas cláusulas que, al invocar aquellas relaciones lógicas, reclaman pa

ra el hablante una legitimidad tópica: "hablando de gatos...", "esto me recuerda que...", etc. (ibíd.: 444).

Existen también estrategias conversacionales que permiten al hablante introducir comentarios (comments) que no considera legítimamente incluidos en el tópico vigente, es decir, que tiene por irrelevantes: "Perdón por cambiar el tema, pero...", "no trato de cambiar el tema, pero...", "antes de que me olvide...", etc.

En general puede considerarse que el cambio de tópico es permisible si viene conectado con lo anterior, y si es consistente con la orientación anticipada de la conversación. La proscripción afecta particularmente a los cambios bruscos y arbitrarios de tema, cuyo significado es análogo al de la ruptura del turno interlocutivo: ambas acciones dan a entender una pretensión "egoísta" de controlar la conversación (ibíd.: 388-389).

Entre las reglas de la secuencia tópica que cita Tyler destacaré las siguientes:

- El hablante que introduce un tópico tiene derecho preeminente a cambiarlo.
- No se debe introducir un tema que es sólo marginalmente interesante para los participantes que no son el hablante.

- Tampoco aquellos temas que por su naturaleza excluyen a varios participantes (por ejemplo, los relativos a un área académica especializada entre no especialistas).
- El tópico ha de rechazarse si es contrario a las metas de los partícipes en cierto contexto del discurso. Puede observarse que esta regla es la que más explícitamente coincide con la formulación griceana del principio cooperativo.
- En general, concluye Tyler, el intento de introducir tópicos desacreditados o disyuntivos se interpreta como expresión de la intención de controlar el discurso (ibíd.: 445-447).

En todo caso, Tyler advierte contra la ilusión de la autonomía de los temas respecto a otros componentes de la conversación: la relativa independencia de la estructura tópica en una situación de habla es una ilusión producida por el "enfoque" sobre las palabras y la exclusión de los hechos. Las relaciones entre actores predominan sobre las relaciones entre tópicos, que son siempre relativas a un escenario, a una totalidad dinámica en la que acciones y palabras interdependen (ibíd.: 452-454).

Hay que señalar también que para Wilson y Sperber , 1979: 84-89, todas las máximas de Grice son en último término reducibles a

un axioma de pertinencia que en cuanto axioma del oyente tendría la siguiente formulación: "El locutor ha hecho lo mejor posible para producir el enunciado más pertinente posible".

- b) Modalidad: No concierne, como las anteriores categorías, a lo que se dice sino a cómo decirlo. La regla básica es: "sea claro", que implica la brevedad, la expresión metódica, la evitación de la ambigüedad (Grice, 1979: 61-62).

3.3.1. Perspectivas críticas

Se ha disputado en numerosas ocasiones la pretensión de universalidad de esta clase de principios. Así, Kreckel, 1981: 14-15, se hace portavoz de estudios antropológicos orientados lingüísticamente como el de Keenan y Keenan sobre la sociedad Malgasy o el de Bilmes sobre aldeas Thai, que vendrían a desmentir la universalidad de las reglas de cantidad, relación y modalidad tanto en su versión griceana como en la de Habermas. Hay estudios que incluso propugnan la validez de principios enteramente contrarios a los expuestos en ámbitos subculturales determinados (12).

Kreckel disputa también la supuesta racionalidad fundadora de muchos de estos principios. En el caso de los de Allwood resulta particularmente dudosa la coincidencia de racionalidad, eficacia y hedonismo en orden al logro de propósitos. El agente racional que invocan tanto este autor como, más o menos implícitamente, Grice y Habermas, puede no ser sino una idealización abusiva de la "subcultura académica" (ibíd.: 15-16).

Sin duda, cuando Grice considera sus máximas como principios de razón "a los que es preciso atenerse de modo absoluto" (1979: 63), es decir, cuya observancia está por encima de las contingencias normativas y contractuales, invoca una racionalidad constitutiva demasiado exigente para ser compatible con las "racionalidades" históricas y subculturales cuya pluralidad interesa a la antropología y a la lingüística, y no menos reacia a otros posibles principios de la acción que, a falta de un término mejor, cabe denominar "no racionales" (13).

El principio y las máximas de Grice, junto a la estrategia conversacional de implicatura que de ellas deriva, apenas pueden dar cuenta del funcionamiento de algunos discursos: un diálogo amoroso, un poema o un "cadáver exquisito" surrealista difícilmente son explicables por la teoría de la cooperación de Grice. Ciertamente este autor trata de explicar en cuento procedimientos de implicatura figuras del discurso como la metáfora, la ironía, la lítote o la hipérbole (1979: 65-68), pero Wilson y Sperber,

1979: 82-84, han mostrado muy convincentemente que a diferencia de otras formas de implícito conversacional, los tropos no se añaden a la significación del enunciado, sino que lo sustituyen. La interpretación de un tropo no se reduce nunca al descubrimiento de una implicatura apropiada.

Grice mantiene, por ejemplo, que el valor metafórico de /tú eres la sal de mi vida/ puede explicarse por la transgresión de la máxima de cualidad y el consiguiente proceso de sobreentendido. Wilson y Sperber ofrecen un contraejemplo: /toma este billete de 50 yens/, tendiendo al interlocutor un billete de 50 francos, no es analizable del mismo modo; la violación abierta de la máxima de veracidad se interpretaría aquí como error, broma o enigma pero no como metáfora, sin que la teoría de Grice permita comprender por qué.

A mí entender Grice permanece demasiado leal a un concepto positivista de la verdad que es difícilmente aplicable a las atribuciones cotidianas de veracidad. La metáfora de su ejemplo o cualquier metáfora poética no se interpretan comúnmente, a no ser por un destinatario demasiado formalista, como expresiones que transgreden la veracidad, si no como portadoras de una verdad sui generis: la verdad poética, humorística, emocional, etc.

Mi referencia al intérprete demasiado formalista alude, en fin, a la que considero una máxima o metarregla básica de los principios consensuales: la que dictamina la conveniencia de una aplicación no estricta de las restantes reglas y contrarresta su perversión por hipernormalidad (cfr. II.2.2.2.).

Es el marco del discurso, interactiva y reflexivamente construido, lo que permite aplicar una u otra sanción veridictoria, no la lógica del enunciado tomado aisladamente. Por eso el sobreentendido no es una operación meramente lógica que permite el restablecimiento de la verdad en lo implícito. Es también una operación cognitiva que permite transitar entre distintos ámbitos de realidad y distintas formas de verosimilitud.

Así pues, el reconocimiento de un principio y unas máximas conversatorias reclama críticamente la noción de un contexto determinante en el que las nociones determinables de información crítica, verdad, pertinencia o claridad puedan ser determinadas.

3.4. Los procedimientos interpretativos

Como he indicado anteriormente, los procedimientos interpretativos de la etnometodología vienen a constituir la "estructura profunda" de las reglas sociocomunicativas. En un cierto sentido, y tal como señala el propio Cicourel, 1970: 31-32, son un fundamento de la normalidad interaccional : " una serie de propiedades invariantes que rigen las condiciones fundamentales de toda interacción, e indicar cómo el actor y el observador deciden lo que sirve como definiciones de la conducta o el pensamiento "correcto" o "normal". Las reglas básicas pueden sugerir la naturaleza de las condiciones mínimas que toda interacción ha de tener presumiblemente para que el actor y el observador decidan que la interacción es "normal" o "apropiada" y que puede continuar".

Los actores sociales se sirven de estos procedimientos para reconocer y usar las normas, de modo que puedan ser conjugadas con situaciones particulares. Si en el paradigma normativo el problema de la normalidad se reduce al examen de la conformidad o disconformidad del hacer del sujeto con las reglas, en la concepción etnometodológica se trata de observar "cómo el actor social identifica y decide qué normas son aplicables, operativas, pertinentes" (Wolf, 1982: 157).

La diferencia entre las reglas básicas y las normas está relacionada con el distingo entre el sentido de la estructura social y el consenso. Los procedimientos interpretativos suministran al actor un sentido dinámicamente cambiante de la estructura social que le permite asignar significado o relevancia a un entorno de objetos. Las normas o reglas de superficie le autorizan, complementariamente, a vincular su visión del mundo con la de los otros sujetos en el desarrollo de la acción, y a presumir que el consenso gobierna el proceso interaccional. Lejos de suprimir el conflicto, el mutuo consentimiento puede incluir un acuerdo, provisional y efímero en ocasiones, sobre la propia existencia de conflictos en la relación de los actores con las normas (Cicourel, 1970: 29).

El mismo autor subraya tanto la interacción de ambos niveles regulativos, el de los procedimientos y el de las normas, cuanto la solidaridad de los tres procedimientos básicos entre sí:

1.- La reciprocidad de perspectivas: En virtud de este principio los actores asumen la intercambiabilidad de su experiencias y papeles interaccionales o, como dice Cicourel, deben suponer que comparten el mismo "cuadro social": no sólo porque tendrían la misma experiencia si intercambiasen sus lugares, sino porque se permiten ignorar, o poner entre paréntesis, sus diferencias en la atribución de significados, para atender de un modo idéntico al escenario presente. Se trata, en suma, de que los sujetos comparten un "punto de vista idealizado" respecto a las experiencias compartidas en reciprocidad (Cicourel, 1973: 215).

Cicourel recuerda a este respecto el análisis de Schutz, posteriormente retomado por Schegloff, sobre la secuencia pregunta-respuesta, que requiere una regla de reciprocidad de la siguiente forma: mi pregunta suministra una base o razón para tu respuesta, y la posibilidad de tu respuesta fundamenta correlativamente mi pregunta. La pregunta "de superficie" presume una versión de fondo, una pregunta latente más elaborada, que supongo que tú "completarás" por un razonamiento implícito. Yo completaré de un modo análogo tu respuesta. (1970: 33-34). Puede advertirse en el razonamiento la invocación de un principio de reconstrucción del sentido a partir de informaciones de efectivas, del tipo de la "interpretación documental" a la que me he referido anteriormente.

Schegloff propone la estructura llamada/respuesta (summons/answer) como modelo general de las secuencias conversacionales del tipo: pregunta/contestación, ofrecimiento/aceptación (o rechazo), invitación/aceptación (o rechazo), etc. El carácter estructural de estos pares de acciones o "parejas adyacentes" se justifica por un principio de relevancia condicional: dado el primer ítem, el segundo es esperable; una vez producido este último, puede considerarse segundo respecto al primero; dada su no ocurrencia, es oficialmente ausente (Schegloff, 1972: 363-364). Esta última propiedad comporta que los actos típicamente iniciales de una pareja adyacente contienen instrucciones o expectativas sobre la conducta ulterior del interlocutor que no pueden ser ignoradas. "El reconocimiento de una llamada exige y pre-

figura una respuesta y la no-respuesta queda marcada como una de las respuestas posibles" (Abril, 1984: 144), precisamente porque evoca un transfondo de sentido que nunca halla su completa expresión en lo dicho o explícito de la respuesta (o no respuesta) empírica. Como comenta Wolf (1982: 207-208, nota): "Una no respuesta permite deducir algunas características o estados de quien no ha respondido, los cuales a su vez funcionan como explicaciones, "motivos" para su no respuesta",

Por mi parte he observado que la exposición de Schegloff puede ser completada con una cuarta propiedad de las parejas adyacentes, a saber: "Dándose el acto típicamente segundo de una pareja adyacente, sin la anterior ocurrencia del primero, la enunciación del segundo sobreentiende la atribución del cumplimiento del primero al interlocutor" (Abril, 1984:144).

Una observación como: /En efecto, no me gusta tu corbata/, dirigida a un sujeto X que no me ha hablado, puede contar como atribución a X del acto de pregunta relativo al contenido porposicional de mi aserto. La respuesta sobreentiende la llamada, la reconstruye retrospectivamente. He dado el nombre de obediencia conversacional a esta figura pragmática, en atención a un comentario de Boutang (1973: 483): "Obedecer" procede de ob-audire, oboedire, es decir, poner la oreja, "ir por delante de la llamada".

Desde el punto de vista enunciativo las expresiones de obediencia conversacional, como las ironías citacionales, las anticipaciones, interrogaciones y concesiones retóricas, una forma de eco o menção de una cita virtual. Desde el punto de vista de la fuerza pragmática que encierran son formas de desafío. Desde el punto de vista normativo son expresiones sobrecooperativas; al responder sin haber sido interpelado, el locutor parece estar llevando más lejos de lo necesario sus compromisos locutivos, incurre en una especie de "huelga de celo conversacional".

Pero lo que me interesa destacar es que esta forma un tanto "perversa" de expresión interactiva hace resaltar la eficacia del principio de reciprocidad con más fuerza aún que la secuencia convencional de pregunta-respuesta: en efecto, una respuesta sin pregunta previa invoca directamente el trasfondo racional o motivacional que subyace a la conversación. En el ejemplo que he propuesto, mi expresión instiga al interlocutor a asumir su responsabilidad no sobre una pregunta que de hecho no ha formulado sino sobre presunciones implícitas que podrían haberle llevado a formularla: su inseguridad respecto al modo de vestir, nuestras diferencias en cuanto a gustos vestimentarios, etc. De esta manera, y aun cuando una expresión de esta clase contravenga ciertas convenciones, la respuesta sin pregunta previa suministra una base retrospectiva para la pregunta no formulada y establece su pertinencia contrafactual en virtud de la reversibilidad constitutiva de las posiciones interlocutivas.

2.- El principio de "etcétera": Establece la presunción de que los participantes "juegan el mismo juego" y aceptan acuerdos prospectivos y retrospectivos sobre las condiciones imprevistas. Un ejemplo de L. Churchill, traído a colación por Wolf, 1982: 156, ilustra bien la eficacia de este principio: el cartel de "no fumar" en una sala de teatro establece una norma que cualquier espectador tomará como obligatoria para sí mismo, pero no para un ilusionista que en el escenario lleva a cabo algún juego de manos basado en la acción de fumar un cigarrillo. No se entiende, en un caso así, que el artista esté haciendo un mal uso de la norma, pero sí lo haría un espectador que reprochase al ilusionista su conducta. En suma, la prohibición del cartel tiene el significado profundo de "no fumar, etc.", donde la cláusula "etcétera" remite a aplicaciones no explícitas pero consistentes con el sentido contextual de la norma.

También en este principio se pone en juego la interpretación documental: cada ítem o categoría léxica particular presume que el hablante intenta remitir a una serie más amplia y que el oyente completará dicha serie aplicando su conocimiento "enciclopédico" a la situación (Cicourel, 1970: 34). La regla de etcétera funciona, pues, como ámbito de los términos no establecidos explícitamente: "es una regla suplementaria que completa la enumeración de las reglas válidas en una cierta situación, colocándolas en el "marco" de un acuerdo entre los sujetos que interactúan de acuerdo a ellas: es así una especie de acuerdo sobre el acuerdo" (Wolf, 1982: 156).

3.- El principio de las "formas normales" : Conforme al cual los participantes esperan y exigen que cada uno suponga que el otro emite expresiones inteligibles y aceptadas, pese a sus diferencias. Los participantes presumen la aceptabilidad y la normalidad de las acciones de los demás y si aparecen discrepancias tratan de normalizar la escena interactiva (Cicourel, 1970: 35).

Puede advertirse una gran proximidad entre este principio etnometodológico y el principio conversacional de cooperación de Grice. Cabría añadir también que, tal como ha señalado Goffman, 1979, el trabajo "normalizador" de la escena interactiva no solo se produce post transgressionem, sino que gran parte de las microactividades cotidianas se orientan a anticipar y corregir prospectivamente las posibles infracciones al orden normativo.

Tampoco faltan perspectivas críticas sobre estos principios y más en general sobre el punto de vista etnometodológico. Wolf alude a las observaciones de Giddens según las cuales la etnometodología toma en cuenta la acción mas como significado que como praxis e identifica también racionalidad y explicabilidad de las acciones por los miembros de la sociedad. Lo cierto es, en todo caso, que la etnometodología centra su atención, sin por ello excluir otros tratamientos teóricos, en un aspecto ineludible de la cognoscibilidad de lo social: los procedimientos "de sentido común" con los que los miembros sociales, sean investigadores especializados o no, explican sus acciones e intera

ciones y construyen escenarios coherentes para desarrollarlas (Wolf, 1982: 174-178). Una objeción mas específica atribuye a la etnometodología la negación de toda posibilidad normativa "por encima de" los contextos actuales de interacción gobernados por procedimientos interpretativos: las constricciones institucionales, historicas, biológicas, etc. quedan fuera del análisis. Wolf responde a esta objeción que el analisis etnometodológico, lejos de discutir la existencia o inexistencia de tales órdenes normativos, quiere mostrar que "las definiciones de la situación y de las acciones no pueden asumirse como determinadas de una vez por todas a través de la explicación literal (...) de sistemas de valores, símbolos culturales preexistentes. La etnometodología muestra que esta "claridad-para-todos" no es un dato, sino el resultado de métodos y procedimientos que los sujetos realizan" (ibídem.: 180). En suma, lejos de negar los límites institucionales que se imponen a las interacciones, la etnometodología subraya el carácter de realización práctica que tienen los comportamientos regulados en cuanto productos de una actividad constante de reconocimiento, de interpretación y de acuerdo mutuo, y no de explicación transparente y automática de programas de acción constituidos definitivamente, es decir, formalmente institucionalizados.

3.5. El escenario interactivo

La metáfora teatral del escenario viene a dar cuenta, en numerosos estudios etnolingüísticos y sociolingüísticos, de la estructuración

"dramática" del habla. Para Tyler, el escenario es un esquema trascendental que los participantes asumen como parte del acontecimiento verbal y que proporciona un orden lógico a la experiencia interactiva. El escenario convierte las relaciones estáticas de los tópicos en estructuras occurrenceales, transformando los tópicos en predicados e introduciendo actores como argumentos de los tópicos, pues finalmente las relaciones entre actores predominan sobre las relaciones tópicas (1978: 453-454). El escenario es "una totalidad emergente en la que palabras y hechos interactúan y se implican mutuamente (...) es el medio por el que las descorporeizadas voces de un texto son puestas en boca de personas reales o imaginarias que se hablan unas a otras en algún mundo posible sobre las posibles cosas de ese mundo, o hacen las cosas que en ese mundo cuentan" (ibíd.: 453).

Ya hecho referencia en I.3.3 a la noción de marco, que generalmente equivale a la de escenario. En la perspectiva de la inteligencia artificial el marco es una estructura de datos que representa una situación estereotipada (Minsky, 1974). Concierne tanto a las expectativas de lo que puede acaecer en una ocasión interactiva cuanto a las orientaciones de la acción de que los actores disponen si tales acontecimientos no ocurren.

Eco, 1979b: 80, toma en consideración esta perspectiva para definir el escenario "común" como un texto virtual o historia condensada, a

mitad de camino entre una representación semémica de tipo "enciclopédico" y una forma de hipercodificación (cfr. I. 1.3). Pero Eco trata de diferenciar las inferencias propias de los escenarios comunes y las que acontecen en los escenarios "intertextuales", como pueden ser las "fabulae prefabricadas", por ejemplo, el esquema estandarizado de una novela policial, o los "escenarios situacionales", es decir, los módulos narrativos que constriñen el desarrollo de una situación y cuya forma varía de un género a otro (ibíd.: 81-83).

El concepto de marco en Bateson equivale, según Eco, al de hipótesis textual: es un cuadro interpretativo superpuesto a una situación concreta a fin de volverla comprensible, análogo a las reglas de género que permiten definir y cambiar el sentido de una situación en cuanto situación de juego, de enfrentamiento, etc. (Eco, 1979b: 81, nota). La sociolingüística se sirve en ocasiones del concepto de marco interpretativo con una orientación análoga a la de Bateson. Así, Gumperz define los marcos interpretativos como schemata que, basados en nuestra experiencia de situaciones similares y en nuestro conocimiento gramatical y léxico, nos permiten diferenciar opciones interpretativas permisibles, identificar temas, asignar un peso a los segmentos particulares del mensaje y distinguir puntos clave de información cualificante (1982: 21-22).

Goffman, 1974, adopta la noción batesoniana de marco, pero

enriqueciéndola con una doble aportación: en primer lugar, el análisis de las "realidades múltiples" tal como había sido retomado de W. James por Schutz. En su conocido ensayo sobre el problema de la realidad en Don Quijote, este último autor enfatiza que cada orden de realidad (el mundo del sentido común, el científico, el sobrenatural, etc.) es real a su manera y que toda relación con nuestra mente basta para convertir algo en real si no choca con una relación más fuerte (Schutz, 1974 b : 133). Goffman se ocupará entonces de caracterizar a un marco interactivo por su "realicidad", que no es el carácter perceptible e identificable de una situación, sino el estatuto de realidad de tal percepción. En segundo lugar, Goffman atiende a dimensiones situacionales como la focalización, la perspectiva o la delimitación temporal en las que se hace patente la implicación subjetiva en el acontecer. Los elementos básicos que definen una situación son, así, los principios de organización del acontecer más la manera de implicarse los actores en él. El estatuto de realidad de una situación compartida no es un dato, sino el producto de las actividades de los sujetos en orden a dar sentido a los acontecimientos de modo compatible, pero no necesariamente idéntico.

Numerosos elementos de una situación comunicativa constituyen una especie de telón de fondo o de ámbito lógico que actúa de soporte para el diálogo. Tal es el caso de presupuestos generales como el compartir un (os) lenguaje(s), una visión del mundo y de la naturaleza de la situación, etc. , que aun careciendo de relación directa con la estructura de las frases o

expresiones realmente utilizadas parecen determinar su forma y su sentido. Muchos de tales supuestos son el medio del que disponen los interlocutores para instituir el universo conceptual y axiológico que hará posible el intercambio (sobre todo ello, Ducrot, 1973 y 1980c).

Un sistema sociocultural de referencia común es necesario para que los interlocutores puedan establecer la correferencia entre elementos diversos del discurso, y para que acierten a efectuar las selecciones léxicas que posibiliten la transacción de información. Incluso para los efectos más triviales de esta faceta de la acción comunicativa, el acuerdo de los interlocutores respecto a los implícitos del discurso es una condición ineludible.

La cantidad de información que los actores presumen compartir determina la magnitud de información que ha de ser explicitada en la comunicación. Como he señalado en otro lugar, "el locutor actúa de tal modo que su discurso posea un cierto nivel de inteligibilidad, identificando lo implícito con lo "ya sabido" y lo explícito con lo cognoscible por parte del alocutorio" (Lozano, Peña-Marín y Abril, 1982:210). Los "principios de presunción" de Strawson (y también, en parte, el principio cooperativo de Grice al que me he referido) remiten a este acuerdo ponderado sobre el quantum de información: se supone que el alocutorio ignora la información que se le va dar (principio de "presunción de ignorancia"); pero no se le imputa tanta ignorancia como para

desconocer de qué o sobre qué se está hablando (principio de "presunción de conocimiento") (Strawson, 1971).

La propia distinción entre tópico y comento del discurso, usual en ciertos estudios textuales, se apoya en el mismo distingo de niveles críticos de información: el tópico o tema del que se trata se identifica con la parte del enunciado presupuesta, el comentario o declaración en curso viene a consistir en una expansión enunciativa a partir de los elementos topicalizados (Garavelli Mortara, 1974: 65).

En seguimiento de estas propuestas lingüísticas cabe, en fin, postular un contrato informativo implícito por el que los interlocutores acuerdan un cierto nivel de inteligibilidad al que acomodar dinámicamente sus intervenciones. Tal contrato ha de ser considerado como componente del contrato enunciativo, junto a otras categorías de la reciprocidad como el acuerdo veridictorio. En la formulación greimasiana el contrato enunciativo versa sobre el discurso-enunciado en tanto que objeto de saber valorizado por la modalidad, es decir, por el "decir-verdadero" del enunciadador y el correlativo "creer-verdadero" del enunciatario (Greimas, 1976b: IX. 2.2). La dimensión veridictoria se superpone a la informativa; la mutua atribución de confianza, al intercambio de saber.

4. NOTAS

- (1) Garfinkel ha expresado de un modo explícito y tajante los riesgos de la tradicional extrapolación de la racionalidad científica a los fenómenos cotidianos en las ciencias sociales: "Las racionalidades científicas pueden emplearse sólo como ideales inefectivos en las acciones gobernadas por las presuposiciones de la vida cotidiana. Las racionalidades científicas no son ni características estables ni ideales sancionables de las rutinas diarias, y cualquier tentativa de estabilizar estas propiedades o de forzar la conformidad con ellas en la conducta propia de los asuntos cotidianos lleva a magnificar el carácter insensato del entorno conductal de una persona y multiplica los rasgos desorganizados del sistema de interacción" (1967: 283).
- (2) Por sanción entiendo, provisionalmente, lo mismo que la tradición antropológica desde Radcliffe-Brown: una reacción social frente a algún modo de conducta, que con ella queda aprobada o desaprobada. (Epstein, 1976: 464).
- (3) Esta exigencia de explicación es una práctica común de las ciencias sociales, criticada agudamente por Sacks: se admite que las normas sociales tienen una existencia propia fuera de los actos comunicativos, se las toma como mero dato, y las acciones son consideradas como conformes o desviantes respecto a la norma dada. Si es una norma social que las madres recojan a sus hijos cuando éstos se caen, no es digno de atención que una madre actúe de ese modo; sólo si no lo hace es causa de investigación (Sacks, 1972: 327). Por el contrario aquí me interesa discutir la normalidad interactiva como problemática e incluso frágil.
- (4) Menciono aquí los que Geis, 1982: 15, toma por aspectos relevantes del contexto para la comprensión de una conducta de habla particular, y que abarcan tanto la situación extratextual como el marco de inserción intratextual.

- (5) La confusión entre la teoría general de los actos de habla, que es una teoría de la interacción lingüística, y la particular de los performativos, «que es una teoría de ciertas instituciones formales o de aspectos fuertemente institucionalizados de la interacción, es muy común. Como señalé en Lozano, Peña-Marín y Abril, 1982: 187, nota, destaca entre los textos responsables de tal confusión un artículo de Harman, 1971, en el que la teoría de actos de habla se clasifica como teoría de las instituciones, juegos y otras prácticas específicas, y en el que se reclama una nítida diferenciación entre tales problemas y los problemas de significación, de intercambio comunicativo y de "uso del lenguaje en el pensamiento".
- (6) Hay que explicar por qué necesita ser mitigado un acto de concesión de disculpa. En general puede afirmarse que las modificaciones mitigadoras de la fuerza ilocutoria se produce para reducir los efectos de expresiones que se suponen no bienvenidos por el oyente, es decir, efectos hostiles o intrusivos (Fraser, 1980: 341-342). No es, ciertamente, el caso que aquí se comenta. Pero como expuse en Lozano, Peña-Marín y Abril, 1982: 240, aplicando un análisis de Rivero, 1979, determinados actos previsiblemente bienvenidos son también susceptibles de mitigación: es el caso de las felicitaciones evaluativas y el de las propias concesiones de disculpa, en los que prevalece un fuerte control del hablante, es decir, un alto grado de preminencia jurídica, de autoridad del hablante respecto al oyente implícita en la condición esencial del acto. Las felicitaciones o exculpaciones mitigadas manifiestan entonces la pretensión del hablante de no perturbar la "positividad" del acto mediante un efecto secundario de humillación del receptor.
- (7) La competencia estratégica puede entenderse aquí tal como la define Thayer: capacidad de una persona para percibir o comprender correctamente la relación que de hecho existe entre ella y algún aspecto del mundo exterior, como por ejemplo otra persona. Más específicamente, es la capacidad de un emisor o receptor para comprender el estado de la relación con su interlocutor en cualquier momento del encuentro (1975: 180).

(9) Dejo voluntariamente de lado los fenómenos de implicación y presuposición lógico-semántica que, en palabras de Ducrot, "se imponen al locutor". Entre ellos debo señalar:

- a) La inferencia lógica que opera según la relación entre cuantificador universal y existencial. Así, al afirmar que /todas las flores se marchitan/ queda lógicamente implicado por lo que se dice (y no por la acción de decirlo) que "hay flores que se marchitan".
- b) Los presupuestos "de lengua" ligados a la existencia de ciertos morfemas, como presupuestos "existenciales", "verbales" o "adverbiales". Así, el enunciado /todavía hace calor/ presupone que "anteriormente hacía calor" (remite a la síntesis de Ducrot, 1980c: 1094-1095).
- c) "Entrañamientos" fundamentados en la propia organización de los semas dentro del semema, como el ejemplo de Fillmore, 1971: 382: en el lexema /soltero/ sólo la marca semántica /no casado/ pertenece al sentido propio o "dado" del término, en tanto que /humano/, /masculino/ y /adulto/ constituyen lo presupuesto (el test de la negación muestra que al decir /Lucio no es soltero/ no negamos estas tres últimas cualidades, sino sólo la primera).

Estas y otras posibles variedades de presuposición, a las que según Schmidt, 1977: 106, corresponde estrictamente tal denominación, están comprendidas en la competencia lingüística y no expresan una intención comunicativa particular del hablante.

Las presuposiciones a las que me refiero en este apartado son las que toma por tales Stalnaker, 1978: 240-241: aquellas proposiciones cuya verdad se da por descontada en las prácticas conversatorias, de modo que sin ser explícitas verbalmente intervienen como premisas de un entime-ma, como instrucciones implícitas de interpretación, etc. Constituyen un hecho pragmático en cuanto que ponen en juego no una relación interproposicional sino una relación entre las proposiciones y los sujetos que las usan, es decir, que las actualizan en enunciaciones.

No me ocupo, pues, de lo implicado por lo que se dice, sino de lo implicado por la acción de decirlo, de los presupuestos que tienen una pertinencia en el orden de las intenciones comunicativas y de los movimientos estratégicos de la interlocución.

- (9) Las reglas constitutivas de Searle proporcionan el repertorio básico de las condiciones de la ilocución que son, post facto, presupuestas por el acto ilocutivo:
- 1) Regla del contenido proposicional: diferencia el contenido de la expresión del acto; por ejemplo, la promesa tiene por contenido proposicional un acto futuro del locutor.
 - 2) Reglas preparatorias: especifican los supuestos que han de darse por parte de los interlocutores para la realización del acto; por ejemplo, en la orden se requiere la creencia del locutor en la capacidad del interlocutor de llevarla a cabo.
 - 3) Regla de sinceridad: el acto se cumple si el locutor desea seriamente cumplirlo.
 - 4) Regla esencial: es constitutiva en sentido estricto y determina a las restantes, si bien requiere para su aplicación de la previa satisfacción de todas ellas. Indica que tal enunciación cuenta como tal tipo de acto lingüístico y que el locutor asume las consecuencias sociales de su acción. Así, en la promesa, la enunciación cuenta como adquisición por parte del locutor de una obligación respecto a determinada acción futura. (para esta síntesis me sirvo de Searle, 1980: III; Searle, 1972: 146-154; Schmidt, 1977: 118-120, y Récanati, 1979: 185-186).

- (10) La formulación rigurosa de Grice es la siguiente: El locutor "ha dicho P, no ha lugar suponer que no observa las reglas. o al menos el principio de cooperación. Pero para ello es necesario que piense Q; sabe (y sabe que yo sé que él sabe) que yo comprendo que es necesario suponer que él piensa Q; él no ha hecho nada para impedirme pensar Q; él quiere, pues, que yo piense o al menos me deje pensar Q; luego él ha implicado Q" (1979: 65).
- (11) Con posterioridad a la clasificación habermasiana, Searle ha propuesto una tipología de los actos ilocucionarios que sólo muy parcialmente coincide con aquella. Los criterios fundamentales de la clasificación searleana son el "fin" o "razón de ser del acto" (tentativa ilocutoria que el acto conlleva), la "dirección de la adaptación entre las palabras y el mundo" y los "estados psicológicos expresos" en la ejecución del acto. Estos y otros criterios secundarios permiten, en fin, diferenciar los siguientes tipos ilocutorios:
- a) Representativos: empeñan al hablante en la verdad de la proposición.
 - b) Directivos: constituyen tentativas del hablante de inducir al oyente a determinada acción.
 - c) Comisionados: comprometen al propio hablante en la asunción de una conducta futura.
 - d) Expresivos: expresan un estado psicológico especificado en las condiciones de sinceridad que concierne a las circunstancias especificadas en el contenido proposicional.
 - e) Declaraciones: corresponden a los casos típicos de performatividad: "bautizar", "dimitir", etc. (Searle, 1978: 169-198).

- (12) A título de ejemplos cabe evocar aquí fenómenos como los "antilenguajes" analizados por Halliday, 1983: 214-227, opuestos a los sistemas de valores y sanciones del lenguaje "apropiado" y oficial. O como el "put-on-style" de ciertas subculturas juveniles, que se presenta como expresión de rechazo no sólo al juego convencional de roles sino también a las normas cooperativas (Argyle, 1983). Un estudio de Norrick identifica la máxima no-conversacional que proscribe cumplidos, felicitaciones y otras expresiones habitualmente tenidas por cooperativas entre varones jóvenes que compiten juntos en actividades deportivas. Sus estrategias conversacionales, irónicas y máliciosas, son sistemáticamente contrarias a las máximas de cortesía (Norrick, 1984: 195-209).

- (13) No pienso sólo en nociones de la sociología clásica como lo alógico de Pareto, el elemento emocional (affektuell) de Weber o la catexis (tendencia a la gratificación) de Shils y Parsons (cfr. Giner, 1974: 65-67); me refiero también a los ingredientes conductuales del psicoanálisis y a cuantas propiedades de comportamiento cotidiano son forzosamente estabilizadas e idealizadas en los términos de la racionalidad científica, tal como ha criticado la etnometodología.

Sánchez de Zavala, en una exposición oral, proponía la consideración de una máxima de fascinación que podría añadirse a las restantes máximas griceanas, y corregir su severo racionalismo.

CAPITULO III:

EL MODELO DIALOGICO

"Pero el punto en el que se hizo la distinción, en el que dielége, si me permites volver al mismo verbo griego, entre la respuesta y la pregunta, en el que se señaló por vez primera lugar aparte para la pregunta y la respuesta ese punto es la relación entre tú y yo; en ese punto tú y yo surgimos al empezar a hablarnos"

A. García Calvo

1. EL DISCURSO COMO DIALOGO

1.1. El diálogo en el lenguaje verbal y en el lenguaje icónico

Inicialmente "diálogo" es un sinónimo de "comunicación oral": dos actores alternan los roles comunicativos de locutor y alocutario en el hablarse. La forma del diálogo, en cuanto relación dual y reversible, es pronto reconocida en discursos que, siendo material o empíricamente monológicos, como el oratorio o el literario, simulan el ir y venir de la palabra, el juego de la intervención y la réplica y, en fin, la presencia misma del interlocutor.

De tal modo, la retórica clásica identificó figuras del discurso que con todo derecho pueden denominarse dialógicas sin la copresencia efectiva del interlocutor, el discurso propone a través de ellas su presencia virtual así como un requerimiento formal de alteridad del que la moderna teoría del discurso extraerá consecuencias radicales. Entre tales figuras se hallan la sermocinatio o etopeya, procedimiento según el cual el orador pone su discurso en boca del interlocutor imaginario, en estilo directo y remedando su habla característica; la ironía de simulación; el dialogismo o monólogo deliberativo; la percontatio o alternancia de

preguntas y respuestas con el adversario ficticio, etc. (Lausberg, 1975: 215-219).

La moderna teoría del discurso, además de ampliar el repertorio de las figuras dialógicas y de revalorizar su significado en la comunicación lingüística, ha identificado formas dialógicas propias de los discursos no verbales, como la apelación frontal en las imágenes publicitarias (Péninou, 1976), la figura de "ojos en los ojos" del cine y la televisión (Casetti, 1983; Verón, 1983) y tantas otras.

Como parte de un análisis relativo al "aparato formal de la enunciación" propio del discurso televisivo y filmico, he podido observar algunos de los procedimientos dialógicos característicos de tales discursos.

Se ha señalado en numerosas ocasiones que la cámara cumple el papel de un ojo ideal, es decir, de una instancia activa cuya "mirada" duplica la del espectador, la orienta y, ocasionalmente, la confunde en su siempre ambiguo juego. En cualquier caso, establece una relación apelativa o implicativa de naturaleza dialógica. Se trata de un dispositivo apasionante de la enunciación visual, y apasionante en toda la rotundidad etimológica: además de hacernos ver, de ver por y para nosotros,

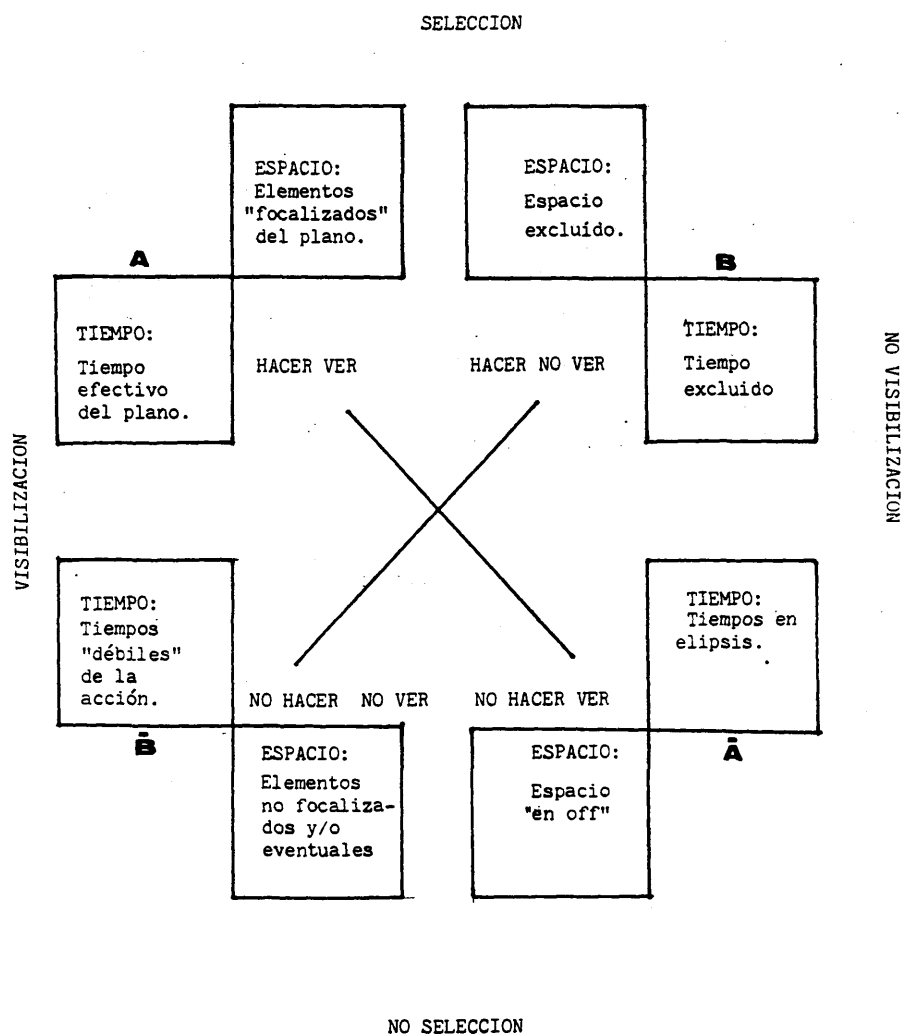
adjudicándonos un punto de vista, un campo de visión (que siempre excluye e implica un espacio virtual más extenso), una posición valorativa, la cámara suscita también lo que Metz ha denominado pasiones perceptivas: la escotofilia, el deseo de ver, analogon perceptivo del deseo de saber. Además de dar a ver, la cámara es lo que hace querer ver, lo que hace mirar (Albera, 1984).

La cámara aparece en cierto modo como un procedimiento socrático: ella aúna la sincretisis o confrontación de diversos puntos de vista (en los procedimientos de planificación, angulación, en la figura "campo-contracampo", etc.) y la anacresis o provocación del discurso del otro, dimensiones ambas esenciales del diálogo socrático. A la segunda función se refiere Marín cuando comenta: "todo ocurre como si el espectador-narratario, una vez dotado de una competencia, produjera él mismo, por su lectura, el relato que le es contado; y más allá del relato, todo ocurre como si produjera la historia que el relato toma en cuenta" (cit. en Quéré, 1982: 172).

La cámara representa y produce el lugar virtual del destinatario. El efecto de "visión objetiva" manifiesta a las claras el sincretismo entre un yo narrador y un tú destinatario sobrepuesto al yo que "conjuntamente" miran el objeto.

Si la anacresis socrática es provocación de la palabra por la palabra, la anacresis fílmica y televisiva es provocación de la imagen por la imagen. En el siguiente cuadro se expresan las actividades básicas del hacer ver en el discurso fílmico y televisivo. Son operaciones que remiten a la lógica subyacente a la selección de planos y a otras operaciones empíricas (movimiento de cámara, iluminación, montaje, etc.) que actúan en la selección del espacio y del tiempo discursivos. Puede observarse que esa lógica tiene un fundamento holístico o, si se prefiere, es una lógica de la sinécdoque: la selección de espacios-tiempos efectivos presume totalidades espacio-temporales virtuales. La ostensión visual, que es de naturaleza limitativa, porque define puntos de vista, cuadros especiales y secuencias temporales, presume sin embargo tiempos y espacios "en off" que el destinatario ha de postular como contexto y como ámbito de posibilidades narrativas. Las elipsis espaciotemporales no son, pues, entidades puramente formales, en el sentido estructural de "ausencias" significativas que contrastan con las "presencias" funcionalmente oponibles, sino verdaderos emplazamientos del destinatario-espectador que es convocado a una reconstrucción cooperativa del discurso no mostrado.

OPERACIONES DIALOGICAS EN EL DISCURSO VISUAL



Puede observarse que estas operaciones configuran el ámbito visual correspondiente a la modalidad epistémica: certeza (hacer ver), exclusión (hacer no ver), plausibilidad (no hacer no ver o "dejar ver") y contestabilidad (no hacer ver). Los ejes de selección/no selección remiten a las operaciones paradigmáticas del enunciador: A y B designan los espacios - tiempos efectivamente seleccionados en la dimensión paradigmática; \bar{B} y \bar{A} , los espacios-tiempos implicados por aquella selección, bien sea como no focalizador (\bar{B}), bien sea como presupuestos (\bar{A}). El eje de la visibilización remite al orden de lo que la operación enunciativa hace visible y por tanto legible, en tanto que la no visibilización de lo excluido, B, y lo presupuesto, \bar{A} , remite a lo meramente legible, a los sentidos que el destinatario ha de "completar" interpretativamente.

La cámara es el principal agente enunciativo del discurso cinematográfico-televisivo, pero otras muchas configuraciones dialógicas pueden identificarse atendiendo a las enunciaciones enunciativas en el interior del discurso. Tomaré como ejemplo la figura del reportero y/o presentador televisual, que además de otras funciones enunciativas desempeña la de doble del destinatario: en posición lateral y de medio perfil, realizando entrevistas o interviniendo en otras situaciones, el reportero adopta la perspectiva idealizada del espectador: ve y nos hace ver. Se trata de una mediación análoga a la del coro del teatro griego, con su misma ambigüedad: es una instancia de distanciamiento y de aproximación entre el espectador y lo representado. Respecto a este dispositivo del cuerpo inter-

puesto, Verón ha señalado que su función es la de "poner al cuerpo enunciativo en una relación homóloga de la que mi cuerpo mantiene con el soporte de este discurso (...) Lo real, para él, presentador, es idéntico a lo que es para mí, para nosotros: una pantalla de televisión" (Verón, 1983:118).

La figura "ojos en los ojos", que anteriormente he mencionado, es característica de aquellos momentos en los que un personaje del discurso visual mira al espectador (al lugar virtual del espectador). Verón señala que la función de esa figura es desficcionalar el discurso, producir una ilusión de diálogo o una ilusión de "entre nosotros": yo y tú representan, además de los actantes del diálogo, los posibles ingredientes de un nosotros inclusivo. Los personajes entrevistados encuentran su estado "neutro" en la mirada al periodista que los entrevista; cuando dirigen su mirada al espectador ese cambio debe entenderse como un operador enunciativo, una conmutación (1) que subraya el peso de verdad de un enunciado particular; la mirada frontal funciona, pues, como una "itálica visual".

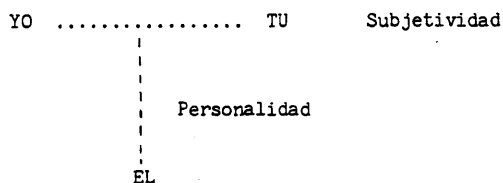
Los ejemplos de figuras dialógicas en el discurso visual-icónico podrían multiplicarse (2).

1.2. La perspectiva dialógica en Benveniste

La obra lingüística de Benveniste es en gran medida un intento de revalorización y generalización del dialogismo, en cuanto que más allá de cualesquiera figuras dialógicas del discurso, trata de hallar en la relación dialógica misma una condición general de la interlocución; el diálogo, como tal condición, está implantado en el lenguaje mismo en el nivel de sus formas más universales: en la lengua se refleja "la experiencia de una relación primordial, constante, indefinidamente reversible, entre el hablante y el interlocutor" (1977: 81). Benveniste insiste en que su modelo se refiere no a las "condiciones de empleo de las formas" lingüísticas, sino a las "condiciones de empleo de la lengua", que, en sus propias palabras, constituyen "un mundo diferente" (ibíd.: 82). El diálogo viene a convertirse en función constitutiva de la estructura lingüística. Ahora bien, esta interpretación del dialogismo lingüístico por una parte cuestiona la nítida separación saussureana entre lengua y habla y por otra autoriza su interiorización en el discurso, en el sentido de la definición de Greimas y Courtés, 1979: 98: el diálogo es la unidad discursiva "obtenida por la proyección en el interior del discurso-enunciado, de la estructura de la comunicación". Inmanentismo que no supone sino el reconocimiento de tal estructura como una forma trascendental respecto a los efectos empíricos del habla. El mecanismo dialógico es para Benveniste "total y constante" y "de una manera o de otra, afecta a la lengua entera" (ibíd. : 83).

En Benveniste, diálogo y relación enunciativa coinciden; las figuras de los interlocutores, correlatos del diálogo, constituyen el "cuadro figurativo" de la enunciación (*ibíd.*: 88).

Ahora bien, en otro lugar la relación interlocutiva original (yo-tú) es vinculada por Benveniste con la tercera instancia que se manifiesta léxicamente en el pronombre "él": la dimensión estrictamente dialógica corresponde a la correlación de subjetividad, en la que yo y tú se oponen; esta correlación ha de incluirse en una correlación que opone conjuntamente yo-tú a él, o correlación de personalidad. El, la "no persona", es la representación de aquél de quien se habla (1974:117):



Es inferible de todo lo anterior que Benveniste considera el monólogo como una variedad del diálogo, como su forma "interiorizada". Consecuentemente, el yo del monólogo aparece como una instancia escindida (aquí se manifiesta, por cierto, el parentesco entre la teoría enuncia-

cional de Benveniste y la teoría psicoanalítica, cuya síntesis más satisfactoria corresponde al psicoanálisis lacaniano) entre el papel de locutor y el de alocutario, en una multitud de variantes cuya tipología Benveniste consideraba necesaria (1977: 88-89). Si el (pseudo) monólogo parece una forma extrema de diálogo, también lo es en el límite opuesto la comunidad fáctica de Malinowski, en que la precariedad de los contenidos, de las metas, de los objetos del discurso, hace que todo él gravite sobre la pura enunciación, o sobre la sociabilidad pura que está en sus fundamentos. (*ibíd.*: 90-91). Cada uno de estos casos límites del diálogo pueden ser interpretados, parece claro, a la luz de las dos correlaciones dialógicas antes citadas: el monólogo, como una forma precaria de la subjetividad; la comunidad fáctica, como modo igualmente precario de la personalidad; el uso lingüístico tiende a reducirse a la pura acción intersubjetiva.

1.3. La translingüística de Bajtin

Al referirse al dialogismo lingüístico es obligatoria la referencia a M. Bajtin, el eminente pensador y crítico literario soviético que ha inspirado gran parte de la reflexión semiolingüística contemporánea. Como es sabido, la propia identidad del teórico ruso no está aún convenientemente delimitada, y es discutible que las firmas de P.

Medvedev y V.N. Voloshinov correspondan a seudónimos de Bajtin o a investigadores diferentes. En todo caso, y dado que sí es reconocido el círculo de Bajtin como una escuela de investigadores en lingüística y literatura orientados por una filosofía común, atribuiremos a Bajtin, genéricamente, ideas que pueden haber sido publicadas con otros nombres.

La posición dialogista de Bajtin es radical, y se presenta como una tentativa de vinculación entre los fenómenos lingüísticos y los de la interacción social. No es una tentativa única en el siglo, pero sí pionera: pensemos que la investigación bajtiniana sobre la novela de Dostoyevski, que más adelante citaré, fue publicada por primera vez en 1929, un cuarto de siglo antes de la aparición de las Investigaciones filosóficas de Wittgenstein, o de los trabajos de Benveniste sobre la subjetividad en el lenguaje. Además de proponer nuevos rumbos a la teoría literaria, la obra bajtiniana posee una dimensión culturológica, crítica y filosófica que excede por completo el marco de la crítica literaria o de la semiología sensu stricto. Podría decirse que es la propuesta, aunque a menudo contradictoria y titubeante, de un modelo dialógico para las ciencias humanas.

Respecto al radicalismo de su teoría, obsérvense las implicaciones de la siguiente referencia a la naturaleza del

lenguaje: "La verdadera sustancia de la lengua no está constituida por un sistema abstracto de formas lingüísticas, ni por la enunciación-monólogo aislado, ni por el acto psico-fisiológico de su producción; sino por el fenómeno social de la interacción verbal, realizada a través de la enunciación y de las enunciaciones. La interacción verbal constituye así la realidad fundamental del lenguaje" (cit. en Guespin, 1984: 7). Como justamente comenta Guespin, esta propuesta incluye una denegación del estructuralismo saussureano (la lengua como "sistema abstracto de formas"), de la lingüística de la expresión ("la enunciación-monólogo") y del conductismo ("el acto psico-fisiológico").

El diálogo, en su sentido restringido, es sólo una de las modalidades de la interacción verbal, pero en cuanto relación dialógica formal, puede aplicarse a cualquier tipo de comunicación verbal: "También puede entenderse el diálogo en un sentido más amplio, que no sólo abarca la comunicación verbal vocalizada, directa y cara a cara entre personas, sino también la comunicación verbal de cualquier otro tipo. Un libro, por ejemplo, una actuación verbal impresa, es también un elemento de la comunicación verbal (...). Es como si la actuación verbal impresa se comprometiera en un coloquio ideológico de largo alcance: responde a algo, objeta algo, afirma algo, anticipa posibles respuestas y objeciones, busca apoyo, etc." (Voloshinov, 1976: 119).

1.3.1. Los agentes discursivos

En la cita anterior puede observarse que Bajtin se ha desprendido del supuesto empirista según el cual los agentes comunicativos son personas físicas copresentes. Su nueva posición permite tanto la definición de instancias enunciativas del discurso (y no ya sólo de locutores extradiscursivos), de existencia estrictamente semiótica, cuanto la extrapolación de las relaciones dialógicas a terrenos no verbales.

En lo que se refiere al primer aspecto, es claro que Bajtin proporciona un inicio de definición posicional y semántica de los agentes discursivos: las "posiciones interpretativas" o modos de "ideologías lingüísticas" que trascienden el simple análisis lingüístico (Bajtin, 1970: 242) y que remiten a los actuales planteamientos de la socio semiótica en los que una posición interpretativa es el lugar de un sujeto colectivo virtual, definible táctica y sintácticamente en relación con otros sujetos y recorridos narrativos.

En lo que se refiere al segundo aspecto, el propio autor manifiesta que son posibles relaciones dialógicas en fenómenos de significación diferentes del verbal "desde el momento en que son pro

ducidos por cualquier otra materia semiótica. Las relaciones dialógicas pueden existir, por ejemplo, con imágenes tomadas en otras artes (diversas que la literatura)" (ibíd.: 242).

De este modo, la relación dialógica no es tanto el producto de un intercambio efectivo de palabra entre agentes empíricos mutuamente presentes, cuanto el resultado de una forma de intencionalidad constitutiva de cualquier actuación semiótica. Lo importante es que la palabra siempre se orienta hacia un interlocutor, real o virtual, y que, consecuentemente, el acto de palabra, o en general, el acto semiótico, cuenta como postulación de un destinatario: "La palabra se orienta hacia un destinatario, hacia quien ese destinatario debe ser (...) . En la mayoría de los casos, suponemos cierta esfera social típica y estabilizada" (Voloshinov, 1976: 107-108). Es de observar, por tanto, que la orientación al destinatario se fundamenta en una comunidad de tipo sociosemiótico, y que son las características del propio acto de palabra las que permiten presuponer tanto la naturaleza de esta comunidad cuanto inferior el perfil del destinatario ideal o típico.

Bajtín no concede especiales prerrogativas al emisor. Más bien parecer interpretar, como luego harán distintas corrientes de la sociología interpretativa y de la semiótica textual, que el acto de

significación es el producto de una cooperación interlocutiva, de tal modo que la última palabra sobre la palabra corresponde a quien cierra el ciclo del diálogo, es decir, al propio receptor. Esta "desvalorización" del locutor queda patente en el siguiente texto: "Hay un caso en el que el ha blante es indudablemente el poseedor de la palabra, a la cual, en esta circun stancia, tiene plenos derechos. Este caso es el acto fisiológico de realización de la palabra. Pero mientras el acto se considere en sus términos puramente fisiológicos, la categoría de posesión no es pertinente" (ibíd.: 108).

De este enunciado contradictorio es posi ble hacer una lectura en negativo: si la única ocasión, y además irrelevante, en que el hablante puede considerarse como "propietario" de su acto de palabra es la acción fónica (por utilizar la terminología de Austin) es claro que en todos los otros posibles niveles de actuación locutiva (por ejemplo, el acto fático, en el sentido austiniano, de producir una frase gramatical; o el rético o propiamente semántico de dotar a aquella frase de un sentido y de una referencia) el hablante no aparece como poseedor de su habla. Pero "posesión" es, efectivamente, una noción sin pertinencia discursiva: de lo que se trata, en todo caso, es de afirmar el origen interlocutivo del sentido.

Atendiendo a la voluntad interlocutiva de toda palabra, Bajtin se cuestiona consecuentemente la validez de la noción misma de "monólogo": las relaciones dialógicas son posibles respecto a nuestro propio enunciado "si tomamos distancia respecto a tal enunciado, si abrimos paréntesis interiores (...) sea porque nos restringimos, sea porque desdoblamos de algún modo nuestra paternidad" (Bajtin, 1970: 242). He aquí de nuevo las consecuencias de la ruptura con el empirismo del hablante, de modo que la instancia enunciativa aparece escindida en virtud de funciones reflexivas como "restringirse", "desdoblar", etc., es decir, y por retomar la terminología de Greimas y Courtés, 1979: 4, asumiendo diversos roles actanciales. En resumidas cuentas, la relación dialógica se presenta allí donde la palabra no es percibida como elemento impersonal o formal de la lengua sino como signo, o mejor, como índice, de una posición semántica, de una voz enunciativa. Es en este sentido en el que se puede afirmar que el concepto de lo dialógico viene a coincidir en Bajtin con el concepto de pragmática (3).

1.3.2. Intertextualidad y polifonía

En este punto conviene volver a una observación anterior y llamar la atención sobre el hecho de que para Bajtin el dia

logismo es objeto de un campo epistemológico particular, la translingüística, pues la unidad de manifestación del diálogo es el enunciado, que incluye junto a la materia propiamente lingüística el contexto de enunciación y la orientación al interlocutor, presente o imaginario (Todorov, 1981: 67-70). La exigencia epistemológica de un dominio translingüístico proviene a fin de cuentas de que la dimensión dialógica se da en todo enunciado. Aun cuando, Todorov lo señala, Bajtin parece a veces inclinado a oponer enunciados de tipo dialógico y no dialógico, su posición más reiterada es que la dimensión dialógico-intertextual se da en todo enunciado, con variaciones de "intensidad" (ibíd.: 95-106), o si se prefiere, constituye un nivel más profundo que el sistema lingüístico (un metasistema) y no la propiedad de una clase particular de enunciados.

Este punto de vista es muy nítido en algunas de sus reflexiones sobre la novela de Dostoievski: en la lengua misma, objeto propio de la lingüística, no existe relación dialógica, pero la lengua es indisociable del habla que constituye un "fenómeno concreto total" (y no puedo por menos de rememorar el concepto de "acto lingüístico total" de Austin, que posee una comprensión análoga). La lengua es una condición del cambio dialógico, pero "no vive sino en el intercambio dialógico entre sus usuarios" (Bajtin, 1970: 239-240). El lector podrá sorprenderse con esta traducción "vitalista" de la noción saussureana de langue, pero no hay que olvidar que el autor opone su propia teoría interaccional e "ideológica" de

la vitalidad lingüística al objetivismo abstracto de los estructuralistas en que la lengua es "extraña, muerta" (Voloshinov, 1976: 93). Las relaciones dialógicas no son reductibles a las relaciones lógicas ni a las de "significación" objetiva que están en sí mismas desprovistas del momento dialógico. Las segundas deben deslizarse en la palabra, hacerse - enunciados, expresar por las palabras las posiciones de diferentes sujetos para que las relaciones dialógicas puedan nacer entre ellos" (Bajtin, 1970: 240). En esta cita se propone una distinción neta entre el sentido sentencial o frástico y el sentido enunciativo de las expresiones, o lo que viene a ser lo mismo, entre la virtualidad de sentido propia del momento lógico-semántico y su actualidad pragmática.

Lo dialógico constituye un ámbito diferente del propio de las relaciones lógico-semánticas. Estas sólo devienen dialógicas cuando se transforman en palabras, en enunciado, y recibe un autor, un sujeto del enunciado que en la palabra expresa su posición. Pues toda palabra, en cuanto enunciado, posee un autor que se halla en el enunciado mismo (ibíd.: 241). Con esta figura intraenunciativa se cierra el eje del diálogo: la palabra, que apuntaba a una instancia receptiva idealizada, su destinatario virtual, expresa al mismo tiempo la posición del remitente idealizado, al que la orientación literaria de Bajtin impone la denominación de "autor".

Pero no se trata de una instancia única, indivisa. La instancia enunciativa de Bajtin es más bien un lugar de encuentro de "voces", de sujetos merced a los cuales, y no a la superposición de formas, se justifica la apertura del texto a otros textos. La noción de polifonía viene a constituir por ello la clave del dialogismo bajtiniano: polifonía es la propiedad de aquellos actos que se presentan como cumplidos en el propio discurso pero atribuidos a un enunciador segundo, diverso del locutor (Ducrot, 1980 a y 1980 b).

En el contexto de la investigación bajtiniana, la noción de polifonía remite a la usual acepción musicológica del término. Bajtin, que lo utiliza con confesado valor metafórico, se interesa por la analogía de ciertas figuras textuales con el contrapunto y la polifonía musicales (1970: 53), y recoge también de buen grado la noción igualmente musical de "modulación" (cambio de tonalidad o de modo), que el propio Dostoyevski aplicaba a su obra literaria, para considerarla integrante del universo dialógico-textual (ibíd.: 78-79).

La noción de polifonía es el fundamento del problema que en años recientes se ha rebautizado como intertextualidad (por Barthes y Kristeva, entre otros investigadores), y que remite a la presencia o alusión a otros textos en el texto considerado; o, de un modo más

estricto, a la inclusión en el texto de elementos previamente estructurados y de dimensión superior al lexema (en el caso de los textos lingüísticos). Según Jenny, 1976: 264, la intertextualidad se distingue de la simple alusión, que consiste en la adopción de una unidad textual como elemento paradigmático y abstraída de su contexto. Designa más bien "no una adición confusa y misteriosa de influencias, sino el trabajo de transformación y de asimilación de varios textos operado por un texto centrador que guarda el liderazgo del sentido". Un intertexto es el texto que "absorbe una multitud de textos sin dejar de permanecer centrado por un sentido" (ibíd.: 267) (4).

En Batjín la polifonía textual es un modo radicalizado del dialogismo. Si el discurso es primariamente dialógico por incluir la voz de otro, "llega a ser profundamente polifónico, pues varias instancias discursivas terminan por hacerse oír en él", comenta Kristeva, 1970: 13. La polifonía remite a la alteridad del texto, y esta autora no duda en aproximar el pensamiento bajtiniano al contexto psicoanalítico-lacaniano cuando enfatiza la división que aquél ejerce en la subjetividad: el sujeto está escindido primeramente porque está constituido por su otro, para llegar a la larga a ser su propio otro.

Bajtín es el teórico de la conciencia literaria moderna emblemizada por el "Je est un autre" de Rimbaud.

En su investigación sobre la novela dostoyevskiana Bajtin se interesa por la polifonía como un posible criterio fundador de una tipología de discursos: tras advertir que encier-
tos fenómenos translingüísticos, como la "estilización" o el "diálogo ex-
preso", las palabras añaden a su orientación al objeto del discurso una
segunda orientación hacia "otra palabra", el discurso del otro", trata
de especificar las variantes de esas palabras "bivocal" y bifuncional
(Bajtin, 1970: 243-244). El esquema de su tipología es el siguiente:

Palabra: I. Orientada a un sujeto.

II. Objetivada: discurso directo de un personaje.

III. Propiamente bivocal:

- Pasiva: (1) Convergente: Estilización; relato del narrador;
empleo del "dicho".

(2) Divergente: Parodia; transmisión ironizante de
la palabra ajena.

- (3) Activa: Polémica interna oculta; réplica del diálogo;
diálogo oculto.

La categoría I, orientación al objeto, no parece fundar propiamente un tipo de discurso, sino más bien la función discursiva general de remitir al mundo extralingüístico. Ahora bien, y en palabras del propio Bajtin, a través de esa orientación se expresa "la última instancia interpretativa del locutor" (ibíd.: 259). Así, las funciones representativa y expresiva (de Bühler y Jakobson) son avicinadas en la teoría dialógica; la orientación a un objeto en y desde el discurso es eo ipso toma de posición interpretativa y valorativa. La mera elección de un objeto o tema denota un estado modal del locutor, sea en el ámbito alético (obligación o necesidad, o mera posibilidad de hablar de ello), sea en el ámbito volitivo (el deseo de hablar de tal cosa, o la preferencia, es decir, un deseo ponderado).

La categoría II muestra ya la inclusión de otras palabras en la propia, si bien el autor no se expresa en aquéllas, sino que "las muestra como una especie de cosa discursiva y las considera como totalmente objetivadas" (Bajtin, 1979: 107). No faltarían razones para considerar ésta como una subcategoría de la categoría I: de lo que se trata es aún de un discurso señoreado por la voz del locutor que se orienta a un objeto externo, aunque particular: una segunda voz objetivada. El objeto del que se trata es, en efecto un discurso, pero en cuanto discurso (del) otro. Habría que precisar, no obstante, que esta categoría bajtiniana no trata de definir una objetividad pura, y el propio Bajtin

menciona en distintos lugares las polivalencias del discurso directo. Cier-
to es que en todas sus formas esta variedad discursiva supone "ceder la pa-
labra a otro", pero, como señala Peña-Marín, tal cesión es siempre incom-
pleta en cuanto que es imposible la reproducción del contexto de enuncia-
ción. El desarraigo del contexto lingüístico y extralingüístico previo ha-
ce entrar a toda palabra en una "nueva "relación dialógica" y no es entera-
mente evitable el conferir algo de nuestra propia voz a la voz citada (Loza-
no, Peña-Marín y Abril, 1982: 149).

Hemos llamado "contaminación de voces" a este
último fenómeno y en el mismo lugar presentábamos algún ejemplo de discurso
directo visiblemente "contaminante". Así, el vengador que proclama al eje-
cutar su venganza: /El señor dijo: "quien a hierro mata a hierro muere"/.
"Hay dos enunciadore^s simultáneos de esta cita, el locutor citado (L) y el
citador, pues éste manifiesta total identificación con dichas palabras"
(ibíd.: 150). Me interesa destacar que la contaminación de voces se produ-
ce aquí no al nivel sintáctico-semántico (como ocurriría en un discurso in-
directo, donde la palabra ajena es abiertamente "reconstruida") sino preci-
samente en el nivel ilocucionario de la enunciación: al citar a otro repre-
sento sus palabras, pero presento, realizo actualmente su ilocución o efec-
to pragmático, tomo de ellas (o, mejor dicho, mi expresión cuenta como ten-
tativa de tomar de ellas) sus presupuestos pragmáticos de autoridad, auto-
cualificación, etc. La categoría II se desliza inevitablemente hacia la
"bivocalidad" de la categoría III.

En ésta última, se advierte ya nítidamente el envío del discurso a un doble contexto de enunciación, como ha señalado Todorov, 1981: 110: uno, el de la enunciación presente, otro, el de una enunciación anterior representada. El papel que se atribuye a ésta última es lo que discrimina las subcategorías "activa" y "pasiva". En el subgrupo activo, precisa el propio Bajtin, la palabra de otro es "reflexionada" y "obra desde el exterior" (1970: 260), es presentada como la contrapartida latente de un interlocutor presupuesto por la actividad polémica del hablante.

Convergencia y divergencia aluden, en fin, al sentido axiológico de la bivocalidad: es claro que el empleo de un proverbio o la inclusión de un narrador en el relato escrito revisten el valor antifrástico, de divergencia interpretativa con la otra voz que implican la parodia o la ironía citacional (sobre todo ello, Bajtin, ibíd.: 243-256).

1.3.3. La verdad y el signo

Pero Bajtin está también muy interesado en destacar que los fundamentos lógico-epistemológicos de su teoría dialógi-

ca difieren de los de una lógica formal clásica; de modo expreso alude a fenómenos que, como el de la "repetición" (la parodia, la cita expresa o el discurso directo son repeticiones), escapan en su existencia discursiva al análisis lógico tradicional: entre los enunciados /la vida es bella/ y /la vida es bella/ se da una relación lógica de identidad, pero sólo a condición de que no constituyan intervenciones sucesivas (o de que sean positivamente tomados con abstracción) de un diálogo (Bajtin, 1970: 241). En relación dialógica, el enunciado segundo adquiere un valor de quiescencia, confirmación e incluso ironía (y por tanto antífrasis, negación) respecto al primero. No hay repetición pura en un contexto dialógico, en él toda aparente repetición se caracteriza por una diferencia de sentido pragmático. Un ejemplo análogo de Bajtin, aplicado a un enunciado negativo, trata de ilustrar del mismo modo que la negación lógica difiere de la negación "dialógica", "encarnada" en el enunciado de un sujeto diverso (ibíd.: 241), es decir, de la denegación pragmática.

Por decirlo en la terminología de Bateson, tanto la denegación como la seudorrepetición pragmáticas se sitúan a un nivel lógico diferente del de los enunciados iniciales, son metacomunicativas respecto a ellos. No por casualidad Bajtin reclama el nombre algo confuso de "metalingüística" para su ciencia de los enunciados.

El signo, su comprensión, la verdad misma, son sometidos al dictado de la interacción, de los procesos interactivos entre los sujetos sociales.

El aserto de Thoreau: "hacen falta dos para la verdad, uno que la diga y otro que la escuche", emblemático de toda epistemología dialógica, sin duda sería plenamente asimilable por el discurso de Bajtin. En su obra, y tal como comenta Bange, 1975, la verdad es el resultado de un recorrido dialógico en el que los interlocutores van consolidando de modo ponderado y crítico un consenso. Si, por decirlo con las bellas palabras de Gracián, "las verdades que más nos importan vienen siempre a medio decir", ello no se debe tanto, en el pensamiento de Bajtin, a la inefabilidad metafísica de ciertos contenidos cuanto al hecho de que toda verdad es compartida, y por tanto verdad "a medias", en los dos sentidos de la expresión.

Otro tanto cabe decir del signo bajtiniano, que en rigor no puede ser adscrito al ámbito de la lengua, que es sistema, ni al del habla, que es contingente e individual, puesto que resulta "de un consenso entre individuos socialmente organizados en el curso de un proceso de interacción" (cit. en Guespin, 1984: 6, subrayado mío). En cuanto interaccional, el signo es un hecho discursivo, tomando aquí "discurso" en el sentido benvenisteano de instancia mediadora entre len-

gua y habla.

De ahí también la proximidad entre el proceso de "comprensión" de los signos y la figura dialógica: "comprender es responder", comenta Guespin, *íbid.*: 7, respecto al aserto de Voloshinov según el cual la comprensión es respuesta a un signo por medio de otros signos.

Un equívoco terminológico podría inducir a atraer esta perspectiva a la del conductismo: la respuesta de la que habla Bajtin es la réplica del diálogo y no la acción consecutiva a un estímulo, pues en su translingüística el signo no es un estímulo sino una virtualidad de la estrategia interactiva que se produce materialmente en la anticipación de la interacción y que deviene signo actual en el momento de la comprensión.

Pero, para mayor precisión, no se trata tampoco del contexto dialógico propio de un diálogo interindividual. El marco epistemológico del dialogismo bajtiniano es un sociologismo dialéctico fuertemente influenciado por supuestos marxistas. No cabe duda de que el marxismo ilumina la reflexión explícita y los implícitos valorativos de Voloshinov: las relaciones y contradicciones de clase

son el marco de la interacción, y no el "objetivismo abstracto" con el que en los últimos años 20 se identifica al naciente estructuralismo y del que expresamente trata de distanciarse nuestro autor. Las relaciones dialógicas, que ocasionalmente equivalen en el discurso bajtiniano a relaciones dialécticas, son posibles entre "estilos de lenguaje sociales, dialectales, etc., cuando son percibidos como posiciones interpretativas, como especies de ideologías lingüísticas" (Bajtin, 1970: 242).

Otras afirmaciones del autor parecen mucho menos ortodoxas desde el punto de vista marxista: lo dialógico viene a ser a veces un régimen de oposición general entre todos los elementos estructurales del discurso, y no de dialéctica entre instancias subjetivas sociológicamente definibles. Así, y respecto a Dostoyevski, Bajtin afirma que "las relaciones dialógicas se establecen entre todos los elementos estructurales de la novela, es decir, se oponen entre ellos, como en el contrapunto. Y así el fenómeno dialógico sobrepasa con mucho las relaciones entre las réplicas de un diálogo formalmente producido; es casi universal y atraviesa todo el discurso humano, todas las relaciones y todas las manifestaciones de la vida humana, de un modo general, todo lo que tiene un sentido y un valor" (*ibíd.*: 77). Lo dialógico parece bascular hacia lo "estructural", la dialéctica hacia la oposición formal y generalizada de los elementos discursivos.

1.3.4. La perspectiva dialógica a partir de Bajtín

En la línea teórica de Bajtín es posible encauzar gran parte de los problemas del lenguaje y del discurso a los que las ciencias humanas se han asomado en los últimos años.

En primer lugar, es una perspectiva que enfatiza la socialidad constitutiva del lenguaje. Ya me he referido a ello anteriormente, y sólo destacaré aquí ese talante sociolingüístico que nos incita a aproximarnos al hacer social como un intrincado diálogo de estilos semióticos que no son sino otras tantas formas de cultura, de organización de la experiencia y de la interpretación. Su dialogismo no atañe sólo a los "juegos lingüísticos" de la novela, sino al funcionamiento entero de la sociedad entendida como un entramado polifónico de micro-rituales discursivos.

Las "lenguas" sociales son productos al tiempo que instancias productivas de las concepciones del mundo. Como consecuencia, nuestra visión del uso del lenguaje se ve complicada. Peña-Marín, 1984: 118, ha señalado al respecto que "ya no podemos suponer que un hablante simplemente utiliza el aparato de la lengua para manifestar sus opiniones, sentimientos, etc. Resulta, en cambio, que

apenas quiere empezar a hablar se ve obligado a elegir entre las múltiples "lenguas", jergas, registros expresivos, etc. que coexisten en toda comunidad compleja, a adoptar por tanto un "punto de vista" sobre el mundo que lo identificará con, o diferenciará de, el grupo de receptores a quienes se dirige".

La sociolingüística ha refinado el análisis de las variedades semánticas y formales que intervienen en la actividad concreta del habla en razón de las estructuras y situaciones sociales. Así, cada habla no sólo involucra una variedad dialectal según la pertenencia del usuario a un cierto lugar social y subcultural, sino también un registro o configuración de recursos semánticos asociados típicamente a una situación, a una determinada actividad social (Halliday, 1982). El hablante no sólo "delata" en el hablar su pertenencia a una comunidad semiótica, también puede enfatizar o dramatizar reflexivamente la pertenencia y la "lealtad lingüística" a un grupo, y puede, contrariamente, aludir a otras lenguas sociales, integrarlas en el propio discurso con una mayor o menor distancia. Así, la tipología bajtiniana de los discursos según su valor polifónico se hace pertinente más allá de lo literario, más allá, pues, del propio ámbito translingüístico tal como lo entienden Bajtin o Barthes, y alcanza a las distintas formas del habla cotidiana. Esta también es bivocal cuando en ella se remite a otras hablas, bien sea de modo convergente, procurando la identificación con la cultura o el grupo presupuestos por el habla aludida, bien de mo

do divergente, al abrir respecto a ella una distancia irónica.

Con Bajtin se inicia una reflexión sobre los sujetos sociodiscursivos que cuestiona radicalmente el empirismo. Su teoría polifónica viene a burlar la pretensión de unificar al sujeto hablante en virtud de criterios extradiscursivos como los psicológicos, tan usuales en las lingüísticas de la expresión y en gran parte de la teoría de actos de habla, o los sociobiográficos, igualmente al uso en la crítica literaria tradicional, en torno a la figura del "autor" (5).

El enunciador y el destinatario ideales de Bajtin son figuras creadas por la propia actividad del discurso y no sujetos empíricos como el "autor" y el "lector" de la crítica literaria tradicional.

La semiótica postbajtiniana ha llegado a una concepción del enunciador como resultado sumatorio de las distintas posiciones enunciativas del discurso. Más precisamente, "el análisis textual no considera al actor como preexistente a su representación (...), sino que cuenta única y exclusivamente con las representaciones textuales del sujeto, que se constituye como tal sujeto textual

precisamente por lo que en el texto hace, y por lo que en el texto se ve determinado como el ser de su hacer: su competencia semiótica y modal" (Lozano, Peña-Marín, Abril, 1982: 252). Un sujeto, pues, heterogéneo al actor empírico que supuestamente "proyecta" en el discurso sus estados de ánimo, sus motivos e intenciones.

Análogamente, el destinatario ideal es una figura heterológica respecto al interlocutor empírico de cualquier discurso: "El rol de interlocutor en la interacción no coincide por principio, sino sólo en ciertos casos de hecho, con el "destinatario" proyectado por el acto lingüístico del hablante, a saber, cuando la recepción de parte del interlocutor comprende su asunción sobre sí, en la respuesta, de la imagen de destinatario que ha recabado del texto" (fabbrì y Sbisà, 1980: 182).

Bajo la influencia de Bajtin y de Benveniste, el sujeto del discurso pasa a caracterizarse, pues, por una cierta inmanencia, pero también por el rasgo básico de la discontinuidad consigo mismo. Esta visión lingüística de la subjetividad es solidaria de otras perspectivas disciplinares, como la de ciertas corrientes filosóficas, psicoanalíticas y sociológicas.

Foucault ha expresado muy netamente ese punto de vista al escribir (6): "Se renunciará, pues, a ver en el discurso un fenómeno de expresión, la traducción verbal de una síntesis efectuada por otra parte; se buscará en él más bien un campo de regularidad para diversas posiciones de subjetividad. El discurso, concetido así, no es la manifestación, majestuosamente desarrollada, de un sujeto que piensa, que conoce y que lo dice: es, por el contrario, un conjunto donde pueden determinarse la dispersión del sujeto y su discontinuidad consigo mismo" (Foucault, 1970: 90).

He aludido más atrás a la coincidencia básica del psicoanálisis lacaniano, o, más genéricamente, estructuralista y postestructuralista, con esta concepción. Irigaray habla precisamente del "funcionamiento discontinuo del sujeto hablante" que puede captarse en la estructuración de sus enunciados; a la "unidad mítica" del sujeto, cabe oponer, según la misma autora, "el puro juego de diferencias que él articula del mismo modo que ellas le articulan" (cit. en Normand, 1985: 13).

Y, en fin, en el ámbito sociológico cabría destacar la perspectiva "dramática" de Goffman, heredera, por otra parte, de una amplia tradición interaccionista y fenomenológica, en la que el sujeto no sólo desempeña roles, sino que es capaz al mis

mo tiempo de distanciarse de ellos, y de construir personajes cuya coherencia no viene dada por algún apriorismo sustancialista sino por la actividad de influencia recíproca con otros sujetos. Así, la categoría de sujeto hablante puede ser decompuesta en las de animator, entidad física emisora; author, ente productor de sentimientos y opiniones, principal, identidad social comprometida con sus palabras y susceptible de cambios en función de ellas, etc. (Goffman, 1979).

Y, en fin, en el ámbito semiolingüístico habría que mencionar la definición greimasiana del discurso como "lugar de construcción de su sujeto y única fuente de nuestro saber sobre él". El sujeto discursivo greimasiano es un operador de la actualización o puesta en discurso de la lengua en cuanto instancia transformadora del "ser del lenguaje" en "hacer lingüístico"; un mediador que manipula las diferencias paradigmáticas de la lengua para construir formas sintagmáticas (Greimas, 1976 a: 10-12). Pero la semiótica greimasiana, igualmente empeñada en "superar las definiciones sustancialistas del sujeto", diferencia al sujeto frástico, actante de un enunciado elemental, del discursivo, y opera con otras numerosas categorías como sujeto de estado vs. de hacer, pragmático vs. cognitivo, etc. (Greimas y Courtés, 1979: 369-371).

La actividad del sujeto en su discurso está también caracterizada por la gradación del compromiso con los propios enunciados, por una mayor o menor presencia y personalización de la instancia enunciativa.

La categoría semiótica de "embrayage/débrayage", conjuntamente traducible por conmutación (cfr. nota (1) de este capítulo), remite a los mecanismos de subjetivización-desubjetivización del discurso, en virtud de los cuales la instancia enunciativa ora asume una voz explícita, por ejemplo, la del narrador, ora se ausenta de la superficie del discurso, dejando su ausencia como marca de una operación discursiva. Los discursos aparecen, pues, caracterizados por distintos grados de distancia entre el sujeto y su enunciado, distancia que involucra una modalización, es decir, una marca de actitud respecto al dictum, y de tensión interlocutiva, es decir, de actitud respecto al alocutario.

2. LA COMPLICIDAD Y LA EXCLUSION DEL TERCERO

2.1. La interlocutividad trascendental

Tal como se mostraba en la teoría bajtiniana, el proceso de comunicación es una actividad mantenida conjuntamente por los agentes del diálogo. Más que un proceso lineal en el que a la parte hablante corresponde la producción de enunciados y a la parte oyente su comprensión, se trata de un proceso de actividades orientadas por expectativas de reciprocidad en el que ambas partes cooperan para producir sentido. En este modelo se limita el "protagonismo" del emisor en beneficio del receptor o, más bien,, ambas instancias se definen como coactantes comunicativos.

Son ya muy numerosas las investigaciones que incorporan este punto de vista dentro de una pragmática trascendental, en la que se investigan las condiciones constitutivas o formales de la comunicabilidad con abstracción de las ocasiones y circunstancias empíricas de la comunicación.

La pregunta por las condiciones del uso comuni-

cativo está implícita en los ensayos de Bajtin, pero en las investigaciones de hermenéutica filosófica es una propuesta explícita que apunta al logro de objetivos teóricos de tanta enjundia como la justificación de la constitución inter-individual de la conciencia (Strasser), o de la dimensión ontológica de la expresión lingüística y la historicidad (Gadamer). O, como en el caso bien conocido de Habermas, a la apología de un proyecto (emancipador) de consenso racional.

Para Habermas, todo discurso requiere de la anticipación crítica de una situación ideal de habla que regula los discursos efectivos. ¿Cuál es el sentido de tal anticipación? Según Gabás, 1980: 262, el análisis del acto lingüístico concluye que su realización implica la confianza en la reciprocidad comunicativa: "por el hecho de hablar suponemos la posibilidad de un mundo común transparente, donde la palabra esté exenta de desfiguraciones extrañas a su propia naturaleza comunicativa".

La situación idealizada de habla, anota Ortiz-Osés, 1977: 157-159, implica la reciprocidad libre y democrática de roles dialógicos, exenta de opresión y salvaguardada por la libertad, la verdad y la justicia. "Una tal proyección anticipada y exigitiva de nuestra intercomunicación humana plena no es ni un puro principio regulativo kantiano, pues la suponemos en todo entendimiento verbal, ni un concepto existente en sentido hegeliano, pues ninguna sociedad real lo representa". No se trata, pues, sino

de "una proyección transcendental en cuanto condición constitutiva de toda posible comunicación". En todo caso, la situación ideal de diálogo no escapa a la paradoja, pues el hablar efectivo está siempre sometido a coacciones y a relaciones de dominio distorsionadoras, pero en él actuamos de algún modo como si se realizara la situación ideal. Aun cuando Habermas sea consciente de esta paradoja y de la difícil categorización de una situación que no es ni mero constructo ni fenómeno empírico, cree que sin esa proyección "no pueden comprenderse el hecho del hablar racional en cuanto tal (ciencia, ética) y el hablar mismo en general" (Gabás, 1980: 266).

También Apel, 1975, se interesa por los fundamentos aprióricos de una comunidad comunicativa, próximos a las condiciones de posibilidad de los universales lingüísticos. La filosofía debe transformarse entonces en la preestructura hermenéutica de una filosofía transcendental, entendiendo que lo transcendental no designa ya un nuevo intento de hipostasiar al sujeto sino una garantía de la validez intersubjetiva del conocimiento (Ferrer Mora, 1979: 179). En Apel se defiende la "precomprensión lingüística del mundo, realizada sobre el entendimiento de sentido de una comunidad comunicacional, incluido siempre ya e implicado en los sistemas sintáctico-semánticos de nuestro lenguaje natural". Así, la comunicación no es un proceso de codificación-transmisión-decodificación del pensamiento privado, sino participación en un diálogo intersubjetivo arraigado en la comunidad universal. Al aprender el lenguaje se aprende "el juego lingüístico transcendental en cuanto forma de vida humana general" (Ortiz-Osés, 1977: 161).

Jacques, un semiólogo especializado en esta problemática, hace ver que la comunicabilidad no se fundamenta en la referencia ni en la estructura de la significación, sino que, al contrario, es el principio de comunicabilidad lo que funda la estructura de la significación y la referencia. Un sencillo ejemplo, del tipo de los propuestos por Jacques, lo ilustra:

/El decano de Veterinaria también ha sido sometido a escuchas telefónicas/ (en un contexto de diálogo oral).

Según el análisis lógico semántico tradicional, /el decano de Veterinaria/ es una descripción definida que contiene una presuposición existencial. En la misma perspectiva analítica, la expresión está sometida a la vericondicionalidad: ha de remitir a un referente determinado para poder ser utilizada como término de una proposición. Y sin embargo, en un contexto interlocutivo puede muy bien ocurrir que los partícipes desconozcan el descriptum de la expresión, incluso que se presuponga una proposición falsa ("no hay decano en Veterinaria"), pese a lo cual los interlocutores pueden suspender provisionalmente su evaluación lógica, pueden aplazar la referenciación de la descripción, o corregir sus hipótesis referenciales a medida que la conversación avanza, etc. (Jacques, 1983: 63-64). La determinación referencial y el tipo de significación (seria, irónica, etc) emergen paulatinamente a partir de la utilización de los recursos contextuales de los coenunciadores, y no siempre de modo lineal, sino eventualmente de manera tentativa o retrospectiva. La referencia depende, pues, del contexto discursivo o dialógico respaldado por un consenso interlocutivo.

Conforme a la opinión de Jacques, la interlocución es un trascendental del diálogo y la reciprocidad un concepto primitivo, no derivado de la "intención comunicativa": cabe, pues, imputar a la teoría intencional de Grice el haber reducido la relación a un predicado monádico de intención significante (ibíd.: 50-55).

Si en la teoría benvenistiana el locutor sigue siendo el centro de referencia de las instancias enunciativas, como los defectivos de espacio y tiempo, en la formulación de Jacques es el consenso implícito en la relación quien sostiene su referencia y su significación. El sentido de cualquier frase permanece ininteligible si no se conoce el contexto de la actividad discursiva conjunta de los interlocutores, que son, pues coenunciadores (ibíd.: 64-65).

Precisamente en esta última frase se sintetiza el argumento más potente en favor de la preeminencia de la comunicabilidad: la enunciación pertenece a esa clase de actividad que cabe denominar acción conjunta: Cuando tres leñadores derriban en colaboración un árbol, no es legítimo inferir que cada uno de ellos ha derribado un árbol, ni siquiera una parte numéricamente proporcional del árbol (sofisma del "trahere commune ad proprium"). Algo semejante acaece en la interacción comunicativa: si dos interlocutores participan, por ejemplo, en un intercambio de preguntas y respuestas, tampoco es lícito asignar a uno la responsabilidad absoluta sobre el

sentido de las preguntas y a otro sobre el de las respuestas. Incluso cuando, como ocurre en las entrevistas periodísticas, una parte sea institucionalmente interrogadora y otra respondedora: es bien sabido que la pregunta prefigura la respuesta, en la misma medida en que cada respuesta orienta las sucesivas preguntas; y sobre todo, preguntas y respuestas se enmarcan en un cierto ámbito de inteligibilidad producido por el acuerdo explícito e implícito de los interlocutores.

En suma, la construcción del sentido de frases o expresiones particulares es resultado de la interacción cooperativa entre los interlocutores. Los actos significativos no son acciones coordinadas, sino imputables conjuntamente a ambos sujetos en cuanto involucradas en un mismo espacio lógico de interlocución sostenido conjuntamente.

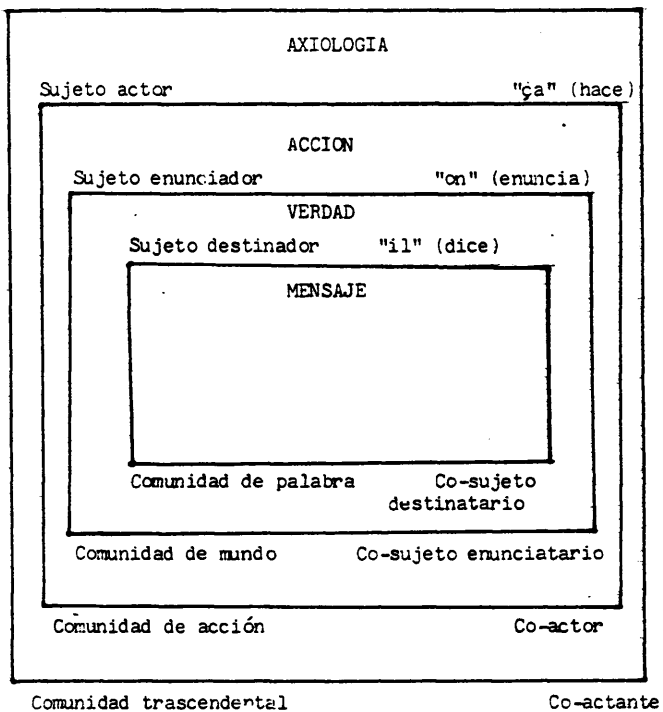
Parret, 1983: 97, proporciona un argumento similar al de Jacques: La expresión /nosotros/, que incluye la designación de /yo/ más /tú/, es trascendente respecto a ambos términos, en cuanto que no es deducible de ellos en alguna de las distintas relaciones lógicas (conjunción, implicación, etc.) que pudieran mantener. Y en efecto, una expresión como /nosotros estamos realizando un seminario sobre Peirce/ no es deducible de /yo realizo un seminario sobre Peirce/ más /tú realizas.../. El /nosotros/ es la expresión lexemática de una comunicad trascendental dialógica o interlocutiva que precede formalmente a las instancias individualizadas de los enunciado-

res. Estas aparecen como constituidas respecto al dialogismo constituyente.

La propuesta de Parret, que involucra una reflexión sobre los deícticos y modalizadores, se sintetiza en este esquema (ibíd: 96), en el que las instancias subietivas aparecen organizadas en cuatro niveles lógicos: el lingüístico ("mensaje"), el veritativo o veridictivo ("verdad"), el estrato interaccional ("acción") y el interactancial ("axiología"). Puede advertirse en el gráfico el vacío marcado que corresponde a la instancia de la tercera persona del nivel trascendental. En páginas posteriores dirigiré mi atención precisamente hacia ese lugar vacío .

:Sujeto actante

0



2.2. La complicitad constitutiva del diálogo

El acto de comunicación no concierne exclusivamente al valor de verdad o a la referencia de los enunciados, como parecen dar a entender ciertas teorías lógicas, ni al mero intercambio de información o de saber entre los interlocutores, como postulan algunas teorías de la comunicación. Todo acto comunicativo involucra operaciones de cualificación mutua entre los sujetos por las que éstos se atribuyen cierta competencia modal, según los términos de la semiótica textual greimasiana (7), consistente en el querer, saber, poder, creer, etc. previos a su hacer.

Ahora bien, las operaciones de cualificación recíproca, en el contexto comunicativo, hallan su condición previa en la mutua cualificación de los actores comunicativos en cuanto tales, es decir, en su reconocerse actantes de la comunicación, interlocutores, coenunciadores, etc. La prioridad formal de este reconocimiento recíproco viene dada por el hecho de que la atribución de cualquier otra competencia lo presupone: el seleccionar o asentar a otro como interlocutor significa, pues, hacerle depositario virtual de las competencias que la interacción comunicativa permitirá actualizar. La mutua concesión de legitimidad interlocutiva, la ratificación mutua como sujetos capaces de operaciones comunicativas, es la forma básica del reconocimiento dialógico, la "metacualificación" que permite formalmente la adjudicación de cualquier otra calificación en el proceso interactivo.

Este mutuo reconocimiento del que hablo no corresponde, ciertamente, a un nivel determinable de operaciones empíricas, porque pertenece a la esfera de las condiciones trascendentales de la comunicación, pero si existen operaciones tácticas del discurso funcionalmente orientadas al mantenimiento de ese supuesto general. Porejemplo, en un diálogo como el siguiente:

A.: - ¿Puede ud. decirme la hora?

B.: - Sí ... son las cuatro y diez.

es significativa la función de un /sí/ que parece dar respuesta pro forma a un acto de petición indirecta. Este afirmativo, innecesario desde el punto de vista de la intención significada en la pregunta, que es la de conocer la hora y no la posibilidad del interlocutor de decirla, e insuficiente, por ello mismo, en el caso de aparecer como única respuesta, representa un movimiento o jugada de habla (move, en la terminología de Goffman, 1975: 10, designa una microacción lingüística con una orientación distintiva) en el que cabe identificar cuando menos las siguientes funciones:

- a) Notificativa: se expresa que se ha captado la intervención del primer locutor.
- b) De enlace: se indica la intención de responder al contenido del acto de petición sin demora.
- c) Legitimadora: se expresa el reconocimiento a la pertinencia de la petición, que no se toma por intrusiva, estúpida, etc., y consecuentemente

a su autor en cuanto interlocutor aceptable (según analicé en Lozano, Peña-Marín y Abril, 1982: 233).

No excluyo, por lo demás, la plausibilidad de otras funciones de este/ sí/, como la de constituir un conector conversatorio conciliador: en una expresión verbal, Sánchez de Zavala proponía esta interpretación respecto a otros movimientos de respuestas, como /bueno../ y /pues.../. Y es que la conciliación y otros efectos de mitigación de la fuerza pragmática de las expresiones presuponen una cualificación implícita y enteramente complementaria de la que vengo comentando, a saber, la autolegitimación del propio locutor: al tratar de presentar aceptablemente mi discurso intento obtener, o conservar, el reconocimiento por parte de mi interlocutor de mi estatuto de interlocutor adecuado.

Mihaila, 1980: 116-117, habla de la complicidad conversacional entre los interlocutores que, al abrigo de principios de la interacción discursiva como el de presunción, de Strawson, o el de cooperación, de Grice, hace de aquellos insiders, es decir, participantes mutuamente ratificados respecto a un cierto consenso.

El carácter de insider o outsider interlocutivo, añade la misma autora, no tiene carácter apriorístico o institucional, porque "se manifiesta en la interacción misma".

Reconozco por mi parte la figura de la complicidad, pero disiento de Mihaila respecto a su segunda observación. En efecto, el hecho de que la complicidad conversacional se manifieste en formas concretas de la interacción (como sucedía en el ejemplo recién comentado) no impide el reconocimiento de la complicidad en el nivel de los principios aprióricos de la comunicación, del mismo modo que el reconocimiento de formas empíricas de la reciprocidad, como el tuteo, no invalida la reciprocidad institutiva.

Mi hipótesis consiste justamente en que tal complicidad, es decir, la ratificación mutua de los insiders correlativa a una exclusión de los outsiders interlocutivos, responde a una estructura canónica o trascendental de la interacción comunicativa.

Me parece significativo el hecho de que generalmente el reconocimiento de la complicidad no conlleva reflexión alguna sobre la figura del outsider, es decir, del sujeto no ratificado interactivamente en el acto mismo de mutua ratificación de los insiders. En efecto, la complicidad es, por definición, una relación entre tres sujetos, los dos cómplices y el excluido de y por la complicidad misma. Antes admití con Jacques que la relación no es deducible de predicados monádicos de intención significativa; ahora debo añadir que la complicidad no es deducible de una relación dual, porque entraña la figura mediadora de un tercero cuya ex-

clusión es la condición formal para el establecimiento de un acuerdo colusorio entre dos. No hay ratificación posible de un sujeto como partícipe de la interacción sin la, cuando menos implícita, desestimación de otro sujeto. No hay persona gramatical (yo, tú) sin referencia a la no-persona de quien se habla, pero que no habla (él), porque la correlación de personalidad es una metacategoría respecto a la correlación de subjetividad. En este punto cobra sentido mi anterior observación sobre el lugar vacío que Parret deja en su esquema para la "tercera persona" de la comunidad trascendental. Esa tercera persona vuelve a ser pertinente en la hipótesis que formula la exclusión de un tercero como condición trascendental de todo acuerdo dialógico. O, lo que viene a ser lo mismo, la situación idealizada de diálogo como complicidad interlocutiva.

Ciertamente la hipótesis del tercero excluido no es nueva: aquí me limito a acomodarla al contexto de la interacción comunicativa con el objeto de dar cuenta de ciertas operaciones discursivas en las que la evocación del tercero exige una explicación que trascienda la mera constatación casuística.

Pero debo ahora dar un rodeo a mi exposición y presentar algunas de las elaboraciones teóricas que inspiran y avalan mi punto de vista y que en los términos de mi propia presentación del problema constituyen otras tantas tematizaciones del modelo colusorio.

2.2.1. El modelo sacrificial

La instancia tercera que hace posible la complicitud constitutiva puede ocasionalmente ser identificada como secreto. Así ocurre en la decisiva reflexión de Girard sobre el mecanismo victimario: tanto la víctima propiciatoria cuanto el escenario sacrificial se tornan secretos en el triple sentido etimológico de segregados, sacralizados y execrables. Y en efecto, ¿qué estatuto sino el de lo oculto podría corresponder a un acontecimiento preconceptual, presigñico y en todo sentido fundacional?

Aun más, el propio mecanismo victimario y el arbitrio de la elección de la víctima deben permanecer ocultos como condición de su eficacia reconciliadora (Dupuy, 1982: 161).

La del "tercero" es una instancia siempre paradójica: la "persona que es no-persona" en otra tematización decisiva, la de la lingüística de Benveniste. En la tematización antropológica es el mediador que opera simultáneamente como amenaza potencial del orden social y como su condición de posibilidad, el polo institucional que actúa como operador de equivalencia de los intercambios y que "no siendo ni (para) uno ni (para) otro y ocupando una posición de referencia posible para uno y otro, les conjunta en sus diferencias" (Queré, 1982: 33). Será vano tratar de adscribirlo

a alguna objetividad positivista porque, como éste último autor señala, es menos un dato que un constructo, y procede de la elaboración colectiva de "las condiciones de puesta en forma de la relación social". El tercero, en suma, no se condensa de un modo definitivo en ningún lugar, discurso o actor social: es el residuo, o el exceso siempre mudadizo de la propia actividad social de autoinstitución.

Serres, 1968: 41, al examinar los estudios comunicativos clásicos, entiende por ruido el conjunto de fenómenos de confusión que obstaculizan la comunicación (noción más laxa que la estrictamente informacional) y afirma que el diálogo es "una especie de juego practicado por dos interlocutores, considerados como asociados, contra los fenómenos de embrollo y de confusión, es decir, contra individuos que tienen algún interés en romper la comunicación. Estos interlocutores no están opuestos, como en la concepción tradicional del juego dialéctico, están por el contrario en el mismo campo, asociados por interés: luchan en común contra el ruido (...). Dialogar es proponer a un tercero y buscar el excluirlo; una comunicación con éxito es ese tercero excluido." (8).

En la cita de Serres pueden identificarse las principales nociones que vengo indagando en este apartado: la complicidad, la comunidad dialógica como propuesta y exclusión de un tercero. Pero aun hay más: "El problema dialéctico más profundo no es el problema del

otro, que no es sino una variedad- o una variación -del mismo, es el problema del tercer hombre. A este tercer hombre lo hemos llamado en otra parte el Demonio, prosopopeya del ruido" (*ibíd.*: 41). Serres aplica esta idea a algunos filosofemas célebres. Por ejemplo, el método mayéutico de los diálogos platónicos aparece como una asociación entre el demandante y el que responde en la búsqueda conjunta de la verdad y en disputa contra el ruido, el demonio, que en este caso coincide con la empíria. El autor considera por ello el isomorfismo e incluso la identidad entre el mundo abstracto y el mundo dialógico del "nosotros"; lo abstracto es el resultado de una expulsión conjunta, dialógica, de las variaciones ocurrenciales de la señalética concreta. En Platón coexisten el reconocimiento de la forma abstracta y el problema del éxito del diálogo: "El esfuerzo primero para hacer triunfar la comunicación en un diálogo es isoformo al esfuerzo para trocar una forma en independiente de sus realizaciones empíricas" que son el "tercero de la forma", el ruido (el subrayado es del autor). La filosofía del diálogo y la matemática nacen, pues, de un común movimiento de exclusión interlocutiva de lo empírico, tercer hombre primordial del conocer (*ibíd.*: 42-45).

En el capítulo II me he referido reiteradamente a un paradigma interpretativo de las ciencias sociales en el que la identidad de los actores se va construyendo por un proceso abstractivo de tipificación mutua. Conforme a este modelo la identidad social puede también ser vista como un producto dialógico en el que los interactuantes sa-

crifican todos los datos no tipificables. Ese "tercero de la identidad", rescoldo inaprehensible y contrafactual de lo "insociable" o "insocializable" hace pensar que también en cierta medida la identidad es "cosa de tres".

Ya he mencionado el secreto que recubre la exclusión del tercero. Un ejemplo de Collingwood citado en Gadamer, 1977: 499, me permitirá aludir a su naturaleza: el curso de la batalla de Trafalgar hace inteligible el verdadero plan estratégico del almirante Nelson por la razón de que éste fue el que tuvo éxito en su ejecución; por el contrario, el plan del adversario no será ya inferible a partir de los acontecimientos realmente sucedidos, porque fracasó. Independientemente de las lecciones que pueda extraer del ejemplo la semiótica de la historia, cualquier sistema hermenéutico ha de preguntarse si la comprensión de un curso (discurso) de acontecimientos, sea batalla o texto, no coincide necesariamente con la estrategia victoriosa. Algo similar acaece en la pragmática de Austin y Searle, y más específicamente en su teoría de la uptake o asimilación ilocutoria: alcanzamos a percibir el efecto pragmático de las expresiones, su sentido ilocutorio, en cuanto éxito o logro de una táctica comunicativa e, inversamente, identificamos una táctica comunicativa en cuanto se ha logrado el feliz cumplimiento de una acción ilocutoria. Es siempre el plan (del) más fuerte lo que suministra el sentido; o, viceversa, el sentido es aquello que nos viene dado en el plan (del) más fuerte. A cierto nivel (es la lección de Humpty Dumpty en A través

del espejo, tantas veces citada) la pregunta por el sentido es un eufemismo para la pregunta: "Quién ha ganado?".

En la caverna platónica, "unos hablan, los otros callan". No puede ser de otro modo. Como observa Irigaray, 1978: 276, "si hablaran todos, y hablaran a la vez, el silencio de los otros ya no serviría de fondo al recorte y definición de las palabras de unos, de uno". Cuestión de fondo contra figura, donde este "contra" no es un mero conector lógico, o lo es en cuanto residuo formal de una lucha real.

Ruido contra mensaje, pues como Girard sugiere, en proximidad a Serres, la designación de un tercero en cuanto autor del ruido puede haber sido la primera comunicación con éxito. La oposición mensaje vs. ruido implica ya la alianza de dos contra uno, originalmente arbitraria, pero incapaz de permanecer tal (de Benedetti, 1984: 111).

La sugerencia de Girard ha de ser enmarcada en el contexto de su teoría de la víctima propiciatoria, que sintetizo aquí muy sumariamente siguiendo a Girard, 1983 y 1984 y a De Benedetti, 1984:

La reflexión de Girard pivota sobre la noción de mímesis; el autor entiende que la imitación es un hecho social elemental (en ello hay una influencia reconocida de Tarde) y que inicialmente el deseo es de naturaleza mimética: se desea lo que otro desea. Al no recaer aún sobre un objeto, pues se trata de un deseo preobjetual y no lineal, sino circular y retroactivo, adopta por composición una forma unánime. Es decir, se desvía hacia una configuración triangular en la que el otro, cuyo deseo se mimetiza, deviene simultáneamente modelo y rival: esta fase de rivalidad o "mímesis de apropiación" coincide, pues, con el exacerbamiento de la violencia recíproca y con la máxima entropía: es el momento de cuya sobrevaloración hizo Hobbes el objeto de su ciencia social. El comportamiento unánime o especular sólo puede desembocar en la completa desintegración, y así el conflicto generalizado se resuelve en una polarización necesariamente arbitraria sobre el chivo emisario, alguien con cuyo linchamiento colectivo se da paso al fin de la crisis mimética. En palabras de Serres, el uno polariza lo múltiple y cuando "la población cae sobre el individuo, el furor se abate sobre el héroe: nacimiento de la tragedia, de la cultura colectiva, de la lógica, sí, del concepto en general" (citado en De Benedetti, 1984: 104).

La mímesis de apropiación desencadena, pues, una "mímesis del antagonista" con cuyo sacrificio se inicia el acuerdo social, se rediferencia, se instituye lo sagrado y, en fin, se articula todo orden significativo y se disponen todas las instituciones. El mecanismo victimario apare-

ce por tanto, en la teoría de Girard como el operador originario de lo social. Según De Benedetti constituye una especie de "significante trascendental"

Cuando la víctima es sacralizada la colectivi-

dad se dota de una defensa contra la posible recaída en la rivalidad omnides-
tructiva; también los rituales repiten simulatoriamente el mecanismo de regu-
lación de la crisis obtenido por el homicidio colectivo. Pero el secreto ha
recaído para siempre sobre la escena primaria del linchamiento y sobre su ar-
bitrariedad, de modo que el "estado de gracia social" obtenido por su medio
no se vea comprometido.

Estamos, pues, ante una teoría del tercero media
dor, discutible acaso por su realismo historicista y por su innegable audacia
omnicomprensiva, pero indudablemente rica en sugerencias para la interpreta-
ción de la alteridad social y de su indefectible ambivalencia. Como señala
Maffesoli, "es preciso comprender que los ritos que parecen más excéntricos,
los ritos infantiles, los ritos religiosos o los ritos políticos, todos con-
curren en negociar con la alteridad, sea la alteridad de la deidad, sea la di-
seminada de los social. Lo que es Otro es amenazante, pero al mismo tiempo
fundador. Es esto mismo lo que constituye la ambivalencia de la violencia
con la que siempre y cada vez de nuevo es necesario negociar. Es lo que

demuestra R. Girard apoyándose en un corpus mitológico muy extenso" (Maffesoli, 1979: 191).

Creo que será fácilmente reconocibles en mi exposición de la complicidad transcendental los correlatos de algunas figuras girardianas: el tercer sujeto excluido ocupa el lugar actancial de esa víctima cuyo sacrificio conjunto permite la diferenciación de roles dialógicos y consecuentemente el diálogo mismo. Es reconocible, también, el lugar del mi metismo: una vez instituido el diálogo (y remito aquí a la observación de Bajtin que he citado en III. 1.33) es suprimida la repetición pura de un imaginario "estado predialógico".

La relación de identidad lógica, tal como se re conoce en nuestra tradición, es ya el producto de una exclusión interlocutiva conjunta: la del "tercer hombre" representado en este caso por la mutabilidad de los contextos de enunciación.

Habría, pues, que hablar de dos modos de la re petición y la identidad, correlativos, respectivamente, a la "mímesis de apropiación" y a la "mímesis del antagonista" girardianas: el modo contrafactual, o mítico, de una indiferencia originaria (la ninfa Eco es la prosopopeya mito-

lógica de un estado aborrecible que conduce a la muerte violenta), y el modo dialógicamente instituido como resultado de una abstracción conjunta y colusoria de la contextualidad. La repetición "instituida" no parece definitivamente a salvo de la amenaza de mimesis violenta: la posible regresión a una identidad caótica y predialógica (también personalizada en el mito de Narciso, que se consuma en suicidio) conmina en nuestra cultura a todos los fenómenos de recurrencia y desdoblamiento. Girard, 1983, ha analizado el fenómeno del "doble" en la mitología y las modalidades rituales de su proscripción. Se trata siempre de impedir la emergencia de un deseo mimético que amenaza con devolver a la hibris y a la desintegración: "al canalizar las energías hacia las formas rituales y las actividades sancionadas por el rito, el orden cultural impide la convergencia de los deseos sobre una mismo objeto" (Girard, 1983: 155).

Se puede observar a este respecto la ingenuidad de aquellos planteamientos informacionales en los que la redundancia se hace equivaler a la repetición, a un mero incremento cuantitativo de los (mismos) signos, de tal modo que la reiteración formal del signo compete a una economía sémica. Pero a decir verdad, repetición y redundancia son nociones inversas: la repetición de lo mismo sólo es concebible como estado pre(dia)lógico en el que no opera constricción alguna ni diferenciación de niveles enunciativos; la redundancia, por el contrario, es ya un efecto de código que viene a contrarrestar precisamente la indiferenciación y el ruido. Por eso

hay que subrayar que un signo redundante jamás "repite" a otro signo sino que opera metacomunicativamente. En el caso más trivial de operación de redundancia, la de reiteración de un "misma" unidad significativa, la ocurrencia segunda de la señal no es sólo un uso sino también una mención de la primera. No se trata, pues, de una operación "económica", sino de diferenciación por niveles semio-lógicos.

Mi perspectiva se basa, pues, en la propuesta de una estructura idealizada del diálogo que se fundamenta en la complicidad y en la correspondiente exclusión de un tercero como no-interlocutor. En cuanto operación idealizadas la complicidad instituye las posiciones de los legítimos interlocutores y coenunciadores, y transforma al tercero en una instancia fundadora y ambivalente: en cuanto se le atribuye, por convergencia de los emergentes sujetos enunciativos, la responsabilidad sobre el ruido comunicativo, aparece como un antiactante dialógico; en cuanto su propia antiactancia es fundamento de la diferenciación y del consenso interlocutivo, aparece como remitente de la interlocutividad.

El modelo remite a una situación ideal de interlocución que no es dual ni tan idílicamente consensual como la que Habermas propone, pues el acuerdo interlocutivo reposa sobre una descualificación instituyente: así, las dimensiones consensual y polémica que todo diálogo efectivo contiene, hallan una justificación en su mutua implicación al propio nivel trascendental.

El modelo no incurre en un formalismo de la enunciación según el cual la acción intersubjetiva o pragmática hallaría una explicación separada de los componentes semánticos y simbólicos del discurso. Por el contrario, la estructura de complicitad ha de ser entendida, además de como matriz pragmática o modelo de acción intersubjetiva, como estructura sintáctica y semántica. La sintaxis elemental de esa estructura, con sus implicaciones conceptuales y narrativas, puede ser presupuesta como una "estructura profunda" del consenso dialógico en general, por más que sólo en ciertas instituciones o rituales comunicativos, como la broma o la ironía que analizaré en el capítulo V, halle una manifestación discursiva "superficial", es decir una proyección actorial y una plasmación como relato.

Al plantear la exclusión en el nivel trascendental no me refiero a fenómenos como la "ex-comunicación" o exclusión interlocutiva de la que tratan diversos autores en Dubois y Winkin, eds., 1982: Jacques, por ejemplo, sitúa la excomunicación prototípica de Galileo en el marco de una "doctrina", entendida como un régimen de discurso "que efectúa la sujeción de los individuos hablantes al grupo doctrinal" y que "no sólo vincula ciertos individuos a ciertos lugares de enunciación y a ciertos tipos de enunciados, prohibiéndoles los otros, sino que se sirve de esas mismas posiciones de enunciación, de esos mismos tipos de enunciados para vincularlos entre ellos, separándolos de otros sujetos hablantes" (1982 a: 27). Se trata, en fin, de regímenes de enunciación, a lo Foucault, que pertenecen al dominio de las instituciones discursivas históricamente particularizadas.

De este modo, la excomunicación no se identifica en general con la restricción de la palabra, ni la restricción es ipso facto excomunicatoria. Jacques considera "indispensables, controles legítimos de la palabra" ciertos interdictos que pesan sobre objetos, por ejemplo, la sexualidad, sobre las circunstancias o sobre la cualificación de los sujetos: "para el buen sentido no se tiene el derecho de decirlo todo, en no importa qué circunstancias, no importa quién" (ibíd.: 25). En suma, parece claro que hay un sentido general de la exclusión de la personas, obje-
tos y circunstancias del habla, vinculada a distintas instituciones o ritua-
les comunicativos, diferente de la excomunicación estricta que él analiza.

Ahora bien, mi punto de vista afecta a ese "buen sentido" de la restricción como condición general, diversa de las constricciones particulares de las instituciones formales pero que, al mismo tiempo, puede dar cuenta, como forma general de la exclusión interlocutiva, de la misma universalidad y necesidad de la restricción. La exclusión transcendental de una tercera instancia como no-interlocutor, pero también como no-objeto de discurso o no-circunstancia pertinente, sería la matriz canónica de toda restricción comunicativa particular.

El tipo de relación sociocomunicativa que el modelo presume está implicado en los propios sistemas sintáctico-semánticos del lenguaje natural, tiene una expresión institucional en la propia lengua, como requiere la pragmática transcendental de Apel. En efecto, la "correlación

de subjetividad" dentro del sistema pronominal, me parece un fundamental indido de esa implicación, y un ejemplo acabado de institucionalización le xemática de la complicidad interlocutiva.

Benveniste ve en la oposición de personalidad el fundamento de las operaciones de referencia y de relación del lenguaje con el mundo, con todo lo que no es locutivo (1977: 103). Sin duda el espacio de la no-persona es el lugar conceptual de "lo real", de lo que "admite un verdadero plural" en oposición a la singularidad del "yo" y del "tú" (Benveniste, 1974: 171), pero es también el lugar abstracto susceptible de determinación, en las manifestaciones discursivas, por figuras personales, antropomorfas y activas que en ocasiones singularizan la alteridad simbólica; me refiero a papeles temáticos como "el enemigo público", "el demonio", "lo reprimido" o "el caos" (9).

2.2.2. Una lectura semiótica del proceso victimario

Fontanille, 1985, ha llevado a cabo, desde las categorías greimasianas, una lectura semiótica de la antropología de Girard: En la fase precultural (presacrificial) el Sujeto y el Rival no son inmediatamente categorizables como actantes de una confrontación Sujeto/Antisujeto,

porque el objeto de valor que posibilita tal confrontación no es autónomo en un marco de violencia y de identificación miméticas. Lo que semantiza al Sujeto no es su relación al valor objetual, sino la rivalidad misma, la identificación conflictual, que excluye todo sistema de valores y toda diferenciación cultural (Fontanille, 1985: 48-49).

En efecto, la violencia mimética carece de fin y funciona según una lógica circular. Mientras la acción, que en el mundo griego era antinómica de la violencia, posee un comienzo (etimológicamente archéin y agere significan "poner en movimiento" antes que "mandar" o "conducir"), la violencia y el mimetismo son procesos sin inicio: como en las peleas entre niños, es siempre el otro quien ha empezado. En la violencia mimética no hay propiamente acción sino siempre reacción (Dupuy, 1982: 134-135). No se dan por tanto objetos sobre los que revierta el hacer y que sirvan de mediadores intersubjetivos. El proceso circular del mimetismo hace sólo referencia a sí mismo, carece de "entradas" y de "salidas".

"La categoría Sujeto/Antisujeto presupone un sistema de valores y una axiología garantizada por un Destinador en que radica el objeto, así como una estructura diferencial subyacente, no sólo para construir el sistema de valores, sino también para poder diferenciar los papeles actanciales y para proyectar la categoría del Sujeto sobre un cuadro semiótico" (Fontanille, 1985: 49) es decir, sobre el modelo constitucio-

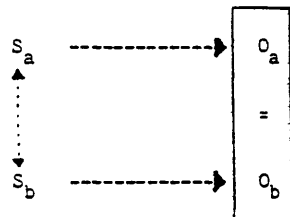
nal de cuatro términos que, en la teoría greimasiana, proporciona la articulación lógica de una categoría semántica cualquiera (10).

En efecto, las descripciones de Girard sobre relaciones miméticas o de "deseo triangular" pueden ser categorizadas según la estructura polémica Sujeto/Antisujeto sólo cuando se refieren a textos literarios o etnográficos que, en cuanto tales, responden a sistemas culturales establecidos. Así, en Girard, 1985 a: 15, se reconoce la estructura mimética de mediación interna en la que el impulso del sujeto hacia su objeto se transforma en impluso hacia el mediador, a la vez modelo, en cuanto que propone al sujeto su objeto de deseo, y rival, en cuanto que obstaculiza el logro del objeto que él mismo ha propuesto. En los ejemplos novelescos de este conflicto, desde Don Quijote a la obra de Proust, pasando por Dostoyevski y Stendhal, el mediador representa nítidamente la figura del Antisujeto.

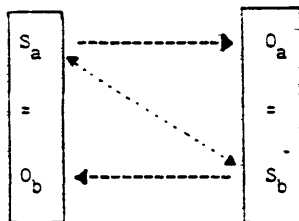
Lo que caracteriza la relación Sujeto/Antisujeto es el conflicto entre sus "búsquedas". El sujeto S_a para realizar la búsqueda de su objeto O_a halla la oposición de S_b en su búsqueda de O_b .

Como expone Everaert-Desmedt, 1981: 30-32, son tres las formas canónicas de esa estructura polémica:

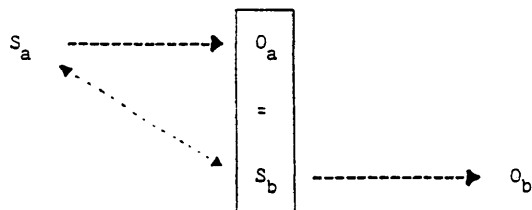
- 1ª) S_a y S_b persiguen el mismo objeto ($O_a = O_b$)



- 2ª) S_a y S_b se toman recíprocamente como objeto:



- 3ª) S_a toma por objeto O_a a otro sujeto S_b que permite O_b . Al perseguir a O_b , S_b se rehúsa como objeto (O_a) a S_a :



(En los esquemas, la flecha unidireccional representa el "eje de la búsqueda" narrativa, o eje del deseo, que caracteriza la relación actancial Sujeto-Objeto. La línea punteada bidireccional señala la confrontación Sujeto-Antisujeto).

Los esquemas (2) y (3) proponen una identificación $O = S$ que determina la ambivalencia de la confrontación: el antisujeto que obstaculiza el objeto deseado viene a identificarse con él, y por ellos son adecuados para representar las confrontaciones de mediación interna que analiza Girard. Por ejemplo, el esquema (2) es apto para representar el conflicto típico del sadismo novelesco: el sádico, según Girard 1985 a: 168, quiere ser mediador y para ello ha de convertir a su perseguido o víctima en un doble de sí mismo; de tal modo, no puede dejar de reconocerse en el otro que sufre.

El esquema (3) corresponde muy ajustadamente al conflicto masoquista: el sujeto se interesa por objetos cuya posesión le vetará un mediador implacable; se interesa en el fondo por el obstáculo mismo (*ibíd.*: 160). En ambos casos "el Deseo según el Otro siempre es el deseo de ser Otro" (*ibíd.*: 79); la atracción del sujeto hacia el objeto de un antisujeto conduce a la identificación conflictual "sujeto=antisujeto".

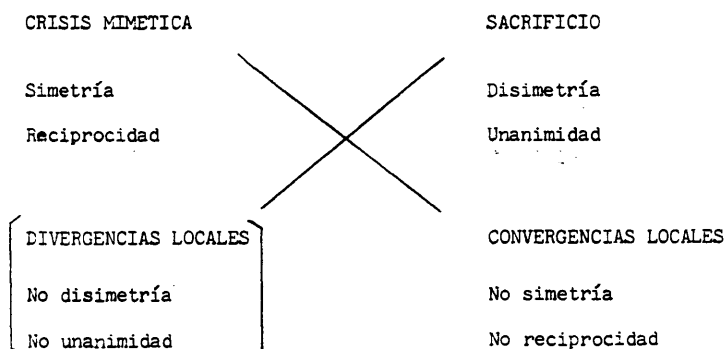
Girard se interesa por estas construcciones literarias en cuanto evocadoras del conflicto mimético originario que conduce a la crisis sacrificial, es decir, como evocaciones "míticas". En cuanto tales, nada impide la aplicación a su análisis de las categorías semióticas antedichas. Pero, y con ello vuelvo a la exposición de Fontanille, cuando Girard trata de interpretar un momento precultural del grupo (pre) humano no es legítima la aplicación de tales categorías. El grupo debe ser considerado entonces como un protoactante. En la teoría greimasiana, el protoactante es un actante en cuanto susceptible de ser proyectado en el cuadrado semiótico; por ejemplo, el sujeto en cuanto puede manifestarse discursivamente como sujeto o antisujeto (Greimas y Courtés, 1979: 300). Fontanille su giere, en suma, que la colectividad precultural de Girard manifiesta dos pa peles sintácticos (virtuales) anteriores a la constitución de la estructura actancial propiamente dicha.

El Sujeto y su Rival, antes de la emergencia de una estructura actancial propiamente dicha, son Archiactantes cuyas correspondencias actoriales permanecen inestables. Los actantes se diferencian ulteriormente: el Objeto, por el efecto de la mimesis de apropiación; el Remiten te o Destinador por el proceso de elección y reconocimiento de la víctima pro picatoria; el Destinatario aparece cuando la diferenciación cultural es lo suficientemente estable como para permitir el distingo entre sujetos operadores y sujetos beneficiarios de las operaciones (Fontanille, 1985: 49). Desde la concepción girardiana, la estructura actancial no es pensable sino a

partir de un colectivo de actores, y las fases de desarrollo del grupo humano son las de una transformación del Protoactante (precultural) en el Actante colectivo (del sacrificio), según el esquema siguiente (ibíd.: 52):

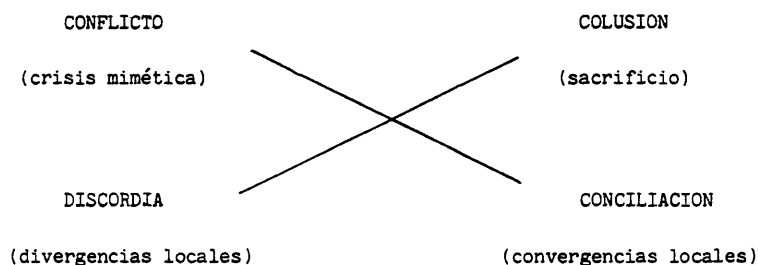
CRISIS MIMETICA (todos contra todos)	→	CONVERGENCIAS LOCALES (algunos contra uno)	→	SACRIFICIO (todos contra uno)
Simetría		No simetría		Disimetría
Reciprocidad		No reciprocidad		Unanimidad

El recorrido actorial puede en fin, ser proyectado sobre un cuadrado semiótico en el que aparece como manifestación de una sintaxis elemental:

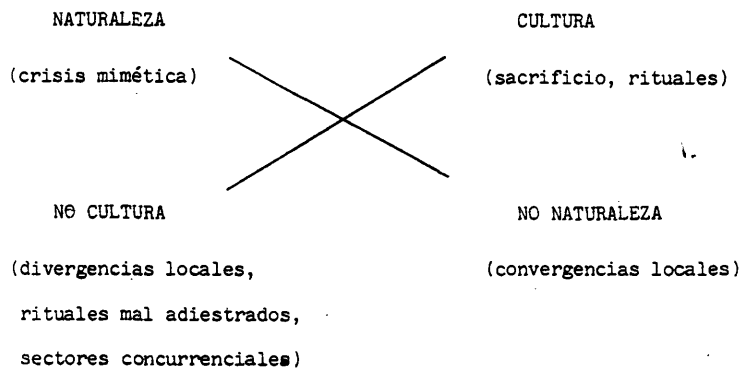


El cuarto término del cuadrado ("divergencias locales") se propone deductivamente, pues no corresponde a una fase de la descripción girardiana: subsume más bien "las formas de competición, de concurrencia y de disensiones que nuevamente pueden poner en peligro el orden cultural y la estabilidad del actante colectivo"; Girard menciona estos conflictos al referirse al riesgo de que la exorcización de las oposiciones miméticas en los ritos sacrificiales manifieste conflictos locales latentes, que pueden conducir a nuevas crisis miméticas (ibíd.: 53).

El cuadrado semiótico recién expuesto recubre, según Fontanille, al sistema de relaciones polémicas y contractuales propio de los "regímenes intersubjetivos":



Y también al sistema de relaciones naturaleza/cultura de los "regímenes etno-antropológicos" (ibíd.: 54) :



Cada etapa del recorrido corresponde, pues, a un estudio determinado de diferenciación del colectivo humano:

- Crisis mimética, de conflicto y naturaleza: caracteriza al Protoactante y a los Archiactantes.
- Convergencias locales, de conciliación y no-naturaleza: caracterizan una fase que tiende al aislamiento del actante Rival.
- Sacrificio, de colusión y cultura: caracteriza al Actante colectivo propiamente tal.
- Divergencias locales, de discordia y no-cultura: caracterizan la reaparición de los archiactantes en la forma del Rival como actante colectivo interno (ibíd.: 54-55).

Tras el sacrificio, la víctima es reconocida como Sujeto operador de toda violencia y de toda pacificación y la comunidad, actante colectivo, se ve a sí misma como Destinataria. La víctima sacralizada es ya un actante sincrético (11) que aúna los papeles de Destinador y Sujeto operador. Este reparto de los papeles actanciales entre los miembros de la sociedad es el fundamento de la cultura y del "imaginario" colectivo y en él se establece también el sustrato de su mitología (ibíd.: 55).

2.2.3. Justificación del modelo "sacrificial" de la comunicación

El modelo de complicidad dialógica trascendental que definiendo presume un proceso de emergencia de las estructuras actanciales análogo al anteriormente descrito. La comunidad interlocutiva articulada por la relación entre el Actante dialógico y el Coactante dialógico halla su unidad trascendental en cuanto Destinatario (colectivo) de un Destinador (el tercero excluido) a quien se atribuye, según la ambivalencia el proceso sacrificial, el origen tanto de la perturbación y el "ruido comunicativo" iniciales cuanto de la concordia y el consenso terminales. El esquema que describe este proceso virtual es el siguiente:

La "exclusión sacrificial" señalada en el es quema como operación correspondiente al mecanismo victimario representa un ideal momento colusorio en el que se instaura la comunidad interlocutiva. En ella el Antidestinator dialógico, reconocido como tal por una virtual comunidad que le atribuye el origen de la perturbación (o ruido comunicativo), es reconocido también como Destinator o remitente de la interlocutividad y de la propia diferenciación de la comunidad interlocutiva según los papeles ac-tanticiales de Actante y Coactante dialógicos. La ambivalencia es constitu- tiva de esta tercera instancia que aparece como fuente de orden y desorden, de violencia y de pacificación, de ruido y de sentido. la exclusión sacri- ficial, que en el marco de la teoría victimaria de Girard señala el momento de síntesis entre ambos órdenes, supone en el contexto de esta aplicación al terreno comunicativo la conjunción de las estructuras polémicas y las estruc- turas consensuales que todo diálogo empírico manifiesta.

El modelo sacrificial de Girard es un modelo cuasi-narrativo. Al exponer mi propia versión de la colusión interlocuti- va como un relato en el que los personajes se van constituyendo y van esta- bleciendo relaciones, no trato de tomar partido por una hipótesis histórica o prehistórica sobre el origen del lenguaje o del diálogo, que es tanto como decir sobre el origen de la cultura. En cuanto estructura de relato, el modelo presentado en el esquema anterior es apto para la descripción de ri- tuales comunicativos de tipo sacrificial como el de la broma de que me ocu- paré en el capítulo V. u otras situaciones comunicativas particulares. Pe-

ro como descripción de una situación idealizada de complicidad trascendental tiene un valor meramente heurístico: como ya he adelantado, su mérito o de mérito consiste en considerar el conflicto (o, más figurativamente, la violencia) como una dimensión constitutiva del hacer interlocutivo.

En efecto, en los planteamientos usuales de la pragmática las actividades parecen siempre reguladas, al nivel de las estructuras profundas, por principios consensuales que aseguran la cooperación, la reciprocidad y la mutua comprensión de los interlocutores. La dimensión polémica, empero, aparece en un nivel más superficial, por la aplicación divergente de aquellos principios o por su contraste con las condiciones empíricas de la interlocución. Mi parecer es que resulta más ventajoso para la explicación el postular estructuras trascendentales de tipo polémico junto a las de tipo consensual, eludiendo con ello tanto el marchamo "rousseauiano" de los contractualistas cuanto el "hobbesiano" de los darwinistas sociales.

El punto de vista del mecanismo victimario trata de hallar cierta unidad explicativa al proporcionar un principio común de interpretación de la homogeneidad y la diferencia, del conflicto y del consenso. Sin duda, la dificultad mayor de la teoría girardiana se halla en el hecho de exponer como un proceso "históricamente real", y no como una mera "ficción explicativa" la crisis mimética y el subsiguiente sacrificio de la víctima propiciatoria (Girard 1984: 211-218) (12).

Ahora bien, para los efectos de mi estudio esa diferencia metodológica no es decisiva. Sí es pertinente, en cambio, el que en cualquiera de los dos casos el modelo girardiano permite entender como un proceso y no sólo como un sistema o jerarquía de relaciones lógicas la constitución de la terceridad o lo simbólico a partir de la segundidad o lo imaginario.

En la teoría de Pierce, la categoría faneroscópica de la segundidad se refiere al "modo de ser de aquello que es tal como es, con respecto a una segunda cosa, pero con exclusión de toda tercera cosa" (Peirce, 1974: 86). La segundidad peirceana corresponde muy ajustadamente a la noción psicoanalítica de lo Imaginario, cuya emergencia fue analizada por Freud en la relación presencia-ausencia ("Fort!Da!") que el niño descubre durante la "fase del espejo" (Lacan). Los elementos de lo Imaginario se definen como parejas de oposiciones binarias; es la "región de la relación que genera la razón digital y la lógica al crear los principios de identidad y de negación" (G. Hall, 1972:221).

No es difícil reconocer la proximidad de estas categorías duales con la noción girardiana de mímesis o de homogeneidad conflictual, de la que emerge la figura del rival, a la vez modelo y obstáculo. La mimesis de apropiación no es sino una fase de relaciones estrictamente duales, de identidad especular entre sujetos aún no sometidos a sobredeterminación reguladora alguna.

La categoría de terceridad define para Peirce el "modo de ser de aquello que es tal como es, al relacionar una segunda y una tercera cosas entre sí" (1974: 86). Corresponde al orden de la Ley que sustenta los intercambios, o al del Signo en cuanto pone en relación un interpretante y un objeto. También existe un correlato psicoanalítico para esta categoría en la noción de lo Simbólico, que remite al intercambio, a la estructuración lingüística de la experiencia y a la diferenciación y autoidentificación del sujeto.

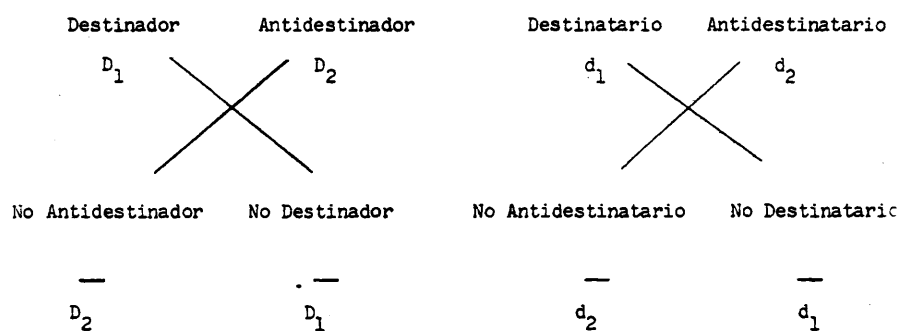
No es difícil advertir que en Girard la crisis sacrificial supone la instauración del orden triádico de la cultura y de las instituciones, es decir, la institución del simbolismo (13).

Su interpretación antropológica se refiere a la transición desde un régimen imaginario y especular de rivalidad (primordial) a un régimen simbólico de victimación (cultural). La figura misma del Rival es el germen imaginario, es decir, no instituido culturalmente, del Otro simbólico que fundamenta todo acuerdo y toda inteligibilidad. Esto es precisamente lo que permite su definición como Destinador narrativo de la interlocución.

2.3. Papeles comunicativos y papeles transmisivos

La gran mayoría de los modelos comunicativos comparten una estructura de dos actantes, definibles como los agentes terminales del acto comunicativo. En unos casos se trata del productor intencional del mensaje, emisor, y de su intérprete, receptor, cuando el proceso comunicacional se aborda como una actividad cognitiva y orientada. En otros, hallaremos las dos instancias de un intercambio, el donante y el contradonante, involucrados en una contraprestación mutua de valores. A este segundo modelo pertenece, por ejemplo, el duplo actancial del destinador y el destinatario en la semántica narrativa de Greimas, definidos en el "eje de la comunicación", uno de los tres que configuran el modelo actancial-narrativo básico (Courtés, 1976: 62-68). Aquí no se trata ya de sujetos psicológicos, pero el modelo originario de Greimas sigue considerándolos como actantes "según el saber", es decir, según su función cognitiva.

Tanto el destinador cuanto el destinatario (actante, éste último, que suele aparecer en sincretismo con el sujeto de la acción) son susceptibles de proyectarse, como protoactantes, en un cuadrado semiótico, resultando para cada uno de ellos cuatro posiciones actanciales:



La inscripción de las figuras antiactanciales (D_2 y d_2) está justificada por el principio de reconocimiento de una estructura polémica que, aun en el caso de no aparecer la narratividad como enfrentamiento de programas narrativos contrarios, da cuenta de la expresión metonímica del destinador y del destinatario (Greimas y Courtés, 1979: 284).

Si el destinador es un remitente activo de la competencia modal y de otros valores al sujeto-destinatario, el no-antidestinator puede aparecer como figura pasiva que recibe el saber sobre el hacer del destinatario y lo sanciona (*ibíd*: 95). En suma, por su dispersión sobre el cuadrado semiótico el destinador aparece como actante manipulador y como actante sancionador, como promotor de acciones y de valores (los que dan lugar a la "prueba cualificante" del sujeto-héroe, en una versión anterior de la teoría) y como sancionador de la acción del destinatario en la "prueba glorificante".

La mayoría de los modelos comunicativos comparten el que parece ser un presupuesto básico de la doxa moderna sobre el sujeto, a saber, el tomar la subjetividad como una fuentes o destino del sentido (14). Quizá por ello se ha descuidado habitualmente el análisis de otras figuras del proceso comunicativo: de una parte las que no son definibles como terminales, sino como mediales: es el caso, por ejemplo, del portavoz que transmite sin emitir. De otra, las figuras involucradas en el proceso no en cuanto sujetos intencionados y conscientes (sujetos "sabios") de su función comunicativa, sino como interpuestos o instrumentales, e incluso ocasionalmente como comparsas, víctimas o señuelos de otros agentes. Estas figuras podrían ser adscritas, en los términos de Greimas, a las posiciones actanciales del no-destinador y del no-destinatario, pero en mi exposición voy a distanciarme del modelo greimasiano, adoptando un eclecticismo metodológico que me permitirá remitir a problemáticas muy diversas de las ciencias humanas.

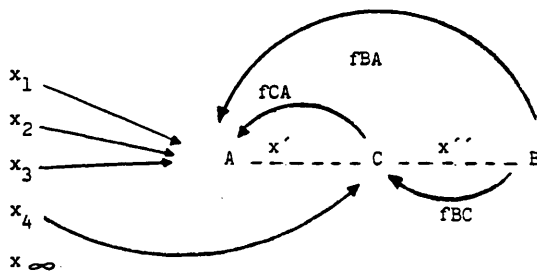
En oposición a los agentes de la comunicación que son el destinador y el destinatario, reservo la denominación de agentes de la transmisión para las figuras intermediarias y conocedoras de su función. Llamaré seudoagentes a aquellas figuras cuya intervención en el proceso comunicativo viene caracterizada por el padecimiento de una engaño respecto a su función.

2.3.1. Los agentes de la transmisión

Las ciencias sociales han proporcionado numerosos ejemplos de agentes comunicativos intermediarios.

Así, en la sociología de la comunicación de masas se habla de figuras como la del gatekeeper, el agente que selecciona entre una cantidad de informaciones aquéllas que han de llegar efectivamente al público, o la del líder de opinión, que por su posición estratégica en la red comunicativa es capaz de mediar entre los mensajes masivos y los sectores del público sobre los que ejerce una influencia personal directa.

Westley y Mac Lean han tratado de formalizar estas relaciones de mediación en un modelo conceptual representable en esta figura:



$(x_1 \dots x_\infty)$ representan los "objetos de orientación" que entran en el campo sensorial de los agentes. A viene a equivaler al emisor clásico y B al receptor. C, a una figura intermedia que no sólo selecciona información de A para B sino que también lleva a cabo abstracciones de su propio campo sensorial (como x_4). El modelo se complementa con los distintos procesos de retroalimentación (f_{BA} , f_{CA} , f_{BC}) que caben en el ciclo total. Los autores aclaran que los roles de A, B y C no corresponden exclusivamente con personas individuales, sino eventualmente con grupos o sistemas sociales totales. Así, por ejemplo, C puede corresponder a las "habladurías del vecindario" a través de las cuales un ama de casa recibe informaciones indirectas. C, o "rol del canal" es un agente de B para la selección y transmisión no intencional de información que B requiere (Westley y Mac Lean, 1972: 129-140).

La antropología se ha ocupado también de figuras intermediarias como la del portavoz de instituciones y autoridades. No sólo valdría aquí el ejemplo moderno de los portavoces gubernamentales; también sirve el de los arcaicos portavoces centroafricanos que repiten literalmente las palabras del jefe y de su interlocutor y preservan con ello la distancia simbólica del poder, así como el carácter sagrado (el carisma) del jefe, y la garantía misma de un tiempo para la reflexión y de la completa inteligibilidad de las palabras (Lohisse, 1980). En este tipo de ejemplos se ratifica, por cierto, el valor diferenciador de la "repetición" dialógica al que me he referido en IV.1.3.3.

La figura del portavoz aparece involucrada en numerosos actos comunicativos "de autoridad". Como he mostrado en otro lugar (Lozano, Peña-Marín y Abril, 1982 : 180-182), el sujeto locutor de un performativo declarativo o de mandato, revestido de una competencia particular (a saber, la legitimidad dimanada de una institución), no se presenta en su acto como verdadero remitente u origen del acto que ejecuta y puede, pues, rehusar estratégicamente algunas consecuencias de su actividad discursiva. Es el caso del juez que, tras llevar a cabo un performativo de sentencia judicial optara por añadir: "no soy yo sino la ley quien le condena".

En todos estos casos el portavoz se nos aparece como una figura funcionalmente relacionada con el remitente, respecto al que actúa como un delegado o vicario. En todos ellos es sabedor de esa relación funcional. Así pues, su competencia modal parece caracterizada por la doble modalidad del poder (dimanado de una institución) y del saber, y no siempre por la del querer (como en el ejemplo del juez que se distancia de su obligación reflexivamente y así modaliza su actuación según el deber).

El receptor es una figura simétrica al portavoz: entiendo por tal al agente que mantiene con el destinatario una relación homóloga a la del portavoz respecto al remitente. El receptor no aparece como destinatario oficial del acto comunicativo, sino como intermediario legitimado institucionalmente. El sacerdote que recibe los dones de la feligresía para la deidad, o el secretario o la secretaria cuando intercepta y reinter-

preta mensajes dirigidos a su jefe son ejemplos de esta figura.

El siguiente esquema sintetiza un proceso comunicativo idealizado que incluye los agentes y funciones hasta ahora mencionados:

FUNCIONES	Comunicación	Transmisión	Comunicación
ACTANTES	Destinador----- (Portavoz-----Receptor)-----Destinatario		

Una última observación sobre la competencia de los agentes transmisores permitirá una mejor distinción ulterior respecto a los pseudoagentes: tanto el portavoz como el receptor se caracterizan por un saber respecto al propio sistema comunicativo en que se determina su actuación, y por ende respecto a su función en el proceso. Dicho en otros términos: el conocimiento implícito de un esquema idealizado como el que acabo de representar forma parte de la competencia comunicativa de los agentes transmisores. El portavoz se sabe tal, y conoce su relación con el remitente; el receptor conoce también su función intermediaria. Es este saber reflexivo el que les permite actuaciones de distanciamiento respecto a los actantes terminales del proceso.

2.3.2. Los pseudoagentes

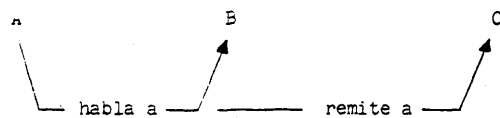
Denomino pseudoagentes a aquellos actantes que, también incluidos en un proceso intermediario entre el destinador y el destinatario, carecen sin embargo de conocimiento reflexivo sobre el conjunto del sistema y sobre su posición funcional en él. Los denomino emisario y pseudo-destinatario.

El seudodestinatario es un agente de transmisión que cree ocupar el lugar del destinatario. Considérese un ejemplo trivial: A habla a B con la exclusiva finalidad de ser escuchado y tomado en cuenta por C, sin que B conozca la intención y el destino comunicativo del discurso de A. B ocupa en este ejemplo la posición del seudodestinatario.

El ejemplo anterior corresponde a un caso particularmente insidioso del "destino indirecto" (indirect address) al que se refiere, entre otros, Tyler, 1978: 440-441 (15).

Una situación de este tipo obliga a diferenciar dos acciones superpuestas: la de "hablar a", que relaciona al sujeto A con B, y la de "hablar para" o remitir, que lo relaciona con C:

DESTINADOR SEUDODESTINATARIO DESTINATARIO (INDIRECTO)



Pero el logro simultáneo de ambas acciones con-
 lleva la consumación de otras acciones presupuestas:

---Para remitir a C sin hablarle, es decir, sin tomarlo como alocutorio,
 A debe hacerle saber, o al menos insinuarle, que él es el destinatario del
 acto, a través de la(s) propia(s) enunciación(es) dirigida(s) a B.

---Para hablar a B sin remitirle propiamente el acto comunicativo, A
 tiene que hacer creer a B que él es su destinatario verdadero.

En otros términos, el logro de una comunicación
 entre A y C con B como seudodestinatario requiere no sólo del engaño de
 B sino de una propuesta implícita de complicidad de A hacia C que incluye
 el engaño de B como condición. En los términos de la teoría de la veridic-
ción de Greimas se yuxtaponen, pues, una acción según el engaño y una ac-
 ción según el secreto: la comunicación colusoria entre A y C es secreta

porque C es destinatario sin parecerlo (para B). Entre A y B es una relación de engaño porque B parece el destinatario (para sí mismo o para algún observador externo) y no lo es.

El segundo papel actancial que incluyo en la clase de los pseudoagentes es el emisario, un mediador que se caracteriza por propiedades comunes con el portavoz y el pseudodestinatario, pero también por una propiedad específica: en el proceso comunicativo el emisario sufre un daño que constituye el contenido mismo de la comunicación y que no es meramente una decepción cognitiva (como el engaño del pseudodestinatario) sino un menoscabo socialmente reconocido (una sanción pragmática) como la humillación o la vergüenza, que ocasionalmente se acompaña de un daño físico. Es esta propiedad específica la que me inclina a la propia denominación de esta figura, que no representa sólo a un delegado del emisor (un "mensajero"), como sugiere una de las acepciones comunes del término, sino también a una víctima propiciatoria, como sugiere otra acepción de la palabra, cuando forma parte del modismo "chivo emisario" (17).

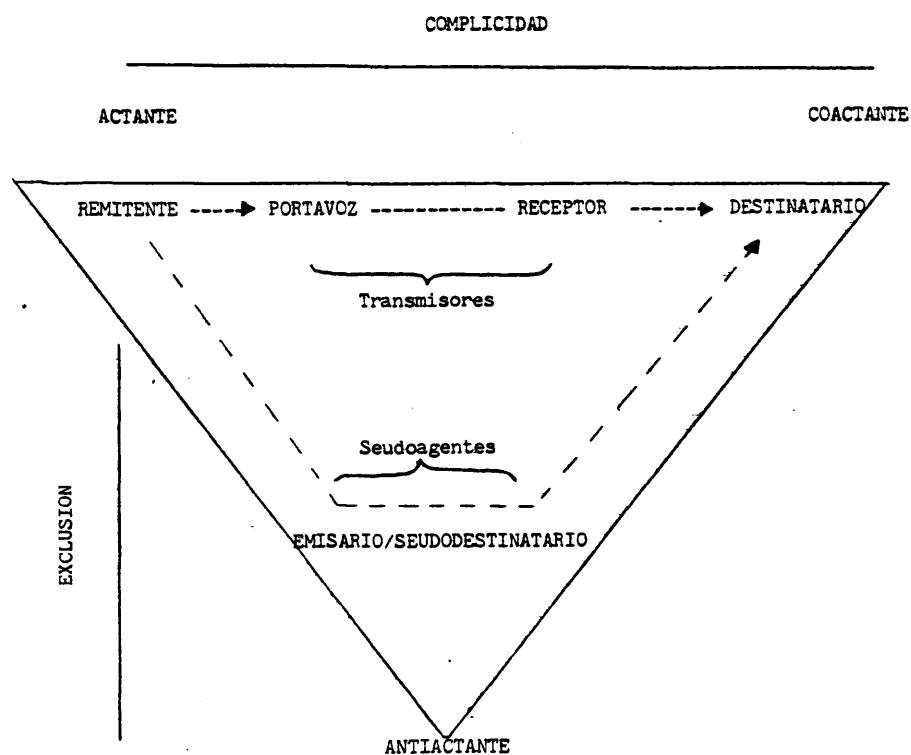
El emisario ocupa una posición sintáctica análoga a la del portavoz: transmite un mensaje del que no es remitente. Pero a diferencia de éste, ignora su función transmisora. Comparte con el pseudodestinatario su función de mediador en un implícito acuerdo colusorio entre destinador y destinatario, pero aquí la condición de esa complicidad no es (o no es sólo) el engaño del mediador y el ocultamiento de la complicidad,

sino también el padecimiento del daño inequívocamente reconocible que constituye el contenido principal del mensaje y la condición para el entendimiento entre los actantes principales de la escena comunicativa.

El "entendimiento" del que hablo tiene la forma social de una reconciliación o acuerdo retrospectivo que, paradójicamente, recualifica al emisario, una vez consumada la acción, como remitente del acuerdo mismo. Tal es la posición del emisario en situaciones tan diversas como el relato bíblico del sacrificio del Bautista (emisario entre Herodes y Salomé) o la broma trivial del muñequito pegado a la espalda, cuyo portador, en virtud de la devaluación de su imagen pública, actúa como operador de una reconciliación ritual entre las espectadoras, o entre el bromista y los espectadores. Pero el análisis de este tipo de situaciones me ocupará posteriormente.

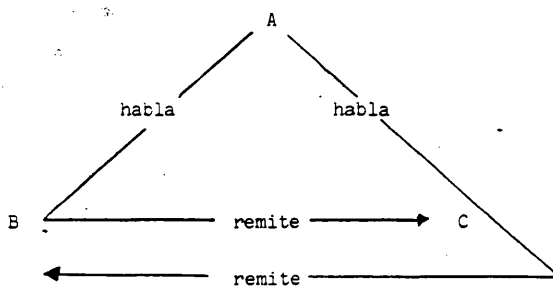
Los pseudoagentes se manifiestan en muy diversas estructuras comunicativas. La propiedad común que los relaciona es la de aparecer como los sujetos excluidos por la complicidad del destinador y el destinatario y la de su consiguiente recualificación como remitentes del acuerdo mismo, en la medida en que su mediación es condición de tal acuerdo. El emisario y el seudodestinatario son, pues, correlatos empíricos de la figura trascendental del antiactante dialógico en aquellos procesos comunicativos en los que aparecen. Tal correlación puede ser representada

en un esquema como el siguiente, en el que los términos inscritos en el triángulo remiten a las posiciones actanciales de los procesos comunicativos empíricos, y los términos exteriores a las figuras de la complicidad trascendental:



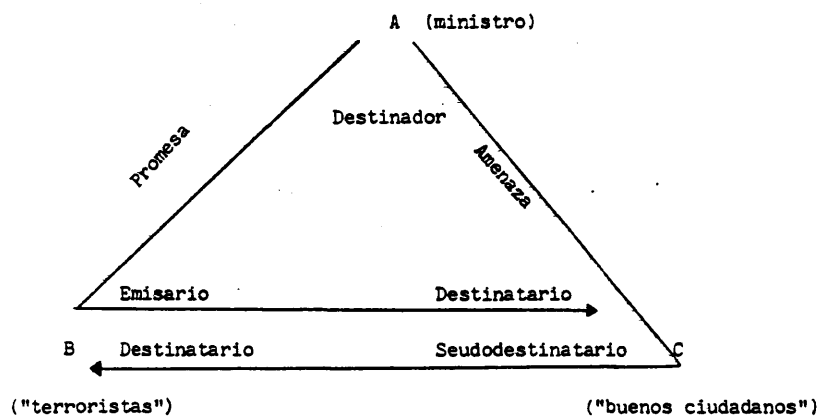
2.3.3. La estructura de doble destino comunicativo

Más atrás he hecho referencia a la estructura de "destino indirecto" en que A habla a B pero remite a C. En otro lugar expuse sumariamente una estructura de doble destino indirecto inspirada en un ejemplo de Ducrot, 1980b: 39, y cuya representación es la siguiente (Lozano, Peña-Marín y Abril, 1982:230):



Un ejemplo aplicado a esa estructura me permitirá observar un peculiar alineamiento de algunas de las figuras que vengo identificando: Imaginemos que un ministro del interior declara enérgicamente por televisión: "Los terroristas son alimañas y como tales serán tratados". El enunciado propone dos actos lingüísticos indirectos: uno de promesa, axioló-

gicamente positivo, dirigido a los "buenos ciudadanos" y otro de amenaza, axiológicamente negativo, dirigido a los "terroristas". La consecución del primer acto, que implica como condición de cumplimiento la credibilidad del compromiso, requiere de la lógicamente previa cumplimentación de la amenaza.



Tal como aparece en la figura, la amenaza tiene por destinatarios a los "terroristas", pero toma a los "buenos ciudadanos" porseudodestinatarios. En efecto, el estado no puede permitirse, en el contexto de mi ejemplo, hacerse interlocutor de "alimañas", pero necesita pese a todo comunicarles públicamente la amenaza. Este ejemplo, como todos los deseudestinatario interpuesto, muestra claramente el sostenimiento de una doble vía de intercambio:

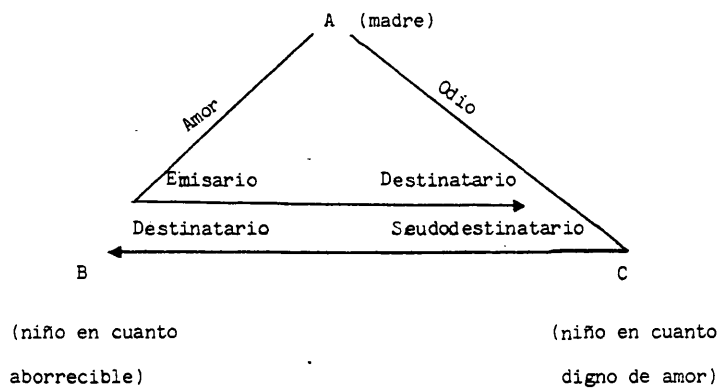
una oficial (aquella en la que el seudodestinatario es tratado como verdadero destinatario) y una vía paralela o indirecta al margen del proceso oficial y abiertamente reconocido de comunicación (18).

La promesa tiene por destinatarios a los ciudadanos comunes, y en ella los terroristas son convocados a la posición del emisor: no sólo porque la amenaza de su destrucción sea condición de cumplimiento de la promesa, sino porque su misma calificación como "alimañas" es la victimación simbólica que permite la identificación de la ciudadanía con el bien ("lo humano" vs. "lo inhumano"), y su consiguiente adscripción a la función destinataria de una promesa positiva.

Este proceso doble exige, por tanto, no sólo una jerarquía de las acciones empíricamente indiferenciadas, de tal modo que la amenaza ha de verse como programa subsidiario de la promesa, sino la correlativa aceptación por los actores de posiciones actanciales diversas: el "buen ciudadano" ha de ser seudodestinatario, de la amenaza, para llegar a destinatario de la promesa. El "terrorista" ha de ser destinatario de la primera acción para llegar a emisor de la segunda.

Por otra parte, un modelo como el que acabo de analizar es aplicable a la relación de doble vínculo de Bateson, a la que ya

me he referido en I.3.3: tanto en mi ejemplo como en los ejemplos clínicos de la escuela de Palo Alto el mensaje contiene instrucciones contradictorias pero implicativamente relacionadas. La diferencia reside en que el mensaje paradójico de Bateson se dirige a un único actor que ha de hacerse destinatario de ambos enunciados. Imagínese un niño sometido a un mensaje doble-vinculante como éste: "Te quiero porque eres el más aborrecible de mis hijos". En tal situación, el niño ha de aceptar el ser destinatario del odio de la madre como condición para llegar a ser destinatario de su amor: es convocado a un doble destino contradictorio en virtud del cual no hay una posición actancial elegible por el niño que no implique la adopción de una posición contradictoria. Por decirlo en términos de Bateson, haga lo que haga, el niño siempre pierde, pues la consecución del amor materno le exige el sometimiento a la posición de emisario, es decir, de víctima de su odio:



3. NOTAS

- (1) El término "conmutar" traduce el shifting de Jakobson, y denomina conjuntamente a las operaciones de cambio de nivel enunciativo llamadas por Greimas embrayage y débrayage. Como escribe Peña-Marín: "Al cambio de nivel de la actitud de comentar a la de narrar (o del discurso a la historia, o del texto subjetivizado al objetivizado) se ha llamado débrayage de la enunciación al enunciado, y embrayage al proceso inverso que va del enunciado a la enunciación. Hablamos de cambio de nivel porque el adoptar una u otra forma instaure un distinto tipo de relación interlocutiva y afecta al sentido de lo enunciado, más concretamente al modo en que es percibido" (Lozano, Peña-Marín y Abril, 1982: 110).
- (2) Recientemente, Deleuze ha contestado las pretensiones de la teoría de la "mirada" cinematográfica. En un comentario a su obra La imagen-movimiento (1984) afirma que "el ojo está ya en las cosas, forma parte de la imagen, es la visibilidad de la imagen (...). El ojo no es la cámara, es la pantalla. En cuanto a la cámara, con todas sus funciones proposicionales, es más bien un tercer ojo, el ojo del espíritu". El caso de la "introducción del espectador en el filme", como en las películas de Hitchcock, más que cuestión de mirada es cuestión de encuadre de la acción en un tejido de relaciones: el criminal "da" su crimen a otro, lo intercambia, etc. Esas relaciones no son acciones, sino "actos simbólicos que no tienen más que existencia mental (el don, el cambio, etc.)" (Entrevista para Cabiers du Cinéma, 352, oct. 1983).

En su crítica, Deleuze parece estar siguiendo casi al pie de la letra la descripción que Peirce hace de su categoría fane-roscópica de terceridad en carta a Lady Welby (1974: 91): "Si usted considera cualquier relación triádica ordinaria, siempre encontrará un elemento mental en ella. La acción en bruto es Seguridad, y cualquier aspecto mental implica

necesariamente Terceridad. Por ejemplo, analice la relación involucrada en "A da B a C". ¿Qué es dar? (...) No es necesario que haya transferencia material alguna. Consiste en que A convierte a C en el poseedor, conforme con la Ley ".

En otras palabras, los signos involucrados en los procesos que comentamos son símbolos, signos según la terceridad, según una ley, y no índices o signos existenciales. Pero no queda claro por qué la mirada es sustraída por Deleuze al orden simbólico. En términos de taxonomía sígnica, la mirada, como las otras figuras apelativas que aquí atraemos al campo de lo dialógico, son exactamente símbolos-índices (los "shifters" o deícticos de Jakobson) que remiten simultáneamente al código, a la convención y a la situación enunciativa. En ningún caso tales signos son reductibles a "acciones en bruto". Más adelante trataré de mostrar que la ilusión empirista del diálogo puede inducir a considerarlo una figura "dual", de la segundidad. Mi parecer es que el diálogo implica siempre un tercero, aun cuando ese tercero sea la ausencia de lo excluido por la relación misma entre dos sujetos.

En suma, coincido con Deleuze en que las formas dialógicas del discurso cinematográfico tienen el carácter de intercambios simbólicos con indudable valor semántico (esta expresión me convence más que la de "existencia mental" de Peirce), pero esa propiedad es indisociable de su indicialidad, de su función pragmática: Yo, espectador, presencio un crimen que se me ofrece en la pantalla de cine. Desde ese momento soy un testigo cualificado que va a ser tomado en cuenta por el relato, hasta el punto de que su desarrollo ocasionalmente presupone, por razones de coherencia narrativa, la fuerza de mi evaluación. Intercambio, pues: la película me atribuye ciertas prerrogativas evaluativas (que no concede, por ejemplo, a los personajes que no han sido testigos) y yo doy coherencia, verosimilitud e incluso sanción o adhesión moral al relato. Pero todo ello a condición de que una mirada recíproca (yo miro la pantalla y ella me mira) haya sido propuesta. La película ha de hacerme ser un tú, un destinatario, antes (lógicamente) de asignarme papeles narrativos.

- (3) Al menos en el sentido de Bar-Hillel y de Montague de la pragmática como examen de las expresiones indexicales, o de las expresiones

cuya referencia y sentido no son determinables sin el conocimiento de su contexto de uso (Montagué, 1962: 142), es decir, un conocimiento que no se puede limitar a las formas lingüísticas.

- (4) Verón, 1974, ha observado tres dimensiones diferentes del principio de intertextualidad:

1ª) En el contexto de cierto universo discursivo toda operación productora de sentido es intertextual. Esta dimensión general remite al hecho de que las operaciones discursivas de la literatura, el cine, la música, etc. se han constituido históricamente, o, si se quiere, al fundamento "diacrónico" de la intertextualidad.

2ª) El principio de intertextualidad interviene también en las relaciones entre universos discursivos diferentes, como la adopción de procedimientos discursivos de la televisión por el cine, o del cine por la literatura.

3ª) Un vínculo intertextual poco atendido se da en los procesos de producción de un discurso en los que otros discursos ejercen su influencia sin luego aparecer en la superficie discursiva producida: así, el guión cinematográfico en la producción del texto fílmico. El texto "oculto" tiene un papel instrumental en la producción del objeto considerado y Verón le asigna un lugar preeminente en su pesquisa de "mecanismos ideológicos".

Un concepto de gran interés es el de "marco intertextual" de Eco, 1980, al que ya me he referido en II.3.5: el autor señala que ningún texto puede ser leído con independencia de la experiencia del lector sobre otros textos, y que el conocimiento intertextual puede considerarse como un caso especial de hipercodificación en el que se establecen marcos intertextuales, frecuentemente identificables con las "reglas de género". Los marcos "comunes" vienen dados por el depósito de conocimiento enciclopédico del lector y contienen gran cantidad de reglas prácticas. Los "intertextuales", por el contrario, son tipos de topoi literarios o esquemas narrativos más restringidos. Así, el "robo del tren" es un marco común, en tanto que el "robo del tren de las películas del oeste", con sus características restricciones sobre la situación, los personajes y acontecimientos posibles, es un marco intertextual.

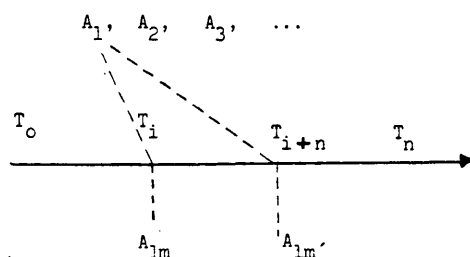
- (5) Bajtin entiende que la unidad del personaje y de su acción tienen un carácter retórico-jurídico, como ha señalado Peña-Marín (en Lozano, Peña-Marín y Abril, 1982: 147). "La Organización de la imagen del hombre, la selección de los rasgos, su unión, los modos de referir los actos y acontecimientos a la imagen del protagonista están determinados enteramente por su defensa, apología, exaltación, o, al contrario, por la acusación, desenmascaramiento, etc." Imagen esta que se quiebra con el (anti) héroe no unitario de la novela picaresca (Bajtin, 1979: 214-215). Así pues, en la obra bajtiniana, la quiebra del ontologismo del "autor", o sujeto enunciante, es solidaria de la del "personaje", o sujeto enunciado.
- (6) Es bien sabido, no obstante, que el concepto foucaultiano de "discurso", central en su "arqueología del saber", no coincide estrictamente con el concepto semiolingüístico, sino que se orienta más bien a definir los sistemas históricos de formación de enunciados y de producción de saber y de poder. En tal sentido habla del discurso clínico, económico, psiquiátrico, etc. Y de las "prácticas discursivas" que definen las condiciones de ejercicio de la función enunciativa.
- (7) El concepto greimasiano de competencia modal es un instrumento importantísimo de la semiótica textual, en el que se reformulan las "potencialidades del hacer: de que el sujeto dispone, y aquellas que va adquiriendo a lo largo de su performance textual. Como explica Lozano, en Lozano, Peña Marín y Abril, 1982: 74-75, se trata de "un complejo de modalidades compatibles dirigidas al hacer de un sujeto. Tal complejo de modalidades (organizadas jerárquicamente) constituirá la competencia modal fundada sobre un querer-hacer o un deber-hacer que rigen un poder-hacer o un saber-hacer (...) En su recorrido narrativo el sujeto debe adquirir dinámicamente y previamente a su hacer la competencia para devenir sujeto operador".
- (8) Algunos de los aspectos del problema que vengo mencionando son tematizados de manera a la vez reveladora y enigmática en un extraordinaria

rio relato de Kafka (En la Colonia Penal, Cuentos, Buenos Aires, Orión, 1974), uno de los autores que mejor ejemplifican en la era moderna la fecundidad del saber narrativo. En este relato tanto el personaje del condenado como la máquina de torturas que inscribe la ley en su carne son figuras relacionadas con "el tercero", tal como yo lo entiendo, y con la exclusión constitutiva: El dispositivo "diseñador" de la máquina contiene un código secreto que aparece como un "intrincado laberinto"; la inteligibilidad de la ley, su legibilidad, sólo se hace posible en el acto mismo del castigo, en la inscripción de "la sentencia" sobre una víctima arbitraria y privada ella misma de la posibilidad de lectura: como "el oficial" indica, ya tendrá la posibilidad de experimentar la sentencia en carne propia. El condenado no sólo ignora la ley, está también excluido del diálogo básico del relato, entre "el viajero" y "el oficial", por su inexplicable ignorancia del idioma que éstos utilizan. Además, el secreto y y la indeterminación de la ley se ven agigantados por el sínin de perturbaciones que acompañan el funcionamiento de la máquina: un chirrido que impide la audición, la suciedad, la sangre y vómito del condenado. Así, la lacerante escritura va apareciendo en una obsesiva conflagración con el "ruido" (informacional) del artefacto, y mediante el sacrificio de un condenado arbitrario y ajeno a la revelación que se opera sobre su espalda torturada: es el emisario (a la vez chivo expiatorio y emisor vicario) de los signos inasequibles de la ley, el soporte de un sentido que a él se le escapa.

- (9) Entre los actantes y el antiactante del modelo de base y las manifestaciones discursivas puede postularse, como hace Greimas, un recorrido generativo que va dando cuenta de distintos niveles analíticos. Así, en los recorridos narrativos particulares los actantes incorporan diversos papeles actanciales según posiciones sintácticas y definiciones modales determinadas. Y en el nivel empírico de la manifestación discursiva el sentido se organiza temática y figurativamente. Un actor del discurso se define por la asunción de, al menos un papel actancial y un papel temático (según Greimas, 1973 b y Greimas y Courtés, 1979: 160).

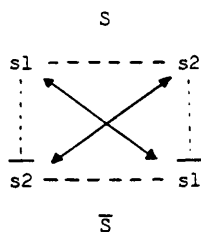
Si los actantes pertenecen al orden paradigmático (a la estructura semántica), los papeles actanciales pertenecen al sintagmático (a la estructura narrativa) y son los estados secesivos que adop-

tan los actantes en un recorrido narrativo particular:



Según este esquema los papeles actanciales se van caracterizando en el recorrido temporal ($T \longrightarrow T$) por la adquisición de modalidades (m, m', \dots) (cfr. nota 7 de este mismo capítulo). Los papeles temáticos de la estructura discursiva vienen a ser los "elementos simbólicos (codificados por una sociedad definida) que el discurso utiliza", y cuya elección desencadena recorridos figurativos previsibles (Everaert-Desmedt, 1981: 64-67).

(10) El cuadro semiótico tiene la forma:

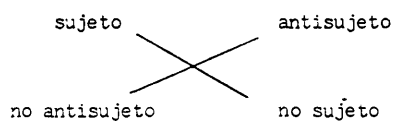


En él, se dan las siguientes dimensiones lógicas:

- contrariedad, entre los términos $s_1 - s_2$ y $\overline{s_1} - \overline{s_2}$ que constituyen, respectivamente, los ejes S y \overline{S} .
- contradicción entre $s_1 - \overline{s_1}$ y $s_2 - \overline{s_2}$, que constituyen los dos esquemas del cuadrado.
- implicación entre $s_1 - \overline{s_2}$ y entre s_2 y $\overline{s_1}$, que constituyen las dos deixis.

(Greimas, 1973 a : 154-159).

El cuadrado semiótico sobre el que se proyectaría la categoría ("protoactancial") del sujeto tiene la forma:



- (11) El sincretismo es un "procedimiento que consiste en establecer por superposición una relación entre dos (o varios) términos o categorías heterogéneas, abarcándolos por medio de una magnitud semiótica (o lingüística) que los reúne". En el siguiente ejemplo: /Eva da una manzana a Adán/, el sujeto frástico /Eva/ representa un sincretismo de los actantes Sujeto y Destinador (Greimas y Courtés, 1979: 374-375).

- (12) "La hipótesis de que el sacrificio de la víctima tiene que ser real -argumenta Girard- no deriva de la vieja confusión entre lo significado y el referente, confusión que es correcto rechazar. La

hipótesis es exigida por un análisis que por fin debe violar la regla de la inmanencia, no de manera inadvertida, sino con toda deliberación, porque el respeto a esa regla hasta ahora ha demostrado que el poder estructurante del sacrificio real de víctimas es el único medio de dar cabal sentido no sólo a la violencia colectiva sino también a todos los otros rasgos del mito; se trata de la única solución que aporta a la mitología esa clase de inteligibilidad coherente que ningún espíritu racional puede desdeñar" (1984: 214).

- (13) La explícita influencia del psicoanálisis en la teoría de Girard resulta aún más clara si se tiene en cuenta que también en la escuela lacaniana el sacrificio (de la relación sexual con la madre del incesto en general) es "condición del tránsito al orden simbólico". Ortigues señala que en el campo del lenguaje el sacrificio está siempre presente: el hecho de llamar "pan" a un alimento supone el sacrificio de la cosa, ya que la palabra misma no se come (Rifflet-Lemaire, 1971:111).

- (14) Quéré ha expuesto, en una aproximación a la "historia del yo", las tres fases básicas de definición del sujeto en nuestra cultura: el sujeto frontal premoderno venía a ser un sujeto vacío que proyectaba significaciones preestablecidas, al habitar un mundo saturado de sentidos y de signos que reenviaban, más allá del mundo social, a la esfera sobrenatural.

El sujeto focal, ligado al advenimiento de una economía burguesa de la representación, se va definiendo como autosuficiente, autodefinido y capaz de ser un espejo objetivo del mundo. El paso del sujeto frontal al sujeto focal moderno conllevó la interiorización del sentido y la autofinalización de la acción, con una desesmantización del mundo correlativa. Esta interiorización del sentido permite no sólo la emergencia de la democracia moderna (por la atribución de ideas y responsabilidades a los individuos) sino también la autonomización de discursos que, como el científico o el estético, requieren de una relación de objetividad, de una separación entre el mundo como objeto y el humano como sujeto.

En la fase actual de nuestra cultura halla Quéré la emergencia de un sujeto operativo, postmoderno, en que el yo pierde su centralidad de sentido y deviene un punto o "terminación nerviosa" de la red comunicativa y operacional global. En esta fase no sólo se consume la desemantización del orden simbólico, sino que se tiende a una completa pérdida de la referencia y del sentido: en el nuevo orden informático las máquinas manipulan símbolos puros sin residuo de subjetividad (Quéré, 1982: 112-114).

- (15) Para mayor claridad precisaré que el destinatario puede ser o bien un alocutario directo, explícitamente considerado como tal por el locutor, o un destinatario indirecto, no alocutario, pero previsto por el locutor. En el siguiente esquema, de Kerbrat-Orecchi-oni, 1980 b : 23, se diferencian las fundamentales figuras receptivas:

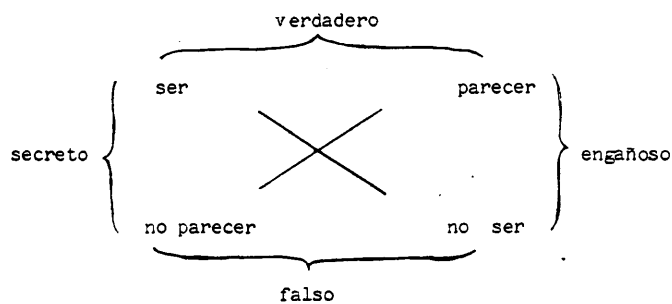
<u>Alocutario</u>	<u>No alocutario</u>
- "Address"	<u>Previsto por el locutor</u>
- "Receptor apuntado" (<u>visé</u>)	- Audiencia
- Destinatario directo	- Destinatario indirecto
	<u>No previsto por el locutor</u>
	- Receptores adicionales.

La categoría "address vs. audience" procede de Fillmore. El segundo término se define como "persona que puede ser considerada como parte del grupo conversacional pero que no es miembro del par hablante/destinatario" (cit. en ibíd. 230, nota).

Los destinatarios indirectos, sin estar integrados en la relación de alocución propiamente dicha funcionan como "testigos" del intercambio vocal. Los receptores adicionales, en cambio, escapan al control del emisor y a su proyecto comunicativo.

- (16) En el análisis greimasiano, el juego de la verdad y la decepción se apoya en la categoría gramatical del ser vs. el parecer (o aparecer), que constituye la primera articulación semántica de las preposiciones atributivas.

A partir de esta dicotomía, y por proyección en un cuadrado semiótico se obtienen cuatro categorías de rango superior: verdad, falsedad, secreto y engaño:



La conjunción o disyunción entre ser y parecer, y sus contradictorios, permite caracterizar estados que modalizan relaciones (Courtés, 1976: 77-78).

- (17) Según comenta Girard, la expresión "chivo emisario" remonta al caper emissarius de la Vulgata, interpretación libre del griego apompaios: "quien aleja las plagas". La expresión presenta una dualidad semántica: se refiere tanto a una institución ritual cuanto al mecanismo psicosociológico inconsciente de transferir los conflictos a víctimas arbitrarias, y tal polisemia aparece por igual en diversos idiomas: en el bouc émissaire francés, en el scapegoat inglés, en el Sündenbock alemán y en general en las lenguas modernas (Girard, 1978: 199-201).

- (18) Esta doble vía es precisamente la propia de toda insinuación. Como he escrito en otro lugar: "Los actos perlocutivos de insinuación y otros de la misma clase manifiestan características muy interesantes para el análisis del proceso interactivo: en todos ellos el efecto inconfesable que los caracteriza se produce al margen del proceso oficial de intercambio, de modo que sin una ruptura del contrato conversacional y sin transgresión abierta de las reglas cooperativas los interlocutores establecen una relación "paralela" a (y no necesariamente amenazadora de) su relación estrictamente comunicativa. No se trata ciertamente de una comunicación (en cuanto proceso abierto y público de intercambio de información), pero en este tipo de relación aparece también una estructura bipolar (quasi-dialógica) que establece posiciones complementarias como las de insinuación del hablante versus sospecha del oyente". (Lozano, Peña-Marín y Abril, 1982: 224).

CAPITULO IV :

LA INTERACCION COMICO - HUMORISTICA

El humor "es lo que falta a las sopas,
a las gallinas, a las orquestas sinfó-
nicas. Por el contrario, no falta en
los empedradores, en los ascensores,
en las chisteras plegables".

L. Aragon

1. EL HUMOR Y LA COMICIDAD COMO OBJETO DE CONOCIMIENTO

1.1. Cotejo provisional del humor y la comicidad

La primera gran dificultad que ofrece el examen teórico del humor reside en lo abigarrado de un campo semántico que, sólo en nuestro idioma, contiene significaciones tan varias como las de los siguientes adjetivos: humorístico, cómico, irónico, chistoso, gracioso, ingenioso, lúdrico, risible, divertido, grotesco, jocoso, ridículo, ocurrente, caricaturesco, sarcástico, burlesco, alegre, festivo, agudo, salado, simpático, payaso (aplicado a persona), y aun muchos más. La tentativa de identificación de un núcleo semico común a estos sememas no conduce a un resultado muy alentador: apenas se puede identificar como tal el rasgo "eufórico", relativo a lo que Greimas ha denominado la orientación tímica de la significación (eufórica vs. disfórica), que remite a una disposición afectiva básica y axiológicamente marcada (1).

La orientación tímica positiva es un ingrediente semántico necesario pero no una condición suficiente del humorismo: todas las formas del discurso "apasionado" están tímicamente orientadas y algunas de ellas, como gran parte de las que la retórica clásica denominaba genus

sublime (Lausberg, 1975: 50), contienen la euforia como un rasgo constitutivo: poesía épica, arenga, peroratio, etc.

Por otra parte, en lexemas como /grotesco/, /ridículo/ o /sarcástico/ coexisten la orientación eufórica y su contraria, disfórica, y es muy posible que la descripción semántica dudaría en la atribución de "euforia" al contenido semántico de /ingenioso/ o /agudo/, que más bien se orientan a la "no-disforia".

La unificación semántica de todos aquellos adjetivos puede atenerse al criterio de la tradición filosófica y humanística que, en general, y salvo investigaciones monográficas dirigidas a objetos más particulares, ofrece como metasememas del conjunto semémico anterior los adjetivos citados en primer lugar: humorístico y cómico. Muy frecuentemente ambos términos se toman como sinónimos. Sin embargo, debo hacer una referencia somera a las diferencias entre humor y comicidad más comúnmente señaladas.

Es frecuente, por ejemplo, el distingo entre chiste, humor, y comicidad basado en la distinción entre los efectos de risa y sonrisa. Así, tal como sugiere Cazeneuve, 1984: 197, en tanto que el

chiste hace reír, el humor procura la sonrisa y la comicidad ambas respuestas.

Freud hizo clásica esta tripartición en su ensayo sobre el chiste, y en el contexto de su teoría económica del psiquismo.

Algunos autores relacionan la comicidad con un tipo de efecto de sentido particular, relegando lo humorístico al ámbito de lo indefinible e inaprehensible. Así, Elgoczy afirma que "lo cómico brota de un contraste entre el sentido dado a un término y su sentido absurdo, entre lo sensato y lo insensato. La palabra humor, en revancha, escapa al celo de los lexicógrafos del mundo entero" (1979: 11). ¿Por qué? La mayoría de los estudiosos aluden al polimorfismo del humor, a su infinita riqueza ocurrencial, a la singularidad en que finalmente se resuelve cada situación o discurso humorístico. Valery, por ejemplo, renuncia a encontrar un sentido único en todas las proposiciones que contienen el término "humor": el sentido de lo humorístico no pasa de ser el conjunto estadístico de todas las expresiones reputadas de humorísticas. Un nominalismo análogo es atribuido por Croce al conjunto de las teorías de la comicidad, que no es sino una falsa construcción filosófica "elaborada a posteriori con el fin de recoger, con fines mnemotécnicos y clasificatorios, un grupo de hechos sustancialmente heterogéneos" (según Manetti, 1976: 132, nota).

Lo cómico y lo humorístico, junto a otras muchas nociones descriptivas de emociones, son pertenecientes a una "estética de lo simpático", propiamente "conceptos seudoestéticos" que Croce aborrece (1973: 173). Tanto la definición de lo humorístico como la de la comicidad varían según el caso particular, según quién y a qué se apliquen: se trata de "definiciones empíricas" tan gratas a la Psicología como inútiles. Así, lo humorístico puede consistir en "sonrisa entre las lágrimas, la risa amarga, el brinco brusco de lo cómico a lo trágico y de lo trágico a lo cómico, lo cómico romántico, lo sublime al revés, la guerra a todo intento de insinceridad, la compasión que se avergüenza de llorar, el reírse, no del hecho, sino del ideal mismo, o como se quiera definirlo" (ibíd.: 176).

Lo cómico, por su parte, ha encontrado una de sus "más sutiles definiciones modernas" en aquella que lo identifica con "el desagrado que despierta la percepción de una tortura, seguido de un placer mayor procedente de la relajación de nuestras fuerzas psíquicas, pendientes de la expectativa de una percepción que se preveía importante" (ibíd.: 177). Definición que parece resumir todos los intentos definitorios desde la antigüedad helénica pero que no enuncia caracteres específicos, sino propios de cualquier proceso espiritual, como la sucesión del dolor y el agrado o la satisfacción por la consciencia de la propia fuerza. La diferencia, precisa Croce, estriba en determinaciones cuantitativas, difícilmente delimitables, que atañen a algún hecho, significado o disposición del ánimo particular: "¿Quién de

terminará nunca lógicamente la línea divisoria entre lo cómico y lo no cómico, entre la risa y la sinrisa, la sonrisa y la gravedad y cortará con tajos limpios el variado continuo en que transcurre la vida?" El sarcasmo croceano culmina con la alusión a una afirmación de Jean Paul Richter según la cual todas las definiciones de lo cómico poseen el mérito de ser ellas mismas cómicas (ibíd.: 178).

Deleuze relaciona el humor con la carencia de densidad semántica, con las superficies y las singularidades: el humor es la coexistencia del sentido y el no-sentido, "el arte de las superficies y de las dobleces, de las singularidades nómadas y del punto aleatorio siempre desplazado (....), el saber -hacer del acontecimiento puro o la "cuarta persona del singular"-toda significación, designación y manifestación suspendidas, toda profundidad y altura abolidas" (1969: 166).

A mi entender, tanto el uso habitual de las palabras como la interpretación etimológica permiten proponer una primera diferencia entre lo cómico y lo humorístico: la comicidad tiene desde el punto de vista histórico una cierta existencia genérica, se relaciona con géneros de discurso institucionalizados, en tanto que el humor es más bien una función o una dimensión semiótica que puede inscribirse en distintos géneros discursivos, incluidos los no cómicos. De este modo, los géneros cómicos, ya sean

escénicos, literarios o de cualquier otra clase, pueden identificarse como aquellos tipos de discurso que dan preeminencia a la dimensión humorística.

En efecto, la comicidad es una propiedad de la comedia, género dramático, y en su histórica teoría de lo cómico, en la Poética, Aristóteles no trataba sino de las características de un género dramático particular. La denominación de la comedia procede de como, que designa a un coro festivo que desfilaba en procesión, danzando y entonando canciones de escarnio, himnos fálicos, etc. Estos desfiles son, junto a otras acciones sacrales, los antecedentes directos de la comedia griega (cfr. Rodríguez Adrados, 1983).

El término "humor" se emparenta con el umor latino, que se refiere genéricamente al estado líquido, y más particularmente a los fluidos del organismo. La etimología sugiere en este caso la noción de flujo o corriente vital. La antigua concepción homológica y determinista de los movimientos pasionales como correlatos de los humores orgánicos explica la adopción de este lexema en su sentido moderno, así como las variantes /buen humor/ y /mal humor/. La homología entre los humores corporales y los anímicos queda claramente expresada en los Ensayos de Montaigne: "Y así como dicen que hay en nuestros cuerpos un conjunto de diversos humores entre los que domina aquel que manda de ordinario en nosotros según nuestra complexión, así también en nuestras almas, aunque haya

distintos movimientos que las agiten, forzoso es que haya uno que predomine" (1985: 298).

El humor parece remitir originalmente a la fatalidad orgánica, y en muchos usos comunes a un estado de ánimo o disposición pasional que subyace a las expresiones de los sujetos y las determina de algún modo.

De enorme interés resulta la etimología de "chiste", tal como la presenta el Diccionario Etimológico de Corominas, 1954: 70: originariamente el término posee el sentido de "chiste obsceno", pues deriva de "chistar", es decir, hablar en voz baja, sisear. Esa significación de livandad puede percibirse en el verso de Berceo: "más valen digan esso que chistas nin locuras".

Lo más destacable es que la etimología remite a un hecho pragmático: el hablarse al oído para comunicarse en secreto y complicidad respecto a un tercero a quien se ataca o a quien se oculta información. Esta configuración pragmática es la clave de mi anterior exposición sobre la intersubjetividad, en III.2, y lo será de mis posteriores observaciones sobre la burla. Es también coincidente con el triángulo actancial de la teoría freudiana del chiste.

En mi exposición admitiré en general la sinonimia entre "comicidad" y "humor" hasta el punto en que exponga un criterio diferenciador más preciso que el de género. Por lo que se refiere al "chiste", lo retiraré provisionalmente de mi atención en razón de que, a diferencia de las otras dos nociones, la palabra designa habitualmente un "juego lingüístico" particular.

1.2. Hecho estético, ontológico y psicológico

Como señala Manetti, el examen histórico muestra una tendencia general a definir ontológicamente la esencia del fenómeno humorístico-cómico, es decir, a responder "sustancialmente a la pregunta sobre qué sea lo cómico en sí". Ello no ha impedido una bipolarización de las investigaciones, por una parte hacia la problemática estética, por otra, hacia la psicológica.

En efecto, en la medida en que la mayor parte de las indagaciones han tomado como referencia algún repertorio de objetos artísticos, lo cómico mismo "ha sido considerado como un verdadero y propio concepto estético (...); ha figurado como subpartición del arte, inherente a

elaboraciones tales como la comedia, la sátira, la expresión aguda o irónica del discurso público, etc." En general ha ocurrido que una filosofía ontológica general, desde la propuesta de un primun metafísico, iluminaba aquellas elaboraciones como especificaciones posibles (Manetti, 1976: 130).

Este es, sin duda, el caso de la definición aristotélica del arte cómico, que deriva de la concepción general del arte como mímesis y catarsis. En efecto, ambas nociones constituyen el paradigma aristotélico de explicación del arte teatral, sea cómico o trágico: en la Poética se citan el terror y la piedad como propiedades características de la kátharsis trágica, y se supone que las propiedades catárticas de la comedia fueron expuestas en la parte perdida de la obra aristotélica (Rodríguez Adrados, 1983: 52). Por lo que se refiere a la mímesis, su papel queda perfectamente explicitado respecto a ambos géneros teatrales.

También en Bergson, como señala Manetti (ibíd.: 130-131), la teoría del agarrotamiento mecánico del flujo vital, en virtud del cual se produce lo risible, dimana de un concepto metafísico de la vida entendida según la categoría del movimiento y de la duración.

No es posible olvidar aquí la perspectiva de Spinoza, que halla en la alegría de lo cómico la expresión más alta de la expansión del ser. "Nadie ha ido tan lejos -comenta Duvignaud- ni irá más lejos en la justificación de lo cómico identificado con el placer de ser y con la creación continua" (1985: 42).

En efecto, en la parte cuarta de la Etica, dedicada al estudio de los afectos, Spinoza caracteriza la risa como buena por sí misma: "cuanto mayor es la alegría que nos afecta, tanto mayor es la perfección a la que pasamos, es decir, tanto más participamos necesariamente de la naturaleza divina"(1975: 312). El filósofo, que no escatima el apasionamiento para enaltecer el valor de esta pasión en la que "la potencia de obrar del cuerpo" se ve favorecida al máximo (ibíd.: 308), opone así la naturaleza de la risa a la de la irrisión, que junto a la envidia, el desprecio, la ira, la venganza y cuantos afectos "se remiten al odio o nacen de él" es por sí misma mala (ibíd.: 311).

No faltan críticas a la pretensión filosófica de construir, directa o indirectamente, una ontología de la comicidad. Así Janson, 1950, reprocha precisamente a Bergson el haber tomado lo cómico como un "en-sí", existente fuera de su significación; el reír debiera ser abordado más bien a través del examen del proyecto humano en su totalidad, pues es

nuestra risa lo que confiere a lo cómico su significación y no al contrario. Es la risa quien procura la ilusión de la existencia plena y confortable de un "en-sí", y en ella el individuo se recrimina implícitamente su propia co bardía "de no asumir su papel afectivo de sujeto" (cit. por Cazeneuve, 1984: 202).

La perspectiva anti-ontológica considera con bue nas razones que no existen humor o comicidad absolutos, sino siempre relati vos a quien o quienes rien y al contexto situacional de la risa. Esta rela tividad de lo humorístico lo devuelve a la dinámica de la intersubjetividad antes que a una objetividad positivista. Pero hay también suficientes testimonios socioantropológicos sobre la mutabilidad de la experiencia humo rística como para dudar tanto de las generalizaciones metafísicas tradicio- nales cuanto de algunas generalizaciones fenomenológicas, como la de Janson (2).

El humor ha sido también abordado como "catego- ría psicológica conexas con una teoría de las pasiones, o emociones, la cual, si no lo ha involucrado en una metafísica ontológica de las entidades reales, lo ha hecho empero depender de una metafísica axiológica de los va- lores, como en el caso de la consideración platónica de lo cómico como pro- vocador de trastornos del ánimo o como conocimiento de aquello que no debe

ser (Leyes), que remite a un ideal ético-metafísico de imperturbabilidad; o como, exactamente al revés, en el caso de la definición de Hobbes (De homine) de lo cómico como sentimiento de superioridad, en la que se puede hallar aún un eco del antropocentrismo renacentista" (Manetti, 1976: 131). El mismo autor subraya que por lo general las consideraciones psicológicas han incurrido en una confusión de importante relieve teórico entre lo cómico y la noción más amplia, y de orden fisiológico, de la risa.

No obstante, las perspectivas psicológicas tradicionales han abierto la puerta a consideraciones teóricas de otro orden, y no puede ignorar aquí algunas de sus consecuencias más significativas para la perspectiva semiolingüística o para la teoría de la comunicación. Manetti advierte, por ejemplo, que en el ensayo de Freud sobre el chiste, "por primera vez en la historia del problema, se dedica una amplia y cuidadosa atención al aspecto técnico-fenomenológico de los procesos cómicos (en sentido lato) y a las reglas morfológicas de la producción de las expresiones chistosas, reglas que, por el hecho de poder reconducirse a los dos mecanismos del desplazamiento y de la condensación, concernientes a lo psíquico, pero isomorfos a los mecanismos lingüísticos (como ha sido muchas veces subrayado), señalan la demarcación para una vía diversa de investigación" (ibíd.: 132). El autor se refiere, claro está, a la homología entre los mecanismos oníricos de desplazamiento y condensación y los procedimientos lingüísticos de metonimia y metáfora analizada por Jakobson, 1975.

Pero también se debe al ensayo freudiano la propuesta del triángulo actancial del chiste, al que pronto haré referencia, y que da paso a una concepción dialógica y colusoria del humorismo en la línea en que yo mismo trato de inscribir mi reflexión.

Observaciones análogas pueden hacerse sobre la contribución de Koestler, 1964, también desde la psicología, que a partir del fenómeno de la bisociación o compresencia de dos marcos de referencia, conduce la investigación del fenómeno humorístico a un terreno próximo al de la teoría de la comunicación humana de Bateson y Fry, o al de la teoría de la doble isotopía semántica de Greimas (1973 c: 150-155).

2. LAS PERSPECTIVAS TEORICAS SOBRE EL HUMOR Y LA COMICIDAD

2.1. Presentación

No es mi propósito el de exponer un repertorio exhaustivo de las teorías del humor que nos ha legado la historia del pensamiento. Esta tarea, que por sí misma reclamaría una extensísima monografía, habría de atender al hecho, sugerido en el anterior apartado, de que acaso todo sistema filosófico o bien formula expresamente una teoría del humor o contiene implícitamente los elementos conceptuales para deducirla. Es cuando menos seguro que todas las grandes teorías históricas de las pasiones o emociones contienen enseñanzas valiosas sobre la naturaleza de la risa, y que las investigaciones modernas en psicología, sociología o lingüística del humor siguen extrayendo de aquéllas sus hipótesis básicas.

Mi objetivo no es historiográfico: una historia de las teorías del humor habría de reconstruir el sustrato epistemológico del que cada una de ellas extrae su unidad profunda y a través del cual se asienta en un paisaje sociocultural determinado. Por el contrario, lo que pretendo es un agrupamiento temático de los enfoques básicos del humor, en

el que la unidad interna de las teorías ha de ser necesariamente desatendida.

Es claro, por ejemplo, que la teoría bergsoniana de la risa participa de la mayor parte de los temas teóricos clásicos (la incongruencia, la sorpresa, la evasión, etc.), sin que ese pluralismo temático desdiga la presumible unidad epistemológica de la investigación bergsoniana, de la que no voy a ocuparme.

Una primera clasificación temática de las teorías del humor habría de distinguir entre aquéllas que lo consideran como un hecho emocional y aquéllas que, como acaece en la reflexión bergsoniana cuando se toma la risa por una "anestesia momentánea del corazón", lo entienden como hecho intelectual. Junto a ambas perspectivas cabe distinguir una tercera, a la que denominaré conativa, propia de las teorías que encuentran en la expresión cómico-humorística una tentativa de afirmación de superioridad sobre otro. Esta tripartición, que pone de relieve el predominio respectivo del querer, el saber y el poder, debe completarse con una última clase de teorías: las que inscriben el fenómeno cómico entre los hechos biológicos o instintivos. A cada una de esas perspectivas dedicaré los siguientes apartados.

2.2. La perspectiva biológica e instintivista

Diversos estudios incluyen el fenómeno humorístico entre los mecanismos nerviosos del organismo y lo consideran vinculado a funciones adaptativas. Como señala Keith-Spiegel, 1972: 5-6, el hecho de que la risa sea un fenómeno precoz, anterior a la formación de los procesos cognitivos complejos, y el de que "la risa y el humor sean fenómenos universales, se han utilizado a menudo como puntos de apoyo a la hipótesis de que estamos tratando con comportamientos que han sobrevivido para algún propósito utilitario" desde el punto de vista adaptativo. Se trata, en efecto, de conductas que procuran bienestar al organismo, restablecen la homeostasis, estabilizan la presión sanguínea, estimulan la circulación, etc. En la abundante bibliografía que ofrece la citada autora no es difícil de advertir que los estudios más relevantes de esta orientación datan de finales del siglo pasado y de los primeros veinticinco años del presente: el interés por la explicación fisiologista-instintivista está evidentemente inducido por el predominio del paradigma teórico evolucionista. Spencer y Darwin son, por otra parte, los más reputados representantes de esta orientación interpretativa del humor. Darwin la expone sumariamente en su The expression of the emotions in man and animals, de 1872, y Spencer en sus Principles of Psychology, de 1857, y en The Physiology of Laughter, de 1860.

La concepción de Spencer reposa en el doble principio de la conservación de la "energía nerviosa" y de la ley de mecánica psicofisiológica según las cuales un excedente de energía puede transformarse en energía muscular: los movimientos musculares de la risa no son sino el efecto de la expansión por canales de menor resistencia de la "fuerza nerviosa liberada". Esta concepción tuvo una incuestionable influencia en la de Freud, según la cual el proceso de Witz responde a la descarga somática de energía psíquica inutilizable.

No obstante en el nivel propiamente psicológico de "lo vivido", Spencer percibe el brusco declinar de la emoción (una "emoción que aborta", según expresión de Cohen, 1985: 50) que las teorías intelectualistas del humor tomarán como dato decisivo.

Koestler, cuya teoría del humor ha de ser más bien situada entre las teorías de tipo cognitivo, no elude la consideración del proceso fisiológico del reír, en el que percibe una curiosa propiedad: la risa es un reflejo motor que pese a su complejidad muscular, pues hace intervenir la contracción coordinada de quince músculos faciales, resulta altamente estereotipada y único en cuanto a su aparente carencia de finalidad biológica es un reflejo "lujoso". Lo llamativo es que el humor se nos presenta como "la sola forma de comunicación en que un estímulo de alto nivel de compleji-

dad produce una respuesta estereotipada, predecible en el nivel del reflejo fisiológico (1982: 5).

El carácter "lujoso" de la risa y la desproporción entre su simplicidad y la frecuente complejidad del estímulo que la desencadena hallan una explicación en los numerosos estudios (citados por Keit-Spiegel, op. cit.: 6) que interpretan la risa como un vestigio de comportamientos adaptativos arcaicos: la semejanza entre la disposición corporal y facial de los primates en actitud de amenaza o de lucha (exposición de los dientes, contorsión del rostro, enarcamiento de las cejas, etc.) y la de los humanos en actitud jocosa, hace pensar en la sustitución evolutiva del ataque efectivo por el comportamiento risueño. Ludovici llega a mencionar el aspecto audible de la risa como un "gruñido espiritualizado". La risa, en suma, sería el producto de la "humanización" afectiva e intelectual de comportamientos de ataque y defensa filogenéticamente precedentes. Numerosos estudios comparativos entre el comportamiento no verbal de los primates y de los humanos confirman que las expresiones faciales humanas "han evolucionado a partir de comportamientos no comunicativos tales como ataques, movimientos de aproximación o de alejamiento de las cosas, movimientos de autoprotección y movimientos asociados con la respiración y la visión" (Knapp, 1982: 60), pero desconozco la existencia de pruebas concluyentes que avalen la orientación precisa de esa evolución desde comportamientos agresivos al comportamiento risueño.

Las preocupaciones por la risa como respuesta fisiológica nos alejan del humor o la comicidad mismos, reconocidamente irreductibles al marco estrecho del biologismo positivista. Como señal Duvignaud, el discurso cientista del siglo pasado, que admitía implícita o explícitamente la distinción clásica entre el pensamiento y lo extenso, se sometía al segundo dominio para extraer un sentido de los hechos observables, también en el campo que nos ocupa.

Los análisis de Spencer, Lipps, Wundt y otros científicos de la época "aparecen, cuando se los reagrupa, como una nostalgia interpretativa, que la exigencia de los hechos, controlados en el laboratorio, fragmenta y limita. No se puede reprochar a estos sabios sino el no haber llegado hasta el final de sus sugerencias y el haber desgajado deliberadamente en la trama de la vida corporal y social un segmento privilegiado, el no haber asumido hasta su término un materialismo sugerido implícitamente, ya que es la materia misma quien resulta trastornada por la revolución del reír, identificado con una emoción" (Duvignaud, 1985: 53). El mismo autor hace suya una crítica de K. Goldstein a las teorías de los reflejos: el juego de los reflejos, tratado como tal, es una abstracción que no toma en cuenta al organismo viviente en su complejidad. Mientras que la demostración de correlaciones entre "reflejos" sólo concierne a un segmento del cuerpo mutilado por el análisis cientista, la risa es un acontecimiento, en el que se ponen en cuestión el organismo entero y sus relaciones con el

entorno. Insensible al movimiento intencional de la materia viviente a través del escenario vivido de una "conducta catastrófica" como la risa, el positivismo decimonónico no llegó a romper la separación entre lo extenso y el pensamiento y "no supo ver el carácter intencional del reír".

2.3. La perspectiva afectiva

Bajo el epígrafe de las perspectivas "afectivas" o "emocionales" cabe tomar en consideración diversas orientaciones: siguiendo básicamente la indicación taxonómica de Keith-Spiegel, op. cit., distinguiré entre aquellas teorías que subrayan el efecto de sorpresa supuestamente consustancial al hecho humorístico, las que enfatizan sus secuelas de alivio emocional, la teoría psicoanalítica en la medida en que toma en cuenta esta orientación, por más que, como ya he sugerido, no es una teoría limitada a la sola dimensión afectiva de la comicidad, y las teorías de la ambivalencia.

2.3.1. Teoría de la sorpresa

Muchas teorías han considerado la sorpresa como un efecto necesario de la experiencia humorística. Este tipo de observación se halla en Cicerón: "sed ex his omnibus nihil magis ridetur quam quod est praeter expectationem" (De Oratore II, cit. por Vázquez de Prada, 1976), pero también en Las pasiones del alma de Descartes, 1973, donde se advierte que la risa amalgama el gozo y el sobresalto, o en la Crítica del Juicio, cuando Kant advierte que la risa es una afección surgida de la repentina transformación de una expectación tensa en nada. Bergson no deja de advertir que el efecto del ingenio ha de darse de modo tan sutil y rápido que "todo haya terminado ya cuando comenzamos a percibirlo" (1973: 92).

Pero si la coincidencia es bastante general respecto a la necesidad de la sorpresa, la conmoción, la quiebra de expectativas, etc., también lo es la convicción de que por sí solos estos efectos no explican suficientemente el hecho cómico-humorístico.

Es evidente que la sorpresa puede producirse en muy diversos contextos emocionales y en total desvinculación de cualquier experiencia cómico-humorística.

Por ello las teorías de la sorpresa complementan su observación de este fenómeno afectivo con explicaciones que tomen en cuenta otros factores concomitantes, de orden psicológico, gnoseológico, sociológico, etc.: en la conmoción se vendría, pues, a poner de manifiesto la confluencia de distintos universos de sentido, se disiparía la consistencia habitualmente inadvertida del orden social, etc..

2.3.2. Teoría del alivio emocional

También en este caso suele darse la tentativa de una explicación parcial del hecho humorístico: desde las reflexiones clásicas de Spencer o Kline hasta estudios más recientes consideran una función básica del humor el proporcionar un relajamiento de la tensión afectiva, o la liberación de energía psicofísica excedentaria. Koestler observa que la descarga emocional que acompaña a la experiencia humorística admite diversos grados de intensidad, y que en el más alto de ellos el humor puede aparecer como una simple "desviación de la violencia" (1982: 6).

Ya he mencionado la influencia spenceriana en la concepción psicoanalítica de la descarga emocional. Si se omite la esencial distinción freudiana entre comicidad, humorismo y chiste, el núcleo

de su propuesta teórica reside en la identificación de un conflicto subyacente a las tres expresiones y en la atención a los modos por los que tal conflicto es eludido: "Freud observa, en polémica con Kraepelin, que la existencia de un contraste no es suficiente para desencadenar la risa. Traduciendo esta determinación económica en términos dinámicos, se obtiene que la condición del placer cómico, humorístico o chistoso es la elusión de un conflicto preexistente. Mediante ella el conflicto no viene a ser verdaderamente resuelto, sino más bien relajado, esquivado (...): la elusión es el equivalente dinámico del principio económico del ahorro (Ersparung), que es justamente considerado por Freud como un aspecto general de los procesos psíquicos examinados; obviamente lo que se ahorra no es la energía, que resulta desperdiciada en la improductividad de la risa, sino su inversión en el conflicto" (Perniola, 1976: 9).

La perspectiva freudiana se aleja, pues, sustancialmente del punto de vista mecanicista de Spencer.

2.3.3. La propuesta freudiana

En su decisivo ensayo sobre el Witz (término que, como observa Perniola designa simultáneamente al chiste y a la facultad

que lo produce), Freud retoma y reelabora gran parte de las reflexiones filosóficas anteriores sobre el humor y la comicidad. En el centro de su exposición se halla la distinción ya mencionada entre el chiste propiamente dicho, que surge del "gasto de coerción ahorrado", la comicidad, que emerge de un "gasto de representación ahorrado", y el humor, que aparece en virtud de un "gasto de sentimiento ahorrado" (Freud, 1969: 215).

En esta exposición, Freud es consecuente con su teoría económica y sostiene una explicación del placer risueño que lo relaciona no con la acumulación de energía, sino con su flujo y movimiento: "esta emancipación de la energía de su ligamen deriva, en el caso de la comicidad, de una diferencia comparativa entre los diversos dispendios cuantitativos de dos representaciones: por ejemplo, dice Freud, encontramos cómicos los movimientos exagerados e incongruentes del clown, porque de la confrontación entre la representación de su gasto de energía y la representación del nuestro resulta una diferencia de energía que, estando privada de aplicación, se descarga en la risa. En el caso del humorismo, empero, según Freud, no existe confrontación entre dos representaciones diversas de un mismo contenido, porque su proceso se desarrolla en el interior de una sola persona: la energía se libera no a consecuencia de una diferencia comparativa, sino a causa de una disposición que separa el afecto de la energía... (...); reprime in statu nascendi el desarrollo del afecto que provoca dis-placer. Por fin, en el caso del chiste, la energía que se descarga en la

risa es la que está empleada en remover los contenidos que encuentran en el chiste tanto su expresión enmascarada cuanto la formación del compromiso que los tolera" (Perniola, 1976: 7-8). Así pues, los tres fenómenos son afines desde el punto de vista de la economía psíquica: el placer deriva en los tres casos de un empleo fallido de energía, del ahorro en su utilización.

Perniola considera que el esquivamiento del conflicto es el proceso común a los tres hechos analizados por Freud. Ahora bien, el modo de rehusamiento propio de la comicidad se fundamenta en la degradación del opuesto: lo cómico resulta del éxito del Yo en su confrontación con una representación diversa o nueva cuya aprehensión exigiría "una especie de dispendio"; la comicidad, al reducir lo diverso a idéntico, posibilita el ahorro en energía psíquica (ibíd.: 9-10).

En el humorismo, por el contrario, "la representación opuesta es aceptada sin degradación, porque es asimilada y superada por el humorista (...). La elusión del conflicto adviene mediante la neutralización de los efectos penosos que comporta: el surgimiento del displacer es bloqueado en su nacimiento. Es por tanto un valiosísimo mecanismo de defensa del Yo, de la identidad (...): el humorismo se limita a representarlo (lo opuesto) como si ello no comportase ningún dolor (...), el Yo, la

conciencia, se mantiene superior y trascendente respecto a lo opuesto" (ibíd.: 11).

El chiste, por fin, se presenta como una "formación de compromiso entre la pulsión del Yo dirigida a mantener la representación lingüística y la pulsión opuesta que tiende a disolverla" (ibíd.: 15). Formación de compromiso (Kompromissbildung) es la "forma que adopta lo reprimido para ser admitido en el consciente, reapareciendo en el síntoma, en el sueño y, de un modo más general, en toda producción del inconsciente: las representaciones reprimidas se hallan deformadas por la defensa hasta resultar irreconocibles" (Laplanche y Pontalis, 1971: 164). El chiste en cuanto formación de compromiso, es un procedimiento análogo al sueño, al síntoma neurótico, al lapsus verbal, etc.; en todos estos casos, el retorno del recuerdo reprimido tiene lugar de un modo deformado, y las representaciones resultantes constituyen formaciones "transaccionales" entre las representaciones reprimidas y represoras.

En pocas palabras, el chiste torna permisible lo que la crítica racional, lógica o moral prohíben.

Ahora bien, mientras lo cómico implica la presencia de dos personas, la que degrada y la que es objeto de degradación, y el

humorismo se consuma en una sola, el chiste implica la participación de tres sujetos. Y la originalidad del último procedimiento, señala Perniola, no consiste tanto en la presencia indispensable de esa tercera persona cuanto en el hecho de que es ella la única que ríe (ibíd.: 17).

En efecto, Freud considera que este triángulo actorial es característico del chiste "tendencioso", ya sea hostil, obsceno o cínico (según la clasificación ofrecida en Freud, 1969: 83-95).

Las dramatis personae de la escena del chiste no son otras que aquélla que cuenta el chiste, aquélla a quien se toma por objeto de la agresión (hostil, sexual o blasfematoria), y aquélla en quien se cumple precisamente la intención creadora del placer, el destinatario.

El padre del psicoanálisis proporciona una ilustración particularmente sugestiva de su triángulo de personajes en una descripción del chiste "verde" que él considera característico de ciertas situaciones de encuentro social entre personas de clase baja: "El impulso libidinoso del primero desarrolla, al encontrar detenida su satisfacción por la resistencia de la mujer, una tendencia hostil hacia esta segunda persona y llama en su auxilio, como aliado contra ella, a una tercera (otro hom

bre), que en la situación primitiva hubiese constituido un estorbo. Por el procaz discurso de la primera queda la mujer desnuda ante este tercero, en el que la satisfacción de su propio líbido, conseguida sin esfuerzo alguno por parte suya, actúa a modo de soborno" (ibíd.: 86-87).

Es patente que el ciclo psíquico del chiste, a diferencia del humorismo y la comicidad, se cierra en virtud de una comunicación, y para más precisión, de una comunicación de tipo colusorio.

Queda claro que la tercera persona, la que se ríe, halla una gratificación en el ahorro de su "esfuerzo", pero la primera, el narrador, va a reír también (y Perniola corrige así su anterior afirmación) aunque "sólo en seguimiento de la risotada de la tercera persona, por así decir "de rebote": ríe porque el otro ríe, ríe del otro que ríe" (1976:18). Ciertamente es difícil dejar de advertir en esta relación la forma característica de deseo mimético que, en seguimiento de la teoría de Girard, he ex puesto anteriormente. Y no es esta "risa de rebote" el único elemento que emparenta el modelo triangular del chiste con el modelo del mecanismo victimario: la presencia de la mujer que sirve de objeto de la agresión chistosa aparece también aquí como operador de una cierta reconciliación entre los varones mutuamente complicados en el logro de su satisfacción. Puede hablar se de complicidad respecto a una situación como la descrita por Freud, en

la que las transacciones entre los varones ("llamada de auxilio", alianza, "soborno") pivotan sobre la humillación de la mujer.

El "aliado" que "en la situación primitiva hubiese constituido un estorbo", según la expresión de Freud, es una figura próxima al antagonista, a la vez modelo y rival, de la teoría girardiana.

No voy a detenerme más en la deuda de la teoría victimaria con las concepciones freudianas, deuda que es por otra parte explícitamente reconocida por Girard (3). Me interesa subrayar más bien que la configuración actancial del chiste según el análisis freudiano responde a un modelo similar al que he expuesto respecto a la complicidad trascendental y respecto a la figura del emisario. Y esta similitud es tanto más significativa cuanto que el chiste, en la perspectiva freudiana, es la forma comunicativa por excelencia del conjunto de los hechos que Freud considera. No es necesario coincidir con Freud en su tripartición de esos hechos como humorísticos, cómicos o chistosos (tripartición que, como ya he sugerido, se ve acentuada por la arbitrariedad nominalista) para aceptar que, en cualquier caso, la comunicación, y no simplemente el sentido, de lo risible puede ser ventajosamente examinada como proceso colusorio en el que intervienen un remitente, un destinatario y un emisario.

2.3.4.. Teorías de la ambivalencia

Algunas teorías encuentran el origen de la risa, o del humor, en la experiencia simultánea de emociones incompatibles. Como señala Keith-Spiegel, el prototipo de esta clase de teorías está en el Filebo platónico, donde por boca de Sócrates queda dicho que la risa procede de la simultaneidad entre el placer y el dolor resultantes de la envidia y la malicia. Son numerosos los dilemas emocionales que han sido planteados a este respecto por los psicólogos modernos: odio y amor, manía y depresión, superioridad y limitación, simpatía y animosidad, etc. (Keith-Spiegel, 1972: 10).

La supuesta confluencia de pasiones opuestas es también el fundamento de la teoría, paradigmáticamente expuesta por Montaigne, según la cual la risa y el llanto poseen un mismo origen, "por lo que no sólo vemos a los niños que obedecen ingenuamente a la naturaleza, llorar y reír a menudo por una misma cosa" (1985: 298). Y por este motivo, apostilla el autor de los Ensayos, "nos equivocamos al querer que una actitud sea continua y lineal" (ibíd.: 300). La ambivalencia afectiva del reír se sustenta, pues, en un principio dinámico y acaso paradójico del comportamiento humano que las teorías modernas del humor no cesarán de invocar.

2.4. La perspectiva cognitiva

Como antes he señalado, una perspectiva fisiolo-
gista-mecanicista como la de Spencer y sus contemporáneos pudo implicar,
paradójicamente, la desviación de la teoría de lo cómico desde las expli-
caciones afectivas propias de las teorías clásicas de las pasiones hacia
las explicaciones cognitivas: según la interpretación spenceriana la
afectividad se abisma en el proceso de transformación de la energía ner-
viosa en actividad muscular, sin que el hecho cómico-humorístico quede sa-
tisfactoriamente explicado en su rica y multiforme significación. Spen-
cer concluye en la aforia, el cero afectivo resultante de un proceso neu-
rofisiológico; gran parte de las teorías posteriores tomarán ese término
como su principio de explicación. Cohen ha sintetizado el proceso de lo
cómico en la sucesión: "cómicidad → indiferencia → alegría", en la
que el último momento es un efecto segundo inducido a partir de la aforia,
"alegría de la indiferencia reconquistada" (1985: 50-51). Pero en este
punto el autor se limita a parafrasear a Bergson, cuyo punto de partida pa-
ra la explicación de La Risa es la radical y completa extrañeza de lo có-
mico a la afectividad: "la risa no tiene mayor enemigo que la emoción(...)
Lo cómico, para producir su efecto, exige algo así como una momentánea anes-
tesia del corazón. Se dirige a la inteligencia pura" (1973: 15-16).

Si el reino de las emociones es el de la participación conmovida, la comicidad impera sobre la espectación indiferente. En la emoción, señala Cohen (op. cit.: 52-53) atendiendo a la perspectiva psico-fenomenológica del gestaltismo, el campo perceptivo sufre una simplificación estructural, se transforma en un sumario espacio axiológico constituido de fines a lograr y de peligros a evitar, de tal modo que la emoción involucra una catástrofe de la consciencia reflexiva, un retorno a la homogeneidad perceptiva en que los hechos se desploman ante los valores y las cosas devienen soportes para las promesas o las amenazas. El objeto de la emoción interpela al sujeto, lo irrita o seduce y le obliga a actuar con urgencia. En la risa, en cambio, tanto aquellas significaciones axiológicas cuanto esta premura de la acción se ven reducidas y desdramatizadas.

Una vez reinterpretada como hecho de la inteligencia que se dirige a la inteligencia, la comicidad reclama explicaciones de índole cognitiva más que afectiva. La más comúnmente aceptada es la teoría de la incongruencia, que justifica la experiencia humorística por la aprehensión de alguna disyunción entre ideas o situaciones o entre modos de presentación de ideas o situaciones inusualmente emparejadas. La concepción de Schopenhauer de la risa como expresión de incongruencia entre un concepto y los objetos con él relacionados por el pensamiento es acaso su más prestigioso precedente histórico.

Una formulación típica de esta perspectiva es la de Aubouin, 1948: 121: "Lo cómico es un juicio intelectual que consiste en la conciliación inesperada de objetos inconciliables o en la conciliación de juicios o de impresiones inconciliables a propósito de un mismo objeto (...) La risa cómica es provocada por la conciliación lúdica de dos inconciliables".

Una variante de la teoría de la incongruencia es la que Keith-Spiegel denomina teoría de la configuración, que toma en cuenta los mismos atributos cognitivos y perceptivos del humor, pero que, en lugar de situar su emergencia en la percepción misma de la disyunción, la localiza en el repentino conocimiento o intuición propiciado por el hecho de que "las cosas encajen" cobrando un nuevo sentido. Este punto de vista, orientado por la psicología gestaltista, tiene su más destacada expresión en un trabajo de Maier, 1932, según el cual el material humorístico se presenta incitando a una cierta interpretación de sus elementos hasta que incidentalmente suscita una reorganización del sentido de los hechos, una configuración inesperada. La diferencia entre el humorístico y otros modos de pensamiento reside en que la lógica y la armonía de los elementos del primero están restringidas a los límites de la configuración humorística particular (según Keith-Spiegel, 1972: 12).

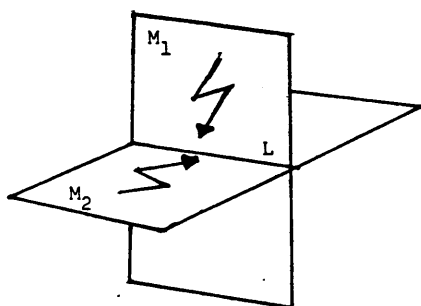
En la exposición de su teoría de la metacomunicación, ya mencionada, Bateson propone algunos elementos de interpretación del hecho humorístico sustancialmente coincidentes con los considerados por Maier. La idea de Bateson es que el humor conlleva una trasposición del marco o modo comunicativo y que en su momento de clímax o "explosivo" "la rotulación del modo experimenta una disolución y nueva síntesis" (1976:233). El discurso humorístico contiene señales que, inicialmente interpretadas en un modo u horizonte de sentido determinado, han de ser retrospectivamente reevaluadas a partir del momento explosivo. Así pues, "el humor requiere desplazamientos bruscos en los tipos lógicos y también la discriminación de estos desplazamientos". En ello ve el autor un saludable valor del humor frente al razonamiento esquizofrénico, cuyas metáforas "nunca llevan título", es decir, están desprovistas de la cualificación metacomunicativa (ibíd.: 251). Fry, un estudioso de la escuela de Palo Alto, en su monografía sobre la "dulce locura" del humor, desarrolla la interpretación de Bateson y subraya el carácter fuertemente paradójico de los discursos humorísticos, inevitablemente tramados de distintos niveles de sentido. Como Bateson respecto a los juegos de los animales, Fry, 1963: 126, afirma respecto del humor que siempre involucra, cuando menos: 1) La idea de una conducta fundamental, del orden de la "realidad" o del "proceso primario"; así por ejemplo, la idea de "lucha". 2) La noción de conducta metafórica, del orden del juego y la fantasía o del "proceso secundario"; así, la idea de lucha representada o simulada. 3) La metacomunicación, consistente en las señales discriminadoras del tipo de actividad en curso; por ejemplo, los sig-

nos que indican precisamente "esta es una lucha ficticia". Esos distintos niveles de comportamiento y de sentido se superponen en el humor hasta hacer de él "un tumulto de paradojas". El humor "llega a ser una amplia estructura de anillos entremezclados de realidad-fantasía, finito-infinito, presencia-ausencia" (ibíd.: 147).

Bergson participa también de la teoría de la incongruencia cuando habla de las "interferencias entre series" que caracterizan las situaciones risibles: "Una situación siempre es cómica cuando a un mismo tiempo pertenece a dos series de acontecimientos enteramente independientes y puede interpretarse a la vez en dos sentidos muy diferentes" (1973: 84). Pero la forma más característica de la incongruencia cómica, central en la teoría bergsoniana, es aquella que consiste en la superposición de lo mecánico sobre lo vivo (ibíd.: 49) y que el filósofo francés considera ínsita en variadas situaciones particulares: el cuerpo humano cuando aparece como máquina, la persona que produce la impresión de cosa, los hechos físicos que se superponen a hechos morales, etc..

Koestler es autor de The act of Creation, una de las más celebradas monografías en las que se atiende a la estructura intelectual del humor y a su naturaleza incongruente. En su obra presenta una doble crítica de la obra de Bergson: por una parte, la oposición bergsoniana entre lo mecánico y lo viviente le parece excesivamente particular pa

ra dar explicación de toda forma de comicidad; por otra, Bergson no advierte que la misma oposición puede dar lugar a experiencias no humorísticas, como la trágica o la puramente intelectual (1964: 46). Así pues, Koestler se interesa en su teoría de la bisociación por una estructura de la incongruencia más general, no determinada por contenidos particulares como los de Bergson, y trata también de especificar la operación bisociativa característica del humor. En efecto, el humor consiste en la bisociación o asociación de un hecho con dos "marcos de referencia" incompatibles entre sí. Hay una forma de percepción común de los relatos humorísticos: la de "una situación o idea, L, en dos marcos de referencia autoconsistentes pero habitualmente incompatibles, M_1 y M_2 " (*ibíd.*: 35). En un gráfico como el siguiente, Koestler representa la idea L en el segmento de intersección entre los planos M_1 y M_2 :



He aquí un ejemplo próximo a los del propio Koestler:

"Un policía se encuentra por la calle con un pin güino y, bastante perplejo por el hallazgo, lo conduce a la comisaría para recibir instrucciones.

-Llévelo al zoo -es la solución que propone el comisario.

Transcurren unas horas y el policía reaparece en la comisaría con el pájaro caminando a su lado.

-¿Pero no le ordené que lo llevara al zoo? -interpela el comisario.

-Eso he hecho, señor -responde el agente-, y al pingüino le ha gustado tanto que he venido a solicitar su permiso para llevarlo al cine."

En esta historia humorística, la idea de "zoo" aparece escindida en dos distintos universos de sentido: el zoo en cuanto lugar de recreo para los espectadores humanos y en cuanto espacio de internamiento para animales. Esa escisión, descubierta en el último episodio del chiste, afecta al propio personaje del pingüino, cuya hasta entonces incuestionada "animalidad" se ve bruscamente confrontada con la "humanidad" que le atribuye la cándida conducta del policía. Así pues, el relato ha puesto en juego y ha hecho que tropiecen dos "contextos asociativos": el dado por la serie de sentidos "animalidad"-"internamiento" y el proporcionado por los sentidos "humanidad"-"diversión".

Al utilizar la expresión "universo de sentido" se violenta un tanto, inclinándola hacia la semántica, la concepción de

Koestler, que utiliza indistintamente y como sinónimos las expresiones:

"marcos de referencia", "contextos asociativos", "tipos de lógica", "códigos de comportamiento", "universos de discurso", "matrices de pensamiento" y algunas más, sin que pueda llegar a precisarse si tales nociones poseen una pertinencia lógica, psicológica o semántica. Es muy posible que admitan indistintamente cualquiera de esas adscripciones. En todo caso, el interés del autor se centra en otra cuestión: el asegurar tanto las analogías cuanto las diferencias que median entre las formas creativas del razonamiento, sea éste humorístico, teórico-científico o artístico. La estructura intelectual común a las tres síntesis es la bisociación, pues un mismo par de matrices de pensamiento puede producir efectos cómicos, artísticos o de "saber".

La diferencia procede del modo en que tales matrices entran en contacto. Nuevamente de forma metafórica, Koestler explica que el resultado de la interacción entre marcos de referencia bisociados es "bien una colisión que termina en risa, o su fusión en una nueva síntesis intelectual, o su confrontación en una experiencia estética" (*ibíd.*: 45). Aun cuando la exposición, fundamentalmente heurística, no proporciona unos criterios formales que permitan diferenciar de manera inequívoca las operaciones de colisión, fusión y confrontación, Koestler representa a un "tríplico" algunas de las figuras que, por efecto de su aplicación, caracterizan los respectivos razonamientos (¿o discursos?) del "bufón", el "sa-

bio" y el "artista". Así por ejemplo, la figura de la caricatura, en el orden humorístico, es el correlato de la esquemmatización del discurso sabio y de la estilización artística.

Cabe también incluir entre las teorías de la incongruencia aquéllas que sitúan en el centro de la experiencia humorística el hallazgo de una contradicción axiológica habitualmente orientada en favor del término negativo, es decir, resuelta como degradación. Esa es la perspectiva de Lalo, 1949, 32, cuando afirma que un contraste, para ser jocoso, "ha de serlo en sentido único, en pendiente, atraído hacia lo bajo, lo que implica que se plantee entre datos desiguales y en provecho del menor".

Cohen, tras haber dado a entender que el discurso cómico no procede desde la euforia a la disforia, es decir, de una emoción positiva a otra negativa, sino de la emoción a la indiferencia, establece un itinerario axiológico paralelo al pasional: la alegría es inducida por una contradicción axiológica entre términos con significaciones patéticas opuestas, pero no resuelta en favor del término disfórico, sino en la neutralización recíproca de ambos términos. La degradación característica de la comicidad no se caracteriza, pues, por la operación: "valor---► antivalor", sino que procede según el esquema: "valor/antivalor---► no va-

lor", es decir, hacia una neutralidad axiológica solidaria de la neutralidad afectiva (1985: 57-58). El autor halla, pues, justificada la vieja creencia de que lo cómico es antagónico de lo poético, de que "la humorada es el enemigo del amor y de la poesía", según la expresión de Kundera.

Pues si el discurso poético soporta siempre enunciados "patéticos" y tiende hacia la supresión de la distancia entre el sujeto y el objeto, el discurso de la comicidad manifiesta una tendencia a distanciarse del objeto y a despatetizar el mundo. Lo cómico es, en fin, la risa de la inteligencia "entregada a sí misma porque ha logrado desprenderse de lo patético para llegar a lo noético, a suprimir el encanto que retiene a la conciencia cautiva de un mundo a la vez oscuro y fascinante para restituirla a un mundo indiferente y claro" (*ibíd.*: 53).

2.5. La perspectiva conativa

Como he indicado anteriormente, entiendo por perspectiva conativa aquella que encuentra la forma del humor en la afirmación de la superioridad sobre otro supuestamente proporcionada por un discurso o situación cómicos. En cierto modo consiste también en una teoría de la incongruencia, puesto que supone el cotejo de dos posiciones diversas; pero no se trata, claro está, del hallazgo de una contrariedad o contradic-

ción noética, sino de una oposición axiológica que involucra al destinatario y a otro sujeto implícita o explícitamente sometido a comparación con él. Se trata, pues, de una incongruencia de orden intersubjetivo resuelta imaginariamente en beneficio del destinatario por efecto de una sanción implícita.

Para los defensores de esta teoría, reír es burlarse, y el burlarse, como escribe Cohen (1985: 53), "es siempre burlarse de". El sujeto que ríe es aquí un sujeto evaluador y sancionador de sí mismo y del otro, blanco de su risa.

2.5.1. La afirmación del testigo

Según esta perspectiva el sujeto lleva a cabo una comparación que pone en relación la propia situación, supuestamente favorable, con la desfavorable situación ajena, que parece originada por una conducta torpe, desafortunada o ridícula. En el plano axiológico el humor involucra entonces la confrontación entre un valor positivo propio y un anti valor ajeno (la belleza frente a la fealdad, la fuerza frente a la debilidad, la verdad frente a la falsedad, etc.), y en el plano de la sanción

pragmática involucra el sentimiento de triunfo o glorificación del sujeto observador sobre el observado.

La teoría de la superioridad, esbozada en el File-bo platónico, halla su máxima expresión filosófica en la Poética, cuando Aristóteles describe las propiedades de la comedia: "Es, como hemos dicho, imitación de hombres inferiores, pero no en toda la extensión del vicio, si no que lo risible es parte de lo feo. Pues lo risible es un defecto y una fealdad que no causa dolor ni ruina" (1974: 141-142). La comicidad se debe, pues, a la mímesis, como todo arte dramático (4), pero particularmente referida a un defecto ajeno de efectos restringidos. Como ya he señalado, ignoramos las propiedades que el Estagirita pudo atribuir a la catarsis cómica, pero es muy probable que la exclusión de la fealdad aflictiva y ruinoso como objeto de la mímesis cómica viniera exigida por el logro de los correspondientes efectos catárticos. Lo que es seguro, en todo caso, es que la concepción aristotélica de la comicidad excluye el género humorístico modernamente bautizado como "negro", que lejos de detenerse ante el sufrimiento y la destrucción hace de ellos su objeto específico (5).

"La comedia -observa Aristóteles- tiende a representar a los hombres peores de lo que son, al imitarlos; la tragedia, mejores" (ibíd.: 132). Se trata de una distinta cualificación de los personajes que se corresponde con, y dimana de, la aplicación de figuras discursi-

vas determinadas: la vituperación (psógos) propia de la comedia, contra puesta al elogio trágico (Rodríguez Adrados, 1983: 55). En terminología moderna cabría decir que la comedia y la tragedia poseen formas específicas y contrapuestas de ilocución.

Pero Aristóteles no alude tan sólo a la representación de una fealdad limitada como fuente del placer cómico. En la Poética se considera otra propiedad de la comedia que será nuevamente examinada por muchas teorías modernas del humor, a saber, la superación de los conflictos, la reconciliación: en la comedia se encuentra deleite por el hecho de que "hasta los más enemigos según la fábula, como Orestes y Egisto, al fin se tornan amigos y se van sin que ninguno muera a manos del otro" (1974:173).

Reformulada por Hobbes, la teoría de la superioridad subraya la autocomplacencia implícita en la "gloria súbita", pasión que origina la risa, ya que "es causada o por algún súbito acto propio que complace, o por la aprehensión de algo deformado en un otro, por comparación con lo cual hay súbita autoaprobación" (1979: 163). Es de advertir que Hobbes sitúa del lado de la risa percepciones y sentimientos que Spinoza asoció a la irrisión, nacida del odio y mala por sí misma. Pero el autor de Leviatán no descuida tampoco la censura moral de la jocosidad nacida del desprecio, que "es frecuente sobre todo en aquellos que son conscientes de

llas pocas habilidades que en ellos hay, que se ven forzados a conservarse en su propia estima observando las imperfecciones de otros hombres. Y por tanto, mucha risa ante los defectos de otros es un signo de pusilanimidad. Pues una de las labores propias de las grandes mentes es ayudar y liberar a otros del desdén, y compararse a sí mismos solamente con los más capaces" ((ibíd.: 163). Es de la interacción entre los humanos de donde emerge la irrisión, y más precisamente del equilibrio delicado entre las capacidades individuales. El gran mérito de Hobbes reside en haber dado a entender tan agudamente que los asuntos jocundos conciernen a la relación de uno consigo mismo, pero a menudo por mediación del juego interactivo de la estima entre cada cual y los otros.

En fin, la teoría de la superioridad no dejará de ser aceptada a lo largo del desarrollo del pensamiento moderno. Bain, en 1888 (The emotios and the will) reitera la importancia del "blanco" u objeto de la irrisión, pero no sólo entendido como persona o cualidad personal: también las ideas, las instituciones políticas y los objetos inanimados son susceptibles de asumir esa función (citado por Keith-Spiegel, 1972: 7).

Baudelaire subraya en su ensayo sobre el humorismo el papel de la superioridad sobre otros, y esta relación denigrante le parece una manifestación más de la naturaleza maligna de la comicidad: la

risa es una expresión frecuente de locura (1962: 248) y lo cómico, "uno de los más claros signos satánicos del hombre" (ibíd.: 247).

Bergson proporciona también una versión sui gene-
ris de la teoría de la superioridad, en la que la sociedad "castiga" las ex-
centricidades, los abandonos de la norma: La risa es "una especie de gesto
social. Por el temor que inspira, reprime las excentricidades (...) Si se
traza un círculo alrededor de las acciones y disposiciones que comprometen
la vida individual y social y que se castigan ellas mismas mediante sus con
secuencias naturales (...), queda cierta rigidez del cuerpo, del espíritu y
del carácter que la sociedad quisiera también eliminar para obtener de sus
miembros la mayor elasticidad y la mayor sociabilidad posibles. Esa rigidez
constituye lo cómico, y la risa es su castigo" (1973: 27-28).

Si la perspectiva de Bain permite contraponer al
observador individual frente a un blanco social, la de Bergson sitúa a la
sociedad, observador colectivo, frente al blanco de las conductas individua-
les, anómalas. La estructura actancial es siempre la misma, en éstas y en
las restantes teorías clásicas de la superioridad: el actante testigo fren-
te al actante objeto de observación o blanco. La estructura narrativa que
subyace en las distintas formulaciones es también la misma: al observar la
conjunción del blanco con un objeto de valor negativo (un antivalor), el
testigo obtiene una gratificación derivada de su propia conjunción con un

valor positivo: estructura formalmente simétrica en la que la positividad axiológica del objeto conquistado por el observador viene determinada por la negatividad del objeto observado; o "juego de suma cero" en el que la ganancia de uno es enteramente proporcional a la pérdida del otro.

2.5.2. Reflexividad y ambivalencia: Enseñanzas de Charlot

Pero más allá de las consideraciones formales conviene detenerse a examinar brevemente la naturaleza de esa ganancia y, con ella, la razón profunda de lo cómico en las teorías de la superioridad.

Es bien sabido que el sentimiento de preeminencia frente a la situación desfavorable de otro nutre gran parte de la comicidad popular, pero no lo es menos que en los mismos géneros cómicos populares pueden hallarse numerosísimos contraejemplos que echarían por tierra la universalidad de esta explicación. Por ejemplo, las comedias clásicas del cine mudo están plagadas de gags de tipo degradante, muchos de ellos enraizados en la tradición popular y clownesca: el aplastamiento de la tarta contra el rostro, el resbalón repentino, la súbita desgarradura del

pantalón, etc. Pero en el mismo género no faltan situaciones cómicas de sentido inverso, como aquella de Chaplin en el filme El emigrante: Charlot aparece de espaldas sobre la cubierta de un barco y sus movimientos hacen suponer que está vomitando, víctima de un grave mareo; bruscamente el personaje se vuelve hacia el espectador y éste descubre que Charlot ha pescado un pez: era la afanosa operación de la pesca y no el vómito la causa de su agitación. La situación plantea una repentina quiebra de las expectativas, tal como requería la teoría de la sorpresa, pero parece difícil conjeturar que la fuente de la comicidad resida en la afirmación de la superioridad del espectador sobre el personaje. Antes al contrario, el único objeto posible de desaprobación sobre el que el observador puede fundar la "gloria súbita" de la risa es su propia evaluación de la situación ante la escena anterior. El espectador desaprueba reflexivamente su propia ingenuidad en la interpretación precedente del relato. La provisional afirmación de su superioridad sobre el personaje no pasa de ser un episodio subsidiario dentro de una narración más sofisticada, que al confirmar la insuficiencia de nuestra interpretación, nos permite distanciarnos de nosotros mismos y tomarnos como blanco apropiado de nuestra risa.

Como ha señalado Dolitsky, el humorista se sirve de las expectativas no expresas de la audiencia, de las que posee un modo implícito de tal modo que "es el reconocimiento posterior de la audiencia de la capacidad del narrador para llevarle fuera del camino de rosas de las falsas hipótesis (...) lo que constituye la esencia del humor (...) Es la ingenuidad de la audacia contrastada con el conocimiento del humorista lo que crea el efecto" (1983: 42).

Pudiera parecer que esta interpretación echa por tierra lo esencial de la teoría de la superioridad, que ha de ejercerse sobre otro. Por el contrario, al explicar así las cosas concedemos mayor generalidad a esta teoría, a condición de no profesar una rígidamente sustancialista del sujeto. La superioridad sobre sí mismo es la de un "yo-observador" sobre un "yo-blanco" objetivado como otro por la retrospectividad reflexiva. Más allá de las distintas astucias de la alteridad, el resultado final que conduce a la risa es la autoaprobación; y no a pesar de aquéllas, sino por su mediación, el humor se nos puede ofrecer como sofisticada experiencia de relación consigo mismo. Esta propiedad, aparte la proximidad fonética de los nombres, es acaso la única que emparenta al humor con el amor, al menos si éste se entiende, con Proust, como una "apasionada entre vista con nosotros mismos".

Pero cabe aun otra objeción a las teorías clásicas de la superioridad, y es que en la experiencia humorística la desaprobación de un defecto ajeno no se resuelve necesariamente como gratificación pura. Los aspectos de la experiencia humorísticas puestos de relieve por la teoría de la superioridad: degradación del otro y autoaprobación comparativa del yo, pueden también respaldar la hipótesis de la ambivalencia, antes mencionada, según la cual el humor suscita la concurrencia de emociones encontradas.

En efecto, es un tránsito sutil y fácil el que media entre la "identificación proyectiva", por tomar una expresión psicoanalítica que puede describir la virtud defensiva y compensatoria del humor a la que aluden las teorías de la superioridad, y la empatía aflictiva del observador que se ve involucrado en la experiencia penosa del blanco cómico.

Esta ambivalencia se ha señalado respecto a nume-

rosos objetos supuestamente cómicos, y entre ellos los filmes de Charlot vuelven a proporcionar un ejemplo privilegiado: son relatos que bordean lo trágico y lo cómico, que aúnan la compasión y la revancha o que, como defiende Duvignaud, hallan su legitimidad no en la expresión de lo trágico y lo grotesco sino en "la bondad de un artista ante la incoherencia del mundo" (1985:205). Y los descalabros de la bondad difícilmente sirven a la pura proyección compensatoria. El genio de Chaplin, señala Deleuze, reside precisamente en aunar la risa y el llanto, en hacer que riamos cuando estamos más conmovidos: su secreto era elegir los gestos próximos y las correspondientes situaciones alejadas "de tal modo que bajo su relación naciera una emoción particularmente intensa y al mismo tiempo la risa, y que la risa se redoblara con la emoción. Si una pequeña diferencia en la acción induce y hace que se alternen situaciones muy distantes u oponibles (...), una de las dos situaciones será "realmente" tocante, terrible, trágica (...) Chaplin sabe inventar la diferencia mínima entre dos acciones bien elegidas, y eso explica que sepa también crear la distancia máxima entre las situaciones correspondientes, una que llega a la emoción y la otra que alcanza la comicidad pura. Es un circuito risa-emoción donde una remite a la pequeña diferencia y la otra a la gran distancia, sin que la una borre o atenúe a la otra sino que ambas se revelan, se reactivan" (1984: 240).

Este es el caso del gag del barco, o el del no menos conocido de Tiempos Modernos: Charlot agita una banderola roja para advertir al camionero de cuyo vehículo se ha desprendido; inesperadamente una

manifestación obrera aparece a su espalda y el gesto inocente de Charlot adquiere un significado que no pasará inadvertido a la policía. El esquema diseñado por Deleuze: proximidad del gesto, alejamiento del sentido de las situaciones, es aplicable a gran parte de los mejores gags chaplinianos: en una charcutería, Charlot se cuelga de una salchicha, cual si de la manilla del tranvía se tratara; en plena crisis amorosa, tomado por la cámara desde atrás, parece llorar convulsivamente, pero pronto descubrimos que está agitando una coctelera, etc. (6).

El conflicto central de El gran dictador se basa en el mismo esquema: la proximidad física entre el candoroso barbero judío y el cruel autócrata, ambos interpretados por Chaplin, contrasta violentamente con todas las diferencias psicológicas, morales y sociales entre los respectivos personajes.

Otro célebre gag de Chaplin, el de la furibunda máquina de comer de Tiempos Modernos, hace pensar a Cremonini en el "carácter perturbador de una solución falsamente compensatoria", primer paso hacia una concepción extrañadora, no identificadora, de lo cómico: "El objeto del discurso no es ya el sí mismo en relación con el Otro, sino la naturaleza completa de esa relación. Lo perturbador opera la supresión de la dicotomía Sujeto/Objeto (...) y el salto al primer plano de la estructura tota-

lizadora Sujeto - Objeto. Lo perturbador, en fin, se opone como una crítica implícitamente extrañadora a la identificación, sea ésta compensatoria o frustrante. En la forma chapliniana de la comicidad, tan ambigua que lo cómico y lo trágico coexisten, la ambigüedad significa "revelación de contradicciones" (1976: 108-109).

Las comedias de Chaplin se nos presentan hoy como un ejemplo de fusión de la comicidad burlesca tradicional con el humorismo trágico y crítico de la modernidad, como amalgama de la desolación patética y la victoria noética, a la vez conmovedoras y exaltadoras de la distancia. Y si no por la ruptura de las convenciones de género, sí radicalmente modernas por haber enfrentado al espectador con la insuficiencia de sus propias presunciones e hipótesis, es decir, por haberlo entregado al vértigo de la reflexividad. Hasta el viejo antagonismo entre lo cómico y lo poético se debilita irrepitiblemente en las andanzas del pequeño vagabundo lúcido.

Otra perspectiva sobre la ambivalencia de lo cómico viene dada en un breve ensayo de Girard: Equilibrio peligroso. Una hipótesis sobre lo cómico, donde se afirma que "el hombre que se ríe está a punto de quedar envuelto en el esquema del que ya forma parte el objeto de su risa" y que, lejos de alcanzar la gloria de la superioridad sobre el objeto, el espectador se ve amenazado junto a él por la pérdida de autonomía y

de autodomínio. Es un viejo procedimiento comediográfico el de la inclusión entre los personajes de un espectador que ríe, y que "cae en la misma trampa que ya tragó al objeto de su risa y a su vez se hace él mismo risible" (19-84: 135). Pero la pérdida de autonomía y de autocontrol propia de las situaciones cómicas se da en la risa misma, que no es distinta de aquello que la causa: si un hombre que camina sobre el hielo se cae, otro hombre que lo observa y se ría del primero podrá también resbalar y caerse; inevitablemente el segundo es más divertido que el primero, y un tercero podría resultar aun más hilarante, "siempre, claro está, que no sea yo mismo": la barrera "artificial" entre el escenario y el público no es sino una defensa frente a esa circularidad de la risa que amenaza con suprimir la autonomía y la superioridad del espectador sobre el objeto risible. "Como afirmación de superioridad, en las formas más intelectuales de lo cómico, la risa realmente significa una negación de superioridad. El hombre que me hace reír ya trató de negar la reciprocidad entre él mismo y otro, y fracasó en su empeño". Al reírme, yo reproduzco todo el proceso: mi nuevo intento de dominio y mi fracaso llevan a una restitución de la reciprocidad a través de los actos mismos que pretendían anularla (ibíd.: 136).

La risa es, pues, contradictoria: requiere de una amenaza verdadera a la capacidad de control del ambiente, pero esa amenaza debe de ser limitada por algún tipo de barrera: la separación del escenario es una de ellas, pero también lo son las distintas formas de distancia (respecto a costumbres extrañas, tiempos pasados, etc.) que conlleva la co-

micidad. Paradójicamente, el provocar la risa "exige una amenaza que sea al propio tiempo masiva y nula" (ibíd.: 139)

Llega, pues, el momento de una conclusión crítica: la teoría clásica de la superioridad, la de Aristóteles y Hobbes, explica gran parte de los fenómenos cómicos, en particular aquéllos que se vinculan con la tradición popular de la comicidad grotesca, en los que se propone siempre una oposición axiológica (que, por cierto, justifica la teoría de la incongruencia) entre un valor positivo y un antivalor, su contrario o su contradictorio. El observador de la situación cómica establece, pues, implícitamente un juicio cognitivo en el que se ve a sí mismo en conjunción con el valor positivo, y al personaje u objeto cómico en disyunción con él, o conjunto con el antivalor. Este juicio de superioridad, constitutivamente comparativo y por ende reflexivo, equivale a una sanción negativa del otro y a una sanción positiva de sí mismo o autoaprobación, "prueba glorificante" (en la terminología de Propp-Greimas) que daría paso a los efectos emocionales característicos de la comicidad.

Pero los teóricos de la ambivalencia señalan que en formas particulares de la comicidad (entre las que he destacado la mención al humor chapliniano), e incluso en su forma general, existe una dimensión, o un tipo de episodios, contradictorios con aquel juicio de superioridad y con sus efectos autoaprobatorios. La intuición de esa potencial

objeción está presente en la propia Poética, en la advertencia de Aristóteles sobre la necesaria "moderación" y particularidad del efecto cómico. Como he comentado respecto a un gag de Chaplin, el incidente es una amenaza abierta contra el juicio de superioridad, una vez que el cómico desmiente nuestra presunción de un defecto ajeno y nos incita a la autodesautorización retrospectiva. El juicio de superioridad también queda en entredicho por la proximidad de los sentidos que están en juego (Deleuze), por la aproximación entre el sujeto y el objeto (Cremonini) resultante de una circularidad mimética que envuelve al espectador (Girard).

Así, pues, la comicidad no se consume sin un acercamiento a la intransitividad, a la pérdida de la autonomía del yo, al retorno a la indiferencia. Si tales efectos no aniquilan el propiamente cómico ello acaece en virtud de ciertos procedimientos de distancia que aseguran el equilibrio entre la proximidad del gesto y el alejamiento de las situaciones (Deleuze), la institución de barreras simbólicas como la "cuarta pared" del escenario intercultural (Girard) o la simple distanciación reflexiva respecto a las propias expectativas, en la que se consume una autoaprobación actual. De este modo, la intransitividad que amenaza con engullir al testigo conjuntamente con su blanco cede a la transitividad que restaura la superioridad del espectador, una superioridad cualificada en la confrontación con los peligros de la alteridad y con el riesgo de su propio fundamento. Los géneros cómicos de la literatura y del espectáculo, los ritos humorísti

cos como la broma o el chiste de sociedad, la bufonería cortesana, el humorismo fático de la cortesía y del discurso persuasivo son otras tantas formas de marco o de señal de marco que aseguran la eficacia de los procedimientos humorísticos junto a su inocuidad. La comicidad institucionalizada (formalmente) puede ser entendida como defensa social, en el sentido bergsonianiano, frente a la amenaza de disolución del sujeto, del objeto y del vínculo intersubjetivo que late en el humor mismo. No es, pues, tanto la ambivalencia emocional lo que está juego en la comicidad cuanto el carácter esencialmente paradójico de una conciencia humorística que es transitiva en cuanto reflexiva, y viceversa, que apunta a la negación de la reciprocidad y se consume en su retorno. A la percepción de esa conciencia alude la noción de "sentido del humor", tan comúnmente admitida como indescriptible, y la vieja convicción de que el humor, como la generosidad, sólo es efectivo si comienza por uno mismo, es decir, contra uno mismo.

Las teorías de la superioridad desmienten la benévola oposición spinoziana entre la bondad de la risa y la malignidad de la irrisión, pues toda comicidad parece contaminada por el desdén y la burla. Pero también ayudan a entender que a menudo el desdén y la burla no se consuman sin amenazar la seguridad y supremacía del propio discurso cómico: en este riesgo de retroacción, de impugnación paradójica de los propios enunciados puede verse, en fin, la especificidad del humor, o al menos del humor discursivo moderno, frente a la comicidad popular que, hundiendo sus raíces

en la fiesta y el carnaval, sobrevive en el arte de los payasos circenses (7).

El humor discrusivo, que germina en Cervantes, en Montaigne y en Quevedo, en el Tristram Shandy de Sterne y en Una modesta proposición de Swift, que atraviesa los Aforismos de Lichtenberg y alcanza su plenitud en Alicia y La caza de Snark de Carroll, nace de la descorporeización y privatización de la comicidad medieval, tal como ha señalado Violi, 1976. Es la nueva conciencia individualista burguesa la que permite el desarrollo de la ironía, del juego lingüístico y de las otras formas de comunicación contradictoria, basadas en la autonegación.

En el caso paradigmático del Tristram Shandy no se trata de afirmar nuevas verdades, de impugnar frontalmente, al modo satírico, los valores o las instituciones de la época, sino de parodiar las propias estructuras y convenciones de un género literario, incluso de la literatura en general: "La novedad de la novela sterniana está sobre todo en el descubrir y mostrar las reglas sintácticas y estructurales", en su capacidad de "poner al desnudo el artificio" en un proceso de extrañamiento respecto a las tradiciones y los procedimientos literarios. Como ya señalaron los formalistas, el contenido más relevante de la novela es "esta puesta en evidencia de las formas a través de su destrucción" (Violi, 1976: 121). En

este sentido, tanto Sterne como sus herederos (desde Carroll a Joyce) llevan a cabo una crítica radical de la cultura y de la sociedad a través de la destrucción de las estructuras lingüísticas en que aquéllas se expresan (ibíd.: 122).

Los procedimientos del humorismo lingüístico tienen mucho que ver con lo que Rosset denomina la "lógica de lo peor", una lógica volcada en la impugnación de sus propios fundamentos. En efecto, y tal como enseñan la teoría de "tipos lógicos" o la teoría de la metacomunicación, la superposición de uso y la mención, o del nivel de lo enunciado y el nivel de la enunciación, conducen a aporías y contrasentidos. En Sterne, esta clase de paradojas son constantes:

"Vamos a casa de mi hermano Shandy, dijo.

Capítulo treinta y dos

Mientras mi tío y Trim se encaminan hacia la casa de mi padre, tendré el tiempo justo para informarles que..." (Sterne, 1978: 572).

En este fragmento, por ejemplo, la temporalidad interna del relato se embrolla con el tiempo de la narración, en una impug

nación de la lógica narrativa que se vuelve contra el rigor y la coherencia de la propia obra. De eso se trata: de utilizar el lenguaje contra el lenguaje, de cerrar el bucle reflexivo en contra de todo procedimiento narrativo, y por tanto del propio.

Así pues la superioridad, en el humorismo discursivo moderno, procede también contra las convenciones discursivas, y no sólo contra la fealdad y el defecto ajenos dados en los contenidos proposicionales del discurso, y ese proceder conlleva inevitablemente la desaprobación de la propia palabra junto a su paradójica exaltación en cuanto insensata una vez que el sinsentido se llega a estimar como forma suprema del discurso crítico; en el surrealismo, cuando se afirma el valor del humor como "revuelta superior del espíritu" (Breton), se da paso a una forma exacerbada de conciencia paradójica, la que Artaud, 1971: 82, exalta en estos términos: "Sí, he aquí, pues, el único uso que de ahora en adelante se le puede dar al lenguaje, un medio de locura, de eliminación de pensamiento, de ruptura, dédalo de las sinrazones".

Se puede afirmar, en suma, que el humor discursivo moderno es el resultado de una extensión de los procedimientos degradantes característicos de la comicidad popular contra las propias estructuras y convenciones del discurso, tomado a la vez como blanco y objeto de la irrisión

y como único medio posible de producirla.

Habría que añadir que el humor lingüístico o meta lingüístico, salvando la especificidad de su paradojismo, es enteramente co herente con la otra forma característica del humor moderno: la sátira. En efecto, ambas modalidades apuntan a la desinstitucionalización que Ghelen considera consustancial a la cultura moderna. La sátira impugna las instituciones "objetivas" de la política, la economía, etc. El humor lingüís- tico, las instituciones discursivas (en cuanto) que interactúan con aque- llas.

3. LA RISA Y LA SOCIEDAD

3.1. La desublimación

Si se pudiera sintetizar en tres proposiciones generales la teoría bergsoniana de la comicidad habría que decir que: 1) lo cómico es un hecho puramente humano 2) que se dirige al intelecto y 3) tiene una significación social precisa. Ya he comentado en páginas anteriores cuál es el sentido social de la risa que Bergson considera definitivo: el reír parece una forma de sanción y de corrección de aquellos comportamientos cuya rigidez amenaza la fluidez de la vida y el esfuerzo de adaptación de la sociedad, es decir, de los comportamientos cómicos. Ahora bien, ¿tiene algún sentido la afirmación de que la risa castiga la comicidad? Qué valor tendría esta afirmación aplicada, por ejemplo, a un buen espectáculo cómico en el que sin duda la risa también es un premio?

Bergson no ignora este doble valor de lo cómico: en él se concilian la rigidez, la esclerosis del flujo vital, y las condiciones para que la vida, a través de la expresión risueña, salga victoriosa. En la última página de La Risa, y en su párrafo más conclusivo, pue

de leerse: "Es preciso que en la causa de lo cómico haya algo levemente atentatorio (y específicamente atentatorio) contra la vida social, ya que la sociedad responde mediante un gesto que tiene toda la apariencia de una reacción defensiva" (1973: 164). El hecho cómico en su totalidad se presenta como una paradoja: en el confluye la amenaza social implí- cita en "la causa de comicidad" y el antídoto de la risa sancionadora que es su efecto. La amenaza es cierta, pero no es menos cierto que só- lo su aparición permite a la sociedad la movilización de los recursos defensivos correspondientes. El proceso de la comicidad es el de un mal que concita contra sí mismo al remedio; es, en suma, una vacuna. ¿Por qué si no la levedad del atentado cómico? La noción de un mal débil, li- mitado, es común a la teoría bergsoniana y arsitotélica: en ambos casos parece que sólo una pequeña cantidad de daño (sea fealdad o rigidez) permite la explosión del gozo (catártico o correctivo).

La comicidad, como la vacuna, es un procedimiento paradójico que incluye daño y reparación, castigo y premio. Es también por eso mismo una expresión privilegiada del paradjismo simbólico inheren- te a toda forma de socialidad.

Por ello quizá fracasan los intentos de explicación lineales y unilaterales del fenómeno humorístico. Fracasa el de Spi noza, que al establecer una oposición radical entre la risa, bien absoluto, y la irrisión y degradación, malas por sí mismas, pasa por alto la sutil y a veces plenamente explícita continuidad entre ambas operaciones que los fenómenos cómicos no dejan de manifestar. Fracasa el de un Bossuet cuando en sus Maximes et réflexions sur la comédie, exponente prototípico de la crítica puritana a la comicidad, afirma que la imitación de la comedia excita la "malignidad de la concupiscencia" y conduce al pecado, y que "lo cómico destruye la imagen sagrada del hombre" (citado por Duvignaud, 1985: 45). Pues si no es falso que la comicidad contiene una función de-sublimadora inversa a la que Eliade denomina hierofántica, es decir, manifestación de lo sagrado a través de los símbolos (8), no es menos cierto que, al menos en sus formas institucionalizadas, como la que Bossuet censu ra, la degradación actúa como en un paréntesis ritual que no compromete necesariamente la vigencia general de los valores en juego. Como el propio Duvignaud apunta, la oposición profunda que inquieta a Bossuet es la que enfrente al teatro (cómico) con la ceremonia sagrada. Acaso porque, no sin lucidez, el clérigo sospecha que el ritual sagrado puede ser sustituido por un ritual profano de efectos compensatorios y consensuales análogos.

Como indica Cazeneuve, en las fiestas, juegos humorísticos y chistes la risa viene inducida a la vez por una atenuación de

las constricciones usuales y por la impresión de que se trata de un momento "al margen", en el que no hay un compromiso profundo para la personalidad (1984: 134). También a los efectos de la degradación humorística cabe pensar que al marco propio de las situaciones cómicas institucionalizadas aligera el peso de los agravios, desresponsabiliza a sus autores y beneficiarios e involucra modos de degradación sui generis. Como señalara Bajtin, la fiesta popular medieval contenía "un elemento de victoria sobre el miedo que inspiran los horrores del más allá, las cosas sagradas y la muerte", y en general sobre el poder y sus distintas encarnaciones. Y a pesar de los efectos que la fiesta pudo tener en la forja de una nueva conciencia, no pasaba de ser en su momento una forma de liberación o victoria efímeras (1974: 85-87), autorizada o meramente tolerada precisamente por su carácter extraordinario, marginal. Algo análogo se ha señalado respecto a la función del chiste político en los sistemas totalitarios: a través de la efímera impugnación del humor el grupo se vigoriza y se sobrepone a la opresión. El chiste es una terapéutica social por la que los oprimidos pueden, si no derrumbar la fuerza opresora, al menos acostumbrarse a convivir con ella.

La degradación cómica, en fin, no tiene el mismo carácter destructor que otras formas de desublimación, y en ello reaparece el paradojismo: la risa hace peligrar la intangibilidad del poder y de lo sagrado, pero también exonera efímeramente de sus imposiciones y fa-

cilita la convivencia de la comunidad con sus símbolos. Y así, como en otros aspectos, es simultáneamente un factor de cambio y de conservación, de liberación y de constricción, de rebeldía y de resignación.

No le falta razón a Cazeneuve cuando afirma sarcásticamente que en las perspectivas generales sobre el problema da la impresión de que la risa sirve a la vez para cualquier fin social y para su contrario (1984: 206). Pero lejos de ver en ello un motivo de impugnación genérica de estas perspectivas yo entiendo que, en efecto, el humor, la comicidad y la risa se producen al calor de la incongruencia semántica, de la contradicción axiológica y de la desigualdad política precisamente porque remiten directamente a las condiciones paradójicas de la relación social, que es a la vez intrusión y separación, discontinuidad y continuidad, identidad y diferencia, reproducción recíproca del todo y las partes (Quéré, 1982: 28). El paradojismo del humor no expresa las diferencias superficiales de la significación, de los valores y del poder, sino su fundamento más profundo.

3.2. La neutralización de la amenaza

La concepción de la risa como expresión de una proscripción de los comportamientos antisociales está muy extendida en tre los teóricos, y desde luego entre los científicos sociales. Esa concepción encuentra dos formulaciones complementarias: unas veces son los agentes humorísticos quienes, a través de la degradación del objeto cómico excluyen más o menos ritualmente los valores y conductas antisociales con él conexos. Otras veces es el propio agente cómico quien representa ante el grupo esos valores y conductas, y su proceder cómico aparece como un mecanismo anticipativo de reparación, una "vacuna" mediante la que se asi milan simbólicamente las amenazas que asedian al orden social. Es posible que cada una de esas variantes del ejercicio social del humor se corresponda con una diversa estrategia de control social.

Por ejemplo, la primera parece propia de la estrategia que Lévi-Strauss denominara antropoémica (de émein: vomitar), característica de aquellas sociedades en las que se arroja fuera de la vida social a los agentes "desviantes".

La segunda se presenta como antropofágica, propia de las sociedades que conjuran las desviaciones del orden normativo asignando una posición y unas funciones específicas a las conductas desviantes, es decir, que las "asimilan".

Existen testimonios etnológicos que respaldan la justeza de esta tipología básica de los procedimientos de control social, pero también cabe pensar que en sociedades complejas como la nuestra ambos procesos coexisten y se complementan.

Algunos teóricos como Hertzler, 1970, subrayan que la risa es generalmente unificadora y que da lugar a una "comunicación" entre los miembros "normales" del grupo, que por medio del humor se defienden de las amenazas al consenso (citado en Cazeneuve, 1984: 204). Otros autores atienden a la función de figuras institucionalizadas como las del "tonto" o el "loco", que se presentan como blancos de la agresión simbólica de la colectividad.

En esta línea, Klapp, 1950, vincula una dimensión del humor con la estructura social: el loco tiene una posición y un papel socialmente definidos y para el grupo representa antivalores. Su

posición, aunque inferior, es apreciada precisamente en cuanto que sirve de blanco, de chivo expiatorio, de "símbolo catártico de agresión". Por eso cuenta con una cierta licencia para salirse de la normalidad grupal, habitualmente sujeta a sanciones, y a través de lo ridículo de su comportamiento actúa como un mecanismo de control, como un regulador o ejemplo "negativo" por el que se refuerzan las normas que él (y sólo él) transgrede. Klapp sugiere que existe un continuo proceso colectivo de adscripción de algunos sujetos al papel de loco, como medio de reforzar la conformidad y el ajuste estatutario o simplemente para contrarrestar la desviación (citado por Martineau, 1972: 106).

Es frecuente el recurso a un "extraño" como mediador de la sanción cómica contra los comportamientos anómalos. Ello no sólo ocurre en sociedades tribales: Epstein, 1976: 467, cita un estudio de Peters sobre comunidades rurales de España y del país de Gales, en el que se advierte cómo los jóvenes, en cierto modo ajenos a la comunidad adulta por su habitual conducta infantil, son encargados de impartir esas sanciones cómicas en situaciones que atañen a la unidad del grupo, para mantener más verosímilmente la "ficción" cohesiva.

La institucionalización de la comicidad en todas sus variedades, desde el rol social grotesco al bufón cortesano, pa-

sando por el cómico profesional, puede verse como una operación que legitima los comportamientos cómicos al mismo tiempo que conjura sus presuntas amenazas implícitas.

En este contexto temático reaparece, pues, la figura del chivo expiatorio. Girard alude nuevamente a ella cuando propone una interpretación "literal" y no "cultural" de la catarsis aristotélica: tanto la risa (cómica) cuanto el llanto (trágico) tienen que ver con el proceso de expulsión fisiológica de un objeto físico que molesta al ojo; más exactamente, el aparato ocular actúa "metafóricamente", como si respondiese a una demanda de expulsión física. Las lágrimas, del sollozo o de la risa, sugieren que la emoción se relaciona con un proceso de purificación y evacuación "que también se da en la catarsis médica y religiosa" (1984: 131). El comportamiento metafórico de la risa es, pues, estructuralmente homólogo al de la purificación religiosa, que por medio del sacrificio expulsa ritualmente a la víctima y con ella a la violencia amenazadora de la colectividad (9).

3.3. La función mitigadora

Desde la hipótesis de que el humor es una parte de todo sistema social que ejerce influencias en las pautas interactivas y en las estructuras sociales que de ellas emergen, Martineau propone que puede ser examinado como un "lubricante" y como un "abrasivo" de la interacción social: en cuanto lubricante sirve "para iniciar la interacción social y para permitir que su maquinaria opere libre y fluidamente". En cuanto abrasivo su consecuencia es "la fricción interpersonal" y la posibilidad de que el carácter de la interacción se modifique a lo largo del proceso comunicativo (Martineau, 1972: 103). Cabría decir, por una extrapolación terminológica, que en cuanto lubricante el humor sirve a la función fática y en cuanto abrasivo a las distintas operaciones interpersonales de modificación del valor ilocutorio de los enunciados, de cambio de marco comunicativo y, en fin, de reestipulación del estatuto pragmático de la interacción. El chiste que permite salvar un silencio embarazoso en un encuentro o el comentario sarcástico que pretende suscitar una respuesta de aquél contra quien se dirige ejemplifican, respectivamente, esas funciones.

Siguiendo la sugerencia de Martineau puede decirse que el humor actúa ora como operador del consenso interlocutivo ora

como regulador del conflicto, operaciones ambas que, si bien se mira, tienen el mismo sentido. Como el mismo autor señala, citando a Stephenson, figuras "conflictivas" del humor como la ironía, el sarcasmo, la caricatura, etc. proporcionan expresiones de la agresión que carecen de las consecuencias de otras conductas abiertamente agresivas (ibíd.: 107). En suma, tanto la versión lubricante-consensual como la abrasiva-conflictual del humor se relacionan con una misma estrategia interlocutiva: la de mitigación conversacional.

Tomo aquí el término "mitigación" con la acepción que le da Fraser (1980: 342): reducción de efectos que supuestamente no serán bienvenidos por el interlocutor, o más claramente, limitación de la aspereza u hostilidad de la fuerza pragmática de una acción, es decir modificación cooperativa de un acto de discurso.

La justificación última de la mitigación ha de hallarse en relación con funciones muy generales del comportamiento interactivo. Entiendo por ello que constituye el efecto de sentido de distintos procedimientos correctivos tendentes a contrarrestar amenazas efectivas o virtuales contra la cara de los interlocutores. La noción de "cara" procede Goffman, 1970, y designa el valor positivo que una persona reclama para sí durante los contactos sociales. Ahora bien, la cara tiene dos dimensiones

que aparecen condicionadas, respectivamente, por dos necesidades sociales básicas: la reivindicación de un territorio del yo y el establecimiento de un lazo social con los otros. La cara negativa es la dimensión "defensiva" que se manifiesta como evitación de intrusiones ajenas en el ámbito de nuestro yo; la positiva es la dimensión de requerimiento del otro, de demanda de su reconocimiento y estima. Como ha señalado Roulet, 1980: 217, la modificación funcional de los actos de habla (por ejemplo, en términos de modalización) sirve a la compleja y delicada exigencia de satisfacer las ocasionalmente contradictorias reivindicaciones positiva y negativa de la propia cara tanto como las de la cara ajena, cuya pérdida amenazaría también la propia.

En lo fundamental, esta perspectiva coincide con la de Fraser, 1980: 344-345, cuando reconoce dos formas de mitigación conversacional: la orientada a suavizar la posible hostilidad hacia el propio hablante (self-serving mitigation) y la tendente a amortiguar efectos indeseados sobre el oyente (altruistic mitigation). A la primera clase cabría adscribir un ejemplo como el del jefe de personal que dice al empleado: "Me sorprende que el director me haya encomendado la engorrosa tarea de comunicarle su despido", en el que cabe reconocer la defensa de la cara positiva del hablante. A la segunda, un ejemplo como el del médico que dice al paciente: "por difícil que resulte de creer, dado su estilo de vida, el análisis muestra que vd. padece una enfermedad social", en el que la mitigación trata de preservar la cara positiva del oyente (los ejemplos

están tomados de Fraser, ibíd.).

Aun cuando, dado el carácter de las situaciones presupuestas por los ejemplos precedentes, es dudoso que tuvieran para sus virtuales protagonistas la misma fuerza humorística que para el testigo-lector, no son difíciles de hallar ejemplos de expresiones humorísticas con análogos intención y también reconocibles como tales por los interlocutores mismos.

3.4. Libertad y constricción

Uno de los problemas recurrentes en la teoría moderna del humor es el que se expresa en esta pregunta: ¿es el humor un signo de libertad, entendida como emancipación real o virtual del orden axiológico y normativo imperante, o es más bien una expresión, ocasionalmente sofisticada, de ese orden? La segunda opción alude, claro está, a respuestas como aquellas que encuentran en el humor una compensación imaginaria respecto a las onerosas cargas de la obligación social, o una terapia por la que los miembros de la sociedad se habitúan a convivir con sus normas, instituciones y valores.

Hay dos razones para que esta pregunta no halle una respuesta conclusiva. Primeramente, una razón epistemológica: la pregunta está mal formulada; en ella se presume una concepción demasiado estrecha, cosista y externa de las instituciones y de las normas, que, como he venido defendiendo en páginas anteriores, no se imponen a los sujetos "desde fuera" de sus prácticas interpretativas y discursivas. La transgresión, o al menos algunas de sus formas, es a menudo un procedimiento que asegura la normalidad de las conductas y la expresión de sus valores implícitos (recuerdo una vez más el procedimiento de la implicatura conversacional como ejemplo de transgresión normalizante). En este sentido, ciertas formas de discurso humorístico, como las recién señaladas formas "mitigadoras", están constitutivamente asociadas a la consecución de la normalidad interaccional, aun cuando proposicionalmente propongan sentidos que apuntan al cuestionamiento de tal normalidad. Por otra parte, y como también antes he sugerido, todo juego deliberado con las normas involucra una desinstitucionalización, una operación modificadora del orden normativo. Y es posible, además, que el discurso humorístico posea en general la virtud de aludir a un más allá de la seriedad discursiva, a un lugar del juego, de la fantasía y del gozo de decir por decir irreductible a la racionalidad de las metas y las estrategias del discurso "serio".

En segundo lugar, existe una limitación empírica: una vez que los estudios históricos y antropológicos han verificado

la variedad y mutabilidad de los tipos de discurso humorístico, las respuestas a la pregunta habrían de ser sociohistóricamente particularizadas. Esta tarea desborda mi capacidad y los propósitos de este trabajo.

Sí me es posible, no obstante, hacer referencia a algunos planteamientos que han abordado las relaciones entre el humor y la libertad desde puntos de vista filosóficos y antropológicos.

Se ha señalado reiteradamente que el humor contiene una potencialidad "disolvente" del orden social. Ya he citado la conclusión bergsoniana de que lo risible conlleva un "gesto atentatorio contra la vida social", aun cuando se trate de un atentado limitado, que se desmiente en virtud de su propia consecución, según la metáfora de la "vacuna".

Hegel atribuye a la comedia un importante papel en la disolución de la ciudad griega, en la quiebra de su supuesta unanimidad: "La comedia está constituida por un mundo donde el hombre en tanto que sujeto ha sabido hacerse dueño de todo lo que, a sus ojos, forma el contenido esencial de su saber y de sus realizaciones, un mundo cuyos fines se destruyen recíprocamente, por el hecho de su no esencialidad" (citado por

Duvignaud, 1985: 49). No se trata, pues, de una victoria de la libertad sino, como apostilla Duvignaud, de la de un yo crítico cuya creciente soberanía es correlativa al desplazamiento del héroe (trágico) por el hombre trivial, y de la fatalidad por el azar. El descalabro de la tragedia y la exaltación cómica caracterizan un proceso histórico de ruptura del consenso y de putrefacción de la polis. "Hay algo fundamentalmente asocial en la risa y Hegel no está lejos de hallar en ella el genio del "espíritu que siempre niega", el de Satán..." (ibíd.).

Ahora bien, la "asocialidad", el poder "disolvente" del humor pueden también interpretarse como invocación implícita de un deber ser de la sociedad, como un réquerimiento ético. Esa es la interpretación que da Francés, 1930: 10, de la caricatura satírica moderna: "aún en las aparentes degradaciones, latían impulsos elevados, ansia de belleza, de libertad, de ética inclusive, que se levantaba por sobre las adulaciones pictóricas".

Esa es también la interpretación que aplica Duvignaud (op. cit.: 25) a las formas de comicidad grotesca o bufonesca testificadas por la etnología, como los "clowns" de Samoa citados por M. Mead, los "bardaches" indios de Norteamérica, etc. "El "bardache" que, en las tribus indias de América del Norte, a veces sin rasgo de homosexua

lidad, recusa su papel de guerrero y se viste de mujer, el "loco" de Nigeria o del antiguo Congo sugieren también la idea social confusa de que la distribución de los roles en la vida común podría ser diferente de lo que es".

La comicidad alude a otro orden social y quizá por ello el poder político desconfía sistemáticamente de la risa. Ese recelo está paradójicamente expresado en la institución occidental de la bufonería, desde la antigüedad clásica a las figuras cortesanas del medievo y el renacimiento. Los Falstaff y los Yorrick simbolizan el compromiso del poder político con una fuerza (vis) cómica amenazante: "Una suerte de entropía amenaza a las sociedades cuando la costumbre o las reglas no bastan para mantener una coherencia que, en todo momento, puede resquebrajarse, y la deformación cómica rivaliza aquí con la emergencia de un poder político, como si la subversión se mezclase con la organización (...). Se comprende que ciertas realezas africanas o europeas de la Edad Media hayan hecho del bufón una especie de institución para defenderse de la corrupción cómica" (Duvignaud, op. cit.: 25-26).

Pero como ya sugería al comienzo del apartado, estas interpretaciones responden todavía a la propia racionalidad política asumida por los etnólogos: una lógica de fuerzas correlativas y polémicas, del orden enfrentado al desorden, etc. Duvignaud acierta a proponer

que numerosos discursos cómicos no son reductibles a la "seriedad" habitual del discurso etnológico: los relatos como el del personaje Caracajou, de los indios del noroeste de Montreal; las marionetas del teatro de sombras de Waiang, en Malasia; el teatro Liké, de Thailandia, etc. no son sólo exposiciones implícitas de inversiones de roles, ni mera transmisión de ritos tradicionales: "¿El "discurso mítico" no está agrietado, troceado en segmentos múltiples cuya combinación, arbitraria, expresa el placer de decir y de inventar?" (ibíd.: 32).

En el ensayo de Bergson no se atiende suficientemente al carácter contradictorio de los efectos del proceso cómico. La risa es castigo de la rigidez y por ello conlleva una cierta contradicción axiológica entre su contenido y su forma o valor pragmático: en cuanto a su contenido supone la reivindicación implícita de la elasticidad y de la tensión, es decir, de las propiedades de lo vital. En su forma sancionadora de castigo social es, sin embargo, una "reacción pesimista" (Cazeneuve), incluso una manifestación del propio "automatismo" de las normas. Como ya he señalado, el sujeto que ríe está sometido al vértigo de su posible absorción en el objeto risible. Los críticos de Bergson han tratado frecuentemente de redefinir la relación entre determinismo y libertad.

Cazeneuve, que es un abierto defensor de la libertad y la espontaneidad del reír, encuentra en la situación cómica una

"victoria de la vida brotando por encima de los automatismos". El mismo ejemplo que Bergson considera, el del hombre que tropieza y cae, le permite concluir que "la rigidez estaba antes de la caída, y es ésta quien ha introducido un poco de imprevisto en lo mecánico". Más que una adherencia de lo mecánico sobre lo vivo, la situación cómica expresa la revancha de la vida, es decir, de la imprevisibilidad, la inconformidad, sobre el mecanismo (1984: 164-167).

De acuerdo con tales consideraciones, Cazeneuve arriesga una (más) definición de lo cómico: "Puede ser cómico lo que, en el modo lúdico, simboliza o revela una revancha de la libertad sobre el automatismo. Esta revancha puede tomar la forma de una absurdidad que rompe el carácter absoluto de la lógica, o de lo imprevisto que rompe la monotonía de lo que está programado. Puede ser una continuación derisoria que pone fin al mecanismo de una sucesión y a las esperanzas que suscita" (ibíd.: 223-224).

Cazeneuve subraya, pues, el momento "liberador" de la risa, su significado como puesta entre paréntesis de las normas y los automatismos de la convención.

La crítica de Rosset es algo más inquietante, porque no trata de salvar ningún "optimismo" teórico respecto a la comicidad. Su propuesta parte del reconocimiento de una risa exterminadora o trágica que se basa en la percepción del "engullimiento, es decir, extermiación sin resto, desaparición que no compensa aparición alguna, puro y simple dejar de ser" (1976: 216). El autor ilustra esta nueva noción de risa aplicándola a las circunstancias tragicómicas del naufragio del Titanic, en el que, en efecto, gran parte de las víctimas hubieron de pasar, bruscamente, de la celebración mundana a la plegaria final.

La risa exterminadora se opone a la risa larga de la ironía, en la que los efectos destructivos se ven compensados por la aprobación a contrario de los principios que han conducido a la agresión cómica. Es decir, y por remitir a nociones que ya he utilizado, en la que el ataque a un valor se ve compensado por la propuesta de un antivalor: lo grotesco aparece en nombre de lo razonable, el sinsentido en nombre del sentido, etc. La risa corta o trágica, en cambio, no desemboca en perspectiva alguna, y de ello extrae su alcance filosófico: "rechaza de entrada cualquier interpretación de la destrucción, es decir, cualquier reintroducción de las significaciones destruidas en otros terrenos menos expuestos" (*ibíd.*: 217-218). El engullimiento del humor se opone, pues, al desmantelamiento de la ironía (*ibíd.*: 218).

Rosset acepta de Bergson la idea de la risa como un naufragio en el que el sentido desaparece en provecho de la inercia mecánica (aunque sin advertir, en la línea de mi anterior observación, que la noción de castigo social reintroduce sentido en la situación cómica) pero propone invertir los términos del razonamiento bergsoniano: la risa es precisamente "lo vivo adherido a lo mecánico" que, trágicamente, se volatiliza en su contacto. Por eso Rosset invierte la interpretación de otro ejemplo bergsoniano: cuando un orador estornuda en el momento más patético de su perorata, es evidente que lo mecánico se halla más bien en el sermón y lo vivo en el estornudo (ibíd.: 223). Como se ve, las correcciones a la teoría de Bergson encuentran su más sólido fundamento en la indefectible vaguedad de las nociones de "mecánico" y "vivo".

4. PERSPECTIVAS SEMIOLINGÜÍSTICAS

4.1. Rasgos del "lenguaje cómico"

Los estudios teóricos del humor y la comi-
 cidad ponen de manifiesto sus vinculaciones con formas y funciones comunicati-
 vas específicas, y su conexión con modos particulares de organización sintác-
 tica y semántica del discurso. En ambos casos aluden a un sentido del humor
 no ya en cuanto competencia o facultad del sujeto (tal como se entiende la ex-
 presión "sentido del humor" en el lenguaje común) sino en cuanto sentido se-
miótico, es decir, a la vez significación de ciertos enunciados y textos y
sentido pragmático de las enunciaciões correspondientes.

Manetti, en su propuesta de una semiótica
 de la comicidad, defiende que lo cómico "se configurará como procedimiento
 lingüístico-semiótico que conduce a una elaboración del lenguaje específica
 y diferenciada" de tal modo que frente al lenguaje de la comunicación corrien-
 te, estructurado con fines informativos y comunicativos, puede proponerse un
lenguaje cómico que recurre a formas netamente diversas del primero: oscu-
 ridad, polisemia, paradoja, etc. (1976: 134-135).

Manetti, ibíd.: 135-151, analiza un repertorio de rasgos que especifican la oposición general "lenguaje común/lenguaje cómico" y que se agrupan en cuatro conjuntos: 1) ordinariedad/extrañeza; 2) redundancia/información; 3) univocidad/plurivocidad; 4) combinatoria semántica libre/combinada.

Como puede advertirse, el repertorio contiene referencias a criterios metodológicos heterogéneos y también una miscelánea de elementos que a veces son propiedades generales del lenguaje cómico y a veces procedimientos o códigos semióticos particulares. No obstante, la exhaustividad del repertorio y sus valiosas sugerencias aconsejan una exposición algo más pormenorizada:

1) Hay varios principios que, separadamente o de forma combinada, producen la "extrañeza" de la comicidad:

1.1. El desplazamiento metonímico - metafórico.

1.2. La identificación metafórica, es decir, el establecimiento de un intercambiabilidad semántica entre series asociativas.

1.3. La variación del "sujeto de la emisión", sea por sincretismo entre un sujeto que actúa según las reglas y otro que las transgrede, sea por la coincidencia entre el sujeto de la enunciación y el sujeto del enunciado

1.4. La descontextualización, es decir, la extracción de los signos del

ámbito lingüístico o pragmático donde habitualmente aparecen.

1.5. La deformación, más específicamente referida a fenómenos de expansión o de perifrasis lingüística.

1.6. El paralelismo, por establecimiento de interferencias o simultaneidades entre series de términos.

2) Si, en términos informacional-cibernéticos, el lenguaje ordinario presenta las propiedades de un proceso estocástico en el que la probabilidad de aparición de cada nuevo elemento depende de la combinación de los precedentes, el lenguaje cómico permite la aparición en un estado determinado de la cadena lingüística de eventos conflictivos con las reglas estadísticas de formación de la cadena misma, establecidas en un código. En otras palabras, el lenguaje cómico es más informativo que el común, y la improbabilidad de sus eventos permite que actúe contra las expectativas del receptor. Produce por ello un tipo de feed-back consistente en el proceso de reinterpretación de los estados o eventos anteriores a la que se ve obligado al receptor.

3) La univocidad del lenguaje común es relativa a la finalidad pragmática de crear un sentido y una referencia claramente decidibles. El lenguaje cómico se caracteriza, empero, por la plurivocidad, con todos los fenómenos de ambigüedad polisémica que la constituyen: homonimia, sinonimia, etc.

Como advierte Manetti, el estatuto teórico del discurso plurívoco se funda sobre el concepto de isotopía múltiple. Siendo la isotopía un conjunto redundante de categorías semánticas, más precisamente de clasemas o semas contextuales, que produce un plano de coherencia semántica en el discurso, el lenguaje cómico se presenta como bi-isotópico, como "articulación de planos autónomos del lenguaje, contemporáneamente presentes, que manifiestan términos complejos de las articulaciones de una categoría clasemática". La noción semántica de bi-isotopía produce, pues, a términos semióticos el reconocimiento de las incongruencias características de la comicidad según las teorías clásicas.

Pero la bi-isotopia cómica no opera sobre cualesquiera bases clasemáticas. Si el lenguaje ordinario posee la hipotética capacidad de subsumir cualquier sustancia del contenido,

4) el lenguaje cómico aparece vinculado a relaciones y oposiciones semánticas particulares. Sobre ello volveré.

4.2. ¿Lenguaje cómico o discurso cómico?

Pese a la propuesta de Manetti, el recono-

cimiento de procedimientos específicos del humor no equivale a la identificación de un lenguaje particular, diverso del ordinario.

La declaración del humor o de la comicidad como lenguaje divergente halla numerosas objeciones:

a) La noción de lenguaje sólo se interpreta analógicamente en expresiones como "lenguaje propagandístico" o "pedagógico". En estos casos se alude más bien a usos del lenguaje caracterizados por una orientación funcional predominante por sobre las funciones informativa y comunicativa del lenguaje común. O, dicho de otro modo, se alude a tipos de discurso que remiten a estructuras semánticas y de enunciación particulares. Es preciso diferenciar esta acepción de "lenguaje humorístico" de los procedimientos semióticos que intervienen en el lenguaje común y en los discursos translingüísticos para producir efectos particulares o puntuales de tipo humorístico: el discurso científico, el pedagógico, etc., contienen a menudo expresiones humorísticas que no los convierten, sin embargo, en variedad del lenguaje del humor.

b) Tampoco se trata, pues, de un lenguaje connotativo que, como la "lengua literaria", tiene por plano de expresión a un sistema semiótico ya constituido, la lengua común. Humor y comicidad no son un lenguaje literario en la medida en que, al menos por lo que se refiere a algunos de sus efectos, son

susceptibles de manifestarse también en materias significantes diversas de la verbal (humor gráfico, mímico, etc.,) y en cuanto que sus procedimientos se involucran, como queda dicho, tanto en el discurso literario como en el habla común. Con los procedimientos semióticos del humor ocurre algo similar a lo que sucede con los retóricos: lejos de constituir un conjunto de figuras de elocución divergentes de las del lenguaje de cada día "constituyen manifestaciones de formas generales de transformación semántica presentes en todo tipo de discursos" (Abril, 1976: 58).

La analogía con la retórica y la poética es provechosa, pues la reivindicación del lenguaje humorístico como lenguaje otro, en la línea de Manetti, suscita problemas similares a los que ha enfrentado la teoría literaria al haber reconocido el lenguaje poético como basado en la "desviación" (Spitzer), la "anomalía" (Todorov) o el "abuso" (Valéry) respecto a la norma del lenguaje común.

En el terreno de la teoría literaria la afirmación del "desvío" es poco más que un truismo. Como apuntan los estudiosos del Grupo μ , tal afirmación "significa postular simplemente que la literatura (o por atenerse a nuestra convención, la poesía) no es la no literatura (esto es, la prosa, como comúnmente se dice)" (1976: 20-21), significa señalar pero no definir una particularidad, evidente en cuanto tal.

A partir de la teoría de las funciones lingüísticas (particularmente la ya citada de Jakobson, 1975) la poesía se ofrece funcionalmente unificada por la dominancia de una función poética que equivale a la atracción del oyente hacia el mensaje en cuanto tal. El supuesto "lenguaje cómico" no ofrece una unificación funcional equirapable, ya que las operaciones comunicativas del humor a las que he venido aludiendo habrían de distribuirse en el esquema jakobsoniano entre diversas funciones, dando lugar según los casos a orientaciones diversas. Así, el humor satírico parece orientado hacia las funciones representativa y conativa; el humor paródico hacia la metalingüística; ciertas formas del humor conversacional hacia la fática, etc.

En resumen, la emergencia de un lenguaje cómico-humorístico como tipo de discurso supone más bien la aparición de distintos lenguajes parcialmente irreductibles desde el punto de vista del funcionalismo clásico.

Ahora bien, ello no debe llevarnos a la renuncia de una interrogación sobre el sentido del humor y la comicidad. A mi modo de ver, tanto los procedimientos semióticos del humor, a los que sólo por comodidad expositiva cabe denominar "lenguaje humorístico", cuanto las diversas formas de discurso humorístico, consiguen afirmar cierta especificidad por la recurrencia, ya señalada, de ciertos efectos de sentido semántico y pragmático.

Desde el punto de vista pragmático es in soslayable el hecho de que las expresiones cómico-humorísticas apuntan a la consecución de los efectos de risa y sonrisa o, si se quiere evacuar toda implicación fisiologista, a la consecución del regocijo del destinatario. Por sorprendente que parezca la consideración de tales efectos en el marco de una reflexión semiótica, es aun más sorprendente el hecho de que los estudiosos del humor en cuanto hecho comunicativo, ofuscados quizá por un impenitente racionalismo, excluyan la mera alusión a unos efectos-afectos que constituyen la parte más "visible" del comportamiento humorístico, aun siendo la más problemática. Así, Norrick (1984: 206-207) señala efectos pragmáticos del humor conversacional como los siguientes: el señalamiento por parte del hablante-humorista de su identificación con el grupo, es decir, su lealtad sociosemiótica; la indicación del mutuo conocimiento, de una "conducta unitiva" en virtud del descuido de la cortesía, la etiqueta y otras constricciones de distancia social; el alivio de la tensión propia de ciertas situaciones difíciles o embarazosas; etc. Como tantos autores, Norrick limita su perspectiva a problemas legitimados por la tradición académica de las ciencias sociales, pero excluye implícitamente la posibilidad de que la investigación sociológica aborde acciones como la inducción de la risa ajena, o la "simpatía" del reír y los procesos de comportamiento mimético concomitantes.

No es este el lugar para desarrollar la investigación cuya necesidad planteo. Sí puedo apuntar, no obstante, que la

indagación de los efectos de risa y regocijo tienen un camino diverso del psicológico y ajeno a toda inclinación romántica. El regocijo de la audiencia es un efecto perlocutivo del discurso humorístico-cómico del mismo modo que la persuasión lo es del discurso retórico persuasivo. Y, como he señalado en otro lugar, los efectos perlocutorios son susceptibles de sometimiento a un análisis semiótico-pasional, complementario de la semiótica de la acción, cuyo objeto es el de introducir el punto de vista del actor en cuanto paciente, y la posible descripción de sus estados pasionales en cuanto configuraciones modales (Lozano, Peña-Marín y Abril: 1982: 197-198), y en cuanto estados caracterizados por determinaciones temporales, aspectuales, tímicas, etc. de la acción.

Desde el punto de vista semántico es de advertir que la expresión humorística encuentra una mayor especificidad que el lenguaje poético. Tal como escribe Greimas, 1971: 9, "el dominio literario se distingue de los otros dominios autónomos (religión, derecho, etc.) por el hecho de que no se caracteriza por una zona de la sustancia del contenido que le sea propia. Por el contrario, las "formas" del contenido que a primera vista parecen definir este dominio (tropos y géneros) son metalingüísticas con respecto a las lenguas naturales y forman parte de las propiedades estructurales generales del lenguaje". La mayoría de las "formas" humorísticas verbales son, como las literarias, ingredientes de la estructura general del lenguaje. Pero a diferencia de lo que ocurre en el lenguaje ordinario o en la literatura, en el "lenguaje cómico" puede identificarse lo

que Manetti llama una combinatoria semántica condicionada, a saber: 1º) la presencia, como condición necesaria aunque no suficiente, de la bi-isotopía o concurrencia de dos planos semánticos no isótopos (1976: 150-151). Ya Greimas, en su Semántica estructural, afirmaba que "el placer que deriva de la "gracia" reside en el descubrimiento de dos isotopías diferentes en el interior de un relato que se supone homogéneo" (1973 c: 108) y sugería la preferencia de los chistes por contraponer la heterogeneidad de contenidos determinados; a esta especificidad de los contenidos humorísticos alude Manetti cuando afirma que 2º) se ha de presumir que "los planos isótopos que entran en combinación en el lenguaje cómico (...) están vinculados a una relación semántica precisa y preliminar a la manifestación" (ibíd.: 150), y que 3º) "las bases clasemáticas oposicionales fijas, que se manifiestan respectivamente en los dos planos, deben ser entendidas como variables de funciones sociales, ideológicas, culturales, históricas, étnicas, etc." (ibíd.: 151-152).

Así pues, la comicidad se instituye por la selección de contenidos determinados, fijos sólo en un contexto dado, en cuanto histórica y socioculturalmente variables. Aun cuando se admita, por ejemplo, la permanencia histórica del clasema "degradación" en el discurso cómico, "ello ocurre siempre en relación a la rejilla, preliminar y necesariamente presupuesta, de las condiciones y de los valores de la norma-normatividad que cada sociedad, período histórico, ideología (es inútil insistir) propone de manera diferenciada" (ibíd.: 151). Es claro que la indagación

de las selecciones que cada cultura lleva a cabo en el campo de la sustancia semántica de la eticidad, la expresión, etc. desborda la perspectiva semiótica y remite más bien a una exploración "arqueológica" de las tipificaciones y taxonomías culturales, por ejemplo en la línea de Foucault cuando propone el examen del "sistema general de la enunciabilidad", el "archivo" o la "episteme" de una sociedad.

El efecto de degradación remite, por cierto, tanto a efectos semánticos como pragmáticos del lenguaje cómico-humorístico. En páginas anteriores he señalado que la degradación actúa semánticamente en cuanto operación axiológica que afecta a ciertos objetos de valor, y pragmáticamente en cuanto acto de humillación de un sujeto. He dado a entender también que se trata de un efecto semántico-pragmático en cuanto resultado de una operación que, en el humorismo moderno, apunta metalingüísticamente a la impugnación de las propias convenciones lingüísticas e, implícitamente, a la mofa del sujeto hablante, sea un sujeto personal y ocasionalmente presente, como en ciertas formas de ironía, sea un sujeto colectivo y necesariamente ausente de la escena interactiva, como "la burguesía" o "la sociedad victoriana".

Esta constelación de efectos es suficiente para caracterizar tanto un sentido humorístico puntual de cualquier discurso cuanto el sentido global de un discurso, que podrá entonces ser cuali-

ficado como discurso humorístico o cómico.

4.2.1. Digresión metodológica

Hay que constatar que hasta el momento las investigaciones sobre el lenguaje humorístico han aportado repertorios de procedimientos semióticos que aúnan estructuras más o menos formales de tipo sintáctico, semántico y enunciativo con multitud de observaciones "impresionistas" sobre las propiedades de textos humorísticos generalmente seleccionados ad hoc.

Anotaré ahora algunas observaciones de orden metodológico-prospectivo en relación con la posibilidad de abordar el estudio del humor en el marco de una tipología de los discursos.

La pretensión tipológica se nos presenta inicialmente como una alternativa a las teorías de los géneros, que con independencia de las variadas opciones epistemológicas sobre las que reposan (10) tienden a convertir la noción de género en un cajón de sastre de escaso provecho analítico. Es cierto que el género puede entenderse como una "categoría

de la productividad textual", un componente dinámico que sirve de "material sobre el que el texto trabaja" (Schaeffer, 1983), pero posiblemente esta concepción es sólo aplicable a la genericidad moderna en la que, más que simples depósitos históricos de formas y de normas, los géneros son dispositivos polémicos de estructuración de la interacción comunicativa (11).

En cuanto noción clasificatoria retrospectiva, el género nos habla más de los condicionamientos que las taxonomías culturales implícitas ejercen sobre la percepción de los textos que sobre la propia estructura textual. No es de extrañar, pues, que la semiótica textual desdeñe las "tipologías connotivas" de los géneros, bien se trate de las clasificaciones implícitas propias de las sociedades "de tradición oral" bien de las taxonomías explícitas de la teoría literaria clásica (cfr. Greimas y Courtés, 1979: 164).

Parafraseando la acepción tradicional, Chabrol, 1980: 69-73, entiende el género como un implícito codificado que determina ciertos "contratos de comunicación" de tipo psico-socio-semiótico en los que se fundamenta nuestra percepción social clasificatoria de los géneros: publicitarios, políticos, pedagógicos, jurídicos, etc. Ahora bien, esta cuestión es diversa del problema de la tipología de los discursos, "que ha de ser abordado, inversamente, a partir de los resultados del análisis semiótico de los textos de un corpus supuestamente homogéneo (corpus a), los

cuales, comparados a los de una serie de análisis de textos de corpus homogéneos (b,c,d...x), permitirían deducir en la situación ideal un conjunto de invariantes distintivas en los diferentes niveles del recorrido generativo".

Un conjunto de invariantes de esta clase constituye entonces el criterio especificador de un tipo discursivo. Pero, como era de esperar, la homogeneidad final de los textos no encontrará siempre correspondencia con la homogeneidad inicial, "intuitiva", del corpus de análisis, ya que "la experiencia muestra, de entrada, que unos textos muy diferentes en la primera aproximación tienen unas estructuraciones semánticas ("profundas" al menos) comunes (...) y que no difieren sino al nivel, por ejemplo, de las "estructuras discursivas". De ello podemos concluir inmediatamente que será inútil esperar la elaboración de una tipología de los discursos a partir de un conjunto distinto de invariantes situadas a todos los niveles del recorrido generativo".

No pienso que el modelo generativo textual de Greimas sea el único que permita la realización de este proyecto teórico y analítico (12), pero sí comparto la idea de que conviene sustituir las tipologías heredadas de géneros, como la clásica "comedia vs. tragedia," por tipologías de discursos fundamentadas en la homologación de dimensiones semióticas. En el ámbito del humor es posible partir de corpus intuitivos formados por textos "socialmente clasificados" como humorísticos y cómicos

de una parte, y no humorísticos de otra, a los que se podrían aplicar criterios formales como los derivados de mis anteriores consideraciones.

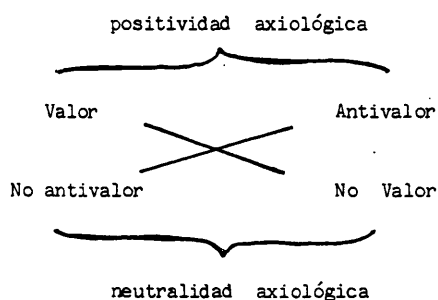
En esta investigación tipológica, que aquí sólo puedo sugerir, las taxonomías de subgéneros humorísticos proporcionadas por los estudios clásicos (Baudelaire, Bergson, Freud, etc.), aun cuando responden a requerimiento epistemológicos ajenos a los que aquí se suscitan, suministran criterios muy valiosos. Es evidente, por ejemplo, que el triángulo actancial del "chiste tendencioso" freudiano aparece como una estructura narrativa y discursiva de gran capacidad tipologizadora y cuya recurrencia, como no he dejado de observar, permitiría postular la existencia de un discurso victimario que acaso recubriría, junto a otros, gran parte de los textos cómico-humorísticos.

4.3. La degradación por neutralización

A partir de las observaciones de Cohen, 1985, he sugerido que lo propio de los procesos discursivos cómico-humorísticos es la resolución neutralizadora de determinadas oposiciones axiológicas y patéticas. Y que, por ello, la degradación cómico-humorístico, a diferencia de otras formas posibles de devaluación, no supone tanto la sustitución de términos axiológicos o tímicos positivos por sus contrarios cuan-

to la sustitución conjunta de la categoría considerada por la de sus subcontrarios, que forman el eje neutro de un cuadrado semiótico.

En el plano axiológico, el cuadrado que articula los términos semánticos del recorrido degradante es éste:



Numerosos discursos, como los reputados de "ideológicos", proyectan los términos paradigmáticos del cuadrado en recorridos sintagmáticos que proceden según el itinerario semántico "valor---> antivalor" o bien "antivalor---> valor". Podría postularse, a título de ejemplo, que la propuesta emancipadora del marxismo humanista consiste en un enunciado narrativo del tipo "humanidad alienada---> humanidad autode-terminada", en el que el actante narrativo transita desde su inicial conjunción con un antivalor a su conjunción final con el valor positivo contrario.

La degradación humorística, conforma a la hipótesis que propongo, procede paradigmáticamente según la secuencia "valor---► antivalor---► no antivalor/no valor".

Veámoslo en relación con el ejemplo de un chiste de transmisión oral:

"Dos conocidos, A y B, se encuentran. B aparece escayolado, de la cabeza a los pies, y camina con ayuda de bastones.

A: -¿Qué te ha ocurrido?

B: -Pues, no te lo vas a creer: me atropelló un coche. Y cuando estaba de levantarme, un avión me pasó por encima y volví a dar en el suelo.

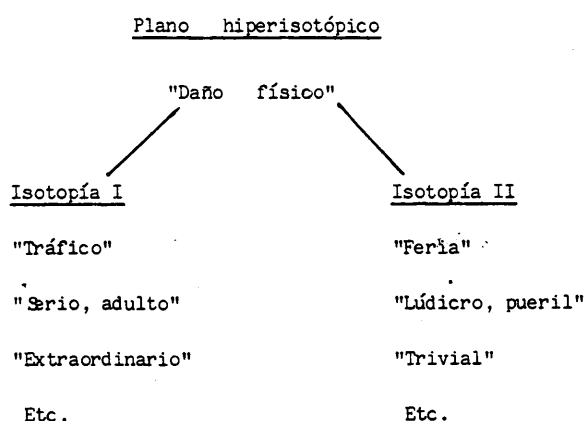
A: -¿Un avión?

B: -Exactamente. Y eso no fue lo peor. Apenas me estaba reponiendo cuando me arrolló una bicicleta. Y momentos después, un caballo.

A: -Perdona, chico, pero en efecto me parece todo completamente increíble.

B: -¿Increíble? Pues te aseguro que fue una suerte que alguien detuviera el ti vivo, pues de lo contrario también me habrían atropellado el coche de bomberos, la lancha, los cerditos....."

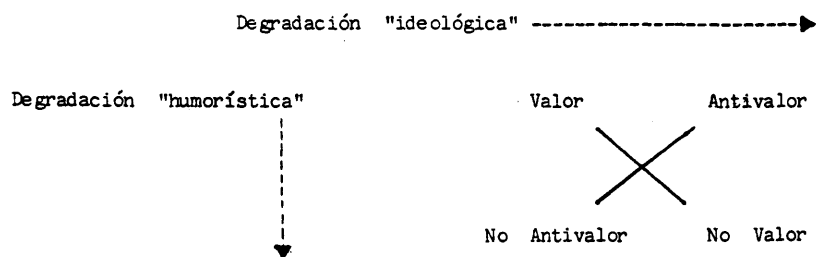
Como puede advertirse, es la referencia al tiovivo la que introduce en el relato un segundo plano isotópico que, al ser retrospectivamente interpretado por el lector, viene a contrariar los supuestos semánticos involucrados por la primera isotopía. Conforme a la recurrencia clasemática de esta última, el relato se refiere a un accidente de tráfico sumamente aparatoso pero "serio". Conforme a la segunda isotopía, el accidente pasa a ser connotado por la "puerilidad" propia de una situación de juego infantil. Y sin embargo, el relato no abandona una dimensión "hiperisotópica" referida al daño físico del personaje, que se mantiene desde el primer momento hasta el último (13):



El relato pone en juego la semántica culturalmente "condicionada" (según la expresión de Manetti) que opone los valo-

res positivos de la seriedad, el mundo adulto, etc., a los antivalores de la puerilidad, el juego, etc. Si los primeros se ven neutralizados por los segundos, éstos resultan a su vez neutralizados por relación al nivel "hiperisotópico" en el que queda definido, en un nivel semántico invariante, el daño del personaje. En otras palabras, el valor de la "seriedad", confrontado con el contexto trivial del ti vivo, pasa a redefinirse como un no-valor; el antivalor de la "puerilidad", confrontado con un daño físico, pasa a relativizarse como un no-antivalor. El suceso no se resuelve así en la confrontación de la categoría "serio vs. lúdico", sino en el eje semántico contrario: "no serio vs. no lúdico".

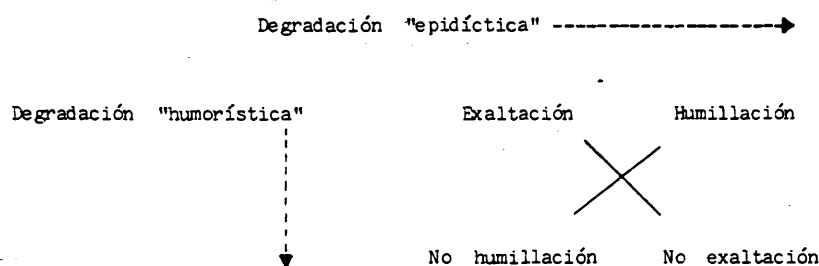
En resumen, la hipótesis de la degradación axiológica neutralizante establece que, en oposición al sentido típico de la degradación "ideológica", que recorre el proceso semántico "horizontal" de un valor a un antivalor, la degradación humorística recorre "verticalmente" el cuadrado semiótico, desde su eje superior a su eje inferior:



De ser cierta esta propiedad del semantismo humorístico habría que reconocer que los enunciados humorísticos tienen un cierto valor metalingüístico respecto a los enunciados axiológicos, sean éstos degradantes o enaltecedores. En efecto, en tanto que el discurso axiológico se fundamenta en la confrontación de términos positivos y negativos, el discurso cómico-humorístico pone en juego la oposición de relaciones de nivel lógico superior a los términos, es decir, de las categorías semánticas en las que los términos se definen por oposición sistemática. De ahí que las tradicionales imputaciones de amoralidad que pesan sobre la comicidad y el humor encuentran una cierta justificación en nuestra hipótesis: el humor implica, antes que la aceptación de las oposiciones axiológicas instituidas, operaciones semánticas de supresión de tales oposiciones en un nivel de abstracción superior, el de las "metaoposiciones" al que me referí en mis iniciales comentarios sobre la teoría de la metacomunicación (cfr. I. 3.3).

En el plano pragmático puede postularse una estructura homóloga y un recorrido igualmente abocado a la neutralización de los términos contrarios de la categoría inicialmente dada. Debo precisar que si el plano axiológico se establece por la cualificación de determinados objetos del relato como positivos o negativos, según los criterios evaluativos propios de una cultura dada (Greimas y Courtés, 1979: 26, consideran que las categorías semánticas son axiologizadas por relación a la categoría tímica: euforia vs. disforia, pero este punto de vista amenaza con

reducir el orden axiológico al patético), el pragmático se construye en virtud del implícito juicio epistémico por el que el destinatario-espectador evalúa el hacer de otro sujeto (el actante narrativo y/o enunciativo de la comicidad) por relación a un sistema axiológico explícito o no. Este juicio (14) en el caso del discurso cómico-humorístico posee un carácter degradante diverso del juicio epidíctico de censura, que procede según el itinerario semántico "exaltación----> humillación". En este nivel, como en el axiológico, la degradación cómico-humorística se presenta como neutralización mutua de los términos contrarios y desplazamiento hacia la categoría de los subcontrarios del siguiente cuadrado semiótico:



Esta resolución del acto degradante en los términos "mitigados" del eje inferior del cuadrado viene a reconocer la advertencia aristotélica sobre el carácter limitado de la vituperación cómica, que "no causa dolor ni ruina" y que el intérprete competente, es decir, dotado de "sentido del humor", tiene por netamente diversa de la humillación común.

3.5.4. Degradación cómica vs. degradación humorística

He distinguido una degradación epidéctica y una degradación neutralizante. Un nuevo criterio me permitirá establecer la diferencia entre el proceder de la degradación estrictamente cómica y el de la propiamente humorística, en los términos de una hipótesis que trata de suspender en este punto de mi indagación la permanente ambigüedad de las nociones de humor y comicidad con que he venido procediendo.

Como he anotado en IV. 2.5.2, existe una diferencia de orientación, histórica y culturalmente verificable, en virtud de la cual el humor propiamente dicho se caracteriza por la reflexividad, por la propuesta de enunciados autodegradantes.

La autodegradación puede revestir diversas formas: puede consistir en un juicio o sanción pragmáticos como los que acabo de presentar, o puede, más indirectamente, tratarse de un acto enunciativo en el que de modo metalingüístico y paradójico el narrador pone en cuestión el propio lenguaje y con él la transparencia y la coherencia del enunciado autoimpugnador. Gran parte de la obra literaria de Sterne,

Lichtenberg o Carroll, el teatro del absurdo o la literatura surrealista podrían suministrar ejemplos de esta autodegradación indirecta en la que el sujeto locutor se desacredita a través del descrédito de su lenguaje, y con él desacredita a toda una cultura sobreentendida como sujeto colectivo. El remitente del humorismo metalingüístico se entrega a la paradoja pragmática de comunicar y producir sentido por un medio que él mismo presenta como inadecuado para la comunicación e insensato. En virtud de tal círculo paradójico la degradación del propio lenguaje aparece precisamente como forma neutralizadora y no como simple devaluación.

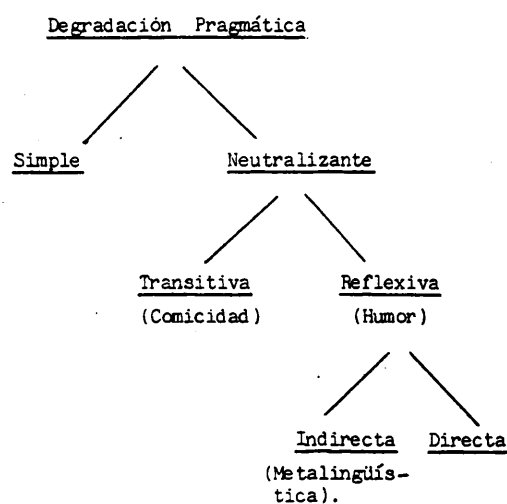
A este proceso se refiere Baudrillard, 1983: 270, cuando habla del carácter "fatal" del chiste: "Si busco un encadenamiento fatal en el lenguaje, caigo sobre el chiste, que es precisamente el desenlace del lenguaje inmanente al lenguaje".

Ahora bien, la autodegradación humorística por excelencia es una sanción cognitiva retrospectiva (la noción, nuevamente viene sugerida por Greimas y Courtés, 1979: 320) en la que el sujeto destinatario desaprueba un precedente estado veridictorio, inducido por la situación o el discurso. En otros términos, el sujeto reprueba su "ingenuidad", el haber cedido a la ilusión o al engaño, en la misma medida en que, correlativamente, sanciona positivamente la acción ilusoria del humo-

rista. ¿Cómo se neutraliza esta autodesaprobación cognitiva? Muy sucintamente: el juicio retrospectivo de desaprobación implica la conciencia actual del engaño, el "haber caído en la cuenta", de modo tal que el juicio humorístico no se limita a la autoimputación de una caída en el error (de una "seducción al error", tal como Kant, 1960: 46, denomina la ilusión empírica en su introducción a la Dialéctica Trascendental) sino que abarca simultáneamente el reconocimiento del desengaño actual.

Frente a la reflexividad humorística, la comicidad se caracteriza por la transitividad de la operación degradante, que afecta a las acciones o estados de otro sujeto. En este sentido, la ironía, de cuyas propiedades degradantes me ocuparé más tarde, se presenta como una operación semiótica de la clase cómica, habida cuenta de su referencia implícita a una posición enunciativa otra.

El siguiente esquema trata, en fin, de representar la sumaria tipología de la degradación que he presentado en este apartado:



Debo completar mi hipótesis con dos observaciones que precisan el carácter de la degradación cómica en el contexto de la intersubjetividad.

Las teorías de la superioridad cómica muestran que la humillación del otro es correlativa a la exaltación del yo. En mi sumaria exposición de la hipótesis del "equilibrio peligroso" de la comicidad (Girard, 1984), advertí que la reciprocidad de la situación cómica amenaza con suprimir la supremacía y la autonomía del sujeto que ríe, devolviéndolo de ese modo a la posición degradada del objeto risible. Y que

la amenaza al control del sujeto viene limitada precisamente por las barre-
ras institucionales de la distancia sociocultural, el escenario, el marco comunicativo, etc. Ahora puedo precisar que la función de tales límites institucionales es la de neutralizar la confrontación entre los términos "humillación (del otro) vs. exaltación (del yo)", que es el punto de partida virtual de la situación cómica, mediante el deslizamiento semántico-pragmático a la categoría de los subcontrarios: "no autoexaltación vs. no humillación del otro".

Toda institución sociodiscursiva es un límite a la reciprocidad virtualmente plena de la relación social. Las instituciones de la comicidad, es decir, los posibles lenguajes, procedimientos semióticos, marcos, géneros y rituales reputados de cómicos son los operadores de la reducción de esa reciprocidad, y de sus escuelas desintegradoras, en el orden de las atribuciones intersubjetivas de cualificaciones degradantes, es decir, agresivas. La reducción, que en términos semióticos puede ser descrita como desplazamientos desde el eje que articula la categoría semántica de partida hasta el eje de los subcontrarios, en un cuadrado semiótico como el descrito, se presenta ante la mirada sociológica como "vacuna" o "mitigación" de la violencia implícita en toda relación de alteridad. De ahí que el espacio problemático de la interpretación se sitúe en el límite entre lo que es un "verdadero" chiste, o una "verdadera" broma y lo que son los chistes procaces, insultantes, racistas, etc., o las bromas "pesadas", cuyo

efecto pragmático no es mitigador sino confirmador o intensivo respecto a los conflictos en juego.

La comicidad, como pretendía la teoría freudiana, es elusión del conflicto, ahora bien, elusión de un conflicto virtual por medio de un conflicto simbólico que, recurriendo a representaciones de los actores y de los objetos de valor susceptibles de ordenarse en alineamientos polémicos reales, los articula en estructuras polémicas neutralizantes, es decir, estructuras que suspenden o desplazan la violencia implícita. Comenzamos, pues, a percibir que el mecanismo lógico-semántico fundamental en estos procesos de soslayamiento es la negación de lo contrario, describable en un cuadrado semiótico, mecanismo que se corresponde con la figura retórica de la lítote, pero que en una perspectiva antropológica más extensa subyace también el mecanismo victimario de la teoría girardiana, que funda la socialidad por la negación (sacrificial) del presunto contrario (chivo emisario) al orden social.

La segunda observación se refiere al hecho de que los procesos numorísticos, simétricamente inversos a los cómicos y tendentes a su misma resolución neutralizadora, son susceptibles de yuxtaponerse a estos últimos en configuraciones discursivas que, ahora con plena exactitud, pueden pasar a denominarse cómico-humorísticas.

La "simetría inversa" a la que me refiero es la siguiente: si en la comicidad la inicial humillación del otro conlleva autoexaltación, en el humor la admisión de la propia insuficiencia cognitiva es complementada por el reconocimiento de la superioridad del narrador, de orden cognitivo, para burlar las propias expectativas, es decir, de una exaltación del otro correlativa a la autodesestimación.

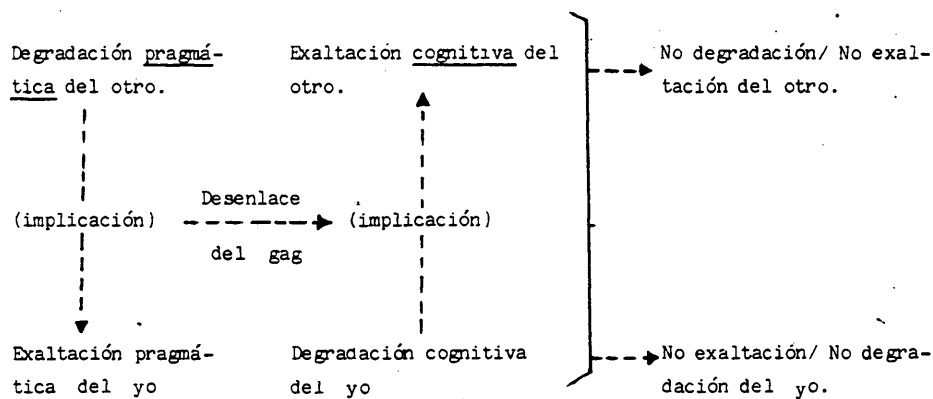
La simetría entre la operación humorística y la operación cómica permite, así, que un gag como el de Chaplin en la cubierta del barco, antes comentado, pueda engranar un momento cómico y un momento humorístico en una estructura sintagmática tan "equilibrada" como la del siguiente esquema:

El gag de la cubierta del barco, en El Emigrante:

Momento cómico

Momento humorístico

Neutralización recíproca



Momentos descriptivos:

"Charlot de es- "se da "ha pescado un pez"...
 paldas, mareado" la
 vuelta
"

Naturalmente, los momentos "cómico" y "humorístico" son abstracciones metodológicas que no corresponden necesariamente a sintagmas narrativos. Cada uno de esos momentos, considerado separadamente, posee un efecto de sentido neutralizador. Por ejemplo, desde el punto de vista axiológico sobre el que se ejerce la sanción pragmática, el relato contrapone la pasividad del personaje en su estado inicial con su actividad finalmente desvelada. En el primer momento narrativo, Charlot, mareado y víctima de la náusea, se presenta como un juguete de la naturaleza (la apariencia "mecánica" de Bergson); en el segundo, como un agente cultural, un pescador diestro. La doble isotopía del relato ordena, pues, de un lado los antivalores: "natural", "pasividad", "excreción", etc. y de otro los valores positivos: "cultural", "actividad", "producción", etc. En el reconocimiento de la ambivalencia de los gestos, que remiten simultáneamente a una proximidad física y a una distancia de sentido de las acciones (Deleuze) se consuma la neutralización axiológica propia de la situación.

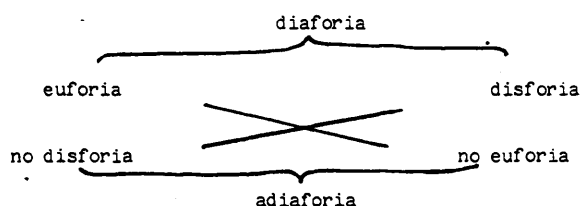
Peró lo que me interesa destacar es que, con independencia de los efectos neutralizadores de cada uno de los momentos, el cómico y el humorístico se neutralizan mutuamente: Charlot es simultáneamente el cómico que se hace objeto de degradación cómica y el humorista destinatario de la exaltación humorística, si bien de la primera en cuanto personaje del relato y de la segunda en cuanto actor-narrador; pero ¿no consiste la ilusión escénica en la aquiescencia a ese sincretismo del personaje y la máscara, en esa "disimulación del saber" sobre los niveles enunciativos

vos a que se ha referido Mannoni, 1973?.

Paralelamente, el destinatario que ha contrastado su "situación favorable", presupuesta desde el punto de vista axiológico, con la humillante situación del personaje, encuentra el desmentido de su superioridad en la constatación retrospectiva de haber sido conducido a una hipótesis errónea: ni vencedor ni vencido, al final del gag el espectador-destinatario es devuelto a un estado de equilibrio con el remitente, como si el sistema de intercambio (simbólico) del gag hubiese restablecido una alianza que por un momento el propio relato cómico parecía amenazar.

5. NOTAS

- (1) La categoría tímica de Greimas es una categoría "primitiva" y de carácter propioceptivo que remite al modo en que un ser viviente, considerado como sistema de atracciones y repulsiones, se siente en su entorno y reacciona a él. Su denominación "está motivada por el sentido de la palabra thymie - 'humor, disposición afectiva de base' (Petit Robert) - (...) Sirve para articular el semantismo directamente vinculado a la percepción que tiene el hombre de su propio cuerpo" (Greimas y Courtés, 1979: 396). Sbisà y Fabbri la consideran una categoría fundamental para el análisis semiótico de las pasiones: "las articulaciones positivas o negativas de la categoría tímica pueden ser proyectadas sobre las de cualquier categoría semántica, axiologizándola (...), y se harán cargo, en general, de la orientación eufórica o disfórica del sujeto en la confrontación con sus objetos". El cuadrado semiótico correspondiente a la categoría tímica es el siguiente:



(Sbisà y Fabbri, 1985: 108)

- (2) Keith-Spiegel señala, como es lógico, la diferencia comúnmente reconocida entre personas con y sin sentido del humor, y admitida por el propio Freud cuando considera el humor como un don raro y precioso. Menciona también estudios decimonónicos como el de Lilly, W. S., 1896: The theory of the ludicrous, o el de Vasey, G., 1875: The philosophy of laughter and smiling en los que se niega que el sentido humorístico exista en muchos pueblos y/o culturas. Numerosos estudios empíricos actuales tienen por objeto precisamente las diferencias en la percepción y/o expresión humorística entre grupos sociales diferenciados por categorías de edad, sexo, etc. Así por ejemplo, el de Buckalew, L. W. y Coffield, K. E., 1978, Sobre las diferencias en la percepción humorística entre varones y mujeres blancos y negros; el de Horas, P. A., 1977, sobre respuestas verbales y no verbales a estímulos lingüísticos y gráficos presumiblemente cómicos entre niños de 7 a 13 años. Zillmann, D. y Stocking, S.H., 1976, han investigado la variable humorística en la percepción del automenosprecio y del menosprecio de otros entre varones y mujeres.

Más allá de las numerosísimas observaciones monográficas, Duvignaud afirma que algunas culturas han excluido la risa y lo cómico del comportamiento cotidiano. En algunas sociedades las risas acompañan las actividades de cada día: trabajo agrícola, pesca, vida doméstica, etc. En otras, "allá donde se impone una estratificación más compleja, a mayor escala, con una división regulada de las tareas y a menudo con la emergencia de una casta militar o religiosa, lo cómico aparece codificado. Existen sin duda culturas gozosas y culturas graves, es decir, morosas". Frente a la risa lúdica e informal de ciertas sociedades indoeuropeas, asiáticas y magrebíes, los antropólogos han advertido la risa fuertemente reglada en las relaciones sociales según el linaje, el sexo y en general el estatus simbólico: es el caso de las joking relationships de Radin, los parentés à plaisanteries de Mauss o los parentés de libre parler de Leenhardt (Duvignaud, 1985: 20-23).

- (3) Girard ha señalado también su principal diferencia con la concepción triangular (edípica) de Freud: "Lejos de disimular algún secreto, como Freud imagina, el triángulo de la rivalidad no

disimula más que su carácter mimético.

El objeto del deseo es el objeto prohibido, no por la "ley", como piensa Freud, sino por aquél que nos lo designa como deseable deseándolo él mismo. Sólo lo prohibido no legal de la rivalidad puede verdaderamente herir y traumatizar" (1978: 417).

- (4) Una vez más conviene recordar que el término "imitación" no traduce rigurosamente el vocablo griego. Rodríguez Adrados observa que el verbo mimēisthai es un sinónimo de dran (de donde procede "drama"), que designa genéricamente el cumplimiento de acciones sacrales, y también de orkheistai, que significa el andar con un cierto ritmo, la danza, y más en general todo movimiento litúrgico (1983: 52).

- (5) Si, de acuerdo a las teorías de la superioridad, el humor conlleva la exaltación implícita o explícita de un valor positivo (propio) cotejado con un antivalor (ajeno), el humor negro procede, contrariamente, mediante la contaminación y neutralización recíproca de los valores en juego. Transcurre, pues, en un "territorio infernal donde no cabe la cómoda ubicación del moralista, donde el bien y el mal, la vida y la muerte, la lógica y el absurdo, se rozan y se confunden" (Stilman, 1967: 12). No es de extrañar que Breton, interesado en "un cierto punto del espíritu desde el cual la vida y la muerte, lo real y lo imaginario, el pasado y el futuro, lo comunicable y lo incommunicable dejan de ser percibidos contradictoriamente" (Segundo Manifiesto Surrealista) se interesara por el humor negro hasta el punto de incluirlo en el cuerpo doctrinal del surrealismo.

- (6) Advuértase que la sorpresa y la incongruencia humorísticas en los relatos fílmicos están muy a menudo articuladas por procedimientos enunciativos que ya he señalado respecto al problema de la enunciación de la imagen: El encadenamiento plano-contraplano, por ejemplo, pone en relación un primer espacio factual con su espacio virtual presupuesto. El hacer enunciativo del filme cómico opera sobre el sistema de presunciones implícito en el cuadrado semiótico que he propuesto en III.1.1.
- (7) La distinción entre comicidad popular y humor discursivo que aquí propongo debe mucho a la clasificación de Baudelaire: cómico grotesco vs. cómico significativo.

El poeta francés entiende que lo grotesco se expresa en la risa violenta y súbita ante objetos que no son signos de debilidad, es decir, objetos de irrisión degradante, sino "creaciones fabulosas" o seres cuya razón no procede del "código del sentido común". Lo grotesco tiene algo "profundo, axiomático y primitivo", más próximo a la inocencia que lo cómico. Puede ser definido como cómico absoluto (particularmente en la obra de Hoffman) y tiene la propiedad de ignorarse a sí mismo.

Lo cómico significativo, por el contrario, se fundamenta directamente en la imitación, especialmente de las debilidades ajenas y de las costumbres sociales, y se expresa en un lenguaje más claro y analítico. La clasificación de Baudelaire, que incluye otros subtipos de comicidad y da pie a comentarios muy sugerentes, alude a un criterio de reflexividad como el que aquí tomo en cuenta (cfr. Baudelaire, 1962: 252-263)

- (8) Una fuente clásica de comicidad se halla en el uso de signos de lo sagrado como vehículos de expresión de lo profano. Por ejemplo, en cierto dibujo del humorista OPS, un santo se sirve de un interruptor para "encender" su aureola: la desublimación actúa aquí por degradación del signo hacia un significado físico, es decir, por desublimación de lo sobrenatural como fenómeno natural. Pero más allá de ejemplos contemporáneos, la magna obra de Bajtin, 1974, sobre la cultura popular medieval viene a mostrar que la multiforme degradación de los valores su-

blimes oficiales es un rasgo esencial de la cultura gortesca del carnaval.

- (9) Koestler, 1982: 10, refiere una anécdota, extraída de un estudio etnográfico de Marshall Thomas, en la que el carácter sacrificial de la risa es obvio: los Bosquimanos de Kalahari, tras haber dado caza a una gacela, ya parcialmente eviscerada, ríen e imitan sumamente divertidos las convulsiones agónicas del animal. Según la interpretación de Koestler, los Bosquimanos no consideran a los animales como seres sensitivos, y la agonía del venado les parece hilarante en cuanto imitación deliberada del sufrimiento humano.

Koestler, en una explicación demasiado evolucionista, halla en este relato un ejemplo de la violencia del humor "primitivo" (vs. el humor "sofisticado" moderno). Entiendo, sin embargo, que en él puede hallarse una solución sacrificial más "sofisticada" y en cierto modo más humanitaria que la propia del humor victimario de nuestra cultura, cuyo blanco simbólico son locos, defectuosos, débiles y, en general, "distintos" seres humanos.

La solución del animal "actor" e "insensible" permite conjurar la amenaza del dolor sin el riesgo de una recaída en él por empatía o mimesis con la víctima.

- (10) Como ha hecho notar Schaeffer, 1983, la gran mayoría de las teorías de los géneros son teorías cognoscitivas orientadas sea al nominalismo sea al idealismo gnoseológico. Por ejemplo, en Hegel los géneros dependen de una ontología realista en la que lo real se presenta como autorrealización del concepto. En Schleier, en cambio, se combinan un realismo y un nominalismo "regionales": mientras la poesía antigua tiene para él un carácter genérico, la posterior le parece a-genérica. Teóricos posteriores han rechazado ambas tendencias epistemológicas para proponer soluciones como el constructivismo de un

Hempfer, para quien los conceptos de género no son ni meras ficciones ni existentes aprióricos, sino constructos emergentes de la relación entre un sujeto y un objeto de conocimiento, o la teoría transtextual que explica la genericidad por las relaciones entre un texto y otros preexistentes, sin el recurso a estructuras o matrices de competencia trascendentes a la textualidad misma y empíricamente inabordables. Esta última perspectiva, que es la defendida por Shaeffer, se opone al inmanentismo textual que aislaría a cada texto individual de la "red textual" en la que se inscribe.

- (11) A este respecto es muy provechosa la distinción de Lotman, 1978: 345-357, entre estéticas de la identidad y estéticas de la oposición: las primeras se corresponden con los fenómenos artísticos cuyas estructuras están fijadas de antemano, de tal modo que la audiencia conoce previamente sus clichés, organizados en sistemas de reglas. Las segundas, que tienen una historia lejana pero alcanzan a partir de la literatura realista "sus más brillantes manifestaciones", dimanar de "sistemas cuya naturaleza de código es desconocida por el auditorio antes de empezar la percepción artística". Lotman alude con el segundo caso a la reiteradamente observada pretensión de la literatura y del arte modernos de construir cada obra no como una nueva réplica de un modelo ideal sino como propuesta de un modelo nuevo, como género emergente. Obviamente ello no acontece mediante un (imposible) abandono de las normas: "cuando tal o cual autor o tal o cual corriente, en su lucha contra lo literario recurren al ensayo, al reportaje, a la inclusión en el texto de documentos auténticos, claramente no artísticos, al rodaje de documentales, están destruyendo el sistema habitual pero no el principio de sistematización". Es decir, y respecto a lo que aquí nos interesa, está abandonando el género como modelo generativo de los textos, pero no la genericidad como función textual dinámica que exige la cooperación del lector, su decodificación de sobreentendidos y de relaciones extratextuales.

- (12) Pues, en efecto, junto a modelos textuales generativos como el de Greimas, de orientación semántico-narrativa, caben modelos como los de la lingüística textual orientados a la función comunicativa del lenguaje. Así, el recorrido generativo de Greimas diferencia un nivel de estructuras semionarrativas, fundamentales y "de superficie", y un nivel de estructuras discursivas que incluye las operaciones de discursivización: actorialización, temporalización y espacialización (Greimas y Courtés, 1979: 160)

En cambio, un modelo textual como el de Schmidt sitúa en la estructura profunda del texto, o "genotexto", el "esquema abstracto, temático, de la intención de la comunicación", su forma lógico-semántica, que a través de procesos generativos de topicalización, modalización, lexicalización, etc. se transforma en "fenotexto" o secuencia de lexemas (1973: 145-149).

Estas diferencias metodológicas, con ser decisivas, no afectan al propósito esencial de una tipología de discursos, que es el de construir taxonomías textuales basadas en la homologación de dimensiones o niveles y no en modelos apriorísticos de los textos.

- (13) Para los efectos de esta exposición, es indiferente hablar de isotopías o de marcos cognitivos. En efecto, el "dato" inicial del relato, el dato del personaje, es inscrito en dos marcos cognitivos sucesivos y contradictorios entre sí, que pueden ser vistos por el análisis semántico como recurrencias clasemáticas de las series léxicas "coche-avión-bicicleta-caballo" y "ti vivo-coche de bomberos-lancha-cerditos".
- (14) Reconozco que mi descripción se corresponde bastante estrechamente con la que dan Greimas y Courtés, 1979: 320, de la sanción pragmática, si bien ésta es un juicio del Destinador sobre la performance del Sujeto según sus obligaciones contractuales, y que se presenta como recompensa o castigo al término de una narración.

C A P I T U L O V:

DOS INSTITUCIONES COMICAS: LA IRONIA Y LA BROMA.

"Ironía: libertad verdadera. Eres tú quien me libera de la ambición del poder, de la esclavitud de los batallones, del respeto de las costumbres, de la pedantería de la ciencia, de la admiración hacia los grandes personajes, de las mistificacio nes de la política, del favoritismo de los refor madores, de la superstición de este inmenso universo y de la adoración de mí mismo".

P. J. Proudhon.

"El burlarse con otro es tratarle de inferior, y a lo más de igual, pues se le aja el decoro y se le niega la veneración".

B. Gracián.

1. LA IRONIA

1.1. Analogías y diferencias entre ironía y broma

Hasta aquí he venido tratando de rastrear la naturaleza de los procesos cómico-humorísticos a la luz de las teorías de la comunicación y del discurso. En el capítulo precedente he tomado en cuenta algunos criterios semánticos y pragmáticos que permitían identificar la degradación cómico-humorística en el horizonte axiológico e interaccional y, en un segundo momento, diferenciar la transitividad específica de la degradación cómica frente a la reflexividad propia del humor.

Me propongo ahora un análisis más particular del procedimiento cómico en relación con dos figuras sociodiscursivas de nuestra cultura: la ironía y la broma.

Por si la inclusión de ambas figuras en la clase de los procedimientos cómicos no hubiese quedado sobradamente justificada he de advertir que:

- 1) en los dos casos se trata de actividades sociodiscursivas tendentes a la vituperación jocosa de un tercero;
- 2) en ambos casos el análisis hallará estructuras semánticas de tipo incongruente como la antífrasis irónica o las características dobles isotopías de las situaciones de broma, emparejadas siempre con relaciones pragmáticas de tipo polémico;
- 3) en fin, tanto las bromas como las ironías ponen en juego la repentina quiebra de las expectativas vinculadas a una situación de comunicación o de discurso.

Si estos rasgos justifican la pertenencia de bromas e ironías a la clase genérica de los comportamientos cómicos, otras propiedades autorizan su consideración conjunta, en orden a ilustrar los efectos característicos de la comicidad en las prácticas sociocomunicativas. En efecto:

- 1) La ironía y la broma tienen el carácter de rituales sacrificiales (en el sentido de Girard) en los que se tematiza o re-presenta la victimación de un tercero como medio de ratificación o de propuesta implícita del consenso interlocutivo. A esta función social sirven los distintos procedimientos de vituperación que en ellas operan y la común estructura de tres

actantes: remitente, destinatario y blanco que intervienen en la acción.

2) Si se entiende por efecto ilocutorio la consecución discursiva de una acción socialmente relevante, la ironía y la broma coinciden en el logro de la burla o mofa en cuanto efecto ilocutorio global que permite caracterizarlas como macroactos discursivos de una misma clase (en el sentido de van Dijk, 1980: 304), más allá del valor ilocutorio de los enunciados particulares que en ellas intervengan.

3) Ambos procedimientos tienen el carácter de fingimientos, simulacros o dramatizaciones en los que los actores toman cierta distancia metacomunicativa respecto a parte de los enunciados o prácticas que intervienen en la situación. En ambos casos está en juego el desplazamiento del marco metacomunicativo y el consiguiente realineamiento de los actores respecto a la naturaleza de las acciones en curso. El carácter de suplantación dramática de la broma es obvio. En la ironía, aunque menos obviamente, la simulación es una condición esencial de su eficacia. Por otra parte, la etimología de ironía, eironeia, remite al fingimiento, y los nombres latinos de la ironía retórica: illusio, simulatio, aluden inequívocamente al mismo hecho.

4) La ironía y la broma involucran también el desmentido del fingimiento en virtud de su propia consecución. En el primer caso la autoimpugnación está vinculada al proceso de sobreentendimiento de la antífrasis irónica; en el segundo aparece como desenlace explícito y abierto de un proceso de ceptivo.

Pero desde el punto de vista sociocomunicativo las diferencias entre ambos procedimientos son también significativas:

1) La ironía es ante todo un procedimiento verbal, bien sea en cuanto figura de la comunicación lingüística (oral), bien sea como figura del lenguaje literario. La broma, por el contrario, se construye en varios registros semióticos, pone en juego signos verbales y no verbales, requiere a menudo de la intervención de objetos y artefactos especializados.

2) La ironía es un juego del lenguaje, tomando la expresión tanto en su sentido wittgensteiniano cuanto en el sentido de Lévi-Strauss cuando opone "juego" a "rito". La broma es más bien una actividad ritual ejercida comúnmente por un grupo de personas que aplican unas reglas de procedimiento invariables. De ahí que la ironía, juego, sea disyuntiva, es decir, se consume en la separación diferencial entre los "jugadores" cómplices y el "blanco" contra quien se ha ejercido, en tanto que la broma es conjuntiva,

restablece en su término la reconciliación entre el grupo "oficiante" y la víctima, a la que se incorpora como destinataria de su propio "sacrificio".

3) La ironía apunta a un blanco virtual, que representa en ocasiones a un sujeto particular pero muy comúnmente remite a la posición argumentativa atribuida a un sujeto colectivo o indeterminado. La broma, empero, se ejerce sobre un blanco actual, mediante la degradación directa de uno o varios sujetos presentes en la escena interactiva.

4) Como puede inferirse del punto (2) la ironía presenta la forma de una estrategia interactiva, en la que el locutor ha de prever la respuesta de su interlocutor, ha de representarse sus creencias, sus presupuestos, etc. en tanto que la broma presenta la forma de un programa de acción, es decir, de una serie de operaciones secuencialmente reguladas e invariables. En este mismo sentido la normatividad irónica es de tipo informal, se debe a principios pragmáticos generales, mientras que la broma es una institución formal cuyo funcionamiento aparece regulado por una gramática especializada.

5) En tanto que la broma pertenece al ámbito estricto de la comicidad, la ironía participa también de las propiedades del humor. Como enseguida exa

minaré, es esencial al proceder irónico el autodesmentido, y por tanto la autorreferencia del enunciado del ironista.

1.2. La naturaleza de la ironía

Conforme a los comentarios de Myers Roy, la ironía ha sido diversamente definida y valorada a lo largo de la historia occidental. En la época de Sócrates pasa por ser un dispositivo de abuso y "disímulo", de hipocresía y engaño. Y aun cuando la tradición nos haya legado la noble imagen de la ironía socrática como un pionero método filosófico y didáctico, Bajtin no duda en afirmar su "indudable base carnavalesca" y popular: el primer núcleo de la ironía socrática y del diálogo socrático-platónico es el debate carnavalesco en el que "alienta el pathos del cambio y de la relatividad gozosa, que no dejan al pensamiento ni detenerse ni fijarse en una seriedad monológica" (1970: 180-181). El diálogo socrático conserva similitudes con ciertas comedias áticas y con los mimos de Sofrón, de propósito agonístico, como la familiaridad entre los interlocutores, la supresión de las distancias, el contacto libre con los objetos del pensamiento, por graves que éstos sean. La estructura de la "desentronización carnavalesca" perdura en Platón, y la ironía de su maestro no fue sino una "risa carnavalesca reducida" (ibíd.: 181). Las observaciones

bajtinianas tienden, pues, a sugerir una relación de engendramiento histórico-cultural y no sólo de mera semejanza conceptual entre el universo cómico popular y la técnica irónica.

Sigún Myers-Roy, en la época de Cicerón la ironía ha sido ya plenamente asimilado al arsenal de los artefactos retóricos. La retórica clásica la identifica con un cierto tenor del discurso, el ductus subtilis, en el que el orador simula una opinión (thema o significado literal) con la intención (consilium) de conseguir en el público un efecto contrapuesto a aquélla (Lausberg, 1975: 48). En el siglo XVIII se hace equivalente a la sátira, o a la técnica comunicativa predominante en este género y en el siglo XX se revaloriza incluso como un "estilo de vida": la Nueva Crítica literaria aplaudirá la ironía en cuanto instrumento demixtificador y desmitificador, aun cuando la moralidad contemporánea no deja de advertir la contradicción entre sagacidad (positiva) e insidia, e incluso falta de honradez, que conllevan los procedimientos irónicos (Myers Roy, 1981: 410):

La ironía es, en los términos más llanos de la retórica, la figura por la que el orador da a entender lo contrario de aquello que dice. Presenta, pues, como el sobreentendido, una divergencia entre significación literal del enunciado y sentido que "se da a entender" en la enunciación, pero a diferencia de lo que acaece en la mayoría de los sobreentendidos aquella divergencia semántica es de oposición e incluso de .

contradicción.

Tal como explica Bange, 1975, la ironía es un acto lingüístico indirecto fundado en la disociación entre la forma literal del enunciado y una proposición "implicativa". Su condición paradójica constitutiva, ya señalada por Schaerer, consiste en ser una simulación que existe para su autodenuncia: el ironista engaña para que su engaño sea descubierto. Así pues, y a diferencia de la simple mentira, la ironía ha de proporcionar indicios de su insinceridad.

Tras dar reconocimiento al valor ilocucionario de la ironía, Kerbrat-Orecchioni, 1980: 119-124, destaca sus componentes semántico y pragmático: semánticamente, se caracteriza por la antífrasis, por la oposición entre un contenido patente positivo y un contenido latente negativo. Es su carácter evaluativo, el hecho de contener enunciados axiológicos, la propiedad semántica que permite al discurso irónico el servir para la burla. Pragmáticamente, la ironía aparece como una censura con forma de alabanza.

Es bastante conocida la distinción de esta autora entre ironías citacionales y no citacionales. Las ironías de la primera clase contienen una cita implícita del locutor actual (L_0) a un enunciador segundo (L_1) que es el actante-blanco a quien L_0 atribuye los contenidos risibles y respecto del cual toma una distancia. La ironía citacional se presenta, pues, como una forma de eco enunciativo.

En aquellas formas de ironía en las que no es posible postular una cita implícita el blanco se identifica con la situación sobre la que se predica la secuencia irónica; por ejemplo, el mal tiempo atmosférico que se comenta mediante la expresión: "¡qué buen tiempo!". La ironía no citacional consiste, pues, en la sustitución de la expresión negativa adecuada a una situación que el locutor reputa de negativa por una expresión axiológicamente positiva.

1.3. La ironía como antífrasis, como estrategia conversacional y como cita

La antífrasis pasa por ser la propiedad semántica constitutiva de la ironía. Como he señalado, la antífrasis irónica consiste en la sustitución de un enunciado implícito de contenido axiológico negativo por otro explícito de valor contrario. La dimensión evalua-

tiva es en este caso tan pertinente que puede afirmarse con Kaufer, 1981: 503, que el uso de la ironía no es sino un espécimen del uso evaluativo del lenguaje.

Hutcheon, 1981: 140, señala que el fenómeno antifrástico sólo es verificable en el análisis frástico, de tal modo que el examen semántico de textos extensos reputados de irónicos, como Dubliners de Joyce, puede revelar escasas estructuras antifrásticas. Pero la observación de esta autora involucra una concepción demasiado restrictiva de la antífrasis. Para muchos analistas, y pese a la sugerencia etimológica, la antífrasis se presenta en distintos niveles del análisis semántico y aparece también como un fenómeno pragmático. Myers Roy, 1981: 411-413, diferencia dos clases de ironía predicativa, definibles sintáctico-semánticamente: la léxica, que se localiza en un ítem léxico sustituible (/Bonito día/ en lugar de /Feo día/), y la proposicional, que implica una cláusula del tipo "no es el caso que x" ante la proposición expresa: /Quiero pasar el verano en la mina/, como ironía, significa: "No es el caso que quiera pasar el verano en la mina". Pero diferencia también una ironía pragmática en la que la antífrasis remite a la inversión de las condiciones de cumplimiento de los actos lingüísticos o del tipo de acto ilocucionario, como ocurre en el empleo irónico de /gracias/, o a la transgresión de las máximas conversacionales de Grice. Myers Roy mantiene la definición de "decir lo opuesto a lo que se significa", pero incluyendo en ella las oposiciones de

tipo pragmático.

La ironía es un efecto de la implicatura conversacional, tal como el propio Grice, 1979: 65-68, sugiere al relacionar este procedimiento discursivo con figuras retóricas como la hipérbole, la metáfora, la lítote y la ironía misma. La antífrasis irónica aparece desde el punto de vista pragmático como una transgresión del principio de sinceridad (la máxima de cualidad griceana) que el locutor muestra abiertamente a su interlocutor con la intención de darle a entender un contenido contrario al significado literal de la proposición.

La antífrasis, señala Kerbrat-Orecchioni, 1975, es un caso particular de infracción a la ley discursiva de sinceridad, si bien no todas las formas de antífrasis son irónicas: en muchos casos poseen una función eufemística o hipocorística, es decir, sirven a la atenuación del significado de algún término verbal.

La ironía no encuentra condiciones suficientes de explicación en la mera antífrasis proposicional ni en el mero proceso de implicatura griceana. Kaufer, 1981: 501-502, señala que no todo sobreentendido es irónico, ni la violación de una máxima conversacional es condición suficiente ni necesaria para la producción e interpretación de expresiones

irónicas. La ironía sólo es determinable contextualmente, mientras que las máximas de cooperación se refieren más bien a propiedades específicas de las expresiones, excepto la de relevancia, que alude a relaciones entre la expresión y el contexto.

La ironía hace referencia obligada a la situación, y el acto de lectura y de producción de la ironía han de ir más allá del texto, hacia la decodificación de la intención del autor en el primer caso y hacia la anticipación de la interpretación receptora en el segundo.

Estos requerimientos tienden a definir el proceso irónico como una estrategia conversacional que conlleva determinadas actitudes cognitivas y atribuciones mutuas de intenciones y expectativas entre los interlocutores, así como evaluaciones de ambos sobre el contexto comunicativo: Kaufer, ibíd.: 503-504, caracteriza la ironía por la "tensión entre la actitud subjetiva del ironista y la actitud implicada por la serie de expectativas identificadas con la emisión del uso literal" y propone cuatro categorías básicas para su descripción: 1) la actitud del ironista; 2) la actitud del oyente; 3) la evaluación del ironista de (1) respecto a (2); y 4) la evaluación del ironista sobre el impacto del mensaje en el oyente.

De un modo más descriptivo, Myers Roy, 1981:

413, precisa que el hablante debe asumir: 1) que el oyente sabe que quiere significar lo contrario de lo que dice y 2) que el oyente sabe que le es precisa una cierta actividad interpretativa. Correlativamente son asunciones necesarias del oyente: 1) el rechazo del sentido literal de la expresión; 2) la experimentación de interpretaciones alternativas y 3) el tomar decisiones sobre los conocimientos y creencias del hablante o autor.

No es aventurado el afirmar que en muchos casos la información contextual constituye una condición suficiente de la ironía aún en ausencia de toda transgresión griceana de las reglas sintácticas, semánticas o pragmáticas.

Peña-Marín, 1985, señala que "la condición esencial para que haya una ironía es que el destinatario atribuya al enunciador una no adhesión a su enunciado, que comprenda que aquél quiere decir otra cosa (es por esta razón por la que algunos enunciados (...) pueden ser irónicos para una parte de la audiencia -la que posee las informaciones necesarias sobre las opiniones del autor, sector escogido por el autor como destinatario de la ironía- y no serlo para la parte de la audiencia que no posee esta información)". El ironista, añade la autora, actúa estratégicamente al prever que el interlocutor-destinatario comprenderá que no quiere

decir lo que dice: "la consecuencia más inmediata es aquélla que busca la diferencia en lo opuesto", pues por algo la oposición es la primera distinción en las relaciones del lenguaje; el destinatario "buscará lo que se opone, sea a nivel semántico o pragmático (como en la felicitación irónica) a lo que dice el locutor". La antífrasis no aparece así como una propiedad semántica de las expresiones sino como la proyección sobre el enunciado de una hipótesis interpretativa que toma por referencia el principio lógico de contradicción, o un principio de oposición más general.

La cuestión central de la estrategia irónica pasa a ser, entonces, la indicación por parte del locutor de su propia distancia respecto al enunciado, el extrañamiento que conlleva una "problematización de la comunicación práctica e ingenua" (según la expresión de Bange, 1975). Ahora bien, la distancia remite a dos hechos diversos: el de la distancia enunciativa en virtud de la cual el enunciador presenta su enunciado como no apropiado (a la situación) y el hecho de la cita implícita en virtud del cual el enunciador presenta su enunciado como no propio, es decir, como atribuible a un segundo enunciador (implícito).

En cuanto enunciado que se presenta a sí mismo como inadecuado, el enunciado irónico pertenece a la clase de las menciones autoevocadoras. Esta es la posición de Berrendonner, 1981: 215-216 ,

cuando defiende que el enunciado en cuestión no se presenta como una enunciación anterior efectivamente cumplida por un enunciador colectivo o particular sino en cuanto la aserción misma de la proposición que se cumple al enunciar el enunciado irónico.

La posición de Berrendonner es difícilmente rebatible en la medida en que describe un fenómeno de reflexividad que se da, en mayor o menor medida, en todo enunciado. Sin embargo, los partidarios de la teoría "citacional" de la ironía, como Bange, 1975, defienden que ésta consiste en la repetición, en forma de presupuesto, de aserciones y presuposiciones del interlocutor o de un tercero, y que esta repetición equivale al rechazo implícito del mundo propuesto en la cita. Una posición similar defienden Ducrot, 1980 b, y Sperber y Wilson, 1978. Según estos dos últimos autores, la ironía evoca otra enunciación en la que aquello que se dice actualmente como ridículo o inadecuado habría sido dicho de manera seria y pertinente. Así, /qué bueno hace/ como enunciado emitido en un día frío y lluvioso alude, si no a un enunciado anterior efectivamente producido, sí a las circunstancias en que tal enunciado podría haber sido dicho. La ironía no representaría tanto una auténtica cita cuanto una cita (de un enunciado) virtual.

Creo que esta compleja polémica puede zanjarse, a los efectos de mi exposición, con la hipótesis de que la ironía, enunciado autoevocador, es también un caso de enunciado bivocal divergente (en el sentido de Bajtin, cfr. III. 1.3.2) en el que se representa una posición enunciativa antagónica a la que el ironista presenta implícitamente como propia. Con ello quiero dar a entender que la ironía no ha de aludir necesariamente a otro enunciador singular o colectivo, sino simplemente a un punto de vista, a una actitud enunciativa a menudo impersonal o indeterminada respecto a la que se toman distancias, y más precisamente distancias axiológicas. La ironía, como lo cita, es un caso particular de repetición dialógica (cfr. III. 1.3.3) en la que el enunciado actual se presenta como repetición de un enunciado virtual y por ello como metacomunicación respecto a aquél. Hutcheon, 1981: 154-155, rememora a este respecto el clásico ejemplo del discurso de Antonio en el Julio César de Shakespeare: el orador repite en seis ocasiones que "Brutus is an honourable man" y la mera repetición genera diferencia y distancia enunciativa irónica.

Peña-Marín, 1985, explica que "la ironía ha ce alusión al hecho de decir x, y tiene por objetivo a quien podría decir, o habría dicho efectivamente esto, quien sostendría la posición señalada como ridícula" (subrayados míos). La ironía es cita en estado de máxima virtualidad, es ilustración de las observaciones de Bajtin sobre el hecho de que el discurso no sólo cita enunciados y enunciadores determinados, sino

"estilos de lenguaje", "posiciones interpretativas", "ideologías", etc.

1.4. La función "defensiva" de la ironía

He afirmado que la ironía es una estrategia de distanciamiento enunciativo y de contraposición de posiciones enunciativas virtuales. Debo ahora referirme a las metas o funciones que justifican tales procedimientos estratégicos. Cuando Myers Roy, 1981: 408, afirma que la ironía es individualmente una estrategia comunicativa y socialmente una expresión de solidaridad grupal alude, entre otras, a las que yo considero las dos funciones básicas del proceder irónico en el discurso: la que denominaré función desresponsabilizadora del locutor, de la que me ocuparé en este apartado, y la función consensual o integradora a la que me referiré en el siguiente. La desresponsabilización del locutor es un efecto general de la práctica del sobreentendido y de la acción ilocutoria indirecta. Como he expuesto en otro lugar, "habida cuenta de que la interpretación de un sobreentendido no opera mediante la inferencia directa a partir de indicadores semánticos convencionales, el locutor puede impugnar aquélla y eludir su responsabilidad respecto a las conclusiones inferidas por el alocutario. La conocida respuesta: /eso lo ha dicho usted, no yo/ con que algunas personalidades políticas apostillan las (nor-

malmente malévolas y plausibles) interpretaciones de sus entrevistadores ilustra esta táctica de "repliegue" enunciacional. El recurso permanente al sobreentendido en los discursos que suelen reputarse de "insidiosos" aparece, pues, como un procedimiento de elusión del compromiso locutivo y de preservación de una constante reversibilidad semántica de los enunciados" (Lozano, Peña-Marín, Abril, 1982: 218). Y también: "Tales actos (los indirectos) amortiguan el compromiso del locutor con su acción (o con los efectos de ella) al remitirlo parcialmente al alocutorio. Así, el locutor que inicia tentativamente una acción manipulatoria deja inferir a su interlocutor un sentido de la acción que podrá impugnar ulteriormente como "consecuencia equivocada" (*ibíd.*: 241).

Myers Roy, *op. cit.*: 408-409, señala que en la ironía, como en toda interacción conversacional, se presenta el requerimiento contradictorio de, por una parte, procurar los "bienes sociales" de la cooperación y la cortesía y, por otra, la necesidad individual de obtener la atención y el control del espacio conversacional, fundamentalmente de la duración y el tópico. Pero junto a la satisfacción de estas demandas el ironista obtiene una cierta irresponsabilidad: si en su proceso interpretativo el oyente alcanza a reconocer el juicio negativo implícito de la ironía, el hablante puede siempre apelar al significado literal o de superficie de su expresión (*ibíd.*: 421). Kerbrat-Orecchioni (1975) alude a este mismo rehusamiento de la responsabilidad como una forma de "elegancia" o "dandismo" del lenguaje.

Pero es Berrendonner, en el contexto de su teoría de la ironía como paradoja argumentativa, quien proporciona un marco más convincente a la desresponsabilización irónica: una proposición ad quiere estatuto argumentativo por su pertinencia frente a una alternativa de conclusiones, r vs. no-r, que son conclusiones de tipo axiológico en el caso de los enunciados irónicos (1). La especificidad del valor argumentativo de un enunciado irónico viene dada por su pertenencia simultánea a ambas clases de argumentos: la clase Cr de los argumentos favorables a r y la clase C no-r de los argumentos en favor de no-r (1981: 183-185).

Así, en la metáfora irónica propuesta por el mismo autor: /X rumia un teorema/, el término /rumia/ remite simultáneamente a dos sentidos o conclusiones de valor axiológico opuesto:

- (i) "medita reposadamente" (sabiamente)
- (ii) "vuelve sobre el asunto al modo de una función fisiológica animal" (mecánica o torpemente).

Berrendonner concluye que la paradoja argumentativa de las expresiones irónicas permite la propuesta de argumentos con la evitación del riesgo de sanciones relativas a la incoherencia, eludiendo también el cierre isotópico y el compromiso posicional que son propios de la argumentación común (ibíd.: 236-237). La ironía argumenta a

dos niveles, enunciado y enunciación, "tales que cada uno implica y desmiente al otro". Esta conclusión, que también ratifica la hipótesis de la neutralización axiológica (cfr. IV. 4.3), permite afirmar a Berrendonner que la ironía es precisamente el medio de escapar a una regla de coherencia.

La ironía sobre alternativas, protege la libertad locutiva. El ironista no sólo halla el medio de escapar a sanciones, pues siempre puede acogerse a uno de los valores argumentativos alternativos, sino también de sancionar al interlocutor que no admite la ironía. Así pues, la expresión irónica es una defensa, sobre todo "contra las normas". Es la réplica "antifascista", enfatiza el autor, contra el "fascismo" de las normas lingüísticas del que tratara Barthes. En el habla, equivale al "último refugio de la libertad individual" (ibíd.: 238-239).

1.5. La función consensual

El autor de la ironía, concluye Peña-Marín, 1985, simula hablar como lo haría su adversario, "presenta la posición que quiere criticar como absurda, contraria a la razón. De esta manera deja ver que su propia posición no puede ser ésta. Su posición será precisamente la de quien no piensa de ese modo, (...) la de quien se opone. Quien dice una

ironía quiere hacer comprender que considera absurdo el producir el enunciado que acaba de hacer, o sea, que tiene una posición sobre el particular y que tal posición es la de rechazarlo. No muestra sólo su posición sino también, y sobre todo, la posición contraria, prestando atención a que quede muy claro para el destinatario el hecho de que esta posición es justamente contraria a la suya".

El ironista establece, pues, una triple relación enunciativa: de distancia respecto a su propio enunciado, de tal modo que el efecto antifrástico quede asegurado; de rechazo implícito respecto al universo intelectual y axiológico instituido por la cita y respecto a la posición enunciativa virtual aludida como remitente de aquella cita; y de complicidad con el destinatario de la expresión irónica, con quien se presume o se trata de instaurar una comunidad evaluativa. La ironía conlleva una apelación a los conocimientos, expectativas y creencias de su destinatario, requiere también de un cálculo prospectivo por el que el ironista prevé la doble interpretación del destinatario: éste ha de percibir la no adhesión del locutor a su enunciado (a la verdad y a la valoración que propone "literalmente") y ha de prestar su consentimiento al universo axiológico en el que opera el argumento irónico. El ironista propone, en suma, un diálogo implícito con su interlocutor en el que se promueve un contrato de complicidad precisamente por el señalamiento de una tercera instancia, virtual, posicional, que es la postura ridícula, divergente o absurda contra la que se ha-

bla. Kerbrat-Orecchioni, 1975, afirma rotundamente que la ironía requiere del trío actancial: locutor, receptor y blanco, pero esta figura es la misma que Freud postulaba en su teoría del chiste tendencioso.

La ironía, que he querido ver como una estrategia discursiva de la clase cómica, presenta el analista las propiedades del discurso de superioridad que señalaran Aristóteles, Hobbes o Bergson. Ahora bien, la superioridad no es el resultado de un juicio de superioridad en el que, dualmente, el agente cómico ridiculiza o degrada a algún otro. Es más bien resultado de una estrategia discursiva por la que el agente ridiculiza a otro ante un interlocutor o destinatario que es invitado, en la propia acción de discurso, a compartir la posición de superioridad. En otros términos, la ironía es un acto de complicidad y de victimación de un tercero en virtud del cual los interlocutores se concilian, o ratifican una avenencia preexistente respecto a sus posiciones axiológicas.

Puede, pues, conjeturarse que en el nivel de la interpretación sociológica la ironía es una sanción o una táctica de consenso que apunta a la integración de los valores del grupo, y que en el nivel de una lectura antropológica más general se trata de una concreción o especificación del modelo trascendental de la complicidad que anteriormente expuse: representa una aplicación de aquella estructura en el ámbito axiológico.

Hay que precisar aun que el mecanismo sancionador (del tercero) en virtud del cual el ironista acierta a obtener la complicidad de su destinatario contra el blanco de la ironía tiene el carácter de una institución pragmática: la acción ilocutoria de burla (2). "El burlarse con otro -señala Gracián en El Discreto- es tratarle de inferior, y a lo más de igual, pues se le aja el decoro y se le niega la veneración" (1938: 76). La afirmación de Gracián, aun sin las precisiones lexicográficas que en rigor exigiría su comentario, pone de manifiesto que el acto de burla atenta contra cualidades de la víctima (el decoro, la veneración) que vienen establecidas por una atribución social. El honor o el respeto que resultan "ajados" en la burla son resultado de una mirada social, de la acción testifical de la comunidad entendida como destinatario-sancionador de las conductas individuales. Poco importa aquí la determinación histórico-cultural del ajamiento al que alude Gracián, deudor de una particular concepción de la honra y del respeto mutuo. Lo que me parece relevante es la estructura de tres actantes implícita en su aforismo: el burlador, el blanco y el destinatario-sancionador.

La burla en su doble acepción de menoscabo y engaño, requiere siempre de un actante testigo, cómplice del burlador y sancionador de la víctima, que puede aparecer o no como un actor empírico en la situación interactiva particular. No hay que olvidar que las tres figuras actanciales de la ironía son susceptibles de producir distintos sincretismos:

así, en un posible "soliloquio autoirónico", el actor asume las tres posiciones actanciales; en la figura de la "obediencia conversatoria", que he identificado y descrito en II. 3.4, el receptor es simultáneamente destinatario y víctima, etc.

2. LA BROMA

2.1. La naturaleza de la broma

Como ya expuse en un trabajo anterior, que me servirá de referencia básica en la exposición de este apartado, el término "broma" procede de bibrôscô: carcomer, devorar, y en griego brôma designa "caries" además de "chanza" (Abril, 1980: 76).

En castellano "broma" tiene más de un sentido. Debo precisar que me refiero a la acción de embromar o de "gastar una broma" y no a la de bromear o "hablar en broma". Lo que me ocupa es, pues, la acción ritual en la que uno o varios sujetos someten a otro u otros a un engaño que se desmiente en virtud de su propia consecución y que va acompañado de ciertos agravios que más adelante describiré. En cuanto acción a la par ridiculizante y deceptiva, la broma da cuenta de las dos acepciones ya mencionadas de "burla". Su carácter de humillación y de transgresión (provisional) de las máximas cooperativas justifica también el sentido etimológico al que acabo de aludir: no hay acaso ninguna práctica cómica que, en una primera aproximación, satisfaga tanto las observaciones de Baudelaire y de Bergson sobre la malignidad y la agresividad de lo cómico como la broma.

Fry, 1963: 111, ha señalado que las bromas (practical jokes) involucran obviamente competición y que en su estructura abstracta representan "un intento de una persona o grupo de colocar a otra persona o grupo en la posición de ser divertidos, o de ser divertidos en cuanto inferiores". La situación de broma conlleva una evidente disparidad de apreciación entre la parte bromeista y la parte victimada: quien sufre las consecuencias de la broma no puede reír hasta que llega a serlo para él, hasta que el episodio se le comunica como un juego (ibíd.: 142).

La segunda observación de Fry lleva a ciertas consideraciones generales:

1) La secuencia convencional de la broma consta de dos episodios tales que el segundo versa acerca del primero, es decir, constituye un acto de metacomunicación sobre éste.

2) La definición metacomunicativa resultante es la de "juego", caracterizado inicialmente por la oposición a "serio". Ciertamente no contamos si no con una comprensión intuitiva de ambas nociones, que acaso constituyan "primitivos semánticos" del lenguaje referido al "sentido de la realidad" (3).

3) La secuencia de la broma conlleva un realineamiento actancial tal que el actor o los actores inicialmente tomado(s) como víctima pasa(n) a ser promovido(s) a la función destinataria respecto al conjunto de la acción, retrospectivamente redefinida.

Los actos de humillación y agravio que la broma incluye aproximan esta actividad a prácticas sociales mucho menos "inocentes". El límite entre la broma y la mera vejación, que los bromistas competentes no traspasan, viene señalado por la noción misma de "broma pesada", que equivale a broma fallida por referencia a un sistema de convenciones constitutivas de la acción de bromear. Fry señala a este respecto que las vejaciones del tipo de las "novatadas" se establecen necesariamente sobre el marco: "esto es serio", en tanto que las bromas propiamente dichas remiten a un marco de (socialmente reconocida) "irrealidad" (ibíd.: 166-169).

Fry insiste en que las prácticas cómico-humorísticas son "multideterminadas", es decir, en que su existencia no puede ser justificada por uno solo sino por muy diversos fines sociales y psicológicos. No obstante propone una sugeridora conjetura sobre la función predominante de las actividades humorísticas y de la broma en particular: la observación etológica ha llevado al reconocimiento de comunicaciones relativas a la jerarquía social y de interacciones agresivo-sumisivas que comúnmente actúan de modo inconsciente y automático. Pues bien, en este contexto "es posible considerar la sonrisa y la risa como (entre otras cosas, desde luego) señales de comunicación no verbal, inconscientes, que tienen que ver específicamente con la jerarquía social y con la agresividad-pasividad, con el humor como un territorio en el que estas interacciones pueden llevarse a cabo. Las sonrisas y las risas parecen métodos de comunicación (...), pueden considerarse como miembros de un extenso cuerpo de mensajes no verba

les que son usados por los seres humanos para comunicar específicamente en torno a cuestiones del orden del "picoteo" (pecking order). Por "picoteo" (peck) se designa un comportamiento que los etólogos han observado inicialmente en las aves: se da un orden jerárquico definido en el que, según el rango, el individuo puede picar o no a otros en la cabeza o en la cresta.

El sonreír y el reír son análogos a la exposición del cuello por el lobo" (1963: 101). Las bromas, en la medida en que pertenecen a esta clase de comportamientos jocosos, y en cuanto involucran actitudes de superioridad respecto a la "víctima" cómica, parecen estar relacionadas también con el establecimiento de jerarquías de "picoteo" (ibíd.: 111).

Coincido con Fry en que el humor, o más precisamente la comicidad, es un "territorio" en el que ciertas interacciones pueden llevarse a cabo. Es el ámbito institucional para el despliegue simulatorio, si se quiere simbólico, y por ello mismo neutralizador de la violencia potencial de las relaciones microsociales.

Ahora bien, la broma, en cuanto institución ritual particular del universo cómico, no tiene por resultado la ratificación de un sistema de diferencias de rango preexistente, ni tampoco el esta

blecimiento de un nuevo sistema jerárquico. Por el contrario la broma reproduce igualdad, "permite el paso desde una igualdad simulada a otra igualdad simulada merced al operador de una ceremonia humillante, de un sacrificio ritual a pequeña escala" (Abril, 1980: 87). La broma es un rito entre iguales que asegura, mediante un simulacro diferenciador que se desmiente por su propia consecución, el restablecimiento de la igualdad inicial.

Un rito entre iguales, pues la profanación provisional de la imagen positiva de la víctima, a la que luego aludiré, dificulta que los agravios propios de la broma sean ejercidos contra alguien inicialmente definido como superior o como inferior en el sistema jerárquico del grupo.

Un restablecimiento de la igualdad, y no una mera expresión de ella: restablecer es volver a instituir, confirmar simbólicamente la vigencia de la igualdad de partida mediante la incorporación del plusvalor de sentido proporcionado por la propia práctica ritual del sacrificio. Los iguales que intervienen en el rito de la broma, una vez que han dramatizado la discordia y el abandono de las normas, llegan a ser, utilizando la expresión paradójica de Orwell, "más iguales" que antes. Como el potlatch de Mauss, 1971: 160 y stes., la broma es un intercambio agonístico en el que se destruye ritual y provisionalmente ciertos bienes, a saber, la imagen positiva de los actores, el sistema de respeto y distancia mutua y

las reglas cooperativas y corteses que lo salvaguardan. El exceso o despilfarro (de sentido) propio de los intercambios simbólicos viene curiosamente connotado por el propio verbo "gastar" de la expresión común "gastar una broma". A diferencia del potlatch el intercambio simbólico de la broma no culmina en el aseguramiento de diferencias jerárquicas o estatutarias, sino en la reinstitución de vínculos igualitarios: la reciprocidad, la atribución mutua de sanciones positivas, etc., fortalecidos simbólicamente por su provisional puesta entre paréntesis. Mi análisis concluye, como la opinión popular y tradicional sobre este particular, que el rito de la broma "acorta distancias", vigoriza el consenso del grupo.

En una perspectiva filosófico-antropológica, el ritual de la broma, como los ritos (religiosos) de los que habla Girard, es una reproducción de la crisis mimética: "los ritos consisten en transformar en acto de colaboración social, paradójicamente, la desagregación conflictual de la comunidad (...). Al reproducir siempre el modelo mimético en un espíritu de armonía social, la acción debe poco a poco vaciarse de toda violencia real para no dejar subsistir más que una forma "pura" (...). En sus rituales, las sociedades primitivas se abandonan voluntariamente a lo que temen más que nada durante el resto del tiempo, la disolución mimética de la comunidad (...). Todo ocurre como si se pensara que la desintegración simulada pudiese alejar la desintegración real" (Girard, 1978: 33-36).

No tratamos de un rito religioso ni de sociedades "primitivas", pero la descripción de la broma muestra los mismos elementos y la explicación nos conduce a resultados análogos: el grupo se abandona a la quiebra de sus principios cooperativos y reduce la violencia a la forma "pura" de una victimación controlada. Salvaguarda por ello la vigencia del consenso y previene la recaída en una disolución violenta y efectiva de la cooperación y la armonía social.

Debo añadir que la vigencia antropológica del rito de broma parece sobradamente acreditada por la celebración anual de un "día de los inocentes" que, con fechas y denominaciones diversas en otros países europeos, proporciona una ocasión de impunidad institucional para la práctica generalizada de las bromas.

2.2. El proceso cognitivo de la broma

La broma es una secuencia accional sostenida por un equipo (4) que prepara en secreto algún dispositivo embromante cuya acción produce efectos significativos en una víctima, individual o colectiva.

El dispositivo embromante incluye ocasionalmente artefactos funcionalmente especializados (existe incluso un ramo comercial de "objetos de broma") de efecto sensorial variado; pero una broma puede consumarse sólo mediante la transmisión verbal de información, por ejemplo, de una falsa noticia alarmante. El rasgo común a los dispositivos embromantes es su carácter deceptivo y el hecho de que provocan una perturbación repentina de la "normalidad" de una situación. Ello ocurre por la aparición de señales de alarma que amenazan las expectativas asociadas a la situación de manera repentina y sorprendente.

El valor deceptivo, la súbita quiebra de expectativas y el efecto de sorpresa consiguiente son todos rasgos que ya he considerado en mi análisis general de la comicidad. También lo es la doble isotopía semántica involucrada en el proceso de significación del dispositivo embromante: bombas fétidas, bombones rellenos de sustancias picantes o moscas artificiales en el plato de sopa hacen aparecer en el contexto semántico de las situaciones en las que aparecen la oposición de universos de sentido como "sucio vs. limpio", "comestible vs. incomedible", "noble vs. innoble", etc.

La oposición de valores semánticos implicados en la situación es plenamente paralela a la incongruencia pragmática derivada de la diferencia interpretativa entre los sujetos: "la broma se

configura en la contraposición de dos horizontes interpretativos heterogéneos -el de los agentes bromistas y los espectadores, por una parte, y el de la víctima embromada, por otra-, y el efecto cómico, como en el chiste, se desencadena por la percepción de la disparidad una vez disuelta en el momento de "shock" (Abril, 1980: 76).

Ahora bien, el momento explosivo de la broma (por utilizar la expresión rotundamente expresiva de Bateson, y descriptivamente exacta en casos de bromas como la del cigarrillo que estalla) desemboca en una redefinición retrospectiva de la situación y en la reorganización de las posiciones actanciales de los sujetos: el equipo bromista, hasta entonces remitente de la chanza, asume la posición destinataria, en cuanto espectador jocundo de sus resultados. La víctima, que ha desempeñado la posición emisaria (cfr. III. 2.3), asume también el papel actancial de destinatario, tras una interpretación retrospectiva que conlleva ocasionalmente procesos de negociación interactiva del acontecimiento; la reinterpretación del proceso, posibilitada por una negociación efectiva o virtual con el remitente, "presupone la aceptación de un contrato de definición retrospectiva de la situación, de conmutación del marco. En el momento postrero de una broma no fallida todos los actores han de manifestarse como destinatarios y pueden además hacerlo como observadores, al evaluar críticamente sus actividades anteriores: sus sospechas y prevenciones, el grado de lealtad que han profesado a sus roles y a su línea interpretativa, los alineamientos y realineamientos, etc." (ibíd.: 79).

En síntesis, el programa accional ideal de la broma consta de tres fases canónicas:

1) Inicio: El equipo bromista actúa engañosamente sobre la víctima disponiendo la quiebra súbita de las expectativas situacionales y, con siguientemente, simulando el mantenimiento de la "normalidad".

2) Momento explosivo: La acción produce signos de alarma para la víctima, cuya conducta se ve modificada de modo jocoso para el espectador, y cuya interpretación de la acción conduce al descubrimiento del engaño.

Los momentos (1) y (2) presentan al equipo bromista como remitente y destinatario de la burla infligida a la víctima (aun cuando cabe la existencia adicional de actores en posición de observadores, no remitentes pero sí receptores o destinatarios). En ambas fases la víctima ocupa la posición que he denominado anteriormente emisaria, es decir, de un sujeto transmitido doblemente burlado: cognitivamente, por su so metimiento a un engaño, y pragmáticamente, por su padecimiento de un agravio práctico.

3) Final: Ambas partes acuerdan explícita o implícitamente una definición común de la situación recién acaecida, mediante la admisión del marco "broma" como límite interpretativo. "Es la fase de consenso en la que, por expresarlo con palabras de Goffman, el mundo vuelve a ser como

una boda" (ibíd.: 79), y en la que la víctima asume también la función de destinatario: una broma no se consuma "felizmente", en el sentido austriaco, hasta que las fases (1) y (2) son metacomunicativamente clasificadas como situación cómica también para quienes) ha(n) ejercido el papel de víctima.

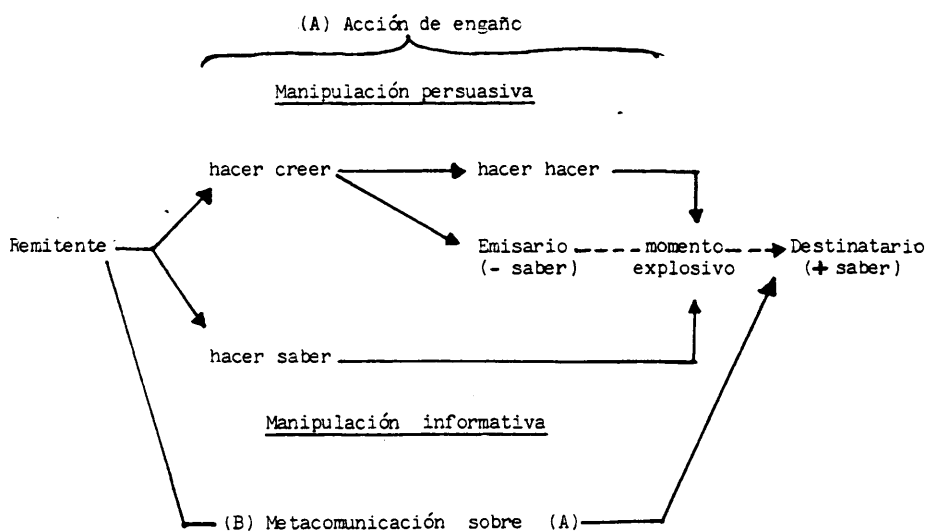
Así pues, la secuencia de la broma consta de dos operaciones o programas cognitivos superpuestos:

- A) La acción de engaño propiamente tal.
- B) La acción de transmitir el engaño como un mensaje.

La acción de engaño puede a su vez ser analizada en dos subprogramas: 1) el programa persuasivo, correlativo a un hacer interpretativo del receptor (víctima), que ha de ser anticipado estratégicamente por el remitente y en virtud del cual aquél es conducido a un estado de engaño; 2) el programa informativo, por el que el remitente, al disponer las operaciones que culminan en el momento explosivo, proporciona a la víctima una especie de "saber de efecto retardado" con sentido y efectos contrarios a los del subprograma narrativo: "en la consecución de este programa no intervienen sólo las manipulaciones del remitente sobre el objeto (como la inserción del explosivo en el cigarrillo), sino también las manipulaciones del propio receptor, inducidas por la per

suación (como encender el cigarrillo)" (*ibíd.*: 80). Así pues, el programa cognitivo prevé tanto el momento deceptivo cuando el desvelamiento que acae en la fase explosiva y en virtud del cual el episodio se vuelve objeto susceptible de la reinterpretación final.

El siguiente gráfico trata de representar sintéticamente las operaciones cognitivas de la broma:



Debo ahora precisar algunas implicaciones de mi descripción del acto de broma como metacomunicación. En primer lugar, la metacomunicación significa un desplazamiento de la definición de la realidad situacional, una transformación del marco cognitivo de la acción por parte de los actores. "La broma, como el juego, se vendría a conformar por un proceso de simulación mediante el que una actividad se transforma en algo modelado según esa actividad primaria, pero se percibe por los partícipes como algo distinto: los cómplices de la broma y finalmente su víctima reconocen, valga el ejemplo, que el revólver con el que se amenaza es de juguete, y a través de la "falsa intimidación" discriminan los dominios de la violencia efectiva y de la violencia virtual o simbólica. Y como Bateson y la escuela de Palo Alto han conjeturado, la competencia en este tipo de discriminaciones subyace a la "normalidad" social y a la "buena salud mental" (ibíd.: 77-78).

Ahora bien, ¿cuál es el procedimiento discursivo de este desplazamiento? Como explicaba en el mismo trabajo, la broma se consume por un proceso de implicatura conversacional: la broma arranca de una situación "fabricada", simulatoria, en la que el bromista trata de acomodar a la víctima como si de un contexto serio y cooperativo se tratara. En ese contexto el bromista propone a la víctima actos ilucutorios convencionales como donaciones (por ejemplo, del cigarrillo que resultará explosivo) informaciones (que luego resultarán falsas), etc. El

momento explosivo resulta del cumplimiento de una segunda línea de actividad del bromista-remitente situada a otro nivel de acción, o de enunciación, que no es una "dramatización" de carácter público, "sino el efecto de una acción secreta, y desencadena dos tipos de efectos perlocucionarios: por una parte, secuelas como la alarma, la intimidación o la repulsión; por otra, el reconocimiento del engaño a través del que la víctima pone en quiebra retroactivamente las condiciones de cumplimiento de la ilocución anterior. En efecto, el logro de los actos ilocucionarios deriva de la aceptación por parte del receptor de ciertos supuestos que cabe llamar implicaciones pragmáticas convencionales y que Searle identifica con las reglas de cumplimiento.

Por ejemplo, en la donación es una "regla preparatoria" que el objeto es beneficioso para el receptor, y es una "regla de sinceridad" que el emisor cree sinceramente que la acción será del agrado del receptor, de modo que el receptor presupone tales extremos y su presuposición puede verse como un acto que, en la serie del programa accional, condiciona la felicidad de la acción del don. Cuando acaece el "shock", el receptor retira su implícito asentimiento a esos supuestos y, por ende, pone en quiebra retroactivamente las condiciones de cumplimiento de la ilocución anterior, es decir, niega el estatuto cooperativo anteriormente atribuido al intercambio.

Pero en este punto aparece también el proceso interpretativo esencial de la broma: la atribución al emisor de una ruptura engañosa del compromiso interaccional no conlleva al rechazo de la cooperación posterior. La interpretación del recorrido accional hasta ese momento -su percepción como parte de un programa convencional- permite implicar que el emisor no trataba sin más de burlar las normas pragmáticas, sino que su comportamiento cuenta como una propuesta de trasladar la interacción a otro nivel, es decir, de hacer valer otra clase de reglas pragmáticas. Esta implicación del receptor es del tipo de las implicaciones "conversacionales" descritas por Grice: el emisor ha hecho mofa de todas o algunas de las reglas conversatorias (relativas a la cantidad de información, a la sinceridad, a la pertinencia y a la claridad); ha burlado particularmente la de sinceridad mediante el engaño ahora descubierto, y sin embargo hay razones para pensar que no trata de infringir el "principio de cooperación", sino de situar ésta a un nivel diferente del que las convenciones propias de la situación que hasta ese momento se daba por efectiva exigen: lo que la implicación conversacional postula es un marco accional, es decir, un sistema virtual de acciones, en el que la conducta del bromista no resulte infractora. "Humor", "broma" o "contexto no serio" son algunas denominaciones para ese marco, en el que obviamente cuentan definiciones específicas de la verdad y exigencias de una sinceridad sui generis" (ibíd.: 85-86).

En esta larga cita se trata de dar a entender que la función esencial de la implicatura conversacional es la conmutación del marco metacomunicativo y la consiguiente modificación del sistema de presuposiciones vinculado a la situación.

Una crítica excesivamente normativa podría ver en la broma y en los restantes comportamientos "no serios" la mera infracción más o menos tolerada socialmente, de las convenciones cooperativas comunes. Yo veo más bien la expresión de un distinto universo de realidad y de expectativas interaccionales regido por principios de coherencia, cooperación y sinceridad diversos de los del "discurso serio". La aceptación de la broma, sobre todo por parte de la víctima, que es quien en última instancia legitima o sanciona su cumplimiento, equivale a la admisión, por transitoria que sea, de la normalidad de conductas que en otros contextos serían reputadas de "falaces", "incoherentes" o "pueriles".

La broma es implicativamente reconocida como una clase "especial" de acciones-enunciados, fundada en convenciones específicas y diferentes de las que rigen la interacción comunicativa habitual; es una institución discursiva de tipo formal, un ritual cuya gramática pertenece a la competencia discursiva de los actores, al menos de aquéllos a los que se atribuye un "sentido del humor" o una "capacidad de gastar/encajar bromas". La broma consume su programa cognitivo cuando los actores alcanzan a

definir retrospectiva y metacomunicativamente un engaño premeditado como conducta "normal", en conformidad con las reglas de una institución socialmente reconocida.

2.3. La dimensión pragmática

Pero ya he indicado que la broma no es sólo el proceso cognitivo de un engaño que se desmiente en virtud de su propia consecución y que se legitima ritualmente. La broma es sobre todo un acto de humillación.

Como la ironía, la broma satisface las dos acepciones de "burla": el engaño y el agravio o desprestigio a la víctima.

La acción deceptiva de la broma conlleva, junto a la efímera convulsión de las presunciones de la víctima respecto a la situación, "un moderado aunque significativo deterioro de su compostura, el quebrantamiento de la imagen que reclama para sí a lo largo de la

interacción" (ibíd.: 86), es decir, de su cara, en el sentido goffmaniano (cfr. IV. 3.3).

El embromar atenta contra la implícita rei vindicación de la propia imagen por el actor, pero si la noción de cara parece demasiado próxima a un concepto ontológico, basta con reconocer que la broma atenta contra un principio de coherencia (del comportamiento) como el que Berrendonner, 1981: 229-231, propone entre sus normas institucionales del discurso y que concierne a la exigencia de compatibilidad entre las enunciaciones sucesivas de un sujeto. En efecto, lo que la broma conculca pragmáticamente es el mantenimiento de una línea de conducta sociodiscursivamente estable por parte de la víctima. El daño físico eventualmente infligido no es en sí mismo un fin de la broma, sino un medio más de asegurar la incoherencia, la discontinuidad significativa de la actividad del sujeto: "en unos casos se trata de producir en él respuestas reflejas, atolondradas que proporcionan una imagen pueril, débil o regresiva; o de atentar directamente contra la "fachada personal", según otro concepto de Goffman, 1971: 34-36, que se refiere al conjunto de signos íntimamente ligados al actuante que informan sobre su "estado ritual temporal", o apariencia, y sobre su rol situacional, o modales: mojaduras, manchas en la ropa o en la piel, etc.; en otros casos se le priva de la posibilidad de comportamientos evasivos, del recurso a los buenos modales o a la "ignorancia discreta" (Abril, 1980: 86).

Además, en todos los casos, y con independencia de la naturaleza del dispositivo embromante o de su intensidad, el mero hecho de "haber picado" en la broma es signo de un déficit competencial, de una candidez impropia. En cuanto incoherente y en cuanto ingenua, la víctima es presentada por la acción de broma como un sujeto inepto desde el punto de vista de la competencia discursiva.

Pero después del momento explosivo, el agravio a la víctima es corregido del mismo modo que su engaño: "la mentira del bromista es, desde luego, positivamente evaluada en razón de su efectividad, pero también se exonera a la víctima mediante la minimización del daño sufrido y la alabanza de su buena recepción de la chanza; en última instancia, esa buena disposición indica una adecuada competencia para desenvolverse en el marco de la broma" (ibíd.: 86-87). La aceptación de la broma equivale a una recualificación competencial de la víctima en los términos, si no de una competencia discursiva general, sí al menos de la competencia particular o institucional propia del contexto bromístico.

En todo caso, la infracción de la víctima al principio de coherencia o a cualesquiera otras normas de comportamiento es una infracción sui generis, no una transgresión (intencional) sino el resultado no querido por el actor de una verdadera transgresión del bromista.

Habría que precisar así que lo que la risa del destinatario sanciona no es tanto una transgresión de la víctima cuanto los efectos prácticos en su actuación de una infracción que en modo alguno puede atribuírsele. La risa no sanciona un comportamiento transgresor, sino la amenaza misma a la autonomía y a la coherencia del comportamiento de un sujeto, privado provisionalmente del control sobre sus acciones. En la broma, la sanción pesa sobre los efectos de una transgresión virtual. Es, en otras palabras, una sanción preventiva.

El principio general de la cortesía de R. Lakoff establece: "que el hablante actúe como si su posición social fuese inferior a la de su interlocutor" (1976: 409) y se especifica en tres reglas básicas: no imponerse; ofrecer alternativas; poner al receptor en una situación cómoda (1978: 229). Pues bien, a la vista de todas las consideraciones anteriores parece que la broma y su remitente proceden en un sentido adverso a aquel repertorio de reglas pragmáticas. Sin embargo, y como ya señalé en Abril, 1980: 87, la contravención de las normas cortes ha de interpretarse en este contexto de manera análoga a la aparente infracción a la máxima cooperativa de sinceridad: "como un mecanismo que conmuta diferentes marcos, es decir, diversos sistemas de aplicación y de significación de las reglas pragmáticas".

Lakoff acierta a proponer que la cuestión verdaderamente importante de la cortesía es saber "cuándo es cortés ser cortés" (1976: 409). Y así, aun cuando "la imposición a la víctima de una imagen desfavorable en el transcurso de la broma se expresa como infracción de la primera regla de Lakoff (...), puede implicar conversacionalmente la voluntad del emisor de hacer valer la tercera: poner al receptor en una posición confortable mediante la quiebra humorística de la rigidez ceremonial propia de las situaciones "serias" (Abril, 1980: 87). La broma aparece entonces como un procedimiento ritual para quebrantar las (otras) distancias rituales de la vida cotidiana. Al igual que la ironía, desde el punto de vista de Berrendorner, la broma representa una normalizada defensa contra las normas.

2. 4. Para una gramática de la broma

En los apartados anteriores he descrito ya algunas de las condiciones que debe satisfacer una acción para ser considerada como broma. Por ejemplo, ésta puede resultar fallida por defecto si el programa cognitivo de engaño no se cumple en todos sus pasos y en algún momento se desvela el secreto del dispositivo deceptivo. O si los actos humillantes no alcanzan una suficiente significatividad.

Pero también es posible un malogro por exceso en aquellos casos en que la naturaleza del engaño y/o de la humillación impide al actor emisario su asunción de la función destinataria, o lo que es lo mismo,, el logro de una definición retrospectiva compartida de la situación como "no seria". Para no devenir "broma pasada" la acción ha de alcanzar la enmienda del agravio infligido a la víctima, la sanción positiva de su actuación y de la del remitente-bromista.

Así pues, la regla esencial de la broma es que sus efectos lesivos resulten reversibles: "la broma pesada se caracteriza precisamente por ocasionar daños que trascienden o amenazan trascender los límites de la situación misma y que por tanto no podrán repararse en el contexto de la acción intragrupal: sirvan de ejemplo la desnudez en la calle de un personaje público, la estigmatización física o, en el límite de lo irreversible, la muerte" (Abril, 1980: 88). La condición de reversibilidad equivale a la limitación del contexto ritual de la broma como ámbito de las acciones de agravio, engaño, reparación y desengaño que involucra.

Las constricciones que acotan este escenario pueden ser agrupadas en relación a tres parámetros básicos:

- 1) Tiempo: Desde el punto de vista del tiempo interno de la acción, la

broma requiere de una duración limitada del agravio, que no puede mantenerse ni reiterarse indefinidamente. Desde el punto de vista externo, la broma es una actividad prescrita en ciertas fechas o momentos rituales (por ejemplo, el "Día de los Inocentes"), prohibida en otros (por ejemplo, celebraciones u ocasiones de cierta gravedad) y facultativa en los restantes casos.

2) Espacio: Desde el punto de vista interno, la broma reclama un recinto ritual inaccesible a observadores no ratificados por el grupo como destinatarios. No admite, pues, efectos oblicuos. Desde el punto de vista externo rechaza el tránsito entre ciertos ámbitos de sociabilidad, como la extensión de un agravio privado a la esfera pública, o el uso de espacios rituales constitutivamente "serios" como velatorios, tribunales de justicia, etc.

3) Subjetividad: Las restricciones sobre la naturaleza y el comportamiento de los actores son muy variadas, pero pueden destacarse entre ellas:

- Un cierto nivel de conocimiento mutuo y de relación socioafectiva entre los actores. Esta condición garantiza la inequívoca interpretación de la intención bromista del remitente por parte de la víctima, e impide el anonimato del remitente.
- Un principio de reciprocidad tal que los actores presuman el posible intercambio de sus papeles en situaciones análogas. La "especialización" en el papel de bromista, y más aún en el de víctima, tiende a desacreditar los supuestos consensuales e igualitarios sobre y hacia los que procede de la broma. El bromista reiterativo termina por hacer imposible la sor

presa o quiebra de expectativas central en el episodio de la broma.

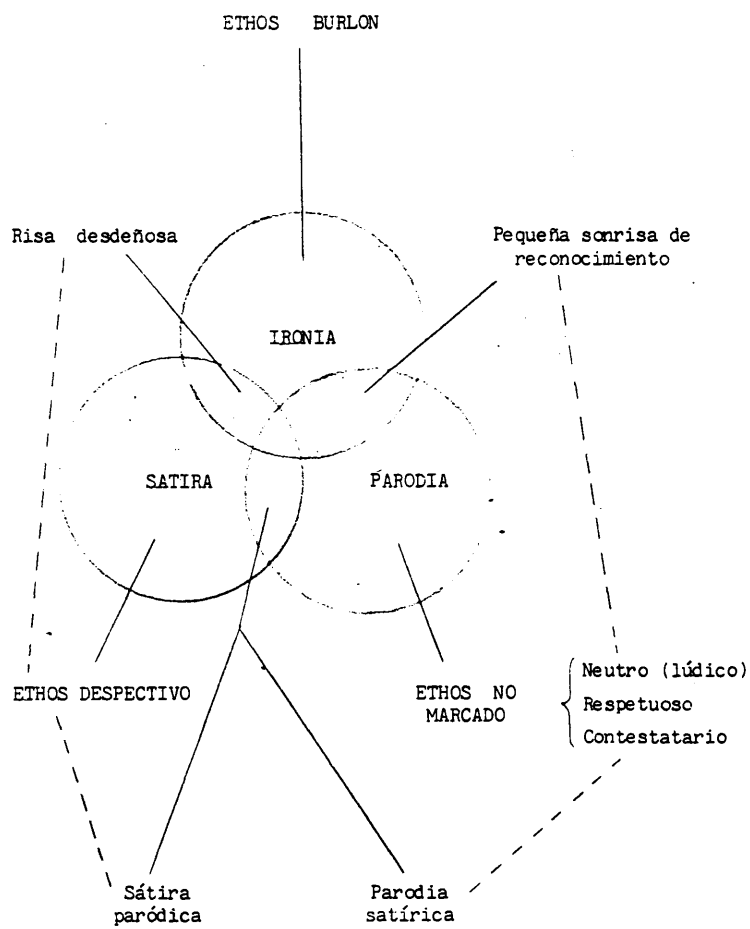
- Debe darse una homogeneidad o igualdad de los actores desde el punto de vista del sistema de rango social preexistente. Una tentativa de broma de algún actor reconocido como "superior" sobre un "inferior" puede ser fácilmente sancionada como no cooperativa o vejatoria; es el efímero simulacro de superioridad sobre la víctima lo que dificulta esta clase de bromas: "según el principio conversatorio propuesto por Gordon y Lakoff, en las situaciones llamadas serias no se dice nada que el interlocutor da por descontado: es incorrecto, por ejemplo, despedirse de una visita con las palabras "gracias por no llevarse los ceniceros". Parece que también en las bromas puede resultar inmoderado, e incluso ofensivo, que alguien reconocido como superior y que da su superioridad por descontada participe en un simulacro humillatorio para un inferior" (ibíd.: 87-88).

Pero también lo contrario es cierto: la tentativa de broma de un "subalterno" sobre un "superior" puede fácilmente inducir a presunciones pragmáticas de hostilidad, revanchismo, etc.

Estas reglas tienen no obstante un cierto valor jerárquico: la de "igualdad de rango", por ejemplo, es menos determinante que la de "conocimiento mutuo".

3. NOTAS

- (1) La idea previa de Berrendonner es que el empleo irónico requiere de la proposición la posesión de un valor argumentativo y no de un valor léxicamente axiológico: las "circunstancias discursivas" pueden transformar en argumentos, y por lo tanto en enunciados irónicos virtuales, proposiciones que carecen de valor axiológico desde el punto de vista léxico. Lo que se requiere es la creación de un "universo intelectual" en el que la proposición reciba estatuto argumentativo frente a las conclusiones axiológicas.
- (2) Hutcheon ha subrayado que la ironía posee un ethos predominantemente burlón, entendiendo el ethos como estado afectivo suscitado en la audiencia, o como respuesta dominante buscada por el texto, es decir, más bien como pathos aristotélico. La sátira se caracterizaría por un ethos despectivo y la parodia por un ethos neutro o "no marcado". Esta distinción lleva a la autora a proponer un gráfico en el que se representan las articulaciones e intersecciones de varios efectos de sentido afines (1981: 145-149):



- (3) Las nociones de "serio" vs. "juego/no serio" están involucradas en la definición misma de "marco metacomunicativo" de Bateson, 1976, o en la categoría "marco primario vs. marco transformado" de Goffman, 1974. Es de advertir que la idea de "seriedad" implicada en la noción de "lenguaje serio" de la filosofía analítica no cuenta con una definición positiva. Así, Searle, 1980: 65, se limita a excluir del lenguaje serio usos como los "no literales", empleos metafóricos y sarcásticos, dramatizaciones, etc.

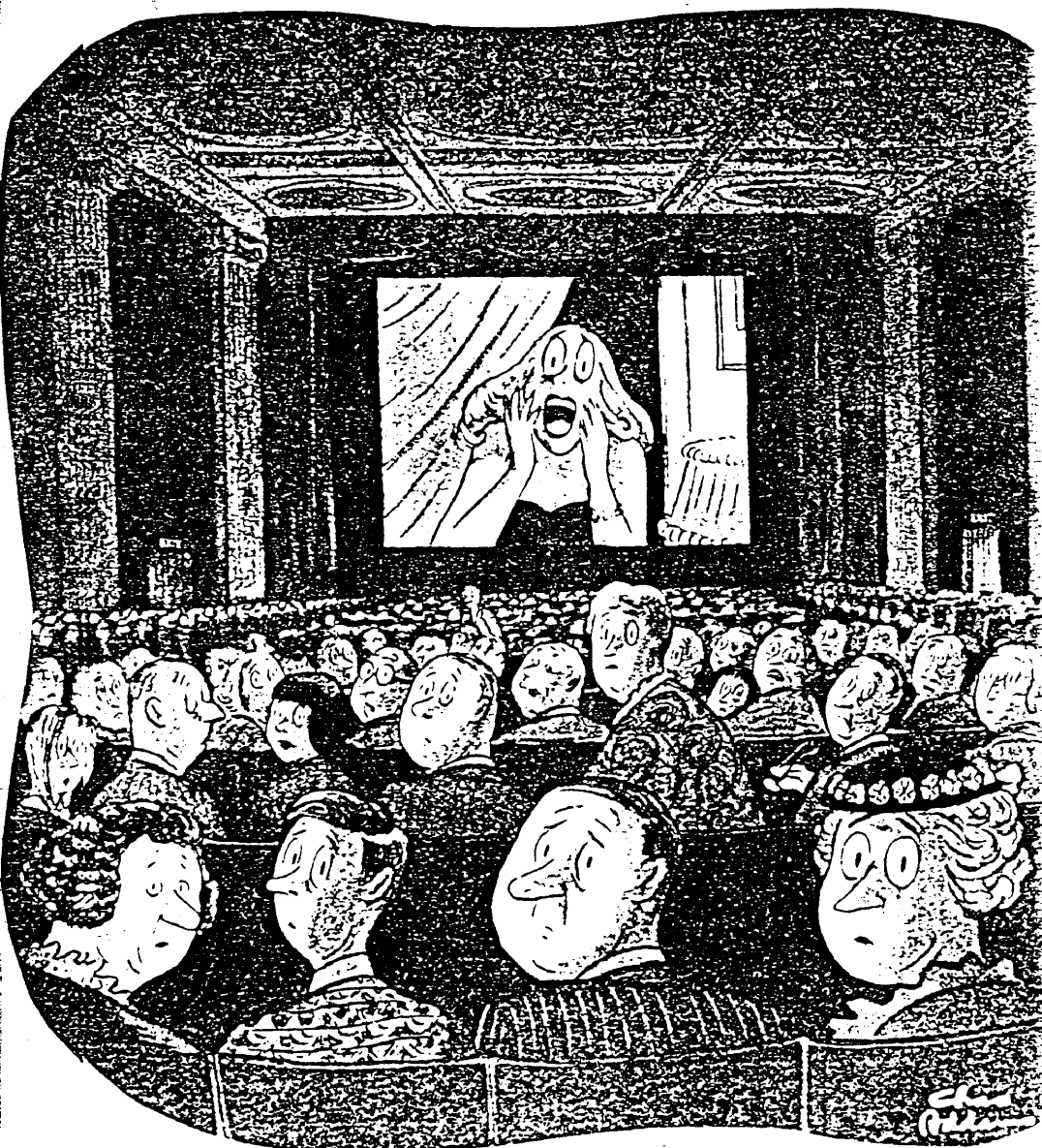
Tampoco creo que la noción de "mundo del sentido común" de Schutz, 1974, a, equivalga a la de contexto o marco serio: nuestro sentido cotidiano de la realidad está impregnado también de la simulación, del dramatismo y del juego.

Por otra parte la categoría "serio vs. juego" es posiblemente reductora de una constelación gradual o continua de efectos de sentido.

- (4) El concepto de "equipo de actuación" procede de Goffman, 1971: 115-116, y se refiere a un conjunto de individuos cuya cooperación es indispensable para mantener la definición de una situación. También en el caso de la broma existe la posibilidad, reconocida por Goffman, de equipos unipersonales: el mismo individuo o actor ha de desempeñar distintos papeles, distanciarse de ellos, etc. con el objeto de dramatizar y definir coherentemente la situación.

VI:

RECAPITULACION Y CONCLUSIONES



Del dibujante Chas Addams
(Addams and Evil).

1. Esta memoria debía comenzar con la exposición del marco conceptual en el que su autor inscribe los problemas de la comunicación y del discurso, y en el que cobra sentido el supuesto de la complicidad trascendental.

La exposición tiene inicialmente un carácter polémico, porque trata de disputar la validez del, aún dominante, paradigma positivista y normativo de las ciencias de la comunicación, y porque la noción de dialogismo que propugnan no confirma tampoco las presunciones consensuales más en boga entre los teóricos de la intersubjetividad.

Mi indagación tiene un carácter teórico por referencia a la categoría teórico vs. empírico, pero no alcanza a proponer una teoría stricto sensu. El conjunto de las proposiciones teóricas que de ella se pueden extraer constituiría una especie de "teoría formal", según la acepción de Simmel recogida por Boudon, 1984: 213-224: un cuadro conceptual general que no da cuenta de todas las situaciones observables y cuyas proposiciones no comportan consecuencias empíricas sin numerosas precisiones adicionales, pero que puede proporcionar un marco sugeridor para la construcción de teorías propiamente tales. El frecuente recurso a los calificativos "heurístico" y "prospectivo" debe, pues, reiterarse al adjetivar el presente trabajo.

La parte segunda y más "temática" de la investigación contiene una revisión de las tradiciones teóricas relativas a la comicidad y se cierra con un capítulo analítico sobre la ironía y la broma. Esta clausura analítica viene exigida por la necesidad de mostrar la posible fecundidad de una perspectiva semiótica transdisciplinar como la que he tratado de adoptar a lo largo del trabajo.

2. Las nociones de información, comunicación, código, emisor y receptor conocen un creciente éxito en el discurso científico-técnico e incluso en el habla popular. La vigencia del "paradigma informacional" es comúnmente admitida en amplios sectores de la comunidad científica, e incluso más o menos subrepticamente invocada por los poderes públicos y por las corporaciones informativas como una nueva fuente de legitimación. No ha sido mi objetivo la descripción de los efectos producidos por tales invocaciones, ni el más amplio examen de la racionalización instrumental y del control del comportamiento derivados de la "informatización de la sociedad", de la hegemonía de los mass media y del éxito del modelo informacional de la comunicación (cuya propia etimología, cum-munus, sugiere, por cierta idea de acción instrumental conjunta). Pero sí he destacado que es muy discutible la pertinencia de este último modelo fuera del ámbito técnico para el que fue originalmente pergeñado.

La teoría informacional, al menos en su versión trivial, cercena los procesos agonísticos de la interacción lingüística, reduce el papel receptivo a la mera refrendación de las propuestas semántico-pragmáticas del emisor y traduce, en fin, la intersubjetividad a una objetividad positivista privada de mediación.

En efecto, la propia distinción entre los polos emisor y receptivo, o locutivo y audiencial, deja de ser pertinente en aquellos contextos de la interacción humana en los que la reciprocidad de perspectivas y la reversibilidad de las posiciones comunicativas son supuestos que condicionan la posibilidad misma de las prácticas de comunicación y no efectos ocasionales.

La "ilusión telegráfica" producida por el modelo informacional de los ingenieros proporciona así una paradójica representación de la relación interlocutiva: plenamente simétrica desde el punto de vista competencial, pues se presume la comunidad de sentido y de código entre los actores, cuando no su igualmente compartido incompetencia, la relación es asimétrica desde el punto de vista operacional, pues al emisor le corresponde la actividad productiva y codificadora y al receptor la escasa iniciativa de recibir y entender.

Se ha dicho que en el informacionalismo, y también en el estructuralismo ortodoxo, el hablante, más que hablar, "es hablado" por el código. El código informacional, además, establece una relación estable y trivial entre los símbolos y valor semiótico, equivale a "palabras congeladas" (jacques, 1982b: 162).

Pero el supuesto de un código uniforme, común y pacíficamente compartido por el emisor y el receptor ha sido reiteradamente desmentido por los estudios socio y etnolingüísticos, y la creencia en su "no transgredibilidad" es igualmente impugnada desde las perspectivas "interpretativas" de la pragmática: la comunicación involucra procesos de transcodificación, de transgresión táctica (como el sobreentendido de Grice), e incluso de suspensión provisional de las reglas.

Es en este contexto en el que cobra particular interés una reflexión sobre la regulación interactiva que cuestione los supuestos normativistas de la episteme informacional, y su misma no ción de código.

3. A la linealidad transitiva de la "ilusión telegráfica" cabe oponer, en primer término, la reflexividad que atraviesa todas las dimensiones de la interacción comunicativa.

La reflexividad determina las relaciones entre intención y convención en virtud de las que el signo mismo se constituye. Rige también las relaciones entre los enunciados y su contexto, merced a las cuales cada enunciado propone y presupone las condiciones contextuales en que aparece: el significado y la aceptabilidad del enunciado no son explicables en los solos términos de una correspondencia entre formas y normas, sino en los de hipótesis que, como las de Wittgenstein o Austin, presentan al enunciado en cuanto acto de mostración de su propio sentido, y no en cuanto mera representación.

La reflexividad rige, en fin, la constitución misma de la racionalidad cotidiana, en la medida en que las justificaciones que los sujetos rinden de sus acciones hilvanan su propia inteligibilidad y su coherencia, tanto como las del entorno accional. En este horizonte interpretativo, y no en el de una concepción rígidamente jerárquica de tipos lógicos hay que entender las nociones de metacomunicación y de marco. Los marcos o escenarios interactivos no son

sólo entidades de orden representativo, es decir, estereotipos situacionales estructurados en la mente de los sujetos, sino productos reflexivos de una definición de la situación que forma parte de la situación misma. El contexto, en cualquiera de sus variantes, no es nunca un mero dato, sino el resultado de una actividad constructiva y racionalizada de los sujetos implicados en él. En el terreno lingüístico, la co-enunciación de los interlocutores produce el telón de fondo presuposicional sobre el que será posible que las sucesivas ocurrencias vayan cobrando sentido. Cada interlocutor ha de anticipar las interpretaciones, presupuestos e intenciones del otro, y ha de reconstruir retrospectivamente el trasfondo "tópico" que hace pertinente cada nuevo "comento". De ello se infiere, en todo caso, que la coincidencia interpretativa respecto al contexto es un límite inalcanzable: el consenso pragmático es una condición de la interacción, pero una condición que se expresa siempre de forma inestable y provisional.

La reflexividad y la cooperación conflictiva de los sujetos en el sostenimiento de las situaciones interactivas rompe, pues, con la idea, o el ideal, positivista de un contexto entendido como espacio "newtoniano" de la enunciación, y con el "idilio" interlocutivo que, como los matrimonios por interés, se sostenía gracias a instituciones externas a la relación actual: los códigos semánticos y las reglas de comportamiento dados de una vez por todas.

4. "Las reglas no actúan a distancia", afirmaba Wittgenstein: ésa es quizá la expresión condensada de un paradigma interpretativo que aplica la metáfora del juego a la interacción comunicativa y que trata de equilibrar los requerimientos institutivos e innovadores del lenguaje, al analizar las reglas en el interior de las prácticas de discurso que regulan.

Por mi parte trato de contribuir a esa perspectiva con la propuesta de dos nociones que, aunque terminológicamente equívocas, remiten a un doble nivel de engranaje de la acción comunicativa con las normas: las instituciones formales e informales. Las primeras se corresponden, à peu près, con las instituciones, en sentido fuerte, que regulan las prácticas rituales, y cuyo efecto característico es la limitación de los principios consensuales generales y la reducción de la variedad o incertidumbre contextual. Entiendo que ciertas nociones básicas del análisis discursivo como las de denotación, performativo explícito, acto ilocutorio directo y presupuesto pragmático convencional, que en el paradigma normativista pasan por ser las variantes normales de sus respectivos ámbitos conceptuales, constituyen, por el contrario, casos especiales resultantes de la sobrecodificación o institucionalización formal. Contradigo así la supuesta "naturalidad no retórica del lenguaje" que denunciara Nietzsche y que en el pensamiento semiolingüístico positivista rebrota bajo la forma de discurso "serio", "literal" o "directo".

Las instituciones informales vienen a corresponderse, aproximadamente, con los procedimientos regulativos de la interacción que son administrados por los propios agentes, y en las propias situaciones de confrontación. Más específicamente se identifican con las metarreglas de flexibilidad implícitas pero raramente enunciadas en los repertorios usuales de máximas cooperativas y consensuales, que tienden a evitar la perversión por hipernormalidad de esos mismos principios.

Aun cuando no hay contextos empíricos netamente diferenciados por la acción de ambas instancias normativas, que son, en suma, idealizaciones, sí es posible reconocerles una cierta capacidad tipologizadora respecto a modos de la acción como "rito" vs. "juego", o "programa" vs. "estrategia".

5. Con este tipo de consideraciones entro en el territorio de la pragmática "universal" o "trascendental", en que se hace oportuna la pregunta por las condiciones de toda comunicación posible, es decir, por las condiciones que, aun estando conformadas y aun siendo sólo expresables a través de los sistemas semióticos constituidos y diferenciados (en primer lugar, en el lenguaje verbal mismo), remiten a las estructuras de la intersubjetividad presupuestas por cualesquiera procesos semio-comunicativos. Una

revisión "académica" de estos supuestos: competencia comunicativa, máximas de cooperación, procedimientos interpretativos, etc., me lleva a enfatizar la perspectiva dialógica, sobre todo a través de las propuestas de Bajtin.

Las prácticas discursivas, qua dialógicas, hacen que la información se produzca como con-formación semántica y referencial, y que las sucesivas transacciones de cualificación modal propias de los "actos de habla" sirvan a la producción local de estructuras sociales, según la expresión de Cicourel. Los textos son tramas polifónicas en las que no se impone la voz única y homogénea de un "autor" o "enunciador", sino en las que se superponen estructuras intertextuales, estilos semióticos y "lenguas" sociales.

Los requerimientos dialógicos, en el nivel trascendental, se traducen en el supuesto de la situación idealizada del diálogo de la filosofía hermenéutica. Aún reconociendo que tal supuesto da cuenta del fundamento intersubjetivo del consenso comunicacional, pienso, con Ferraris, 1985: 45, que es abusiva la institución como idea, o idea regulativa, de una comunidad que garantiza la transparencia socio comunicativa sin máculas de distorsión, performatividad o arrières pensées fraudulentos. La situación ideal del diálogo se propone como un

refugio trascendental clínicamente respecto a las coacciones, sojuzgamientos y conflictos comunicativos que todo proceso empírico de comunicación conlleva.

Mi propuesta de una complicidad trascendental trata precisamente de contrarrestar ese angélico consensualismo mediante un supuesto conflictivo: el de la exclusión implícita de un tercero como metasupuesto de la comunidad interlocutiva.

No trato, sin embargo, de buscar una nueva instancia fundadora u otro primum metafísico de la comunicación. La estructura de la complicidad se sustenta en la implicación recíproca de dos actos: la colusión entre dos sujetos y la elusión o exclusión conjuntamente operada de un tercero. Mi tentativa es la de proponer esta estructura como un supuesto trascendental del acto de comunicación: un supuesto que imbrica reflexivamente los momentos consensual y conflictivo inseparablemente presente en las prácticas comunicativas y discursivas.

Una formulación parabólica de este supuesto podría ser la siguiente: la interlocución presume la exclusión de un tercero como origen del ruido o de la perturbación, en virtud de la cual se

autoinstituye la comunidad de los coenunciadores. El tercero es una instancia formal, abstracta, pero susceptible de muy diversas tematizaciones o modos semánticos de manifestación. Así, en el propio sistema pronominal del lenguaje viene lexicalizada por "él", que representa el polo extralocutivo, la "no-persona", el lugar conceptual de "lo real" y de cuanto "admite un verdadero plural" (Benveniste). Corresponde también, en un nivel narrativo, a la figura del destinatario de la exclusión que, por ella, y paradójicamente, deviene remitente del consenso entre los actantes comunicativos.

La complicidad trascendental ratifica la vieja intuición del sentido como "parte del ganador" (en este caso, de los ganadores) o, lo que viene a ser lo mismo, la intuición de que la dimensión simbólica se instituye ab re bene gesta, en la tensión con una presupuesta y secreta parte "maldita" a la que, forzando un tanto la interpretación, podría referirse la definición aristotélica de la dialéctica, saber dialógico, como "conocimiento de lo contrario". Ratifica también, y en un terreno de menores riesgos especulativos, el principio de "producción del orden a partir del ruido" que propugna la epistemología de la autoorganización.

Además, el tercero de la complicidad halla expresión en ciertas figuras seudoagenciales de los procesos comunicati-

vos como las que llamo seudodestinatario y emisario. Este último, cu ya denominación evoca tanto la función de emisor vicario cuanto la de chivo expiatorio, se manifiesta como aquel sujeto de los rituales comunicativos que es descalificado tanto pragmáticamente, mediante un acto de humillación, cuanto cognitivamente, por un engaño que tiende a privarle del conocimiento reflexivo sobre la propia situación comunicativa en la que está implicado y a burlar sus expectativas de reciprocidad. Estas expectativas y aquel conocimiento son, no se olvide, parte sustancial de la competencia comunicativa de los agentes remitente y destinatario.

6. Mi interés por la comicidad y el humor procede de una intuición previa: la de que, antes de constituir variantes del "lenguaje" o del "discurso", o conductas comunicativas diferenciadas y más o menos "marginales", son la expresión de procesos y estructuras básicos del discurso, "tales como la cohesión, la disyunción, la construcción y ruptura del marco, y la relación entre lo dicho y lo no dicho, así como de sus apuntalamientos psicológicos, interaccionales y socioculturales" (según la referencia a los juegos lúdicos verbales que hace Sherzer, 1985: 220).

Esta intuición halla numerosas expresiones en La Risa de Bergson, quien, pese al individualismo que se ha reprochado a su teoría de lo cómico (por ejemplo, por Girard, 1984: 136-137), admite expresamente que el ingenio (esprit) no consta de ideas en cuanto "símbolos indiferentes", sino como parte de un "modo dramático de pensar" (Bergson, 1973:90-91), es decir, como entidades dialógicas.

En mi repaso de las teorías históricas de lo cómico, clasificadas no sin arbitrariedad como biologistas, afectivistas, cognitivas y conativas, percibo la recurrente alusión a los principios básicos de la interacción.

Así ocurre con la ambivalencia de la experiencia cómica, que remite a un principio dinámico de la conducta según el cual, y tal como señalara el propio Montaigne respecto de la simultaneidad en reír y llorar, ésta no es "continua y lineal".

La incongruencia semántica y cognitiva del proceso cómico, consagrada en la noción koestleriana de bisociación, remite de una parte a la pluri-isotopía semántica de que se ha ocupado a menudo la semiótica literaria, y de otra a las "estructuras enmarañadas"

o reflexivas del escenario interactivo, al límite paradójico de la concurrencia entre niveles de significado y de comunicación.

La teoría de la superioridad, de Aristóteles y Hobbes, pone de relieve la función degradante de la comicidad, la humillación de otro desde una presunta posición preminente del intérprete. He tratado de mostrar cómo la descripción de esa acción degradante, que por otra parte manifiesta una orientación neutralizadora característica, puede ser fructíferamente corregida según el principio de complicidad y según la estructura de tres actantes (el blanco y los cómplices) que Freud introduce en su teoría del chiste tendencioso, y que viene sugerida por la propia etimología castellana de "chiste".

No faltan ejemplos de tematización de esa estructura triádica en la tradición cómica, incluso en aquellos discursos que parecen confrontar al solo espectador con el solo blanco de la irrisión: tal es el caso de aquellos relatos en los que aparece un personaje-testigo de la escena risible que duplica o representa la posición del observador. Pero incluso en la censura de Hobbes a la irrisión como argucia de quienes son "poco hábiles" se sugiere que el guasón, al hacer blanco en la desgracia de un tercero, busca implícitamente la complicidad de un segundo, individual o colectivo, que lo apruebe por comparación.

La estructura de la complicidad cómica halla numerosas especificaciones etnográficas que proporcionan también su prueba empírica: tales, las distintas formas de irrisión colectiva contra el desviante, ejemplo negativo o "símbolo catártico de agresión" que en cuanto destinatario de la chanza deviene remitente del consenso: el "loco", el "extraño", etc.

La comicidad, aun cuando parece nutrirse de un área particular y culturalmente variable de las sustancias y oposiciones semánticas (Manetti habla a este respecto de un "combinatoria semántica condicionada"), no halla una especificidad análoga en el ámbito pragmático. Quiero decir que son las estructuras pragmáticas generales o canónicas las que, bien de forma netamente ritual, bien de modo informal y difuso, aparecen complicadas y condensadas en las instituciones cómicas.

La razón de todo ello puede hallarse, con Freud y otros autores, en la función de elusión del conflicto: las instituciones cómicas son instrumentos de neutralización simbólica de los conflictos potenciales derivados de la propia reciprocidad del vínculo social, formas de reducción ritual a estructuras polémicas "neutralizadas" de estructuras polémicas "reales", modos de vacuna o sanción anticipativa de la violencia y la desintegración.

El principio de especificación del humor, dentro de la clase genérica de los comportamientos cómico-humorísticos, lo hallo en un típico proceder reflexivo, comúnmente manifestado en un juicio cognitivo autoimpugnador. El momento (al menos analítico, ya que difícilmente aparece como momento empírico netamente diverso del cómico) humorístico es aquél en el que el sujeto desdén una propia interpretación o evaluación precedente en cuanto inadecuada, y desacreditada, así, retrospectivamente sus supuestos e inferencias. El juego deceptivo característico del humorismo consiste en que el narrador induce al destinatario a falsas hipótesis que se verán posteriormente desmentidas, con el consiguiente careo entre el destinatario y su propio déficit competencial.

El humorismo moderno (de un Sterne, un Carroll o un Lichtenberg) se inscribe dentro del más amplio bucle reflexivo de la modernidad y enfatiza, junto a la degradación transitiva tradicional, la impugnación paradójica del propio lenguaje y de las convenciones discursivas propias (humor "metalingüístico").

7. He abordado el examen de la ironía y de la broma como una aplicación analítica de mis puntos de vista a las que tomo por dos instituciones de la comicidad: informal la primera, formal la segunda; resuelta aquélla contra

un blanco virtual , articulada ésta en torno a la degradación directa de un blanco efectivo; coincidentes ambas en ser procesos de simulación que se desmiente en virtud de su propio logro y en su función consensual e integrativa desde el punto de vista socioantropológico.

La ironía es un rico terreno de observación de los principios y procedimientos interactivos: la antífrasis y la implícatura griceana son condiciones del logro del sentido irónico y éste no se alcanza sin obligadas referencias al contexto y sin un juego de presunciones mutuas entre los interlocutores que hacen de ella una característica estrategia discursiva.

Desde el punto de vista de sus efectos sociales, la ironía es un procedimiento defensivo, tendente a amortiguar la responsabilidad del locutor y su sometimiento a las normas y sanciones interactivas. Pero es también un medio de instauración de una comunidad evaluativa con el interlocutor mediante la implícita referencia, conjunta y cómplicemente sostenida, a una posición axiológicamente adversa.

La broma constituye un rito sacrificial en el que, como diría Girard, la desintegración simulada parece alejar el peligro de la desintegración real. En ella se manifiesta nítidamente la figura ac-

tancial de un emisario sometido a la doble acepción de la burla: el engaño y el agravio. Se manifiesta también un proceso de implicatura y de conmutación del marco tal que el emisario accede, mediante la redefinición de la situación, a su reconocimiento como parte de la comunidad destinataria de la propia burla.

Aparentemente la broma transgrede gran parte de los supuestos consensuales de la interacción: la coherencia, la sinceridad, las máximas de cortesía, pese a lo cual afirma un consenso que el normativismo difícilmente podría explicar: se trata de un procedimiento ritual para quebrar, paradójicamente, las distancias rituales del comportamiento "serio". Si la sanción irónica se ejercía contra un sujeto virtual, la sanción bromística opera preventivamente contra una virtual transgresión de las normas interactivas, que conllevaría la vejación "real" de un sujeto "real".

Tal como expuso Bateson, la risa se debe a un marco en el que el cuestionamiento de las jerarquías y de los esquemas establecidos es un juego, un simulacro, y no una realidad. Pero de ese simulacro, advierte Leach, 1976: 233, nacen posibilidades de comprender las razones del orden normal, su necesidad, y la de adherirse a él consensualmente, o surgen innovaciones eventualmente traducibles al orden normativo.

En cuanto ritual, la broma es, pues, en parte justificativa, porque apuntala la eficacia de los procedimientos interactivos y del propio mecanismo victimario de nuestra cultura, y en parte creativa, por cuanto introduce el agravio a las normas como una dimensión de la normalidad misma. Muestra así, por parafrasear un aserto de R. Lakoff sobre la cortesía, que la normalidad consiste en saber cuándo y cómo ser normal.

No hay un estricto límite "gramatical" entre la ironía y la injuria, ni entre la broma y la "broma pesada"; porque, como en toda actividad humana, en los comportamientos cómicos el consenso no es una conquista definitiva, sino una tarea cada vez nueva y nuevamente amenazada.

VII:

BIBLIOGRAFIA CITADA

- ABAD, F. et al., 1979: Metodología y gramática generativa; Madrid, S. G. E. L.
- ABRIL, G., 1976: Signo y significación; Madrid, Pablo del Rio.
- ABRIL, G., 1980: "Cómo gastar bromas", Revista Española de Investigaciones Sociológicas, 11.
- ABRIL, G., 1982: cfr. LOZANO, J., PEÑA-MARIN, C. y ABRIL, G.
- ABRIL, G., 1984: "Dicho y hecho: Apuntes sobre la ilocución", Revista de Ciencias de la Información, U. Complutense, 1.
- ALBERA, F., 1984: "Problèmes de l' enonciation au cinéma", Travaux du Centre de Recherches Semiologiques de Neuchatel, 45.
- APEL, K-O., 1975: "El problema de la fundamentación última filosofía a la luz de una pragmática transcendental del lenguaje", Dianoia, 21.
- ARANGUREN, J. L. L., 1975: La comunicación humana; Madrid Guadarrama.
- ARGYLE, M., 1983: Análisis de la interacción; Buenos Aires, Amorrortu..
- ARISTOTELES, 1974: Poética de Aristóteles (Edición de V. Garcia Yebra) Madrid, Gredos.

- ARTAUD, A., 1971: Carta a la vidente; Barcelona, Tusquets.

- AUBOUIN, E., 1948: Technique et psychologie du comique; Marsella, Ofep.

- AUSTIN, J. L., 1971: Palabras y acciones. Cómo hacer cosas con palabras; Buenos Aires, Paidós.

- AUSTIN, J. L., 1978: "Performativo - Constativo", en SBISÀ, M. (ed.)

- BABCOCK, B. A., 1980: "Reflexivity. Definitions and discriminations", Semiotica, vol. 30, 1/2.

- BAJTIN, M. (BAKHTINE), 1970: La poétique de Dostoievski; París, Seuil.

- BAJTIN, M., 1974: La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento; Barcelona, Barral.

- BAJTIN, M., 1979: Estetica e romanzo; Turín, Einaudi.

- BAKER, G. P. y HACKER, P. M. S., 1984: Language, Sense and Nonsense. A critical Investigation into Modern Theories of Language; Oxford, Blackwell.

- BANGE, M. P. 1975: "L' ironie. Essai d'analyse pragmatique", Lin-

guistique et sémiologie. 2.

- BARTHES, R., 1970: "La linguistique du discours", en Varios: Sign Language, Culture; La Haya, Mouton.

- BATAILLE, G., 1977: La literatura y el mal; Madrid, Taurus.

- BATESON, G., 1976: Pasos hacia una ecología de la mente; Buenos Aires, Carlos Lohlé.

- BATESON, G. y RUESCH, J. 1965: La comunicación: La matriz social de la psiquiatría; Buenos Aires, Paidós.

- BAUDELAIRE, Ch., 1962: Curiosités esthétiques. L'art romantique et autres oeuvres critiques; París, Garnier.

- BAUDRILLARD, J., 1978: Cultura y simulacro; Barcelona, Kairós.

- BAUDRILLARD, J., 1983: Les Stratégies fatales París, Grasset.

- BENVENISTE, E., 1974: Problemas de lingüística general; Buenos Aires, Siglo XXI.

- BENVENISTE, E., 1977: Problemas de lingüística general. II; Madrid, Siglo XXI.

- BERGER, P. L. y KELLNER, H., 1982: Sociology Reinterpreted. An Essay on Method and Vocation; Harmondsworth, Penguin Books.

- BERGSON, H., 1973: La risa. Ensayo sobre la significación de lo cómico; Madrid, Espasa Calpe.

- BERNSTEIN, B., 1964: "Elaborated and restricted codes: their social origins and some consequences", en GUMPERZ, J. y HYMES, D. (eds.): The Ethnography of Communication, American Anthropologist, col.66, 6.

- BERRENDONNER, A., 1981: Eléments de pragmatique linguistique; París, Minuit.

- BICKHARD, M. H., 1980: Cognition, convention, and communication; Nueva York, Praeger.

- BIRDWHISTELL, R. L., 1979: El lenguaje de la expresión corporal; Barcelona, G. Gili.

- BONFANTINI, M. A., 1985: "Pragmatique et abduction", VS, 40

- BOUDON, R., 1984: La place du désordre. Critique des théories du changement social; París, P. U. F.

- BOUTANG, P., 1973: Ontologie du secret; París, P. U. F.

- BRIGHT, W., 1974: "Las dimensiones de la sociolingüística", en GARVIN, P. L. y LASTRA de SUAREZ, Y.
- BUCKALEW, L. W. y COFFIELD, K. E., 1978: "Relationship of reference group to perception of humour", Perceptual & Motor Skills, Alabama University, vol. 47 (1).
- BÜHLER, K., 1961: Teoría del lenguaje; Madrid, Revista de Occidente.
- CASETTI, F., 1983: "Les yeux dans les yeux", Communications, 38.
- CAZENEVVE, J., 1984: Le mot pour rire; París, La Table Ronde.
- CICOUREL, A. V., 1970: "Basic and Normative Rules in the Negotiation of Status and Role", en DREITZEL, H. P. (ed).
- CICOUREL, A. V., 1973: "Sémantique générative et structure de l'interaction sociale", Communications, 20.
- CICOUREL, A. V., 1982: El método y la medida en sociología; Madrid, Editora Nacional.
- COHEN, J., 1985: "Comique et poétique", Poétique, 61.
- COROMINAS, J., 1954: Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana; Madrid, Gredos.

- COURTES, J., 1976: Introducción a la sémiotique narrative et discursive; París, Hachette.

- CREMONINI, G., 1976: "Per una definizione del gag cinematografico", IL Verri, 3.

- CROCE, B., 1963: Ultimi saggi; Barí, Laterza.

- CROCE, B., 1973: Estética como ciencia de la expresión y lingüística general; Buenos Aires, Nueva Visión.

- CURRAN, J., GUREVITH, M., WOOLLACOTT, J. (eds.), 1981: Sociedad y Comunicación de masas; Mejico, F. C. E.

- CHABROL, C. (ed.), 1973: Sémiotique narrative et textuelle; París, Larousse.

- CHABROL, C., 1980: "Reflexions al voltant dels pressupòsits epistemològics i tècnics d'una anàlisi dels "media", Anàlisi. Quaderns de comunicació i cultura, 7/8 .

- CHOMSKY, N., 1980: "Linguaggio", en Enciclopedia, Tomo 10, Turín, Einaudi.

- DE BENEDETTI, R., 1984: "Gli stereotipi della persecuzione. Nota su René Girard e "Le bouc émissaire", Aut aut, 202-203.

- DELEUZE, G., 1969: Logique du Sens; París, Minuit.

- DELEUZE, G., 1984: La imagen - movimiento. Estudios sobre cine, 1; Barcelona, Paidós.

- DESCARTES, R., 1975: Oeuvres Philosophiques (1643 - 1658) Tomo III, París, Garnier.

- van DIJK, T.A., 1973: "Grammaires textuelles et structures narratives", en CHABROL, C. (ed).

- van DIJK, T. A., 1980: Texto y contexto; Madrid, Cátedra.

- DOLITSKY, M., 1983: "Humor and the Unsaid", Journal of Pragmatics, 7.

- DREITZEL, H. P., 1970: "Introduction: Patterns of communicative Behavior", en DREITZEL, H. P., (ed).

- DREITZEL, H. P. (ed.) 1970: Recent Sociology, Nº 2. Patterns of Communicative Behavior; Nueva York, Macmillan.

- DUBOIS, Ph. y WINKIN, Y. (eds.), 1982: Language et ex-communication. Pragmatique et discours Sociaux; Lovaina, Cabay.

- DUCROT, O., 1973: "Les présupposés, conditions d'emploi ou éléments de contenu?", en REY DEVOVE, J. (ed.).

- DUCROT, O., 1980a: "Analyses pragmatiques", Communications, 32.

- DUCROT, O., 1980b: Les Mots du discours; Paris, Minuit.

- DUCROT, O., 1980c: "Presupposizione e allusione", Enciclopedia, tomo 10, Turín, Einaudi.

- DUMOUCHEL, P. y DUPUY, J. - P. (eds.) 1983: L'auto-organisation, de la physique au politique. Colloque de Cerisy; París, Seuil.

- DUPUY, J. - P., 1982: Ordres et Désordres. Enquête sur un nouveau paradigme; París, Seuil.

- DUVIGNAUD, J., 1985: Le propre de l'homme. Histories du comique et de la dérision; París, Hachette.

- ECO, U., 1977: Tratado de semiótica general; Barcelona, Lumen.

- ECO, U., 1979a: "¿El público perjudica a la televisión?", en MORAGAS (ed.).

- ECO, U., 1979b: Lector in fabula. La cooperazione interpretativa nei testi narrativi; Milán, Bompiani.

- ECO, U., 1980: "The role of the reader". (mimeografiado).

- ELGOZY, G., 1979: De l'humour; París, Denoël.
- EPSTEIN, A. L., 1976: "Sanciones" en SILLS, D. L. (ed).
- ESCARPIT, R., 1977: Teoría general de la información y la comunicación; Barcelona, Icaria.
- EVERAERT - DESMEDT, N., 1981: Sémiotique du récit. Méthode et applications; Lovaina, Cabay.
- FABBRI, P. y SBISA, M., 1980: "Il grimaldello e le chiavi", vs, 26/27.
- FERRARIS, M., 1985: "Habermas, Foucault, Derrida. A proposito di "neocilluminismo" e "neoconservatorismo", Aut aut, 208.
- FERRATER Mora, J., 1979: Diccionario de Filosofía, vol.1; Alianza, Madrid.
- FILLMORE, CH. J., 1971: "Types of lexical information", en STEINBERG, D. D. y JAKOBOVITS, L. A. (ed.).
- FONTANILLE, J., 1985: "Protoactant, Actant-syncretique, actant collectif. De quelques problèmes posés à la sémiotique par la théorie anthropologique de R. Girard", Actes sémiotiques, VIII, 34.

- FOUCAULT, M., 1970: La Arqueología del saber; Madrid, Siglo XXI.

- FRANCES, J., 1930 La caricatura; Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones.

- FRASER, B., 1980: "Conversational mitigation", Journal of Pragmatics, vol. 4, 4.

- FREUD, S., 1969: El chiste y su relación con lo inconciente; Madrid, Alianza.

- FRY, W. F., 1963: Sweet Madness: A Study of Humor; Palo Alto, Pacific Books.

- GABAS, R., 1980: J. Habermas: Dominio técnico y comunidad lingüística; Barcelona, Ariel.

- GADAMER, H. - G., 1977: Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica; Salamanca, Sígueme,

- GARAVELLI MORTARA, B., 1974: Aspetti e problemi della linguistica testuale; Rurín, Giappichelli.

- GARCIA CALVO, A., 1973: Lalia. Ensayos de estudio lingüístico de la Sociedad; Madrid, Siglo XXI.

- GARFINKEL, H., 1967: Studies in Ethnomethodology; Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice - Hall.

- GARFINKEL, H., 1972: "Remarks on Ethnomethodology", en GUMPERZ, J.J. y HYMES, D. (eds).

- GARVIN, P.L. y LASTRA de SUAREZ, Y. (eds.), 1974: Antología de estudios de etnolingüística y sociolingüística; México, Universidad Autónoma.

- GEHLEN, A., 1980: Man in the Age of Technology; Nueva York, Columbia U. P.

- GEIS, M. L. 1982: The language of Television-Advertising; Nueva York, Academic Press.

- GENOT, G., 1974: "Sémiotique des stratégies textuelles", Documents de Travail del C. I. S. L. Universidad de Urbino, 32.

- GICLIOLI, P. P. (ed.) 1972 Language and Social context; Londres, Penguin Books.

- GIL, J., 1980: "Potere", Enciclopedia, Tomo 10, Turín, Einaudi.

- GINER, S., 1974: Sociología; Barcelona, Península.

- GIRARD, R., 1978: Des choses cachées depuis la fondation du monde.
Recherches avec Jean - Michel Oughourlian et Guy Lefort; París, Grasset & Fasquelle.

- GIRARD, R., 1983: La violencia y lo sagrado; Barcelona, Anagrama.

- GIRARD, R., 1984: Literatura, mimesis y antropología; Barcelona, Gedisa.

- GIRARD, R., 1985a: Mentira romántica y verdad novelesca; Barcelona, Anagrama.

- GIRARD, R., 1985b: La route antique des hommes pervers; París, Grasset.

- GOFFMAN, E., 1970: Ritual de la interacción; Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.

- GOFFMAN, E., 1971: La presentación de la persona en la vida cotidiana; Buenos Aires, Amorrortu.

- GOFFMAN, E., Frame Analysis. An Essay on the Organization of experience; Cambridge, Harvard U. P.

- GOFFMAN, E., 1975: "Replies and Responses" Documents de travail del C.I.S.L. Universidad de Urbino, 46-47.

- GOFFMAN, E., 1979: Relaciones en público. Microestudios de orden público; Madrid, Alianza.
- GOFFMAN, E., 1979: "Footing", Semiotica, vol. 25, 1/2.
- GOLDMANN, L., 1972: "Epistemología de la sociología", en PIAGET, J. (ed.)
- GOLDSTEIN, J. H. y MCGHEE, P. E. (eds), 1972: The Psychology of Humor. Theoretical Perspectives and empirical Issues; Nueva York, Academic Press.
- GORDON, D. y LAKOFF, G., 1976: "Los postulados conversatorios", en SANCHEZ de ZAVALA, V. (comp.)
- GRACIAN, B., 1938: El Héroe. El Discreto; Madrid, España - Calpe.
- GREIMAS, A. J., 1971: "Las relaciones entre la lingüística estructural y la poética" en GREIMAS, A. J. et al.: Lingüística y comunicación, Buenos Aires, Nueva Visión.
- GREIMAS, A. J., 1973a: En torno al sentido. Ensayos semióticos; Madrid, Fragua.
- GREIMAS, A. J., 1973b: "Les actants, les acteurs et les figures" en CHABROL, C. (ed.).

- GREIMAS, A. J., 1973c: Semántica estructural; Madrid, Gredos.
- GREIMAS, A. J. 1976a: Sémiotique et Sciences sociales; París, Seuil.
- GREIMAS, A. J. 1976b: Maupassant. La sémiotique du texte: excercices pratiques; París, Seuil.
- GREIMAS, A. J. y COURTES, J., 1979: Sémiotique.Dictionnaire raisonné de la théorie du langage; París, Hachette.
- GRICE, H. P., 1971: "Meaning", en STEINBERG, D.D. y JAKOBOVITS, L. A. (eds.).
- GRICE, H. P., 1979: "Logique et conversation", Communications, 30.
- GRUPPO μ , 1976: Retorica generale; Milán, Bompiani.
- GUESPIN, L. 1984: "Introduction" a Langages, 74 (Dialogue et interaction verbal).
- GUMPERZ, J. J., 1980: "The Sociolinguistic Basis of Speech Theory". vs. 26/27.
- GUMPERZ, J.J., 1982: Discourse strategies; Cambridge, U. P.

- GUMPERZ, J. J. y HYMES, D. (eds.), 1972: Directions in sociolinguistics. The Ethnography of Communication; Nueva York, Holt, Rinehart and Winston.

- HABERMAS, J., 1970: "Toward a Theory of Communicative Competence", en DREITZEL, H. P. (ed.).

- HABERMAS, J. 1979: Communication and the Evolution of Society; Boston, Beacon Press.

- HALL, G., 1972: "La jerarquización en tipos lógicos de lo simbólico, lo imaginario y lo real", en WILDEN, A.

- HALL, S. 1981: "La cultura, los medios de comunicación y el "efecto ideológico", en CURRAN, J., GUREVITCH, M. y WOOLLACOTT, J. (eds.).

- HALLIDAY, M. A. K., 1982: El lenguaje como semiótica social. La interpretación social del lenguaje y del significado; Méjico, F. C. E.

- HARMAN, G. H., 1971: "Three levels of meaning", en STEINBERG, D. D. y JAKOBOVITS, L. A. (eds.).

- HERTZLER, J. O., 1970: Laughter; Nueva York, Exposition Press.

- HINDE, R. A. (ed), 1977: La natura della comunicazione; Roma-Bari, Laterza.

- HOBBS, Th., 1979: Leviatán (Edición de C. Moya y A. Escotado); Madrid, Editora Nacional.

- HOFSTADTER, D. R., 1979: Gödel, Escher, Bach: An Eternal Golden Braid; Nueva York, Basic Books.

- HORAS, P. A., 1977: "The perception of the comic in childhood", Revista Latinoamericana de Psicología U. Nacional de San Luis, Argentina, vol.9 (3).

- HUTCHEON, L., 1981: "Ironie, satire, parodie. Une approche pragmatique de l'ironie", Poétique, 46.

- HYMES, D., 1974: Foundations in Sociolinguistics. An Ethnographic Approach; Londres, Tavistock.

- IRIGARAY, L., 1973: Le langage des déments; La Haya, Mouton.

- IRIGARAY, L., 1978: Speculum. Espéculo de la otra mujer; Madrid Altés.

- JACQUES, F., 1982a: "La parole tronquée. Pour une pragmatique du processus excommunicatoire", en DUBOIS, Ph., y WINKIN, Y. (eds).

- JACQUES, F., 1982b: "Le schéma jakobsonien de la communication est-il devenu un obstacle épistémologique?" en Mouloud, N. y VIENNE, J.-M. (eds.).

- JACQUES, F., 1973: "La mise en communauté de l'énonciation", Langages, 70.

- JAKOBSON, R., 1975: Ensayos de lingüística general; Barcelona, Seix Barral.

- JANSON, F., 1950: Signification humaine du rire; París, Seuil.

- JENNY, L., 1976: "La stratégie de la forme", Poétique, 27

KANT, E., 1960: Crítica de la razón Pura. Dialéctica Trascendental y Metodología Trascendental; Buenos Aires, Losada.

- KATZ; BLUMER, J.G; GUREVITCH, M., 1979: "Usos y gratificaciones de la comunicación de masas", en MORAGAS, M. de (ed.)

- KAUFER, D. S., 1981: "Understanding ironic communication", Journal of Pragmatics, vol. 5,6.

- KEITH - SPIEGEL, P., 1972: "Early Conceptions of Humor : Varieties and Issues", en GOLDSTEIN, J. H. y McGHEE, P. E. (eds.).

- KERERAT - ORECCHIONI, C., 1975: "Problèmes de l'ironie", Linguistique et sémiologie, 2.

- KERBRAT - ORECCHIONI, C., 1980a: "L' ironie comme trope", Poétique, 41

- KERBRAT - ORECCHIONI, C., 1980b: L'énonciation. De la Subjectivité dans le langage; París, Librairie Armand Colin.

- KLAPP, O. 1950: "The fool as a social type", American Journal of Sociology, 55.

- KLAPPER, J. T., 1974: Efectos de las comunicaciones de masas. Poder y limitaciones de los medios modernos de difusión; Madrid, Aguilar.

- KNAPP, M. L. 1982: La comunicación no verbal, El cuerpo y el entorno; Barcelona, Paidós.

- KOESTLER, A., 1964: The act of creation; Londres, Hutchinson.

- KOESTLER, A., 1982: "Humour and Wit", The New Encyclopaedia Britannica, vol. 9.

- KRECKEL, M., 1981: Communicative acts and shared Knowledge in natural discourse; Londres, Academic Press.

- KRISTEVA, J., 1970: "Une poétique ruinée" (Introducción a BAJTIN, M.)

- LAKOFF, R., 1976: "El lenguaje en su entorno", en SANCHEZ de ZAVALA, V. (comp.)

- LAKOFF, R., 1978: "La logica della cortesia", en SBISA, M. (ed.).
- LAKOFF, R., 1980: "How to look as if you Aren't Doing Anything with Words. Speech Act Cualification", VS, 26-27.
- LALO, CH., 1949: Esthétique du rire; París, Flamarion.
- LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. B., 1971: Diccionario de Psicoanálisis; Madrid, Labor.
- LAUSBERG, H., 1975: Elementos de retórica literaria; Madrid, Gredos.
- LEACH, E. R., 1976: "Ritual", en SILLS, D. L. (dir.): Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales vol.9, Madrid, Aguilar.
- LÉVI - STRAUSS, C., 1964: El pensamiento salvaje; Méjico, F. C. E.
- LÉVI - STRAUSS, C., 1968: Antropología estructural; Buenos Aires, Ev-deba.
- LEWIS, D. K., 1969: Convention: a philosophical study; Harvard, U. P.
- LIPOVETSKY, J., 1981: "La société humoristique", Le Débat, 10.
- LOHISSE, J., 1980: Communication et sociétés. Essai de typologie évolutive; París, Galilée.

- LOTMAN, J. M., 1978: Estructura del texto artístico; Madrid, Istmo.

- LOTMAN, J. M., 1979: "El problema del signo y del sistema s gnico en la tipología de la cultura anterior al siglo XX", en LOTMAN, J. M., y Escuela de Tartu.

- LOTMAN, J. M. y USPENSKIJ, B. A., 1979: "Sobre el mecanismo semiótico de la cultura", en LOTMAN, J. M. y Escuela de Tartu.

- LOTMAN, J. M. y Escuela de Tartu, 1979: Semiótica de la cultura; Madrid, Cátedra.

- LOZANO, J.; PENA- MARIN, C.; ABRIL, G., 1982: Análisis del discurso. Hacia una semiótica de la interacción textual; Madrid, Cátedra.

- LOZANO, J., 1984: "Del recuento de bits al análisis del discurso (Algunos apuntes al modelo informacionalista de la comunicación)", Revista de Ciencias de la Información, U. Complutense, 1.

- LYONS, J., 1977: "Il linguaggio umano", en HINDE, R. A. (ed.)

- LYOTARD, J.-F., 1984: La condición postmoderna. Informe sobre el saber; Madrid, Cátedra.

- LYOTARD, J.-., 1985: "Reglas y paradojas", Los cuadernos del Norte, 31

- MAFFESOLI, M., 1979: La conquête du present. Pour une sociologie de la vie quotidienne; París, P. U. F.

- MAIER, N. R. F., 1932: "A Gestalt theory of hummour" , British Journal of Psychology, 23.

- MANETTI, G., 1976: "Per una semiotica del comico", Il Verri, 3

- MANNONI, O. 1973: La otra escena. Clave de lo imaginario; Buenos Aires, Amorrortu.

- MARTINEAU, W. H., 1972: "A Model of the Social Functions of Humor", en GOLDSTEIN, J. H. y Mc GHEE, P. E. (eds.).

- MAUSS, M., 1971: Sociología y antropología; Madrid, Tecnos.

- MIHAILA, R., 1980: "L'allusion comme acte de langage", Revue Roumaine de Linguistique, XXV, 2.

- MINSKY, M. M., 1974: "A Framework for representing Knowledge", en WINSTON, P. H. (ed.): The psychology of computer vision, Nueva York, Mc Graw-Hill.

- MOLES, A., 1971: Sociodynamique de la culture; La Haya, Mouton.

- MOLES, A., (director), 1975: La comunicación y los mass media;

Bilbao, Mensajero.

- MONTAGUE, R., 1972: "Pragmatics and intensional Logic", en DAVIDSON, D. y HARMAN, G. (eds.), Semantics of Natural Languages;
- MONTAIGNE, M. de., 1985: Ensayos I; Madrid, Cátedra.
- MORAGAS, M. de (ed.), 1979: Sociología de la com. de masas; Barcelona, G. Gili.
- MOULOU, N. y VIENNE, J.-M. (eds.) 1982: Langages, Connaissance et Pratique; Lille, Travaux et Recherches de l' Université de Lille 3.
- MUCCHIELLI, R., 1971: Communication et reseaux de communications; París, Librairies techniques, Entreprise Moderne d'Édition et les Editions E. S. F.
- MYERS ROY, A., 1981: "The function of irony in discourse", Text, 1 (4).
- NAGEL, E. 1981: La estructura de la ciencia; Barcelona, Paidós.
- NORMAND, C., 1985: "Le sujet dans la langue", Langages, 77.
- NORRICK, N. R., 1984: "Stock Conversational Witticisms", Journal of Pragmatics, vol. 8, 2.

- ORTIZ o OSÉS, A., 1977: Comunicación y Experiencia interhumana.
Una hermenéutica interdisciplinar para las ciencias humanas; Bilbao, Desclée
de Brouwer.

- PAGES, R., 1980: "Communication (Sociologie de la)", Encyclopaedia
Universalis vol. 4.

- PARRET, H., 1983: "L'énonciation en tant que déictisation et modali-
sation", Lagages, 70.

- PATEMAN, T., 1982 "David Lewis's theory of Convention and the social
life of language," Journal of Pragmatics, vol. 6, 2.

- PEARCE, W. B., y CRONEN, V. E., 1980: Communication, Action and Meaning.
The Creation of Social Realities; Nueva York Praeger Publishes.

- FIERCE, Ch, S., 1974: La ciencia de la semiótica; Buenos Aires, Nueva
Visión.

- PENINOU, G., 1976 Semiótica de la publicidad; Barcelona, G. Gili.

- PENA-MARIN, C., 1984 "Lo dialógico en el lenguaje", Revista de Cien-
cias de la Información, U. Complutense, 1.

- PENA-MARIN, C., 1985: "L' ironie: le masque de l'autre", Palermo, Ac-
tas del III Congreso de la Asociación Internacional de Semiótica (en prensa).

- PERNIOLA, M., 1976: "Il Witz come elusione del conflitto", Il Verri, 3.
- PIAGET, J. (ed.), 1972: Epistemología de las ciencias humanas; Buenos Aires, Proteo.
- PRIETO, L. J., 1967: Mensajes y señales; Barcelona, Seix Barral.
- QUERÉ, L., 1982: Des miroirs équivoques. Aux origenes de la communication moderne; París, Aubier Montaigne.
- RÉCANATI, F., 1979: La transparence et l'énonciation. Pour introduire à la pragmatique; París, Seuil.
- REY - DÉBOVE, J. (ed.), 1973: Recherches Sur les systèmes signifiants; La Haya, Mouton.
- RICOEUR, P. et al., 1977: La sémantique de l'action; París, Editions du C. N. R. S.
- RIFFLET - LEMAIRE, A., 1971: Lacan; Barcelona, Edhasa.
- RIVERO M^a L., 1979: "Un ejemplo de metodología de filosofía analítica en la semántica lingüística: la cortesía y los actos verbales", en ABAD, F. et al.
- RODRIGUEZ ADRADOS, R., 1983: Fiesta, comedia y tragedia; Madrid, Alianza.

- ROSSET, C., 1976: Lógica de lo peor. Elementos para una filosofía trágica; Barcelona, Barral.

- ROULET, E., 1980: "Modalité et illocution", Communications, 32

- RUESCH, J., 1976: "El lenguaje no verbal y la terapia", en SMITH, A. G. (comp.): Comunicación y cultura, 2, Buenos Aires, Nueva Visión.

- SACKS, H., 1972: "On the Analyzability of Stories by Children" en GUMPERZ, J. J. y HYMES, D. (eds.).

- SANCHEZ de ZAVALA, V., (comp.) 1976: Semántica y sintaxis en la lingüística transformatoria, 2; Madrid, Alianza.

- SANCHEZ de ZAVALA, V., 1978: Comunicar y conocer en la actividad lingüística; Madrid, Fundación J. March y Ariel.

- SBISA, M., (ed.), 1978: Gli atti linguistici; Milán, Feltrinelli.

- SBISA, M., 1983: "Actes de langage et (acte d') énonciation", Languages, 70.

- SBISA, M. y FABBRI, P., 1980 "Models (?) for a pragmatic analysis", Journal of Pragmatics. vol. 4, 4.

- SBISA, M., y FABBRI, P., 1985: "Appunti per una Semiotica delle passioni", Aut aut, 208.

- - SCHAEFFER, J. M., 1983: "Du texte au genre. Notes sur la problématique générique", Poétique, 53.

- SCHEGLOFF, E., 1972: "Sequencing in Conversational openings", en GUMPERZ, J. J. y HYMES, D. (eds.).

- SCHMIDT, S. J., 1973: "Théorie et pratique d'une étude scientifique de la narrativité littéraire," en CHABROL, C. (ed.).

- SCHMIDT, S. J., 1977: Teoría del texto. Problemas de una lingüística de la comunicación verbal; Madrid, Cátedra.

- SCHUTZ, A., 1974a: El problema de la realidad social; Buenos Aires, Amorrortu.

- SCHUTZ, A., 1974b: Estudios sobre teoría social; Buenos Aires, Amorrortu.

- SEARLE, J. R., 1972: "What is a Speech Act", en GIGLIOLI, P. P. (ed.).

- SEARLE, J. R., 1978: "Per una tassonomia degli atti illocutori", en SBISA, M. (ed.)

- SEARLE, J. R., 1980: Actos de habla; Madrid Cátedra.

- SERRES, M., 1968: Hermes I. La communication; París, Minuit.

- SHANON, B., 1983: "Que disent les oiseaux? Réflexions sur une theorie de la communication", en DUMOUCHEL, P. y DUPUY, J.-P. (eds.)
- SHANNON, G. E. y WEAVER, W., 1972: The Mathematical theory of communication; Urbana, Illinois, U. P.
- SHERZER, V., 1985: "Puns and Jokes", en van DIJK, T. A. (ed.): Handbook of discourse analysis, vol. 3, Discourse and Dialogue; Londres, Academic Press.
- SILLS, D. L. (ed.), 1976: Enciclopedia internacional de las ciencias sociales, vol. 9, Madrid, Aguilar.
- SINGH, J., 1972 Teoría de la información, del lenguaje y de la cibernética; Madrid, Alianza.
- SPERBER, D. y WILSON, D., 1978: "Les ironies comme mentions", Poétique, 36.
- SPINOZA, B. de, 1975: Ética demostrada según el orden geométrico. (Edición de Vidal Peña); Madrid, Editor Nacional.
- STALNAKER, R., 1978: "Presupposizioni", en SBISA, M. (ed.)
- STEINBERG, D. D. y JAKOBOVITS, L. A. (ed.), 1971: Semantics. An Interdisciplinary Reader in Philosophy, Linguistics and Psychology; Londres,

Cambridge U. P.

- STERNE, L., 1978: La vida y las opiniones del caballero Tristram Shandy. Los sermones de Mr. Yorick; Madrid, Alfaguara.

- STILMAN, E. (recopilador), 1967: El humor negro. Antología de textos; Buenos Aires, Brújula.

- STRAWSON, P. F., 1971: "Identifying reference and truth-values", en STEINBERG, D. D. y JAKOBOVITS, L. A. (eds.).

- THAYER, J. L., 1975: Comunicación y Sistemas de Comunicación; Barcelona, Península.

- TODOROV, T., 1981: Mikhaïl Bakhtine. Le Principe Dialogique, Suivi de Ecrits du Cercle de Bakhtine; París, Seuil.

- TSIVIANE, T. V., 1970 "Contribution à l' étude de certains systems semiologiques simples (Systeme de l'etiquette)", en varios: Sign, Language, Culture, La Haya, Mouton.

- TYLER, S. R., 1978: The Said and the Unsaid; Nueva York, Academic Press.

- VALBUENA, F., 1976: Receptores y audiencias en el proceso de la comunicación; Madrid, Pablo del Río.

- VALERI, V., 1981: "Rito", Enciclopedia, Tomo 12, Tunia, Einaudi.

- VAZQUEZ de PRADA, A., 1976: El sentido del humor; Madrid, Alianza.

- VERÓN, E., 1971: "Hacia una teoría del proceso ideológico", en VERÓN, E., (ed.): El proceso ideológico; Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.

- VERON, E., 1974: "Para una semiología de las operaciones translingüísticas", Lenguajes, 2.

- VERON, E., 1983: "Il est là, je le vois, il me parle", Communications, 38.

- VOILI, P., 1976: "Comico e Ideologia", Il Verri, 3

- VOLOSHINOV, V. N., 1976 : El signo ideológico y la filosofía del lenguaje; Buenos Aires, Nueva Visión.

- WARNOCK, G. J., 1978: "Alcunitipi di enunciato performativo", en SBISA, M. (ed).

- WATZLAWICK, P., 1980: El lenguaje del cambio. Nueva técnica de la comunicación terapéutica; Barcelona, Herder.

- WATZLAWICK, P., BEAVIN, J. H., y JACKSON, D. D., 1971: Teoría de la

comunicación humana. Interacciones, patologías y paradojas; Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.

- WESTLEY, B. H. y MacLEAN, M. S., 1972: "Un modelo conceptual para la investigación en comunicaciones", en SMITH, A. G. (Comp): Comunicación y Cultura. 1, La teoría de la comunicación humana, Buenos Aires, Nueva Visión.

- WHORF, B. L., 1971: Lenguaje, pensamiento y realidad; Barcelona, Barral.

- WILDEN, A., 1972: Sistema y estructura. Ensayos sobre comunicación e intercambio; Madrid, Alianza.

- WILDEN, A., 1978: "Comunicazione", Enciclopedia, tomo 3, Turín, Einaudi.

- WILDEN, A., 1981: "La semiótica como praxis" en MARTIN SERRANO, M. (comp.): Teoría de la comunicación; Madrid, U. I. M. P.

- WILSON, D. y SPERBER, D., 1979: "L'interprétation des énoncés", Communications, 30.

- WINCH, P., 1972: Ciencia social y filosofía; Buenos Aires, Amorrortu.

- WITTGENSTEIN, L., 1958: Philosophical Investigations; Oxford, Blackwell.

- WITTGENSTEIN, L., 1973: Tractatus Logico - Philosophicus; Madrid, Alianza.a.
- WITTGENSTEIN, L., 1976: Los cuadernos azul y marrón; Madrid, Tecnos.
- WOLF, M., 1982: Sociologías de la vida cotidiana; Madrid, Cátedra.
- WUNDT, W., 1973: The language of Gestures; La Haya, París, Mouton.
- ZILLMANN, D. y STOCKING, S. H., 1976: "Putdown humor", Journal of Communication, Indiana u., Vol. 26 (3).

